A veces, el autor del crimen es solo una víctima más.

A UN LADO DE LA CARRETERA

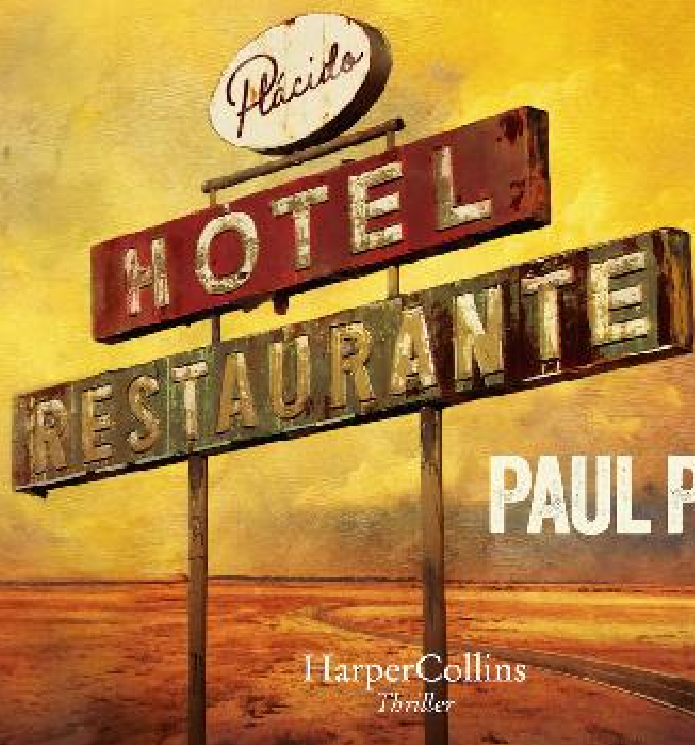


PAUL PEN

HarperCollins
Thriller

A veces, el autor del crimen es solo una víctima más.

A UN LADO DE LA CARRETERA

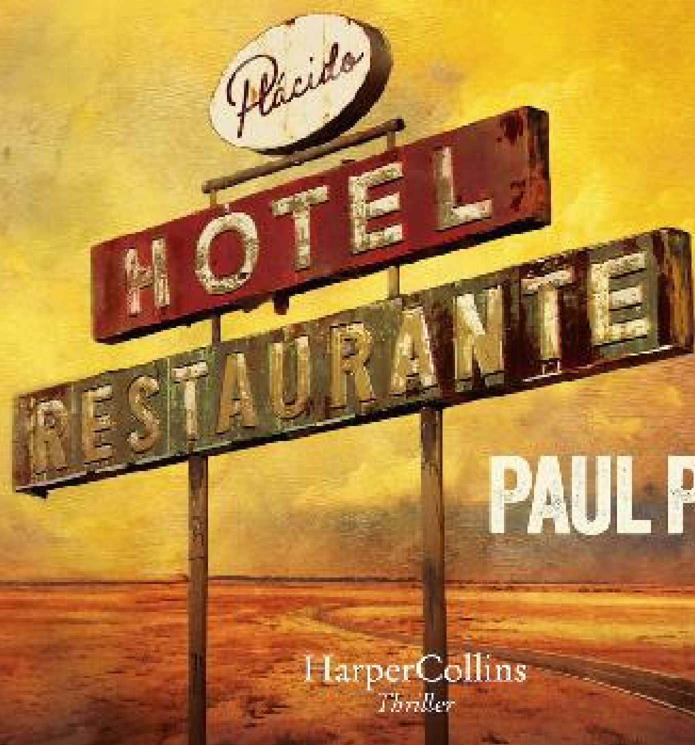


PAUL PEN

HarperCollins
Thriller

A veces, el autor del crimen es solo una víctima más.

A UN LADO DE LA CARRETERA



PAUL PEN

HarperCollins
Thriller

A UN LADO DE LA CARRETERA

PAUL PEN

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

A un lado de la carretera

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

ISBN: 9788410021365

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Para Palmira,

por hacer realidad muchos de los sueños de este escritor

CORAL

por

LUCAS FALENA

1

La primera vez que vi a Coral fue en el mismo salón en el que había ocurrido todo. Sentada en un sofá nuevo, con los pies subidos al asiento y las piernas flexionadas, se las cubrió con el camisón tapando las heridas de sus rodillas. Me preguntó si era policía o periodista.

—No, tranquila —respondí—, nada de eso.

Señalé mi ropa como si el atuendo me distanciara de cualquier profesional serio o representante de un cuerpo oficial: una camiseta blanca, pantalones vaqueros, zapatillas deportivas. También mostré las manos, en las que solo llevaba un móvil.

—Eres periodista. —Su voz no fue más que un susurro espirado al cuello redondo del camisón—. Grabas y apuntas en ese aparato.

Señaló el teléfono en mi mano como si fuera un objeto ajeno a su vida.

—No, de verdad que no. Soy escritor. Pero grabo para luego acordarme bien de lo que me dicen.

—Sabía que ibas a grabarme.

Estiró el bajo del camisón hasta los dedos de los pies, el cuello de la prenda lo subió hasta la frente, desapareciendo como una tortuga dentro de su caparazón. Me quedé hablando con una coronilla de pelo negro.

—Pero no soy periodista, ni trabajo para ningún medio. Solo quiero novelizar un suceso.

Lamenté enseguida describir como suceso, uno más, algo que para ella era una tragedia familiar de tal magnitud. Una horrible realidad de la que intentaba refugiarse bajo un caparazón de tela.

Acomodé los pies sin saber cómo continuar la conversación. Bajo las suelas de mis zapatillas crepitó lo que parecía arena de playa. Le pregunté a Coral si había estado en la playa hacía poco. El bulto de tela de su nariz bajo el camisón se movió a un lado y a otro.

—No he ido nunca.

—Pero si está muy cerca. —Pensaba, de verdad, que me estaba mintiendo—. Son diez minutos en coche.

—No he estado nunca —repitió debajo del camisón.

—Coral, así no puedo verte.

La abertura del cuello de la prenda se cerró por completo sobre la coronilla de pelo, lo estaría estrujando desde dentro con una mano. La tela del camisón, de un verde casi militar, tenía manchas resecas de pasta de dientes, alguna salsa. De varias costuras salían hilos largos, sueltos. En la parte baja había agujeros de polilla. Aunque Coral era una adolescente de trece años, sentí que dialogaba con una niña más pequeña.

—¿Te parece bien si me siento en el sofá y hablamos como si fuéramos amigos?

—No eres mi amigo.

—Pero puedo serlo si tú quieres.

Poco a poco, el cuello de su camisón se fue abriendo, como el iris de un ojo curioso. Primero mostró la frente. Después descubrió su mirada, que mantuvo desviada al suelo. La prenda se deslizó hasta la punta de su nariz y quedó atrapada entre sus labios. Mordió la tela unos segundos antes de permitir que el cuello del camisón descendiera al lugar que le correspondía. Sin levantar los ojos, su mirada paseando entre las manchas del suelo de terrazo como si fuera pelusa, me dijo:

—Nunca he tenido un amigo.

2

Dejé el móvil sobre la barra. Vacié el sobre de azúcar en la taza de café. Esperé a que se disolviera antes de pasarlo todo a un vaso con hielo, derramando la mitad del líquido sobre el mostrador. Intenté secarlo con unas servilletas de papel en las que ponía GRACIAS POR SU VISITA. Al verme acumular bolas marrones de un papel muy poco permeable, Ángela, al otro lado de la barra, me ayudó con una bayeta.

—¿Ha querido hablar?

—Nada, muy poco. —La conversación con Coral había sido mucho más corta de lo que esperaba, aunque quizá no estaba del todo mal para un primer encuentro—. Y eso que ella es la más habladora de las dos, ¿no?

—Ninguna de mis sobrinas ha sido habladora nunca. —Ángela escurrió la bayeta en el fregadero y reparó en mi vaso de café medio vacío—. Espera.

Me lo rellenó con leche de una jarrita metálica. Al retirarla, puso un trapo en la punta para que no goteara.

—Tu hermana ¿cómo está? —Me senté en un taburete—. Lo siento mucho, es horrible lo que ha pasado.

—No lo sientas tanto, que Bárbara sigue viva. —Dejó caer la jarrita en el fregadero y se secó las manos en un trapo que se colgó del hombro —. Esta no se va a morir tan fácilmente.

Abrió una vitrina de raciones ubicada sobre el mostrador y las reordenó. Colocó cada plato de tal manera que el sello estampado en la vajilla quedara hacia fuera, a la vista del cliente. Era un logotipo sencillo en forma de óvalo en el que aparecía escrita en grande, en el centro, la palabra PLÁCIDO. Alrededor, siguiendo la curvatura del óvalo, ponía, repetido dos veces, HOTEL RESTAURANTE. Dos estrellas en cada extremo informaban de la calificación del alojamiento. La recepción del hotel era la misma barra en la que yo tomaba el café. Sobre la caja registradora en la que Ángela cobraba en ese momento cafés y pinchos de tortilla a unos camioneros, había veinticuatro ganchos para las llaves de veinticuatro habitaciones. La llave que no colgaba del gancho número 13 la tenía yo en el bolsillo.

—¿Sigue en la uci? —pregunté.

A través de la puerta abatible de la cocina, Sagrario accedió al mostrador a tiempo de oír mi pregunta, ante la que dejó escapar un bufido de fastidio. Apoyó sobre la barra la bandeja que traía, obligándome a mover mi vaso, para que supiera que molestaba. A Ángela la regañó solo con la mirada. Después, se dispuso a abastecer la misma vitrina que había ordenado su hermana, rellenándola con los platitos que traía en la bandeja, nuevas raciones de jamón, boquerones y ensalada campera. Zanjó nuestra conversación interponiendo a propósito su vasta anatomía entre nosotros. Cuando terminó su labor y regresó a la cocina, Ángela se acercó para decirme lo que yo ya sabía: que a su hermana no le hacía ninguna gracia saber a lo que había venido yo al hotel. Ángela, Sagrario y Bárbara, la tercera hermana que luchaba por su vida en la uci, eran las dueñas, por herencia, del Hotel Restaurante Plácido.

—Mucha suerte tuviste tú ayer de que estuviera yo cuando llegaste. —Ángela señaló las llaves que colgaban sobre la caja. Tan solo faltaban la mía y las de las habitaciones 22, 23 y 24—. Sagra ya ha dicho que aquí no duerme nadie más de momento. Lo que menos necesitamos es más gente merodeando y haciendo preguntas.

Dirigió la mirada a la zona de comedor, a una mesa ocupada con cámaras de televisión, micrófonos y portapapeles. En la mesa de al lado, operadores y reporteros de cadenas diferentes almorzaban en grupo. Habían estado toda la mañana recogiendo declaraciones de las dueñas, de varios clientes, grabando planos recurso del lugar. A Coral la habían respetado y no la habían grabado por ser menor.

Le agradecí a Ángela que a mí sí me hubiera dejado hablar con ella.

—Eso no lo digas muy alto. —Se llevó el índice a la boca y dirigió el pulgar a la puerta abatible de la cocina—. Además, ha sido la niña la que ha querido hablar contigo. Te vio llegar anoche, cuando aparcaste ahí fuera.

Yo desconocía ese dato. Por la mañana había preguntado a Ángela si habría posibilidad de saludar a Coral, sin esperar una respuesta favorable, pero sorprendentemente había accedido.

—A ellas les gusta espiar desde la ventana, saber quién entra y quién sale del restaurante, quién se queda a dormir —continuó ella—. Después me preguntó quién eras y le conté lo que tú me habías contado. Me dijo que parecías diferente. Que no parecías de la

carretera. Y que le apetecía hablar contigo.

Me costó imaginar a Coral diciendo eso para luego mostrarse tan tímida cuando había subido.

—Aunque también te digo que si te he dejado subir no es por ti —aclaró—. Es porque sé que a ella le vendrá bien hablar con alguien. Y si es con alguien tan majo y tan sonriente como tú, pues mucho mejor.

Respondí a su comentario con una sonrisa.

—¿Lo ves? —confirmó ella.

—Las niñas no han hablado con mucha gente en su vida, ¿verdad?

La puerta abatible volvió a abrirse. Antes de que apareciera su hermana, Ángela procedió a cobrar una cuenta que tenía en la mano, tecleando en la pantalla de la caja como si no estuviera hablando conmigo. Me dirigió una mirada fugaz. Entendí la indicación. Cogí el móvil, el vaso con lo que quedaba del café y escapé de la barra y de Sagrario.

3

Me senté en la zona de comedor, un gran espacio con una veintena de mesas y sillas. El Hotel Restaurante Plácido era el único lugar, en sesenta kilómetros de autopista, en el que se podía comer y dormir a un lado de la carretera.

A esas horas, varios viajeros, solitarios o en familia, ocupaban mesas dispersas. Otros se habían sentado en taburetes en la barra o permanecían de pie junto a ella. Todos aprovechaban para picar algo rápido en lo que sería una parada corta de sus viajes por carretera. De las de ir al baño y poco más. Todavía no era la hora de comer ni de pedir el menú del día que se anunciaba con grandes letras pintadas en la cristalera de entrada. Desde dentro, yo las leía al revés. También leía al revés local climatizado, habitaciones, cafetería. Sobre el rugido intermitente de los coches que pasaban por la carretera, se oían las fanfarrias de las máquinas tragaperras, el tintineo de alguna cucharilla en vasos y tazas, el vaivén de la puerta abatible de la cocina. Podía escuchar también las conversaciones susurradas de los clientes, que conversaban a un volumen menor del que sería habitual en un establecimiento así. En vez de hablar en alto sobre el precio de la gasolina, el calor bochornoso que estaba haciendo en ese mes de julio o los kilómetros que les quedaban por recorrer, bajaban sus voces para comentar entre sorbos y mordiscos lo que había ocurrido en ese lugar apenas unas noches antes. Mencionarían a las mujeres que los estaban atendiendo, protagonistas de la tragedia, sin usar sus nombres, aunque, como yo, los conocerían perfectamente de haberlos oído sin parar en las noticias. A Ángela se referirían como «la de las canas y la coleta», «la que parece más simpática» o «la que está en la barra». A Sagrario la llamarían «la grandona», «la que está en la cocina», o «la de la mala cara». Apelativos con los que disimularían estar hablando de ellas, aunque allí todos sabíamos, incluso las propias hermanas, cuál era el único tema que ocupaba las conversaciones. Ellas mismas. Y la otra hermana. Y la madre. Y el padrastro. Y el cuchillo. Y la chiquilla. Y la otra pobre, cómo habría llegado a hacer algo así.

Dos personas uniformadas aparecieron al otro lado de la cristalera de las letras volteadas. La pareja de guardiaciviles accedió al restaurante por una entrada flanqueada con varias máquinas expendedoras: de tabaco, de latas de frutos secos, de latas de aceitunas, de chicles, de sorpresas para niños. La mujer saludó a la clientela de un lado de la

estancia elevando la barbilla y su compañero saludó a la clientela de este lado del comedor alzando una mano con la que después se mesó la perilla. Su mirada se posó en la mía y una extraña sensación de culpabilidad, como si estuviera haciendo algo malo, me llevó a esquivarla dando un último sorbo a mi café con hielo, que ya era pura agua. La presencia de los agentes originó nuevos bisbiseos, más silencios, miradas disimuladas. Una de las reporteras se levantó de su mesa y se acercó a ellos, obteniendo una negativa con escuetas sacudidas de cabeza.

Los agentes preguntaron a Ángela algo a lo que ella respondió encogiéndose de hombros, apenada. La guardiacivil le apretó la mano, gesto que ella agradeció con un hondo suspiro. Después procedió a prepararles lo que ya sabía que querían sin necesidad de que se lo pidieran, porque sería lo que pedirían siempre. Los ojos del agente volvieron a recaer en mí, aunque esta vez él mismo los apartó antes de que lo hiciera yo. Identifiqué otras miradas de soslayo entre la clientela, que se decían cosas murmurando por un lado de la boca al tiempo que analizaban los movimientos de la pareja de agentes, de Ángela, de Sagrario. Señalaban con disimulo a la cristalera —hacia el exterior del restaurante— o a la pared trasera —hacia el aparcamiento y las habitaciones—, reconstruyendo en sus conversaciones los posibles movimientos de la protagonista de la huida. Una mujer mayor a la que su marido había dejado sola para ir al baño, apuraba intranquila una infusión, inspeccionando el espacio entero con cierto temor, como si en ese lugar pudiera volver a ocurrir algo terrible en cualquier momento. En la mesa había apoyada una caña de pescar, también unas botas de goma verde en la silla. Cuando su marido, con peto vaquero, regresó a la mesa, oí que le decía:

—Menos mal que has vuelto.

Lo terrible que había ocurrido en el Hotel Restaurante Plácido lo relataban en el diario que colgaba de una varilla portaperiódicos en una de las paredes del propio establecimiento. La imagen de portada era una fotografía de la fachada exterior. Se me ocurrió pensar que quizá en esa fotografía podía verse el interior del establecimiento y, colgado en la pared, el periódico del día anterior, que ya tendría también en portada una imagen de la fachada porque ya hablaba del suceso. Me recordó a esas ilustraciones que se contienen a sí mismas en un túnel infinito de repeticiones: el de un ojo en el que se refleja un rostro en cuyo ojo se refleja un rostro en cuyo ojo se refleja un rostro. Apunté el enrevesado pensamiento en la aplicación de notas del móvil. Quizá me serviría luego, cuando escribiera, o quizá era solo un desvarío. Anoté también cortas descripciones de los clientes —a la

mujer mayor de la infusión le temblaban las manos al llevarse la taza a los labios—, de los guardiaciviles —la perilla de él, el andar rígido, militar, de ella— y también recogí detalles concretos del local, como el hecho de que en los aseos pusiera servicios y no baños, que la puerta de entrada no se cerrara del todo a no ser que se la empujara, o que la televisión sintonizara una cadena local y no nacional con el volumen al mínimo. Eran el tipo de descripciones pormenorizadas que solo se podían conseguir estando presente en el lugar, razón por la que me había trasladado hasta allí. Ni la más creativa de las imaginaciones puede llegar a inventar según qué detalles.

Saqué de la mochila la grabadora que no había querido utilizar con Coral por si le hacía pensar que era periodista, ya que tenía un aspecto mucho más profesional que el de un móvil. Esta disponía de dos micros, pantalla, botones físicos. La apoyé en la mesa y le di a grabar. Dejé que el aparato registrara el sonido ambiente de una media mañana en el Hotel Restaurante Plácido apenas seis días después del crimen. El aparato grabó el silbido del calentador de la leche, las ruedas de un carrito portabandejas, el encendido de un secador de manos en los servicios. También, de fondo, grabó el sonido que siempre asociaré a mi estancia en ese lugar: el del particular oleaje de los coches al pasar por la carretera.

4

Un calor de asfalto recalentado, arcén polvoriento y matorral seco me envolvió nada más salir del restaurante. Un toldo recorría la fachada entera, ofreciendo sombra a una hilera de mesas exteriores en las que nadie había osado sentarse. Sorteando sillas, aproveché esos últimos metros de refugio a la sombra antes de salir a la zona de aparcamiento. Allí, al descubierto, el sol me quemó en la nuca y los antebrazos. También quemaba, al tocarla, la barandilla metálica de la escalera que subía y se extendía a lo largo del pasillo exterior de la primera planta. A ese pasillo daban las doce puertas y doce ventanas de las habitaciones superiores. Debajo, las puertas de las otras doce habitaciones salían directamente al nivel del aparcamiento.

Mi habitación se encontraba en uno de los extremos de ese pasillo, el más cercano al edificio del restaurante. La número 13. En el extremo opuesto estaban las habitaciones 22, 23 y 24. Parecían tres habitaciones distintas, pero realmente estaban comunicadas por dentro para dar forma a una vivienda de varias estancias. La casa de Bárbara y sus dos hijas. Allí se encontraba el salón donde había hablado con Coral esa mañana, el mismo donde se había producido el crimen. Una tristeza poderosa, tan seca como los cardos ya muertos en las cunetas de la carretera de enfrente, me invadió al imaginarla allí en ese momento, sola, con su camisón manchado. Perdida en el silencio de un hogar que se le había quedado vacío en mitad de la noche.

En extremos opuestos del mismo pasillo en forma de U, mi puerta quedaba, por tanto, enfrentada a la de Coral, aunque separadas por todo el espacio vacío del extenso aparcamiento. Al meter la llave de mi habitación, quizá sugestionado por lo que me acababa de contar Ángela de que a las niñas les gustaba espiar, sentí la mirada de Coral a mis espaldas. Me volteé. El reflejo del sol en el marco de aluminio de sus ventanas me impidió ver nada.

Esperaba encontrar mi habitación arreglada, pero aún olía a mi ducha matutina, al gel y al champú de cortesía que había usado. La toalla mojada seguía tirada en el bidé, tan enredada como lo estaba la sábana sobre el colchón. Había sido muy ingenuo de confiar en que habría servicio de limpieza en el hotel siendo yo el único huésped. Si Sagrario había decidido que nadie más iba a alojarse allí hasta nuevo aviso, probablemente había dado días libres a la chica que se

encargaba de la limpieza. La prensa ya la había mencionado en varias ocasiones, se llamaba Miriam.

Abrí las ventanas para airear. Colgué toallas, estiré la sábana, tiré la botella de agua vacía a la basura del baño, donde seguían los sobres usados de gel y champú. También dejé el mando a distancia encima del televisor, uno de tubo catódico que podía estar cumpliendo treinta años. Encendí el ventilador de pie, la única forma de refrescar una habitación que carecía de aire acondicionado.

Me senté a la mesa redonda que iba a usar como escritorio. De la mochila, saqué el ordenador portátil, la grabadora, el móvil y varias carpetas de documentación con mucho de lo publicado en papel sobre el crimen. Acompañado por el sonido del cíclico vaivén del ventilador, releí esos artículos de prensa escrita, también los de prensa digital. Escuché varias veces la corta grabación de mi primer encuentro con Coral. Cuando quise darme cuenta, me había saltado por mucho la hora de comer. Y aunque tenía hambre, la excitación en mi estómago logró anularla.

Porque me sentía preparado para empezar a escribir.

Antes de hacerlo, bajé la persiana, buscando oscuridad total. Quería imitar el ambiente nocturno que me disponía a describir. Tras desenrollarse con un estruendo, una hilera de puntos de luz solar continuó brillando entre dos de las lamas superiores. Para completar aún más la sensación de inmersión, me puse unos auriculares conectados a la grabadora. Reproduje el sonido ambiente que acababa de grabar en el comedor, dispuesto a oírlo en bucle el tiempo que fuera necesario.

Sentado al ordenador en una de sus habitaciones, comencé a escribir el primer capítulo de mi novela sobre lo ocurrido en el Hotel Restaurante Plácido.

Coral en la carretera

Por la noche, a partir de una hora, no pasaban muchos coches por la carretera.

A Coral solía gustarle el silencio de la madrugada, poder oír los grillos y los crujidos metálicos del cartel que anunciaba la llegada al Hotel Restaurante Plácido. El poste sobre el que lo habían levantado, en mitad del aparcamiento, era tan alto que rechinaba con la más leve de las brisas nocturnas. Pero esa madrugada, Coral no quería oír grillos ni crujidos metálicos. Lo único que quería oír era un motor acercándose. Nunca lo había deseado con tantas ganas. A Coral, de trece años, la había tirado al suelo su propia hermana, Perla, un año mayor. Lo primero que había impactado contra el suelo había sido su cadera. Después, las manos, que intentaron evitar males mayores, pero resbalaron con la sangre derramada sobre el terrazo y no lograron evitar que la cara golpeara el suelo. Ese suelo era el de su casa, un peculiar hogar conformado por tres habitaciones contiguas de un hotel de carretera. Su madre, Bárbara, lo había heredado junto a otras dos hermanas, Sagrario y Ángela.

Coral deslizó las manos por la densidad pegajosa de la sangre. Intentaba huir del espeso líquido caliente, quería encontrar en el suelo alguna parte seca, pero no la halló. O es que apenas se desplazó. Parte de la sangre era suya, pero la mayoría emanaba del cuerpo de su madre, también en el suelo, ella de espaldas y con la herida de su abdomen abierta como un grifo oscuro.

—Ma…

El padrastro de las hermanas, Servando, era la tercera persona que se desangraba en esos momentos en el salón. Él empapaba la tela y el relleno de gomaespuma del sofá en el que dormía borracho cuando empezó a recibir las cuchilladas. Las dos que alcanzaron su cuello fueron las definitivas. Sobre su propia sangre en el suelo quedaron estampadas huellas de las zapatillas de la hijastra que acababa de matarlo, quien después atacó a su madre con ese mismo cuchillo, abriéndole un grifo oscuro en el abdomen, para terminar clavándoselo a su hermana pequeña en la ingle. A Coral, tirada en el suelo, esa ingle le latía con rabia. Usó cada latido del pulso doloroso como segundero para medir el tiempo que pasaba esperando oír un motor.

Once.

Doce.

Trece.

Pensó en su corazón como en un reloj que podía pararse para siempre si no aparecía ningún coche. O un camión. O una moto. Un tractor. Alguien, quien fuera, cuya presencia la motivara lo suficiente para hacer el esfuerzo más grande de su vida, el de levantarse del suelo. Porque a ella, cada vez más, lo que de verdad le apetecía era no hacer nada. Dejar que el reloj se parara. Experimentar la paz que debe de suponer el final definitivo del tiempo.

Sus manos, reptando como lombrices en un charco sangriento, desdibujaron las huellas estampadas en el suelo por su hermana, que había escapado por la puerta número 23 del Hotel Restaurante Plácido, una puerta que pertenecía al salón de su casa. La brisa que se colaba ahora a través de la rendija abierta en esa puerta era un aire limpio que no olía a sangre, ni a sudor, ni a tripa rota. Coral pensó en la recompensa que supondría conseguir levantarse y respirar ese aire, abandonar el hedor, escapar por las escaleras como había hecho su hermana. Pero si quería eso, necesitaba anclar de una vez, como fuera, sus manos viscosas que no paraban de resbalar. Conseguir arrastrarse con los codos. Hincar una rodilla. Caminar. El problema era que el reloj de su corazón se empeñaba en ir más lento, tentándola de nuevo con el final del tiempo. Si el aire fresco del exterior resultaba apetecible, también lo era, mucho más, la idea de desvanecerse. Transformarse en piedra y dejar de existir. Convertirse en suelo. La sensación de ser pisada ya la conocía. Coral tragó sangre, o a lo mejor la escupió, porque el sabor se le quedó en la boca. Después tosió diminutas perlas rojas que se unieron al inmenso charco que la rodeaba y supo que no iba a aguantar. A lo mejor tampoco quería aguantar. Saliva caliente se le desbordó por las comisuras cuando murmuró algo.

—Mamá…

Coral oyó entonces un tenue zumbido en algún lugar.

Un mosquito. Un mosquito que podría darse un festín en aquel salón lleno de sangre. Un mosquito que debía ser enorme, gigante, porque su zumbido era cada vez más intenso. A lo mejor es que no era un mosquito. Quizá era un aspirador. El de la chica de la limpieza. Que recorría todas las mañanas el hotel entero, de habitación en

habitación. Pero por qué habría venido Miriam a limpiar el hotel a estas horas. Eso no tenía ningún sentido. El cerebro confundido de Coral no la dejaba pensar con claridad. A no ser que lo que estaba oyendo fuera realmente… el rugir de un motor. La descarga de euforia alimentó la capacidad deductiva de Coral. Y entendió que era un motor. Un coche. Y estaba en esa carretera, sin duda. Lo oía desde la izquierda, o sea, que venía por el mismo carril en el que se encontraba el hotel. Y como Coral ahora medía el tiempo en latidos de corazón, calculó que quedarían unos cien latidos para que lo alcanzara.

Imaginó al coche avanzando por la carretera, sus faros iluminando la nada que lo rodeaba. Quien condujera habría visto ya el enorme cartel que crujía en lo alto del poste, aunque, desde que se habían fundido dos de las luces que lo iluminaban, no resultaba fácil leer sus letras. La O y la E apenas se veían. Años antes, una gasolinera aledaña servía combustible y vendía ultramarinos las veinticuatro horas del día, dándole al lugar una sensación de siempre abierto, como toda área de servicio que se precie. Pero eso era antes, cuando la carretera nacional era la única opción para realizar el trayecto. Después llegó la autopista de peaje y empezó a reducirse el número de vehículos que utilizaban la gasolinera. El dueño, a quien ya de por sí se le acercaba la jubilación, acabó por echar el cierre. Un domingo, colgó los surtidores por última vez y las luces de la gasolinera se apagaron para siempre. A partir de entonces, el Hotel Restaurante Plácido se quedó a solas en aquella oscuridad en mitad de la nada, iluminando la noche con su cartel o con las luces que encendieran los huéspedes de sus veinticuatro habitaciones.

Coral oyó acercarse el motor y retorció los dedos sobre el suelo.

—Mamá es…

Se empujó con los antebrazos. Sintió haber superado una prueba olímpica cuando logró sostenerse con codos y rodillas. Contó nuevos latidos de su corazón.

Ochenta y tres.

Ochenta y dos.

Ochenta y uno.

Se dio cuenta de que ya no los contaba en orden ascendente, sino descendente. Una cuenta atrás. De ella dependía que fueran los últimos ochenta latidos antes de estar muerta o los ochenta latidos en los que conseguía salvarse. Sus rodillas abrieron canales en la sangre

al gatear hasta la puerta. Cuando la agarró para abrirla, para escapar del hedor, se dio cuenta de que su hermana había dejado sus zapatillas en el umbral. Justo antes de salir. Y le invadió un nuevo pánico. El de pensar que si paraba ese coche que se acercaba por la carretera, todo el mundo iba a querer saber qué había pasado dentro de esa casa. Entender qué había ocurrido para que ella hubiera tenido que arrastrarse hasta la carretera, gateando escaleras abajo, herida de muerte por su propia hermana. Una hermana que había dejado sus zapatillas en el umbral para marcharse de allí descalza, sin dejar huellas sangrientas que ayudaran a localizarla. Solo alguien que de verdad quiere desaparecer para siempre tomaría una precaución así. Si Coral corría a pedir ayuda en ese momento, todos los secretos que escondieran esas paredes acabarían saliendo a la luz. Con la puerta aún en la mano, a Coral volvió a tentarla la paz eterna, la del corazón parado, en la que no existiría más dolor ni más sufrimiento. Si se rendía ante ella, si se convertía en suelo, Miriam los encontraría a todos muertos en el salón, con su aspirador en la mano, pero eso ocurriría en una realidad en la que Coral ya no existiría.

Mientras Coral seguía valorando si salir o no, notó en sus rodillas una rugosidad diferente. La del pasillo exterior. Porque en realidad ya había salido y se las raspaba contra el hormigón, levantándose la piel. En el suelo pintó dos surcos sangrientos y estampó manos rojas iridiscentes antes de alcanzar la barandilla de la escalera. A ella se agarró para ponerse en pie, aunque tan solo consiguió una posición encorvada en la que todo su peso se apoyaba en la propia barandilla y en el pie cuya ingle no estaba herida. El otro lo sentía frío, si es que acaso lo sentía. Su mente, que contaba de forma descendente los latidos, quiso a la vez contar los escalones que iba bajando.

Ochentaidoce.

Setentaitrece.

Sesentaiquince.

Sobre la cuenta confundida de su cerebro seguía oyendo el ruido del motor. Mucho más cerca.

Coral cayó al suelo del aparcamiento en cuanto perdió el agarre de la barandilla. Ya podía ver el brillo lejano de las luces largas, la intensidad de sus faros haciendo brillar a los insectos y las partículas de polvo que la rodeaban. El coche iba a pasar frente al hotel en breve, pero si ella seguía en el suelo, gateando o arrastrándose como una lombriz, no llegaría a tiempo de que el conductor la viera. Tenía

que levantarse. Caminar. Saltar a la pata coja si su pie de hielo no le servía.

—Mamá está…

Coral sorbió saliva caliente. Se sujetó a sus propias rodillas hasta que consiguió incorporarse. No sentía una de las piernas, pero podía usarla como un bastón de carne con el que al menos mantenerse en pie. Iluminada por la luz blanca del cartel y la única farola del aparcamiento que seguía funcionando, su figura proyectó una sombra diagonal sobre el suelo del aparcamiento, junto a las líneas blancas despintadas, casi borradas, que incitaban a todo visitante a aparcar mal. Entre muchos de esos coches, siempre mal aparcados, había jugado de niña Coral, sentada en el bordillo haciendo polvitos. Era un juego que consistía en filtrar con las manos la arena del suelo, como amasándola, hasta quedarse con la más fina.

Esa madrugada, la arenilla del aparcamiento quedó adherida a sus plantas sangrientas, que dejaron apenas dos huellas marcadas sobre el asfalto, las de los dos únicos pasos que Coral pudo dar antes de volver a desplomarse. El brillo de los faros del coche alcanzaba ya el tramo de carretera frente a ella. En apenas unos latidos, el conductor pasaría de largo. No iba a poder verla. Y Coral se moriría allí mismo. Su cuerpo sería el primero que encontraría alguna de sus tías cuando viniera a abrir el negocio al amanecer. Después subirían asustadas a la casa para descubrir los cuerpos también desangrados de Bárbara y Servando.

Y para encontrar vacía, por primera vez en muchos años, la cama de Perla.

Imaginándose tan muerta como su madre y como Servando, Coral decidió que, en realidad, ella no se quería morir. Ni quería que se acabara el tiempo ni los latidos. Ni terminar su vida sobre el suelo de un aparcamiento. Por eso clavó los codos en el asfalto y deslizó con ellos todo su cuerpo. Usó pies, rodillas, manos, convertida en un animal cuyo único instinto era el de avanzar. Arrastrarse. Solo eso. Se deslizó, gateó y reptó. Y avanzó. Y siguió avanzando. Y le pincharon los cardos de la cuneta, pero no se detuvo. El quitamiedos tampoco logró pararla. Y llegó. De alguna manera llegó porque de pronto se vio en mitad de la carretera. Ya no solo oía el rugir del motor, sino que lo sentía vibrar en el asfalto caliente sobre el que tenía sus palmas. Vio también dos faros que la deslumbraron. Y supo que tenía que gritar. Aunque sintiera que no tenía boca porque ya casi era de piedra, Coral tenía que alertar al conductor. Desechó el pánico que la tenía

enmudecida desde que Perla había salido de su habitación en mitad de la noche e invocó un grito con el que necesitaba imponerse al sonido de las ruedas, del motor, de la brisa y de los grillos para conseguir que el coche frenara a tiempo y no la arrollara. Que no la convirtiera, al final de su calvario, en ese suelo en el que se había sentido tan tentada de convertirse.

Coral sabía que del grito que profiriera frente al coche dependía su vida.

Así que Coral gritó.

El chillido retumbó en todo el aparcamiento, aunque no despertó a nadie porque no había nadie hospedado esa noche en el hotel. El grito reverberó en la cristalera del restaurante, que promocionaba su menú diario y su climatización. Calló a los grillos. Asustó a conejos y zorros que hacían su vida en el campo. Incluso Perla, allá donde hubiera huido, escucharía probablemente el grito de su hermana. Pero, sobre todo, el grito asustó a la mujer que conducía el utilitario, enfrentada de pronto a una aparición fantasmagórica frente a sus faros. El material del que están hechas las películas de terror, la imagen de una chica empapada en sangre apareciendo en mitad de la nada. Salvo que en aquella aparición fantasmagórica, la conductora del utilitario reconoció detalles muy de este mundo: el cuello de una camiseta dado de sí por algún fuerte tirón, las rodillas desolladas de quien se ha arrastrado por el suelo y, sobre todo, en los ojos, una mirada de terror abismal. Un terror que no era solo el miedo a ser atropellada, sino algo mucho más profundo. Algo que esa chica —¿o era una niña?— trataba de exorcizar en un alarido afónico que encogió la piel de la conductora. Ella ya había iniciado la frenada antes del grito, pero el sobrecogimiento la llevó a hundir más el pedal, hasta el fondo, su cuerpo lanzado contra un cinturón de seguridad que le dejaría un oscurísimo hematoma en el pecho. El coche giró sobre sí mismo, sorteando el cuerpo desplomado sobre el asfalto.

Sobre el asfalto, Coral olió gasolina, alquitrán y goma quemada. Saboreó sus propias lágrimas. Oyó abrirse una puerta, desabrocharse un cinturón. También el pitido que alertaba de que los faros se quedaban encendidos. Oyó unos pasos que se acercaron a ella. Y cuando sintió la piel cálida de los brazos que la incorporaron, como en una Piedad de carretera secundaria, Coral terminó de decir lo que llevaba intentando decir desde que Perla la dejara sola, tirada en el suelo.

—Mamá está muerta.

5

Mis dedos quedaron flotando en el aire al terminar de escribir esa frase. Al imaginar, casi experimentar, el dolor, la desesperación y el desamparo de Coral, que acababa de quedarse sola en el mundo y sentía que se desangraba en los brazos de una desconocida. Fue la conductora del coche quien reveló a la prensa la frase que Coral había pronunciado desplomada en la carretera, así que eso había ocurrido de verdad. Y la escena del crimen que yo acababa de describir era la que se trabajaba en esos momentos, basada en la información que había trascendido a los medios.

Repasé lo escrito. Dudé, como siempre, de varias frases. Las escribí de mil maneras para, en varias ocasiones, acabar dejándolas como estaban al principio. Intenté mejorar algunas metáforas, matizar esos pensamientos que le había imaginado a Coral. Eran pensamientos y sensaciones que quizá no había tenido, pero que podría haber tenido. Si iba a novelar el suceso, debía permitirme ciertas licencias, como cualquier reconstrucción. Los detalles concretos que había incluido eran todos reales. Coral de verdad me había contado que hacía polvitos de pequeña en el aparcamiento, que de verdad tenía las rayas mal pintadas. Las zapatillas de Perla de verdad se encontraron en el umbral de la puerta y de verdad las rodillas de Coral pintaron surcos de sangre en el pasillo exterior en su camino hasta las escaleras. Las mismas escaleras de la barandilla ardiente que yo había usado hacía unas horas para llegar a mi habitación. También era verdad que el dueño de la gasolinera vecina estaba a punto de jubilarse cuando decidió echar el cierre.

Releyendo el texto sentí que la decisión de haberme trasladado al hotel para escribir había sido la correcta. Solo así podía haber añadido detalles que había observado recientemente o describir ciertas cosas con la fidelidad de haberlas experimentado: la noche anterior yo mismo había oído desde mi habitación cómo crujía el cartel del hotel, había visto el efecto que creaban sobre las letras sus dos luces fundidas. Sabía exactamente lo que ponía en la cristalera de entrada al restaurante. Con lo que no había contado era con el impacto emocional de escribir sobre una persona a la que ya conocía. Al seguir el caso en las noticias, Coral era solo la víctima principal de un suceso más, otra de esas cosas horribles que pasan de vez en cuando. Pero imaginarla huyendo de la habitación, a gatas, tras haber visto de cerca

la piel herida de sus rodillas —y de haberla visto esconderse en su camisón como se refugiaría un animal indefenso en su caparazón— era una experiencia para la que no me había preparado.

Con los dedos aún en el aire, abrí mucho los ojos para que la corriente del ventilador terminara de secarlos. Antes de devolver los dedos al teclado, la sacudida de hambre que antes había ignorado regresó con intensidad. La hilera de puntos luminosos de la persiana había desaparecido. Había escrito durante horas.

6

Abrí la puerta de la habitación, las bisagras rechinaron como si estuvieran embrujadas. Aunque encontré el paisaje azul oscuro de un anochecer reciente, el aire seguía siendo tan cálido como si fuera de día. Cenar en el comedor me entretendría demasiado y quería seguir escribiendo cuanto antes, así que opté por dirigirme a las máquinas de venta automática que había visto en la planta inferior, prácticamente debajo de mi habitación. Bajé las escaleras, en las que no quedaba rastro de las huellas sangrientas de Coral. Atravesé el mismo aparcamiento de las rayas mal pintadas. A la luz de la farola mi figura proyectó una sombra diagonal similar a la que habría proyectado la de Coral en su terrible madrugada.

La máquina expendedora brillaba con intensidad en el crepúsculo, atrayéndome hacia ella como a un mosquito. Asomado al interior de la máquina, elegí como sucedáneo de cena un sándwich de envase plástico triangular, a los que solo recurría en momentos desesperados. Un poco de cafeína tampoco me iría mal si pensaba seguir escribiendo, así que saqué un café ya preparado, de los que se toman fríos. En cuanto lo recogí de la climatizada bandeja inferior, el calor ambiental cubrió el envase de gotas de condensación. Pagué acercando el móvil al lector sin contacto, momento en que oí a mi espalda un estruendo que me asustó.

Me volteé hacia el ruido. Sagrario usaba los contenedores de basura. El estruendo provenía del montón de botellas que había lanzado al reciclador de vidrio. La peste de la descomposición acelerada de la basura en verano llegaba hasta donde me encontraba. Sagrario repartió varias bolsas de basura respetando la clasificación de los contenedores. Al de cartón tiró varias cajas de leche para hostelería. En el naranja introdujo botellas llenas de aceite. No reparó en mí hasta que se dio la vuelta para regresar al restaurante. Se quedó allí parada, mirándome, los dos separados por la anchura de la calle de acceso al aparcamiento. En su mirada entendí que un saludo por mi parte no sería bien recibido, así que bajé la cabeza y di un primer paso de regreso a mi habitación.

—Buitre.

Me costaba creer que acabara de increparme de esa forma, pero la palabra había sonado alta y clara.

—Rata —añadió.

Tuve que tragar saliva antes de poder contestar.

—No soy periodista, ¿eh?

Un ligero temblor en mi voz restó firmeza a la respuesta.

Ella cruzó la calle para acercarse a mí.

—Escarbas entre la carne muerta como un carroñero.

—Investigo y escribo una novela sobre un crimen real. Lo han hecho muchos escritores.

Sagrario emitió un ronquido de desprecio.

—Venir a alojarte a donde acaba de morir gente… Hay que tener valor.

—Es un hotel, ¿no?

—No te hagas el listo conmigo. Que te echo a la mínima.

—Tu hermana…

—Yo no soy mi hermana. No te confundas.

Limitarme a rebatir su acusaciones me había colocado en una posición defensiva que no me convenía, así que traté de recuperar el control de la conversación lanzándole yo una pregunta.

—¿Por qué no te gusta que esté aquí?

Ella se cruzó de brazos y permaneció en silencio, dejando claro lo inútil que era preguntarle nada.

—¿Me dejarías hablar con Coral?

Sagrario dio una vuelta más al remango de su camisa blanca.

—¿Por qué crees que Perla ha hecho lo que ha hecho?

Negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—El que no era periodista…

—No lo soy.

—Entonces eres un buitre.

—Soy escritor.

Sagrario encontró una hebra de plátano en su antebrazo, se le habría quedado pegada de alguna de las basuras. La separó de su piel con una cara de asco que bien podría estar dirigida a mí. Desechó el desperdicio en el suelo antes de volver a mirarme.

—Buitre.

Se encaminó al restaurante dando por finalizada la conversación. El brillo de la máquina expendedora perfiló en la oscuridad su pícnica anatomía, de hombros anchos, articulaciones romas.

—Podrías al menos cambiarle el camisón a Coral —solté de pronto—. Que lo tiene manchadísimo.

Sagrario se detuvo. Permaneció de espaldas. Ambos nos dimos cuenta de que yo acababa de confesar por error que había visto a Coral. Deseé no haber metido en problemas a Ángela. Una de las manos de Sagrario se cerró en un puño. La elevó a la altura de su oreja derecha. Intuí que lo que iba a hacer era mostrarme su dedo mayor para mandarme a la mierda, y luego quizá soltarme la hostia que contenía su nombre. Sin embargo, tras unos segundos, recogió el puño como si hubiera recapacitado y decidido que no valía la pena reaccionar. Que su espalda y su indiferencia eran la mejor respuesta para el animal carroñero que ella veía en mí. Siguió caminando hasta la entrada del comedor.

Desde allí, empujando la puerta, volvió a enfilarme durante un instante.

Después miró a los contenedores, como si toda esa basura y yo fuéramos la misma cosa.

7

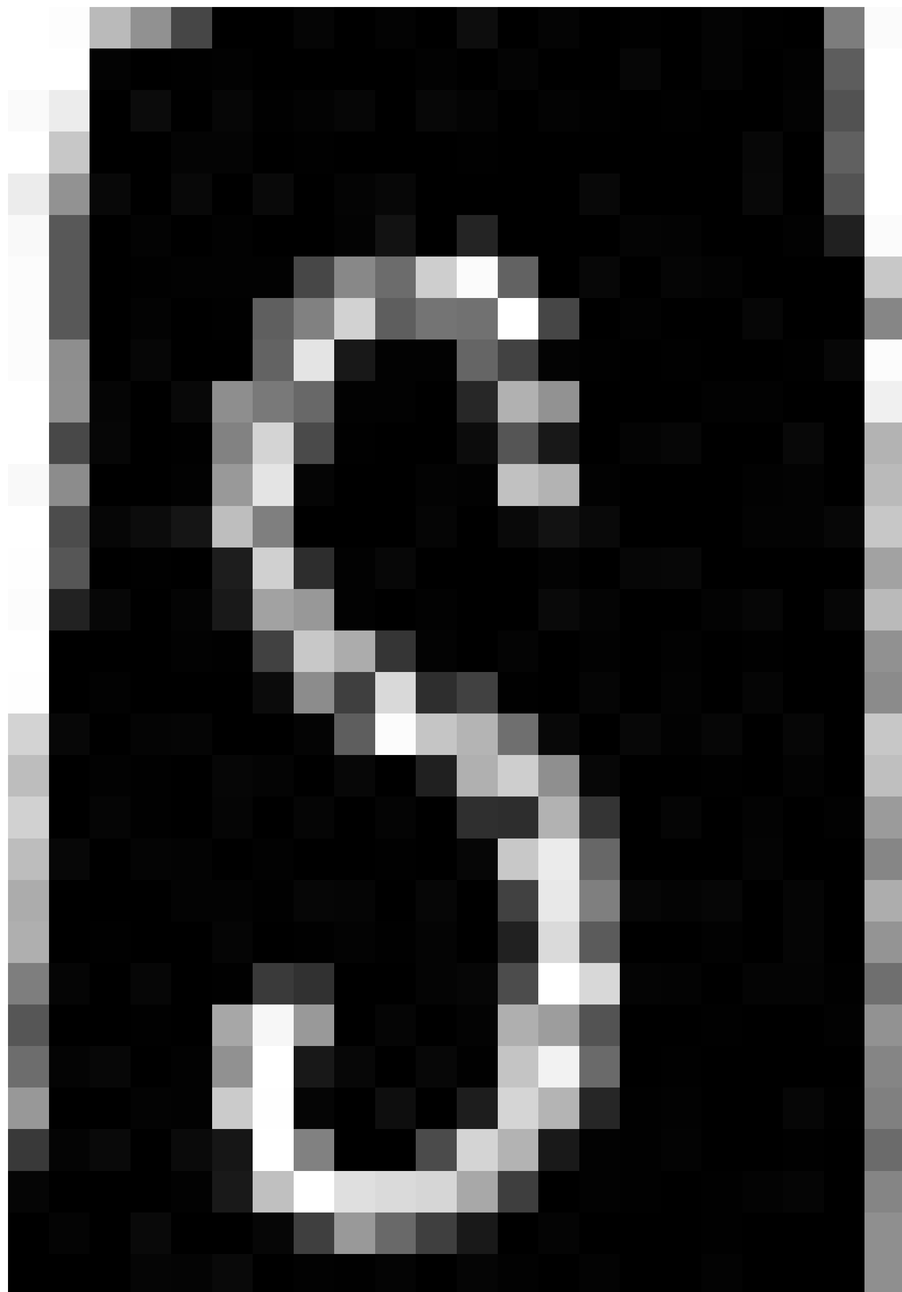
De regreso a mi habitación, vi algo bajo la puerta, en el suelo. Temí que fuera una cucaracha —como la que había visto la noche anterior al bajar del coche— y pegué un salto hacia el escritorio. Dejé el sándwich y el café junto al ordenador dando tiempo al insecto para escapar y permitirme cerrar la puerta.

Encendí la lámpara de la mesita de noche, una que tenía un agujero triangular en la pantalla y proyectaba el polígono por toda la pared. La luz principal de la habitación eran tres bombillas en el techo de una deprimente luz blanca que iba a evitar encender todo lo posible. Prefería la acogedora luz naranja de esa lámpara rota aunque su agujero en la pantalla deslumbrara desde ciertos ángulos.

La cucaracha seguía en el mismo sitio, pero, a la luz, distinguí que, en realidad, no era una cucaracha. Era algo mucho más fino y no tenía patas ni antenas. El supuesto insecto parecía más bien algo hecho con papel.

Lo recogí del suelo y me senté en la cama, junto a la lámpara de la mesita.

Lo que tenía entre los dedos era, en efecto, algo elaborado con papel. Como una manualidad. Sobre una cartulina rectangular, más pequeña que una tarjeta de crédito, se encontraba pegada otra cartulina, esta recortada con una forma curva. Encima de esta, había grapada una tercera cartulina con la misma forma pero algo más fina, para que la inferior generara el efecto de un borde. Todo estaba decorado con purpurina y una imitación de brillantes en forma de diminutas pegatinas.



Reconocí una letra «S». O también podía ser un «5». Casi con total seguridad, el papel no había estado ahí cuando salí de la habitación para bajar a las máquinas expendedoras, así que alguien lo había metido por debajo de mi puerta mientras hablaba con Sagrario.

Me asomé a la puerta y miré a las ventanas de Coral. Había una

encendida, la de la habitación que contenía la cocina. Esa noche cenaba con ella su tía Ángela, aunque era Sagrario quien iba a quedarse a pasar la noche con la niña. Valoré si Coral habría burlado la vigilancia de su tía unos segundos para salir y dejarme esa letra por debajo de la puerta, o si su tía se lo habría permitido. Valoré incluso que no hubiera sido Coral quien la había dejado. Salí al pasillo exterior para comprobar el resto de ventanas del hotel. Todas apagadas. Ahí no había nadie más. Además, los colores de las cartulinas, la purpurina, los brillantes, toda la idea de la manualidad en general hacía pensar en el trabajo infantil y femenino de una chica.

Entré a la habitación y cerré la puerta con llave. Jugueteé con la cartulina entre los dedos mientras cenaba. Probablemente era un regalo que Coral me hacía tras habernos conocido esa mañana. Un detalle cortés con el que quería demostrarme que a lo mejor, de verdad, podíamos llegar a ser amigos. Era una ofrenda un tanto infantil para una chica de trece años, pero también en nuestra conversación ella me había parecido más pequeña de lo que era. Lo que no entendía era por qué me regalaría una «S» o un «5». Quizá no fuera ninguno de los dos, sino la representación de un gusano o una serpiente.

Terminé de cenar y metí la manualidad en una carpeta de las de documentación. Ya le preguntaría directamente a Coral cuando tuviéramos una nueva oportunidad de hablar. Retiré de la mesa el envoltorio del sándwich, restos de migas, el vaso de cartón vacío.

Abrí el ordenador.

El cursor parpadeaba junto al punto final de la frase que había pronunciado Coral en los brazos de la desconocida que la recogió en la carretera: «Mamá está muerta». Introduje un salto de página para cambiar de capítulo. En este, aunque iba a retomar la historia apenas unos minutos después de ese momento, iba a cambiar de punto de vista. Necesitaba la mirada de otro personaje que contara, desde fuera, lo que se encontró esa noche al llegar al hotel. Y elegí la mirada de la guardiacivil a la que yo había visto esa misma mañana en el comedor, la de la rígida postura y el andar militar —ella y su compañero se encontraban muy cerca del hotel cuando saltó el aviso y habían sido los primeros en llegar a la escena del crimen—. Disponía, además, de varias declaraciones suyas en medios a partir de las cuales novelizar el capítulo.

Paredes enfermas

Nada más bajar del coche patrulla, la agente de la Guardia Civil apretó la mano de Coral en el asfalto y le prometió que estaba a salvo. No le preguntó nada sobre lo ocurrido. Solo le pidió su nombre. Y lo usó para repetirle con total seguridad que iba a ponerse bien.

—Coral, vas a ponerte bien.

Le dijo que enseguida llegaría la asistencia sanitaria que necesitaba. Apenas un minuto después, el aullar y el brillo de una sirena en la noche anunciaron a la ambulancia. De un frenazo, el vehículo se detuvo junto a la víctima. La guardiacivil separó a la conductora del utilitario, que todavía arrullaba a Coral como si fuera su propia hija.

—Vuelva al coche —le dijo—. Y retírelo al arcén. Deje trabajar a los paramédicos.

Otros dos turismos frenaron en la carretera activando sus luces de emergencia. La agente dejó a su compañero al cargo de lo que pudiera liarse allí fuera. Ella atravesó el aparcamiento, sacudiendo mosquitos de su cara. Localizó la única puerta abierta en el primer piso. La experiencia le decía que ahí ya había pasado todo lo que tenía que pasar: en escenas del crimen culminadas existía una escalofriante quietud fácilmente identificable con algunos años de trabajo a las espaldas. Aun así, empuñó el arma mientras subía las escaleras, esa misma experiencia recomendaba también no confiar nunca del todo en ninguna intuición. El terrible aspecto del pasillo exterior, manchado con trazos de sangre dibujados por manos y rodillas, sirvió de macabro anuncio a lo que encontró al acceder a la vivienda y encender la luz. Un líquido que corre por el interior de venas y arterias no debería estar empapando sofás, goteando desde una silla, secándose al aire como si fuera pintura fresca. Enseguida localizó los dos cuerpos de los que emanaba la sangre: una mujer en el suelo y un hombre en el sofá. Las heridas en ambos eran de arma blanca, la de ella en el abdomen, y la de él, en el cuello. La cara tatuada del hombre confirmó a simple vista a la agente que se trataba del padrastro de las niñas: Servando. El cadáver de la mujer sería, salvo sorpresa mayúscula, el de Bárbara. De las dos hijas, a quien la ambulancia atendía en la carretera era a Coral, así que la única que podía seguir con vida allí dentro era la otra. La agente la llamó por su nombre:

—¿Perla? Perla, ¿estás aquí?

La agente se adentró en el salón. Un sonido adhesivo acompañó cada uno de sus pasos, el de la suela de sus zapatos despegándose de la sangre.

—¿Estás bien? Somos la Guardia Civil. No tengas miedo.

En estado de alerta, la agente aguzó el oído en busca de la más leve respuesta. Observando el estampado de sangre en el suelo, pudo visualizar la pelea y los forcejeos que lo habrían causado. Se adivinaban pies arrastrándose, cuerpos rodando, caderas apoyándose, codos clavándose. Había huellas de zapatillas, de botas, de pies descalzos. Cuatro personas enzarzadas como gatos callejeros. La agente imaginó el eco de los gritos que habrían acontecido ahí minutos antes. Casi pudo oír la sorpresa en las gargantas, el miedo en las voces, las amenazas, los insultos, las súplicas.

—¿Perla?

Nada.

Ni las más mínima reacción.

Hasta que sí oyó algo. Como un susurro. Más bien una respiración dolorosa.

—Perla, ¿dónde estás?

Se oyó un estertor de agonía. La agente decidió dejar de lado su avance precavido y sigiloso. Debía encontrar cuanto antes a esa joven que agonizaba en algún rincón de la casa.

Antes de que pudiera dar la primera zancada, algo atrapó su tobillo.

Una mano.

Había cazado su pierna desde el suelo. La agente vio los dedos que la apretaban sin entender qué era esa araña sangrienta que parecía comerse su tobillo. Siguió el brazo al que pertenecía, una tensa estaca de músculo congestionado, hasta acabar en el cuerpo de la mujer a sus pies. Desde el suelo le imploraba, con los ojos muy abiertos, un rostro desfigurado por la agonía. La mujer intentó decir algo, pero las palabras quedaron reducidas a un gorjeo de sangre que la atragantó.

La agente se acuclilló junto a la víctima. Le levantó la cabeza.

—Eres Bárbara.

La cara agónica asintió levemente. La agente comunicó a su compañero que había otra persona viva en el interior de la vivienda. Que era la madre de las niñas. Y que necesitaba ayuda urgente.

—Me… muero…

—No, Bárbara. No te mueres. Vienen enseguida a ayudarte.

Los ojos parpadearon lentamente.

—Bárbara, ¿dónde está tu hija? Dime por favor dónde está tu hija.

La mano en su tobillo apretó tan fuerte que dolió.

—Bárbara. ¿Dónde está Perla?

A Bárbara los ojos se le cerraron. La guardiacivil le sacudió la cara.

—Bárbara, no te me duermas —pronunciaba su nombre insistentemente para mantener su atención en este plano de realidad —. Necesito saber dónde está Perla.

—Ella… ha… —murmuró con los ojos cerrados—… Perla…

La agente dio una bofetada a Bárbara para que reaccionara. Los ojos se le abrieron demasiado, de manera antinatural, como los de una muñeca antigua. No articuló palabra. La agente dejó descansar su cabeza en el suelo y desabrochó los dedos que estrangulaban su tobillo.

—Enseguida te ayudan, Bárbara.

La agente miró la herida sangrante en su estómago. El corte profundo de un cuchillo ancho. No pintaba nada bien.

—Solo tienes que aguantar un poco más, Bárbara —le dijo antes de levantarse—. Yo necesito encontrar a tu hija.

En el salón había una mesa redonda de comedor, el sofá de tres plazas con el cuerpo de Servando, un mueble destartalado, grande, colocado contra una pared, y una televisión plana de más de sesenta pulgadas. Un lujo tecnológico completamente fuera de lugar en una vivienda de mobiliario anticuado y nula decoración. Las paredes vacías tan solo mostraban regiones más claras dejadas por antiguos cuadros, clavos al aire que no sujetaban nada y manchas de humedad en las cornisas

superiores. La agente barrió con la mirada la estancia buscando el arma del crimen. No la encontró. Un tabique mal construido separaba este salón de la mitad posterior de la habitación original, que hacía las veces de dormitorio. La cama de matrimonio y el contenido sobre las mesitas —un cenicero lleno de colillas, vasos vacíos, unas cuantas latas de cerveza aplastadas— revelaron a la agente que se trataba del cuarto de la pareja.

—¿Perla?

La agente miró debajo de la cama. Tan solo encontró polvo, tapones de botellas y pelusas. Abrió el armario. De la barra colgaban un montón de perchas vacías. Varias prendas se apilaban sobre dos sillas en una esquina de la habitación. Ningún textil de aquel cuarto —ni las sábanas, ni la ropa, ni las cortinas— olía a limpio. Las cortinas eran pequeñas, del tamaño justo para cubrir una estrecha ventana que correspondería al baño en la original habitación hotelera. Daba a la parte posterior de la construcción, un abandonado solar de piedras, cascotes y hierbas secas que se achicharraban cada día con el sol de la mañana. La agente, en plena madrugada, tan solo vio oscuridad. Calibró el tamaño de la ventana valorando si Perla podría haber salido por ella. Sí, era suficientemente grande incluso para un adulto. Lo que no parecía tan fácil de sortear era la caída desde esa altura. No mataría a nadie, pero tampoco daban muchas ganas de arriesgarse a saltar y fracturarse las piernas con un mal aterrizaje. En la pared exterior no había ninguna tubería, saliente o cornisa que pudiera servir de asistencia para bajar.

La agente regresó al salón. A su derecha vio el acceso a la cocina y el baño, ubicados en lo que habría sido otra habitación de hotel. A su izquierda, una tercera habitación se había dividido en dos dormitorios. Las puertas de ambos estaban entornadas.

—Perla, voy hacia los dormitorios. Contéstame si me oyes.

El primer cuarto que abrió, el posterior, tenía una cama individual deshecha, pegada a la pared. Sin cabecero ni mesilla. Un flexo barato descansaba directamente en el suelo. Un burro hacía las veces de armario, con camisetas, pantalones colgados. Algún vestido. En el suelo, tres pares de calzado. También había un mueble estantería medio vacío, con libros dispersos, juegos de mesa, alguna muñeca, algún peluche. Un aparato de música antiguo. Las paredes presentaban el mismo aspecto descuidado del salón, aunque el tramo a lo largo de la cama estaba lleno de pegatinas. Eran estrellas, corazones, sirenas. Además, había dos decoraciones grandes. Una era

el letrero, probablemente robado por su madre o por su padrastro, de alguna calle que se llamaba como la niña a la que pertenecía la habitación. Una chapa grande de color azul oscuro con letras blancas que escribían: Calle Coral. La otra decoración, pegada sobre un pequeño escritorio, era el póster turístico de una playa. La ventana era una ventana estrecha como la del otro dormitorio, que daba al mismo solar trasero. Tampoco por ahí saltaría nadie.

La agente se desplazó al otro cuarto, la mitad delantera de la habitación original de hotel. Su ventana, grande, era la que daba al pasillo exterior. La persiana estaba completamente bajada. Del exterior llegó el sonido de otra sirena acercándose al hotel. El olor de la sangre y de los cuerpos abiertos en el salón inundaba toda la vivienda, pero aun así resultaba identificable en el cuarto el aroma a medicamento, a encierro. Según contaría la guardiacivil más tarde a un periodista —solicitando un off the record que el medio acabó quebrantando—, todo en aquella habitación resultaba deprimente y siniestro. Dijo que hasta las paredes parecían enfermas, como si estuvieran revestidas de piel infectada. La cama, vacía y con la sábana tan enredada que una de las esquinas tocaba el suelo, era más grande que la de la otra habitación. También disponía de mesitas, dos, pero ambas estaban ocupadas casi en su totalidad por cajas y botes de medicamentos, además de jeringas, sondas, gasas. Una caja con un centenar de guantes azules de nitrilo aparecía caída en el suelo, como si acabara de usarse. En un rincón había unas muletas, en otro, una silla de ruedas plegada. No se había hecho ningún esfuerzo por aligerar el ambiente de la estancia, embellecerlo de alguna manera. Nada en ese lugar permitiría olvidar a la niña enferma que durmiera ahí, ni durante un segundo, el hecho de que estaba enferma. Era como la habitación de hospital más desordenada y triste del mundo. En una de las paredes había un letrero igual al de la habitación de su hermana. Calle Perla.

—¿Perla? —preguntó la agente.

Se hacía extraño pronunciar un nombre tan bonito en aquel tétrico escenario. Y más cuando empezaba a ser evidente que la niña no estaba allí. La agente oyó pasos trotando por la escalera exterior. A los paramédicos que entraron en el salón les indicó dónde se encontraba Bárbara.

Ella continuó el registro por la cocina, a la que se accedía sin puerta a través de un gran espacio abierto desde el salón, como si hubieran tirado la mitad de la pared que separaba las habitaciones del hotel. Un fluorescente en el techo parpadeó varias veces antes de encenderse del

todo. Iluminó un tendedero desplegado del que colgaban prendas que seguían sucias. Los platos acumulados en el fregadero rebasaban la llave del grifo. En la encimera había latas y botellas, filtros de café llenos de posos, fiambreras con restos de comida. Una mosca voló desde algún resto cárnico hasta la mano de la agente, que avanzó por la cocina tratando de no pisar el montón de cubiertos desperdigados por el suelo. El cajón al que pertenecía estaba tirado en una esquina. Ninguno de los filos presentaba manchas de sangre, tampoco entre esos cuchillos se encontraba el arma del crimen. Al calor de la noche, la nevera sonaba como un motor al ralentí. No tenía imanes, ni notas, ni dibujos infantiles pegados a su puerta, tan solo manchas de salpicaduras y huellas dactilares de chocolate y grasa. En los dos fogones eléctricos había restos de salsa de tomate quemada. Una olla con espaguetis secos pegados al fondo. El extractor del baño sonó con intensidad al encender el interruptor. La luz descubrió una estancia aún más sucia que la cocina. El lavabo y el espejo debían de llevar meses sin limpiarse, solo de esa manera exhibirían tantas manchas de dentífrico, maquillaje, saliva. Los olores a tubería y humedad competían por dominar el ambiente. La cortina de la ducha, o la bañera, estaba echada. Era el último sitio en el que la agente podía encontrar a Perla. Quizá se había escondido ahí, atemorizada por lo ocurrido. O apesadumbrada por lo que ella misma había hecho.

—Dime si estás en la bañera, Perla.

Antes de alcanzar la cortina, la agente se dio cuenta de que, con todo lo sucio que estaba el baño, no había ni una gota de sangre en el suelo. Era imposible haber llegado desde el otro lado de la vivienda hasta ahí sin mancharse, así que la niña no iba a estar en la bañera.

La guardiacivil descorrió la cortina segura de que no encontraría nada.

Pero vio a alguien dentro.

Luchó contra el súbito terror que la invadió, hasta darse cuenta de que no era más que su propio reflejo en la ventana, una tan estrecha como las que había visto ya en las otras estancias. La bañera, como había esperado, estaba vacía. Todas las piezas metálicas estaban oxidadas, la cerámica blanca presentaba una capa oscura de roña. Decenas de botes de champú y gel de baño que no se habían desechado al vaciarse se amontonaban en las esquinas. El moho había empezado a crecer debajo de algunos y también a lo largo de las juntas entre bañera y pared.

La agente dio una sacudida de impotencia a la cortina.

Desde la estancia de al lado llegó un grito. La agente atravesó la cocina. En el salón, los paramédicos se llevaban a Bárbara en una camilla. Iba inmovilizada y tenía los ojos cerrados, pero gritaba a la nada una y otra vez, como si lo que había ocurrido, fuera lo que fuera, aconteciera de nuevo frente ella. Como si siguiera atrapada en una pesadilla.

Al quedarse sola en la vivienda, la agente sintió el triste escalofrío que generaba ese espacio. La terrible sensación de abandono en un lugar que debía ser el hogar de cuatro personas, incluyendo a dos niñas. Del suelo recogió unas zapatillas deportivas, la tela blanca y la puntera de goma teñidas de rojo. A sus suelas pertenecían muchas de las huellas alrededor del sofá. Por todo el salón. Se mezclaban con otras huellas que se corresponderían con las suelas de las botas que aún calzaba Servando, tirado en ese mismo sofá. El resto era un montón de marcas de pies descalzos. Pies que huían y resbalaban y que pertenecerían a la madre y a la otra hermana, porque eran de diferente tamaño.

La agente echó un último vistazo a la estancia confirmando lo que había pensado nada más llegar al lugar. Que en aquella escena del crimen estaba todo dicho. Y que su autora, la responsable de esa carnicería, escapaba ahora mismo alejándose de ahí. Lo hacía, casi seguro, corriendo descalza por el campo. Pronto vería sangrar sus talones y tendría que parar. En cuanto amaneciera, la encontrarían agotada, agazapada contra algún matorral que le ofreciera aunque fuera un poco de sombra. La agente deseó que así ocurriera.

Enseguida, corrió escaleras abajo, donde ya se agolpaba una segunda ambulancia, otro coche patrulla. Le preguntó a su compañero si habían encontrado a la otra hermana. El agente la guio hacia el interior de la primera ambulancia.

—A la hermana, no —respondió él—. Pero sí el arma del crimen.

La señaló.

La habían encontrado clavada en la ingle de Coral.

Uno de los paramédicos explicó que no iban a extraérsela hasta llegar al hospital. Coral, inmovilizada en la camilla, respiraba asustada viendo el arma surgir de su propia carne. La agente apretó su mano, como había hecho antes en la carretera, y le preguntó si era su hermana quien le había hecho eso.

—¿Ha sido Perla?

Coral solo la miró, sin articular palabra. Parpadeó en silencio. Podía estar muda del miedo, del shock, o quizá tan solo intentaba proteger a su hermana de la mujer con uniforme que había venido a llevársela a la cárcel.

—No hace falta que la protejas, Coral. Si ha sido ella, seguro que hay una explicación. Sois muy jóvenes y no sois responsables de nada —dijo de la manera más amable que pudo—. Acabo de ver vuestra casa.

Querría haber completado la frase explicándole que cualquier cosa que hubiera pasado en esa pocilga sería culpa de los cabrones irresponsables que permitían a dos niñas vivir de esa manera, pero se contuvo.

—Coral, dime si todo lo ha hecho tu hermana. Si ella atacó a la familia entera. Contéstame solo con la cabeza si quieres.

La niña se mantuvo en silencio.

—¿Ha sido Perla?

Coral no dijo nada.

—Ha sido ella, ¿verdad?

Sin casi mover la cabeza, apenas con un movimiento de barbilla, Coral terminó asintiendo.

—Muy bien, Coral. —Le masajeó la mano con su pulgar—. Ahora necesito saber dónde está tu hermana.

La niña no contestó.

—¿Está por aquí? ¿Sabes si está por aquí?

Tras pensarlo unos segundos, Coral movió los ojos a un lado y a otro. Podía indicar el temor a verla aparecer en cualquier momento, pero la guardiacivil lo interpretó como una mínima negación de cabeza.

—¿No está aquí? —quiso confirmar.

Coral repitió la leve negativa.

Agotada, descansó su cabeza en la camilla.

—¿Y dónde está? Dime dónde está tu hermana.

A Coral se le cerraron los ojos.

De su garganta dolorida emanó un susurro:

—Ha escapado… —Coral se vació con una exhalación agotada—. Por fin se ha escapado.

Uno de los paramédicos separó a la agente de la camilla urgiéndola a que abandonara la ambulancia, mientras ella le prometía a Coral que iba a estar bien. Y su hermana también. Que encontrarían a Perla y las ayudarían a las dos en todo lo que pudieran. Que tenía que entender, por favor, que no estaban solas.

8

En mi habitación, dejé escapar un suspiro tan profundo como el que acababa de atribuirle a Coral en la novela. Escribir sobre ella, imaginarla padeciendo esos trances seguía afectándome más de lo que hubiera podido anticipar. Sobre el escritorio, tenía impreso el primer retrato que la prensa publicó de Perla, el mismo que se había usado en los carteles de búsqueda.

—¿Dónde estás? —le pregunté a la imagen.

Era una foto hecha en su dormitorio, en la cama. Mostraba a una niña que quizá intentaba sonreír, pero no lo conseguía. Tenía la sábana a la altura del pecho. Un pañuelo cubría su cabello, o la falta de él. Las sombras bajo sus párpados eran de un morado oscuro, casi negro, y su piel mostraba un tono cetrino nada saludable. Sus labios se veían muy secos, cortados. Tenía los ojos enrojecidos, algo inflamados, como si hubiera llorado o experimentara alguna reacción alérgica. De su nariz, emergía un tubo sujeto con esparadrapo a su tabique y a uno de sus pómulos: una sonda nasogástrica a través de la cual se estaría alimentando en el período en el que se tomó la fotografía. Nadie, ni siquiera las tías de las niñas, se habían referido a la dolencia exacta que padecía Perla. La prensa tampoco se había atrevido a ponerle nombre. El consenso tanto familiar como mediático era que Perla padecía una de esas enfermedades denominadas raras. En televisión, una colaboradora de un programa había preguntado si no habría sido mejor compartir una fotografía en la que se viera mejor a la niña, sin gorros ni sonda, una fotografía en la que apareciera sana, pregunta que fue seguida de un incómodo silencio hasta que alguien le explicó a la colaboradora que no existían fotos de la niña sana, porque llevaba toda su vida enferma. En cualquier caso, para evitar confusiones y para facilitar un posible reconocimiento popular, se aclaró a la población que la niña en esos momentos no llevaría la sonda nasogástrica. Mirando la foto, traté de imaginar a Perla sin la sonda, sin el pañuelo en la cabeza. Traté de borrar sus ojeras, calmar sus ojos, avivar el tono de su piel y engordar un poco aquel rostro tan vacío en el que la piel parecía haberse encogido, acercándose al hueso. Imaginé también unos labios sanos como los que le había visto a Coral. Así logré encontrar en sus facciones un parentesco más que obvio entre las dos. Ambas hermanas se parecían mucho entre ellas y a su madre, cuyo retrato tenía también sobre la mesa.

Aparte de esos dos retratos, había dispuesto sobre el escritorio varias de las imágenes publicadas del interior de la vivienda. Aunque habían emergido algunas de la noche del crimen —captadas y publicadas por los medios menos respetuosos, usando teleobjetivos o directamente saltándose los precintos y asomándose a las ventanas—, las más valiosas para mi texto habían sido las de un anuncio que se había publicado en un portal inmobiliario unos meses antes y que, tras el impacto mediático del crimen, algún hábil internauta había rescatado y compartido en redes sociales. Por lo que se dedujo, Bárbara, Servando, o los dos juntos, habrían decidido vender la casa en un momento de intoxicación y habían subido el anuncio incluyendo decenas de fotografías de la vivienda, la cual mostraron sin reservas. Mostraron el deplorable estado de la cocina, del baño, de la bañera con la roña. Mostraron el dormitorio con las botellas vacías y los ceniceros llenos. Allanaron la intimidad de sus hijas mostrando fotos de sus habitaciones, en las que no solo se veían los carteles robados de las calles con sus nombres, sino todas las medicinas que necesitaba Perla y hasta la ropa interior de las niñas. Lo que confirmó que la publicación era un arrebato lisérgico sin sentido alguno —y razón por la que el portal acabó retirando el anuncio a las pocas horas— fue el precio que pusieron a la vivienda: el mismo que el de un café en la cafetería del hotel.

Mis ojos se movieron entonces a la página de un periódico con una foto de la ambulancia que llevó a Coral al hospital. Pertenecía a una de las primeras noticias publicadas sobre el suceso, una que mencionaba en el titular a las dos supervivientes de un brutal e inexplicable crimen familiar. En contra de lo que había dicho Coral en la carretera a la mujer del utilitario, su madre no estaba muerta. La agente de la Guardia Civil había llegado a tiempo de salvarle la vida a Bárbara, que permanecía en la uci conectada a un respirador y en estado crítico. Coral estuvo ingresada tres noches, aunque ya se mostró estable y con buen pronóstico después de la primera, tras despertar de catorce horas de sueño. Aparte de raspones y magulladuras varias, su única herida grave era el corte en la ingle. Por suerte, el cuchillo no había seccionado la arteria femoral —lo cual habría condenado a Coral a desangrarse allí donde cayó—, y la herida había evolucionado muy favorablemente tras cerrarla con puntos de sutura. Las heridas psicológicas y emocionales tardarían más en sanar. Ningún intento de tomarle declaración o interrogar a Coral sirvió de mucho, porque la niña empezaba a temblar en cuanto le mencionaban la noche del crimen. Su mirada se escapaba al suelo y su mandíbula se tensaba como si activara un sistema de seguridad que le cerrara la boca. Varios profesionales aconsejaron sacar cuanto antes a la niña del

hospital y devolverla a algún lugar familiar. Ambas tías insistieron en llevársela a sus casas. Ellas vivían a once kilómetros campo adentro, en dos de los tres pueblos más cercanos al hotel. La propia Coral, sin embargo, pidió permiso para regresar a su casa. La escena del crimen había sido liberada tras la finalización de todas las pesquisas y diligencias criminalísticas, judiciales y forenses —solo faltaba una profunda limpieza y el recambio del mobiliario insalvable—. Coral defendió que su casa era el sitio al que volvería Perla si decidía volver, y ella quería estar ahí para recibirla. Tanto Sagrario como Ángela trataron de quitarle la idea de la cabeza, pero Coral insistió en que quería dormir en su cama. A efectos prácticos, la idea podía resultar conveniente, pues era el lugar en el que más acompañada iba a estar la niña. Durante el día, tenía a sus dos tías trabajando a un minuto de ella, a su total disposición. Y por las noches, siempre dormiría con Coral alguna de ellas.

Dirigí la mirada de nuevo a la foto de Perla.

—¿Dónde estás? —volví a preguntarle—. ¿Estás bien?

Perla no había aparecido descalza y agotada en el campo a la mañana siguiente del crimen —pensamiento que le había adjudicado en mi texto a la guardiacivil—, sino que seguía desaparecida seis noches después. El problema añadido era que la huida ponía en riesgo su salud al interrumpir tan bruscamente su pauta de medicamentos, por lo que, a medida que seguían pasando los días, aumentaba la preocupación por su vida. Muchos esperaban ya que la fuga de Perla acabara en tragedia y la chica apareciera atropellada en una cuneta, ahogada en una acequia o deshidratada en algún solar.

—¿De qué has escapado? —le pregunté a la foto.

La niña de la sonda en la nariz permaneció muda.

9

Dando por finalizada mi sesión de escritura, hice una copia de seguridad del proyecto, ordené la documentación dispersa sobre la mesa circular de mi habitación y me preparé en el baño para irme a la cama.

Rendido como estaba, me quedé dormido nada más caer de espaldas sobre el colchón.

Y desperté con la misma brusquedad.

Notaba el estómago encogido por el susto que me había provocado algún ruido que no fui capaz de discernir si pertenecía al sueño o a la realidad. Desorientado en la oscuridad, dirigí la vista al fulgor rojizo en una de las mesillas, el de una radio despertador tan vieja como el televisor. La bruma luminosa se fue enfocando hasta que pude leer los números digitales: 3:17. A esas horas, sería una pesadilla la que me había despertado, no era raro que se inmiscuyeran en mi sueño tras largas jornadas de escritura.

Pero enseguida oí algo más. Fuera de mi habitación.

En el aparcamiento.

Unas voces. Susurrando.

Perla.

Fue lo primero que pensé. Que había aparecido Perla. La imaginé allí abajo, hablando con su hermana, o con su tía, contándoles, agotada, su odisea. Encendí la lamparita. Me levanté y apagué el ventilador. Colocando el elástico de mis calzoncillos, me dirigí a la puerta, con la intención de abrirla. Hasta que reconocí la voz de un hombre. Y mis dedos se detuvieron alrededor de la manilla.

—… se te ocurre venir —dijo ahora un susurro femenino—. Que estamos en todas las noticias.

Ambas voces poseían un tono furtivo que me puso en alerta. El contenido de la conversación podía ser una de esas informaciones privilegiadas que aspiraba a conseguir trasladándome hasta el lugar de los hechos. La posibilidad me instó a regresar, de puntillas, a la

mesita. Apagué la luz. Comprobé que mi persiana seguía tan bajada como la había dejado por la tarde. Ojalá quienes estuvieran en el aparcamiento no hubieran visto iluminarse la hilera de agujeros que no terminaba de cerrarse bien en la parte superior. A tientas, llegué de nuevo hasta la puerta. Al tacto, encontré la mirilla. Y encajé un ojo en ella.

El cristal sucio me ofrecía una imagen borrosa y curvada del pasillo exterior de mi habitación. También podía ver parte del aparcamiento, iluminado por la solitaria farola de siempre, pero también por otras luces desconocidas: las que se había dejado encendidas un camión de mercancías detenido frente a las habitaciones del hotel. Habría sido el frenazo, o el relincho mecánico del vehículo al apagar el motor, lo que me había despertado.

Los susurros continuaron sin que lograra distinguir más que palabras sueltas.

—… momento…

—… ansioso…

—… me la suda.

No identifiqué quién decía qué, aunque empezaba a quedarme claro que eran, al menos, dos personas hablando. Un hombre y una mujer. Pegué el ojo lo más que pude al cristal de la mirilla, pero no había manera de localizarlos en el escaso campo de visión que me ofrecía el pequeño agujero.

En el lateral del camión distinguí algún dibujo en el remolque, quizá coloreado en naranja, verde, amarillo. También unas letras que me esforcé por leer. Desde mi perspectiva, resultaba imposible descifrarlas.

—… ni puta idea —entendí decir a la voz masculina.

Pegué la oreja a la puerta, esperando mejorar mi audición. Los susurros resultaron aún más débiles. Necesitaba escuchar la conversación. Saber, al menos, quiénes la estaban manteniendo. Una de las personas tenía que ser Sagrario, solo ella y la niña dormían conmigo en el hotel a esas horas. Pensé en abrir la puerta. Acercarme sigiloso a la barandilla del pasillo exterior. Espiarlos agazapado desde las alturas. Pero recordé que las bisagras de la puerta rechinaban como si estuvieran embrujadas. Me oirían abrir. Y entonces callarían.

Opté por acercarme a la ventana, que estaba abierta, por detrás de la persiana bajada. Aunque afiné el oído, los susurros volvían a sonar como un murmullo indescifrable. Solo registraba los cambios en la intensidad de las palabras, la inconfundible cadencia de una discusión. Abriendo la persiana podría oír algo más, pero sabía que las lamas de plástico crujirían haciendo casi tanto ruido como las bisagras de la puerta.

Decidí asumir el riesgo.

Sequé el sudor de mis manos en la camiseta de dormir que llevaba —miles de lavados habían casi borrado el estampado publicitario de una maderería—. Soplé las palmas como el gimnasta que se dispone a realizar un ejercicio de precisión. Agarré la cinta con ambas manos. Concentré la tensión en mis hombros. Tiré de ella de la manera más suave que fui capaz. Cuando la persiana respondió a la tracción de la cinta, se produjo un crujido. Cerré los ojos, contuve la respiración.

Ahora la conversación del exterior se interrumpiría, porque me habrían oído.

Pero los susurros continuaron.

Me permití un discreto suspiro de alivio y mantuve la ínfima presión con la que tiraba de la cinta. Las lamas se fueron separando en silencio, poco a poco, abriendo más hileras de agujeros entre ellas, como decenas de nuevas mirillas. Cuando la última lama inferior se separó del alféizar, el peso de toda la persiana se reajustó, emitiendo una ráfaga de crepitaciones plásticas que, a mis oídos, causó un estruendo similar al de las botellas de Sagrario cayendo al contenedor de cristal.

Aquello tenían que haberlo oído.

Había sonado como un trueno de verano en mitad de la noche.

Permanecí inmóvil, sin respirar, sin mirar, con los antebrazos en tensión.

La conversación exterior se había detenido.

En el silencio resultó audible el crujido metálico del cartel del hotel, mecido por la brisa nocturna.

Me mordí los labios.

El sonido de un motor lejano nació en el lugar indefinido, perdido en el horizonte, desde el que se iniciaba el particular oleaje de la carretera. Era necesario esperar un poco antes de poder identificar en qué dirección circulaba el vehículo. Este lo hacía por el carril opuesto a aquel en el que nos encontrábamos. Su rugido fue creciendo, acercándose, hasta romper contra el hotel como la ola de una potente marea contra las rocas. Después la ola se marchó como se marchó el coche y el ruido volvió a desvanecerse en un lugar indefinido del horizonte, devolviendo su calma habitual al aparcamiento.

En el recuperado silencio, los susurros resultaron audibles de nuevo.

El hombre y la mujer habían retomado la conversación. Quizá el estruendo de la persiana no había sido para tanto, o quizá pensaron que el ruido provenía del cartel del hotel o del coche que atravesó la carretera. La tensión contenida en mis hombros comenzaba a doler, pero la mantuve para seguir subiendo la persiana de la forma más suave posible. Cuando el espacio de separación con el alféizar superó los tres dedos, asomé los ojos. Si la mirilla me había ofrecido una limitada y eclipsada visión de túnel, ante mí se abría ahora una escena en formato panorámico. Entre los barrotes de la barandilla, veía una gran superficie del aparcamiento. Y podía ver, sobre todo, el otro lado del camión.

Que era donde se encontraban las dos personas.

Una de ellas era Sagrario, su figura tan recia como el armazón del camión. Al confirmar que era ella, y aunque siguiera susurrando, empecé a reconocer las particularidades de su dicción. Su interlocutor era un hombre, más alto que ella, no mucho más ancho. Había un destello en lo alto de su cabeza, revelando una generosa calvicie. De su silueta destacaba la tripa pronunciada bajo una camiseta ancha. Vestía pantalones vaqueros, cortos. Zapatillas deportivas oscuras, con calcetines largos arrebujados en los tobillos. Gesticulaba mucho con una mano al susurrar, como haciéndose entender, o sobreexplicándose. Argumentando algo, quizá tratando de convencer a Sagrario.

—… pesado… —le entendí decir a ella.

—… más da… —dijo él entre un montón de palabras ininteligibles.

El diálogo continuó hasta que vi al hombre encararse a Sagrario. Temí que fuera un abalanzamiento violento, pero tan solo se acercó a ella para que los cuerpos de ambos se rozaran. Le dijo algo al oído. Al

separarse, cogió la mano de Sagrario y se la llevó a la bragueta de su pantalón.

—… es que mira cómo estoy…

El camionero pronunció esas palabras sin susurrar, como si de la excitación se le hubiera olvidado hasta la precaución de hablar en voz baja. Ella chistó y retiró su mano con un latigazo, incómoda con el gesto. El regaño susurrado de Sagrario resultó claramente audible:

—Tu puta madre, Antonio, que te olvides.

Empujó al hombre para separarse de él, en una negativa definitiva. Él extendió los brazos a los lados, mostrando su desacuerdo. Sagrario habló muy cerca de él, señalándole con un dedo que casi le tocaba el pecho. No descifré ninguna de las frases susurradas, pero sonaron terminantes. Tras quedarse mirando el uno al otro durante unos segundos, el hombre chasqueó la lengua y se volteó. Ella le agarró del hombro como para decirle algo que mitigara la magnitud del enfado. Él solo asintió y caminó hacia el frente del camión. Se encaramó hasta la cabina usando agarraderas y escalones. Alcancé a ver varias pulseras en sus muñecas. Se sentó al volante y cerró con un portazo. Mientras el camión giraba para incorporarse a la carretera, pude ver con más claridad los gráficos del remolque que la mirilla no me había permitido identificar.

El dibujo de colores era la ilustración de un frutero con naranjas, plátanos y manzanas.

La palabra escrita en grande en ambos laterales era ALITRANS.

Sagrario se quedó mirando cómo el camión se alejaba por la carretera, el brillo de sus luces desapareciendo en la oscuridad y el ruido del motor diluyéndose en la lejanía. Negó con la cabeza al tiempo que se colocaba la prenda que vestía —a medio camino entre un delantal y un camisón—, como si quisiera borrar las huellas del contacto con el camionero. Comenzó a subir los escalones apoyando, sigilosa, solo las puntas de unas chanclas de andar por casa.

Encorvado frente a mi ventana, espiando por mi rendija secreta, tuve que desplazarme a la izquierda para no perder de vista su trayectoria. Alcanzó el piso superior y supuse que inmediatamente giraría a su izquierda en dirección a la casa de Coral. Pero no lo hizo. Se quedo quieta unos segundos.

Y se volteó para mirarme.

Dirigió sus ojos directamente a mi habitación.

Di un respingo hacia atrás, como queriendo desaparecer en la oscuridad. Golpeé con la espalda la mesa circular. Cerré los ojos deseando que no cayera nada que hiciera ruido. Ninguna carpeta, ninguna foto, ningún bolígrafo. Me convencí de que era imposible que me hubiera visto. Desde donde ella se encontraba, el cuarto no sería más que un agujero de oscuridad. Entonces pensé en la persiana. Más abierta de lo que había estado cuando ella bajó. Pero tendría que haberse fijado mucho para darse cuenta del cambio.

Permanecí en total silencio hasta que oí que se reiniciaba el roce sigiloso de sus chanclas por el pasillo. Se movía en dirección opuesta a mi habitación, hacia la casa de Coral.

Yo regresé a la ventana. Apenas asomé un ojo por un lateral, escondido tras la pared. Sagrario abría la puerta de una de las tres habitaciones que formaban la casa. Antes de entrar, volvió a mirar a mi habitación. Se quedó mirándola, como vigilando, mientras entraba en la vivienda y cerraba su puerta.

10

El zumo de naranja sacudió mi lengua con su extrema acidez. El posterior escalofrío en la espalda espabiló el resto de mi cuerpo. Dejé el vaso que había vaciado de un trago sobre la mesa, a un lado del periódico abierto. Iba a repasarlo en busca de nuevas noticias sobre el caso, pero aún no me sentía suficientemente despierto. Necesitaba el café.

Me lo trajo Ángela. También un plato con una tostada, un recipiente con tomate triturado y una aceitera.

—Que aproveche —dijo sin detenerse.

Si la acidez de la naranja me había espabilado, la del tomate sobre la tostada, con el aceite y la sal, me supo al más sabroso de los manjares. Lo de no comer el día anterior y cenar solo el tipo de sándwich que más odio había hecho que me levantara famélico. Devoré la mitad de la barrita sin descanso, de una tacada, disfrutando del crujido del pan a cada mordisco. Saciado ese primer arranque de hambre, di los sorbos al café que acabaron por despertarme.

La otra mitad de la barrita la saboreé, bocado a bocado, mientras leía toda la actualidad de la desaparición de Perla, barriendo con el meñique las migas que mis mordiscos iban arrojando sobre el papel. Aunque el periódico dedicaba muchas páginas al caso, apenas había novedades destacables: Bárbara seguía en la uci, sin mostrar mejoría, y Perla continuaba en paradero desconocido. El contenido más llamativo era un largo reportaje que reunía diferentes testimonios de personas que aseguraban haber visto a Perla. Un dependiente de gasolinera la había visto caminar por la carretera en la misma madrugada que acontecieron los hechos. Un matrimonio con dos hijos que se había detenido a comer en un área de descanso de la autopista, de las que ofrecen mesas de merendero, recordaba haber visto a una chica de la edad de Perla comiendo sola en una de ellas. Un joven autoestopista dijo haber hablado con Perla cuando esta detuvo su coche junto a él, en el arcén, valorando si recogerle, cosa que al final no hizo. Según iba leyéndolos, los testimonios me resultaban cada vez más inverosímiles, además de incompatibles entre sí. Lo que se había titulado como un reportaje esclarecedor sobre el paradero de Perla empezó a revelarse como un ejercicio de rellenado de páginas por parte del diario. Quizá no contaba ninguna mentira, los testimonios

podían ser reales y esas personas creerían sus suposiciones, pero cualquiera se daría cuenta del escaso valor de un montón de habladurías. Perla ni siquiera tenía edad para conducir.

El resto de artículos eran opiniones, reconstrucciones, documentación sobre la familia. Se elucubraba acerca de cuál sería exactamente la enfermedad de Perla, se rebuscaba en el pasado del hotel, de los familiares. Con el móvil, hice fotos a todos los textos, podrían serme útiles como documentación para el capítulo que tenía planeado escribir sobre el pasado de la familia.

—La mitad se lo inventan. —Ángela se había acercado a mi mesa. Recogió el vaso de zumo de naranja y el plato vacío con migas y gotas de tomate—. ¿Otro café?

Asentí sin dudarlo.

—Yo es que ya ni lo leo —dijo a cuenta del periódico y mientras amontonaba en el plato mis servilletas usadas—. Me pone de mala leche leer tanta mentira. ¿Tú dormiste bien?

—Muy bien —aseguré con convencimiento, aunque no fuera verdad. Entre el hambre y la aparición del camionero en realidad no había dormido mucho—. La cama es más cómoda de lo que parece. Y el ruido de la carretera tampoco molesta tanto, no pasan muchos coches, en realidad.

—Cada vez menos, hijo —suspiró ella de la manera en que se suspiran las malas noticias—, cada vez menos.

Di un sorbo al café para fingir indiferencia antes de añadir:

—Solo me despertó de madrugada un camión que paró en el aparcamiento.

Ángela detuvo sus manos para reducir el ruido que hacía recogiendo la vajilla. Me miró fijamente, asegurándose de que me había oído correctamente.

—Sí, estuvo parado un rato delante de las habitaciones —confirmé.

Ella se recompuso y terminó de recoger la mesa, de manera mucho más ruidosa a como lo estaba haciendo hasta ese momento.

—Por el logotipo creo que era de transporte de frutas. ALITRANS o algo así.

Ángela encestó la cucharilla del tomate en el vaso con tanta fuerza que el cubierto se quedó tintineando en el cristal.

—Sería de reparto, ¿no? —inventé, tratando de aligerar la repentina tensión—. Para los zumos y tal.

A ella los ojos se le escaparon hacia la barra, donde Sagrario ayudaba a cobrar a algunos clientes.

—Sí, claro, de reparto —contestó. No dejó de mirar a su hermana mientras añadía—: Ahora te traigo el otro café.

Ángela levantó de la mesa todo lo recogido y se marchó sin decir nada más. Cuando me trajo el segundo café tampoco reinició ninguna conversación, sino que prosiguió su camino hacia otra mesa, donde la requería un cliente con el brazo levantado y cara de impaciencia.

Continué leyendo el periódico hasta que llegué a la página de pasatiempos. Alguien había resuelto el autodefinido con letras de bolígrafo verde. Tras un último sorbo al café, cerré el diario y me levanté para dejarlo en la barra. Alguien me chistó desde el otro extremo del mostrador.

—Tú, escritor, eso tiene un sitio.

Era Sagrario, que cortaba una paletilla con un cuchillo jamonero. Con el mismo cuchillo señaló la pared de las alcayatas, de las que colgaban otros periódicos en sus varillas.

—¿Lo cuelgas o qué?

Del bolsillo de su delantal, sobresalía la tapa de un bolígrafo verde. Era ella la que había completado el autodefinido y ella misma no dejaba de autodefinirse con detalles como aquel. Ahora era también la dueña de bar que completa los pasatiempos del periódico sin dar opción de hacerlo a sus clientes. Recuperé el diario de la barra, lo llevé despacio hasta la pared de las alcayatas y lo colgué con mimo exagerado, a modo de burla. Devolví la mirada a Sagrario en busca de su reacción, pero ella cortaba lonchas de jamón, lo más finas posibles, concentrada en el cuchillo.

De vuelta a mi mesa, recogí la mochila para marcharme. Un repentino silencio se fue contagiando de mesa en mesa, hasta enmudecer el comedor entero. La gente dejó de remover las cucharillas de los cafés, interrumpió los mordiscos a sus montados, chistó a sus hijos para que se callaran. Así resultó audible la conversación que acontecía en el

televisor. Colaboradores de un programa matinal comenzaban a debatir sobre la desaparición de Perla, mezclando datos reales —«continúan operativos los controles de carretera»—, teorías —«esa niña ya está en el fondo del mar», «¿y si fue un intruso el que entró en la casa y se llevó a la niña?»— y opiniones personales —«yo es que sigo pensando que ha sido el padrastro»—. Algunas de esas opiniones, por alguna razón, generaban incluso aplausos entre el público en plató. Cuando el programa emitió imágenes de la fachada del Hotel Restaurante Plácido, los clientes en las mesas del comedor se avisaron chocando las rodillas, señalando el televisor como hace todo aquel que se reconoce en pantalla. En la redondez de sus ojos y en la tensión de unas comisuras que dibujaban la mínima expresión de una sonrisa, había un morboso disfrute que resultaba incómodo de observar. De pronto entendí que Sagrario me hubiera llamado buitre y carroñero si acaso veía en mí algo similar al regodeo que mostraban esos rostros. Ojalá pudiera explicarle a ella que a mí no era el morbo lo que me atraía a este o a otros sucesos. Que lo único que me interesaba retratar con mi novela era precisamente el dolor humano, el real, que hay detrás de todos esos crímenes a los que tanta gente asiste como si fuera un número de circo.

Del bolsillo lateral de la mochila saqué la grabadora para capturar ese sonido ambiente tan particular: el de unas voces en televisión reverberando en los techos, los suelos y los cristales del lugar donde ha acontecido el suceso sobre el que discuten. Resonando, incluso, en los oídos de algunas de sus víctimas. Busqué a las dueñas del hotel con la mirada y vi cómo Ángela tiraba de la mano de Sagrario, atravesando ambas el local de camino a la salida. Probablemente huían del espectáculo en el televisor. No querrían oír aquellos juicios tan gratuitos, ni ver las caras de sus propios clientes disfrutando de su tragedia. En el momento en que salían por la puerta, la pantalla mostró la fotografía de los carteles de búsqueda de Perla, acompañándola de un filtro y una música que manipulaban la imagen hasta dar a entender que la joven era la única villana en toda esta historia.

A través del cristal vi cómo Ángela se detenía a la altura de la máquina expendedora y soltaba la mano de Sagrario. Enseguida comenzó a hacer aspavientos de regaño, echándole algo en cara a su hermana. No parecían haber salido por culpa de la televisión, sino para resolver algún asunto entre ellas. Sagrario, realizando un gesto que nunca hubiera esperado de ella, bajó la cabeza asumiendo lo que se le decía. Ángela culminó su regaño secándose con la muñeca el sudor del labio superior. Sagrario cogió el antebrazo de su hermana y le respondió de manera muy calmada, explicándose. Después, vi que

realizaba un mínimo gesto de súplica, juntando los dedos de ambas manos, como si rezara. Ángela aceptó la petición de su hermana a regañadientes, dedicándole un leve asentimiento, pero con el gesto torcido, para después empujarla con una mano, instándola a regresar al comedor. Sagrario le hizo caso y se encaminó a la entrada. Ángela se volteó, se tapó la cara y realizó un hondo suspiro que descolgó sus hombros. Deseé que todo aquello no tuviera nada que ver con lo que yo había contado del camionero.

Una ola del aire caliente del exterior alcanzó mi mesa cuando Sagrario abrió la puerta para entrar. No me dio tiempo ni a disimular que las estaba observando. La mirada que ella me dedicó fue la mirada rabiosa de un animal que planea embestir, pero la desvió enseguida y ni se acercó. Se fue directa a la barra, donde una de las cocineras, con platos humeantes en las manos, la buscaba impaciente.

Otra oleada de calor anunció la entrada al comedor de Ángela, que no ocultó su cara de enfado. Traté de evitar que me hablara mirando fijamente al televisor, donde una reportera con tono afectado contaba que las esperanzas de encontrar con vida a Perla se reducían minuto a minuto.

—Tú. —Ángela me tocó el hombro dejando a un lado su amabilidad característica. Traía la cara enrojecida por el calor o la ofuscación—. Si de verdad te preocupa que aparezca mi sobrina, podrías al menos colaborar en algo. Que te estoy dejando quedarte aquí en contra de todos y no haces más que mirar.

—Claro, Ángela, por supuesto, lo que sea.

—Mi marido va hoy con los del pueblo a peinar el campo, se llevará a mi hijo también. —De soslayo miró a la televisión, donde aparecían las fotos del interior de la casa de Bárbara—. Han quedado todos en el polígono al final de la carretera.

—Cuenta conmigo, Ángela. Me voy con ellos el tiempo que haga falta.

Conseguí que su rostro recuperara un poco de su redondez habitual. Ella se volteó para mirar al reloj en la barra.

—Saldrán por la tarde, que no haga tanto calor —explicó—. Mi marido vendrá antes aquí a dejar unas cosas. Si quieres te puedes ir con él y con mi hijo, así no llegas solo.

—Me parece perfecto. Eso hacemos.

Me dio las gracias y me apretó el hombro con la amabilidad que le faltó antes. Se marchó en busca de una de esas manos que se elevaban en las mesas requiriendo su atención. A mitad de trayecto, el televisor cambió de canal: un documental de naturaleza mostraba imágenes de un dron sobrevolando unas cataratas. Varias cabezas se giraron mostrando su desacuerdo con la interrupción del debate sobre el crimen, pero esas cabezas no dijeron ni una sola palabra cuando, como hice yo, descubrieron a Sagrario en la barra, con el brazo extendido hacia el televisor y el mando a distancia en la mano. A la vista de todos, y de malas maneras, lo tiró junto a la caja registradora antes de desaparecer por la puerta abatible de la cocina.

11

La parte baja de mi espalda rompió a sudar nada más abandonar la climatización del comedor. La barandilla de la escalera ya quemaba a esa hora de la mañana. Subiendo a mi habitación, vi que en el pasillo, junto a una puerta abierta en la casa de Coral, se encontraba aparcado un carro de limpieza del hotel. Una chica bajita, con una pinza enorme en el pelo, salió de la habitación y dejó caer varias cosas en la bolsa de basura del carrito. También ensartó los dedos en tres rollos de papel higiénico y cogió un par de sábanas dobladas.

—¿Eres Miriam? —pregunté desde la escalera.

Ella asintió.

—Pero no estoy trabajando —aclaró—, no voy a hacer ninguna habitación más.

Le dije que ya lo sabía mientras subía el resto de escalones. Miriam permaneció tras el carrito, como usándolo de escudo. Me presenté y le ofrecí una mano que ella no estrechó.

—Tampoco quiero hablar de nada con nadie —dijo—. No voy a responder preguntas.

—No soy periodista.

—Ya lo sé, eres el escritor. —Miró a mi habitación en el otro extremo del pasillo—. Pero es que no quiero hablar de lo que ha pasado. No tengo nada que ver.

—Bueno, trabajas en el hotel donde ha ocurrido. Algo tienes que ver.

—Nada. Si además yo no había entrado en estas habitaciones en años —señaló las tres puertas de la casa de Bárbara—. Estas no las hacía.

—¿Bárbara no te dejaba entrar?

—Que no voy a hablar.

—¿Y si solo me cuentas tu historia? No te pregunto nada de lo ocurrido, solo de cómo llegaste a trabajar aquí, qué tal se vive en la zona, si estás contenta en el hotel.

Descansó el peso del cuerpo en una pierna. Acarició la esquina de una de las sábanas, valorándolo.

—¿Pagas algo?

La pregunta me pilló tan de sorpresa que la respuesta se me escapó sin filtros:

—Qué dices, claro que no.

Se produjo un incómodo silencio entre ambos.

—Pues nada, no —concluyó—. Mejor no.

Del carrito cogió una caja de pañuelos de papel y se metió de vuelta a la casa. Oí que tiraba de la cadena, cerraba la puerta del baño. Aproveché para asomarme al interior de la cocina, que era la habitación a la que correspondía la puerta número 24. No esperaba encontrar a Coral ahí de pie, descalza, con un hombro apoyado en la pared, como si hubiera estado espiando la conversación entre Miriam y yo.

—Hola —dije.

Ella se colocó el pelo detrás de la oreja, sonriendo. Me fijé en que llevaba un camisón diferente al del día anterior. Este era blanco, muy limpio. El comentario que le solté a Sagrario había surtido efecto. Vi las heridas que aún curaban en sus rodillas y recordé los pasajes que había escrito sobre su sufrimiento. Al imaginarla tirada en la carretera de madrugada, tuve que esforzarme por contener la emoción que me causaba verla. No quería que la confundiera con lástima.

—Una de mis tías no quiere que hables conmigo —dijo—. Pero a la otra no le importa.

—Me cae muy bien tu tía Ángela.

Ella asintió.

—¿Entonces lo de que estás escribiendo un libro es verdad? —preguntó.

—Claro, ya te lo dije. Y los amigos no se mienten entre sí.

Coral se encogió de hombros, como si no tuviera manera de saber si ese era realmente un requisito de la amistad o no.

—¿Yo salgo en el libro?

Vi que se le movían los dedos de los pies.

—¿Cómo no ibas a salir? Vas a ser una de las protagonistas.

Sonrió solo un instante.

—Pero la protagonista es Perla. Seguro.

—¿Tú crees que merece ser la protagonista?

Coral lo pensó, mordiéndose el interior de una mejilla.

—No sé…, sí —concluyó—. Como siempre.

En mi carpeta de documentación tenía un artículo subrayado sobre cómo una larga convalecencia infantil doméstica afectaba al seno familiar. Una de las consecuencias más habituales era el incremento de celos entre hermanos. No solo del hermano enfermo al hermano sano, sino también, y muy a menudo, al revés: el hermano sano envidiando las atenciones que recibe el enfermo, aunque dichas atenciones se deban al dolor y el sufrimiento. En la frase que había pronunciado Coral sobre el habitual protagonismo de su hermana creí reconocer mucho de ese sentimiento.

—Lo que pasa es que a ella no voy a poder describirla —dije para restarle importancia—. No la conozco, así que no va a poder ser la protagonista.

Coral volvió a morderse el interior de la mejilla. Después se dio la vuelta y atravesó la estancia en dirección a las habitaciones. El salón lucía sorprendentemente limpio, no se distinguía a simple vista ningún resto o mancha de la barbarie acontecida hacía una semana. El sofá en el que se había desangrado Servando se había sustituido por uno nuevo, recién comprado con el dinero de las donaciones populares que se venían produciendo. La mesa redonda de comedor y la enorme televisión habían desaparecido también, habrían resultado imposibles de limpiar. Tampoco había ya cortinas en las ventanas. Coral entró en la habitación posterior, la suya. La de Perla estaba cerrada. En su caminar, percibí la ligera cojera que le causaban sus heridas, quizá alguna contusión. Pero, como les pasa a los niños en los hospitales o a los animales callejeros lesionados, sus ganas de moverse eran mucho más poderosas que el dolor. Salió del cuarto con algo en las manos. Regresó a mi lado y me lo enseñó con cariño.

—Esta es ella.

Me mostraba una foto con extremo cuidado de no estampar ninguna huella en el papel fotográfico, agarrándola solo por los bordes. Era una imagen de las dos hermanas, ambas con una edad que rondaría los tres años.

—¿Cuál es Perla?

Coral sonrió como si fuera un halago que pudiera confundirla con su hermana.

—Esta. —Señaló sin tocar la foto—. La que se está riendo. Fue antes de que se pusiera enferma.

En la imagen, las dos hermanas jugaban en el suelo, sentadas con las piernas cruzadas. Una llevaba unas antenas como de hada, la otra sujetaba algo parecido a una varita mágica. Perla tenía la boca muy abierta, riéndose de algo que habría dicho o hecho Coral, a quien la foto había congelado a mitad de un movimiento, dejándola con una extraña pero cómica posición de los brazos. Al fondo reconocí el mueble grande que había visto en las fotos del anuncio inmobiliario, la instantánea se había tomado en ese mismo salón. En una esquina aparecía también el sofá antiguo que acabaría siendo testigo del crimen. Se adivinaba a dos mujeres sentadas en él, pero la fotografía apenas mostraba sus piernas hasta las rodillas, desenfocadas e imposibles de identificar. Podría ser cualquier combinación de las tres hermanas.

—Parece muy simpática Perla.

Realmente se veía en la foto a una niña activa y divertida.

—Fue antes de que se pusiera enferma —repitió Coral, palabra por palabra, como si esa enfermedad hubiera marcado un antes y un después en la personalidad de su hermana.

—Qué pena que no esté aquí para conocerla —dije.

La mención de la ausencia de su hermana detonó en el rostro de Coral un montón de microexpresiones cargadas de significado. Creí identificar tristeza, nostalgia, amor, pero también rabia y dolor. Al pensar en su hermana, quizá de manera inconsciente, una de sus manos se dirigió a su ingle, por encima del camisón, como acariciando la herida que habría debajo de la tela.

—¿Te duele?

—No mucho —respondió—. Me pica.

Muchas niñas de su edad hubieran hecho un mundo de una herida suturada con catorce grapas, pero Coral no parecía darle mucha importancia.

—¿Por qué te hizo eso tu hermana?

Se encogió de hombros igual que había hecho al hablarle de los pactos de sinceridad entre amigos. Para ella, ambas ideas serían incógnitas de igual magnitud.

Oí que una puerta se abría a mis espaldas. La del baño. Miriam entornó los ojos al verme.

—A ver, que tú no deberías estar aquí. —Se quitó los guantes de limpieza amarillos—. Ya te estás yendo.

Aunque me lo decía a mí, Coral fue la primera en reaccionar. Protegió el lado impreso de la fotografía contra la tela del camisón y se marchó hacia su cuarto. Sus pies descalzos, la ligera cojera del perrito callejero que sigue apoyando la pata rota, volvieron a encender en mí un ardiente deseo de protegerla. Ese deseo me llevó a voltearme y preguntarle a la chica de la limpieza, sin sutilezas, si ella sabía qué había ocurrido dentro de esa casa para provocar tan terrible desenlace:

—¿Tú entiendes por qué Perla ha hecho lo que ha hecho?

Miriam negó con la cabeza, pero no a la pregunta, sino a mi atrevimiento al hacérsela. De puntillas, miró por encima de mi hombro, a través de la puerta de entrada.

—Si a mí no vas a hacerme caso —dijo—, aquí viene mi jefa a echarte a la fuerza.

Coral cerró la puerta de su habitación, quedándose dentro. Yo salí al pasillo exterior. Sagrario cruzaba el aparcamiento en dirección a la escalera. Al verme junto al carro de limpieza, aceleró el paso, subiendo los escalones como ese animal al que antes le había adivinado el afán de embestir. Me alcanzó en lo alto de la escalera y se quedó allí mirándome, cortándome el paso, sin decir una palabra.

Intuí que quería acusarme de chivato, pero, si lo hacía, también

delataba como chivata a su hermana, que poco había tardado en ir a revelarle lo que yo le había contado a ella sobre la aparición nocturna del camionero. Sagrario permaneció en silencio dejando que su rostro hablara por ella. Aprovechó también para tomar aire, disimulando el agotamiento que le había causado subir tan deprisa la escalera.

—No vuelvas a entrar en esa casa sin permiso.

Señaló las tres puertas.

—Voy a ayudar a buscar a tu sobrina esta tarde.

—Sobra gente en el pueblo para hacer eso. Tú a lo que vas es a lo tuyo. A hurgar.

—¿Me dejas pasar, por favor?

Sagrario se quedó mirándome, retrasando al máximo su respuesta. Tras la tensa espera, pegó la espalda a la pared y me invitó a avanzar con una sarcástica reverencia. Al pasar junto a ella, oí su respiración cerca de mi oreja. El sudor que el calor había provocado en la parte baja de mi espalda se extendió ahora al resto de mi cuerpo. La distancia hasta mi habitación resultó kilométrica, la recorrí intentando disimular mi nerviosismo.

—Eh, escritor —gritó Sagrario.

Justo cuando metía la llave en la cerradera y pensaba que me iba a librar de ella, la vi acercándose por el pasillo. Lo hacía con pasos lentos, actitud desafiante. De nuevo a mi lado, bajó mucho el volumen de su voz y susurró:

—Aprovecha tus días aquí.

Le pregunté qué quería decir exactamente con eso. Si me estaba amenazando.

Ella frunció los labios.

Iba a preguntarle por qué le afectaba tanto que hubiera contado lo del camión, pero preferí callar.

—Lo tienes muy fácil —añadió ella—. Solo tienes que marcharte.

Se volteó sin esperar respuesta. Vi que Miriam nos observaba desde el otro extremo. Al saberse descubierta, fingió estar ocupada revolviendo el contenido de la bolsa de basura en su carrito.

Entré en mi habitación, encendí el ventilador y dejé la mochila sobre la mesa, sacudiendo el contenido de una de las carpetas de documentación. La manualidad de las cartulinas —esa letra «S», o número «5», o gusano— asomó entre otros papeles. Había olvidado preguntarle por ella a Coral.

12

Comprobé que la grabadora y el móvil tuvieran suficiente batería y dejé ambos sobre la barra. La mochila la tenía a mis pies. Pedí a Ángela otro café para hacer tiempo mientras llegaba su marido.

—¿No tomas mucho café?

—No tengo otros vicios.

Ella empapó un trapo bajo el chorro del fregadero.

—También tienes el vicio de meterte en la vida de otra gente.

Temí durante un instante que Ángela hubiera adquirido las formas de su hermana, pero una inmediata sonrisa me hizo saber que era una broma.

—Hubiera estado mejor calladito con lo de camión, ¿no?

Se encogió de hombros mientras escurría el trapo.

—Yo es que hay cosas que prefiero no saber. —Lo dobló, lo dejó colgado del grifo—. Que tiene un hijo. Y con lo que la quiere su marido.

—O sea, que era lo que parecía.

—Yo tenía mis sospechas porque he visto mucho ese camión por aquí. Pero hoy ya me lo ha confesado. —Señaló con la barbilla el exterior del comedor, donde yo las había visto hablar—. Se le caía la cara de vergüenza.

—Por lo menos no le dejó quedarse.

—A ver, con la que tenemos liada y con Coral en la casa, qué iban a hacer —dijo al tiempo que extraía restos de comida del desagüe—. Lo fuerte es que el otro aparezca tal y como estamos. Menudo prenda tiene que ser también. En fin, ella sabrá, que ya es mayorcita. Pero me pone a mí en unos bretes en los que no tengo por qué estar.

Vacié el sobre de azúcar en el café.

—¿Le dijiste que te lo dije yo?

—Quién iba a ser, a esas horas, si no hay nadie más en el hotel.

Ángela fue a recoger el sobre de azúcar vacío, sus ojos repararon en la grabadora sobre la barra.

—¿No me estarás grabando?

—Claro que no. —Le expliqué que para grabar a la gente siempre pedía permiso antes, coyuntura que aproveché—: ¿Me darás permiso para grabar alguna de nuestras conversaciones?

Se quedó mirándome sin decir nada, resaltando una obviedad. No. Después recogió el sobre arrugado y lo tiró a la basura bajo la barra.

—Mira, ahí están. —Señaló la puerta de entrada detrás de mí—. Corre, que mi marido es un cagaprisas.

Di un último sorbo apresurado al café y bajé del taburete. Metí mis cosas en la mochila. Antes de alcanzar la puerta, Ángela me gritó desde la barra:

—¡Se llaman Damián! ¡Los dos!

13

Un coche viejo, de un color azul machacado por el sol, esperaba con el motor encendido a la salida del comedor. Me asomé por la puerta del copiloto, que pensé que tenía la ventanilla bajada. En realidad, ni siquiera tenía cristal. El marido de Ángela, al volante, me preguntó si era el escritor y respondí que sí.

—Sube.

Abrí la portezuela. El vehículo olía a tabaco y ambientador de limón. Sobre el asiento había un enorme engranaje, como la pieza de algún mecanismo industrial. Con un gesto de cabeza, el hombre me indicó que me sentara detrás. Saludé al adolescente que encontré allí. Ni siquiera me miró. Llevaba unos auriculares de diadema, encima de una gorra con firme visera recta. Las mangas de la camiseta le llegaban hasta los codos. Un largo flequillo tapaba su rostro cayendo hacia la pantalla del móvil que llevaba en horizontal, controlando los mandos de algún juego con los pulgares en tensión.

—Hola —le dije.

—No pierdas el tiempo —intervino el marido de Ángela—. No escucha.

Dejó escapar un suspiro de hartazgo y pisó el acelerador. Un denso humo negro nos persiguió hasta que salimos a la carretera, momento en que descubrí que el coche no tenía cinturones de seguridad y que ninguna de las ventanillas tenía cristal. El aire caliente penetraba en el vehículo sacudiendo el flequillo del hijo de Ángela, la camisa del marido, el ambientador reseco que colgaba del espejo interior.

Carraspeé antes de decir algo que apenas se oyó con el ruido del viento.

—Vamos a encontrarla —repetí elevando la voz—. A su sobrina, la vamos a encontrar.

El marido de Ángela, que no parecía haber sentido la misma necesidad que yo de romper el incómodo silencio, dejó escapar un ronquido de escepticismo.

—¿Tú crees que ella quiere que la encuentren?

Me quedé mirando sus ojos en el retrovisor, sin contestar.

—Si esa chiquilla ha hecho lo que ha hecho —continuó él, imponiendo su voz al rugido del aire—, es porque no aguantaba ni un minuto más en esa casa.

Del desprecio en sus últimas palabras se deducía la opinión que tendría de su cuñada y su cuñado. Sentí ganas de encender la grabadora y pedirle permiso para preguntarle un montón de cosas, pero no quise precipitarme. Después de lo ocurrido con Sagrario, y de que Ángela me hubiera dejado claro que no pensaba dejarse grabar, preferí no intentar nada con su marido. Seguro que luego iría él a contárselo y a lo mejor Ángela terminaba hartándose de mí. Cuando pensé que el hombre había terminado de hablar, añadió:

—Espérate que no se vaya Coral detrás de ella.

Sus ojos desparecieron del espejo, devolviendo su atención al volante y a la carretera. Me acomodé en el asiento y vi en el suelo, a mis pies, una moneda, varios tickets, el palo de un chupachups. Pelo blanco de algún animal cubría el asiento por completo. Saqué la grabadora para capturar el ruido del aire sacudiendo el coche, el de las ruedas contra el asfalto caliente. El aparato atrajo la atención del hijo de Ángela, pero cuando intenté intercambiar una mirada con él, se evadió de nuevo en su pantalla, donde resolvía el nivel de algún juego tipo escape room, haciendo girar las palancas de una caja fuerte.

—¿Cómo estás tú con todo lo que está pasando? —le pregunté.

Debía de llevar el volumen de los auriculares muy alto y ni siquiera oyó la pregunta, porque no me respondió.

Pocos minutos después, vi aparecer a través del parabrisas, a lo lejos, varios vehículos aparcados en los arcenes, gente aglutinada alrededor de ellos. La furgoneta de alguna televisión abandonaba el lugar, habría grabado ya suficientes planos y declaraciones de los vecinos.

—¿Tú no tenías nada mejor que hacer este verano? —Me lo preguntó una mujer vestida con camiseta ancha, riñonera, mallas y zapatillas deportivas multicolores—. Haber elegido escribir sobre, yo qué sé, París. No sobre una niña desaparecida en un pueblo de mala muerte.

—¿No le gusta el pueblo?

—¿A mí? —Se sacudió el pelo teñido de un negro demasiado uniforme para su edad—. A mí me encanta. Es mi casa y de aquí no me iría ni a palos. Pero, vamos a ver, sé lo que hay. Tampoco mi marido es Richard Gere y me voy a morir a su lado. —Señaló a un hombre con un chándal de dos piezas a conjunto, que rodeaba la base de una enorme valla publicitaria con forma de toro—. Pero tú eres joven y guapo. No pintas nada aquí.

Le hablé de mi libro, de mis intenciones. Ella sacudió la cabeza todo el tiempo, no le convencían mis argumentos.

—Esto que ha pasado, mejor no escribas sobre ello. Que no quede en ningún sitio. Es horrible. —Se ajustó la riñonera—. Pero qué se podía esperar de esa madre… Si es que esto se veía venir. Y los que estamos aquí, estamos por la niña, pobrecita. Pero no por la madre, eso ya te lo digo yo.

Le pregunté si conocía a Perla.

—Claro, a las dos hermanitas. Ella y la otra, Coral. Qué nombres, ¿verdad? Las conocíamos todos. De pequeñas correteaban por ahí por el comedor del hotel como dos torbellinos. Luego ya cuando Perla se puso malita… —La señora arrugó la nariz, negó con la cabeza—. Luego ya no.

Desde el toro llegó un silbido. El marido de la mujer le hacía aspavientos para que lo siguiera. Ella se disculpó conmigo y se marchó campo a través.

Éramos un grupo de unos treinta vecinos avanzando a pie por la carretera. La instrucción había sido examinar hasta el último centímetro de cuneta y peinar el campo colindante. El objetivo desesperado, dar con algún resto de la presencia de Perla que pudiera

servir de pista. O, en el peor de los casos, su cuerpo. Cuando una vecina preguntó en voz alta si no se suponía que eso ya lo había hecho la policía, otro vecino le contestó que sí, pero que ahora ellos iban a hacerlo bien. El marido de Ángela me había presentado al resto del grupo como el escritor que se estaba quedando en el Plácido, dato que a nadie le interesó lo más mínimo.

Con el grupo, avancé en formación. Gritamos el nombre de Perla, nos dispersamos para asomarnos a acequias o alcantarillas de drenaje. El sol de media tarde, ya en descenso pero aún lejos del horizonte, alargaba nuestras sombras sobre el asfalto, dibujando piernas kilométricas a nuestras espaldas. Igual que todos los demás, sorteé los cardos que flanqueaban la carretera, rebusqué entre el ramaje de adelfas salvajes en las cunetas. Vi decenas de latas de refresco descoloridas por el sol, envoltorios de bollería industrial. Condones usados.

Aunque había colaborado en silencio, sin opinar ni preguntar, sentí que la conversación con la mujer de la riñonera había roto la burbuja imaginaria que parecía separarme de los vecinos. A partir de ese momento, me lancé a iniciar conversaciones con aquellos a los que me iba aproximando. Pregunté sobre el pueblo, sobre la familia, sobre Perla, sobre Coral. Sobre su madre. Recibí información más valiosa que todo lo que había leído en los periódicos. O eso pensé hasta que hablé con una señora que me hizo entender que quizá tampoco podía creerme todo lo que me contaran los vecinos del pueblo. La señora, que caminaba con un palo, usándolo a ratos como bastón y a ratos como atizador de matorrales, me reveló en mitad de una conversación que Perla y Coral eran mellizas.

—¿Mellizas?

—Sí, chico, como gemelas. Pero de las que no se parecen tanto.

—Ya, ya sé lo que son mellizas.

—Pues eso, chico, de las que nacen a la vez.

Ninguno de los artículos en mi carpeta de documentación mencionaba ese dato. Al contrario, todos establecían que Perla era mayor que Coral. Todas las reconstrucciones en televisión, los debates en programas de radio, los reportajes amateurs en vídeos de Internet, hablaban de una hermana mayor y una hermana menor. Eso mismo le expliqué a la señora, que me escuchó con una ceja levantada y las manos apoyadas en el palo.

—¿Y tú vas a creer más a una presentadora de la tele que a una señora de aquí, del pueblo, que las ha visto crecer?

Elevó la barbilla esperando mi respuesta. Ante mi duda, gritó el nombre de otra señora, que se acercó a nosotros con una mano en los riñones, como si le dolieran a cada paso. A ella le preguntó si las hijas de la Bárbara eran mellizas o no. La señora de los riñones repitió que claro que sí, respuesta que originó fuertes asentimientos por parte de las dos. La del palo gritó otro nombre, llamando a un señor con pelo blanco y tirantes por encima de la camiseta.

—Espera, que te lo va a decir mi marido también.

Al marido le hizo la misma pregunta, si acaso las hijas de la Bárbara no eran mellizas.

—Díselo al chico —me señaló con el palo—, que no me cree.

El señor, que tenía una única ceja de sien a sien, me miró con desconfianza.

—Claro que sí, muchacho. Si son dos gotas de agua.

—Bueno, dos gotas de agua, tampoco —lo corrigió la señora de los riñones—. Que una se parece más a la madre, y la otra, al muerto.

Se enzarzaron entonces en una disertación de parecidos y nombres, repasando árboles genealógicos, bodas y parentescos de una decena de vecinos de ese pueblo y de los de al lado. Mientras discutían sobre colores del cabello y los ojos de la abuela de no sé quién, recordé que incluso en mis conversaciones con Ángela habíamos mencionado esa diferencia de edad entre Perla y Coral. Viendo discutir a esas señoras frente a mí, con tanta vehemencia, sobre el linaje de familias que en realidad no podían conocer tan en profundidad, entendí que en los pueblos pequeños hay verdades que lo son únicamente a base de repetición. Porque es así y así ha sido siempre. La idea de que las hermanas eran mellizas —seguramente originada por la escasa diferencia de edad entre ambas— sería una de esas realidades que iban a permanecer inmutables en las mentes de muchos vecinos por mucho que todas las televisiones del país llevaran repitiendo durante días, en los salones de sus propias casas, que Perla era casi un año mayor que Coral.

Me separé de la discusión que ya nada tenía que ver conmigo y caminé por el arcén, dejando paso a un coche que, alertado por toda la gente que veía en la carretera, recorrió el tramo con las luces de

emergencia encendidas, como si atravesara un accidente. Algunos vecinos seguían gritando el nombre de Perla, también se oyó alguna risa lejana. Con el móvil hice unas cuantas fotos al escuadrón popular de rastreo, también al extenso campo que nos rodeaba. Saqué la grabadora para captar los gritos, el crujir de mis pisadas sobre los hierbajos secos.

El marido de Ángela me encontró encorvado, acercando la grabadora al suelo.

—Se supone que venías ayudar —dijo—, no a hacer tus cosas.

Guardé todos los dispositivos en la mochila.

—A eso he venido —confirmé.

Él se acercó a mí con algo en las manos. Un rollo de carteles con la foto de Perla. Me entregó también cinta adhesiva.

—Pega unos cuantos allí.

Me volteé hacia donde me señalaba, en dirección al sol. Con una mano sobre los ojos a modo de visera, distinguí una pequeña edificación a unos cien metros de distancia. El efecto a contraluz del atardecer recortó la silueta de la construcción. Cuatro letras se erigían en lo alto del establecimiento: CLUB.

15

En la fachada delantera del club Medusa había varios ventanales, cegados desde dentro con carteles que mostraban eróticos perfiles de mujeres. El sol se había comido la intensidad de los colores hasta convertir el negro de las siluetas femeninas en un gris desvaído, y el rojo que supuestamente las rodeaba, en rosa pálido. Aunque apagadas todavía a esas horas, distinguí varias tiras LED que recorrían el contorno de la edificación. También bordeaban el marco de las ventanas, el trazado de las letras que escribían CLUB, y unas decoraciones en forma de estrellas, corazones y rombos. La decadente fachada, con aquella cara lavada a la luz del día, luciría en la oscuridad de la noche como maquillada con pinturas brillantes.

La puerta de entrada, bajo un toldo circular a rayas, estaba cerrada. Una flecha invitaba a tocar el timbre. Dudé entre llamar o simplemente pegar los carteles por donde pudiera, momento en el que otra puerta, metálica, se abrió en un extremo de la fachada. De ella emergió el cepillo de una escoba. Alguien lo golpeó contra el suelo varias veces, sacudiéndolo. Entre la polvareda apareció una mujer que creí vestida en ropa interior, pero el color dorado de las prendas y el material de lentejuelas me reveló que era más bien un festivo conjunto de noche. En una mano llevaba un mechero y un cigarrillo. Lo encendió en cuanto dejó la escoba a un lado. Tras soltar la primera bocanada de humo y darse cuenta de mi presencia, me dijo que tenía que llamar al timbre.

—No, no. Vengo a pegar… —Caminé hasta donde se encontraba para no tener que hablar a gritos. Le mostré el rollo de carteles, desplegando uno de ellos con el rostro de Perla—. Estoy ayudando con la búsqueda de la niña. ¿La has visto por aquí?

Sacudió la cabeza como si fuera evidente que no, o como si le aburriera responder a una pregunta que le habrían formulado varias veces en los últimos días. Se sentó en un taburete alto que pertenecería al interior del local. Se echó el cabello a un lado, por delante de un hombro. Era de un rubio blanquecino maltratado por múltiples decoloraciones. Dio otra calada al cigarrillo.

—La próxima en irse de aquí voy a ser yo. —Sin soltar el humo, se mordisqueó la uña del pulgar, pensativa, como repasando un plan urdido desde hacía tiempo. Quizá para autoconvencerse, lo repitió en

voz baja—: Voy a ser la siguiente en irme.

Soltó el humo en una bocanada tan intensa como parecían sus ganas de escapar. El olor del tabaco se mezcló con los aromas cosméticos a laca y crema hidratante que la envolvían. Después se quedó mirando la foto de Perla en el cartel.

—¿No se sabe nada aún? —preguntó. Añadió que ella no veía la tele, y que tampoco entraba a cotillear con la gente del pueblo.

—Nada. Ni una pista —contesté—. Estamos ahí rastreando un poco por rastrear.

—Pero tú no eres de aquí. Se te nota.

Le confirmé que no, que andaba de paso y me estaba quedando en el Hotel Restaurante Plácido.

—Y Bárbara, ¿sigue en el hospital?

Respondí que sí. Ella recibió la información con una fugaz cara de lástima que se fue transformando en hastío.

—¿Te puedes creer que aquí ya han preguntado por ella? —Señaló con el cigarro la puerta de entrada, el local entero—. Ayer mismo. Uno de sus clientes, esperando que estuviera ya disponible para él. Te juro que…

Interrumpió sus palabras al descifrar la sorpresa que vería en mi rostro. Los ojos se le agrandaron, sin dar crédito.

—No lo sabías. Que trabajaba aquí.

Negué con la cabeza. Ella dio una larga calada a su cigarro.

—¿Eso no lo han dicho en la tele o qué?

El humo se escapó entre sus palabras mientras sacudía los pies en el taburete. Llevaba unas deportivas blancas que seguramente cambiaría más tarde por un calzado a juego con el resto de su vestimenta de trabajo.

—Bueno, pues yo no he dicho nada, que paso de líos —agitó una mano en el aire quitándole importancia—. Lo has oído por el pueblo y ya está.

Asentí a su petición.

—De todas formas, tampoco te creas que es un secreto. —Apagó el cigarrillo antes de terminarlo, rozándolo en el cemento de la pared—. Que no es que Bárbara sea de las fijas, pero ha tenido temporadas de dejarse ver mucho por aquí. Lo sabe todo el pueblo.

Tiró la colilla al suelo y se bajó del taburete. Con el movimiento, las lentejuelas de sus prendas destellaron al sol.

—Y esos señores que ves ahí con sus mujeres —con el brazo abarcó a todo el escuadrón de búsqueda—, ¿por qué crees que te han mandado a ti a pegar los carteles?

Me encogí de hombros.

—Pues porque alguno también habrá estado con ella. —Se ajustó el minúsculo short dorado con una media sonrisa—. Y conmigo.

Pensé en el hombre del chándal conjuntado, en el otro señor de los tirantes.

—Se les pondrían de corbata si se acercan aquí con sus mujeres —añadió.

Con una mano, cogió el taburete por el asiento. Con la otra, agarró la escoba.

—Yo tengo que entrar ya. —Enganchó un pie en la puerta para cerrarla a su paso—. Los carteles pégalos donde te dé la gana.

16

El aire caliente volvía a golpearnos con fuerza en el interior del coche, de regreso al hotel. Yo iba sentado de nuevo en el asiento trasero, junto al hijo de Ángela, que continuaba ensordecido por el volumen de sus auriculares y abstraído por completo en la pantalla de su móvil.

—Es que no me jodas —dijo el marido de Ángela, dirigiendo su voz hacia atrás para hacerse oír sobre el rugido del aire—, todos ahí llamando a berridos a una niña que ni de broma sigue por aquí. Si se ha escapado, se ha escapado.

Sus ojos buscaron los míos en el espejo interior. En la fijeza de su mirada advertí la intención de subrayar sus últimas palabras para que me quedaran muy claras.

—Tonta no era —continuó—, o sea, que se las habrá arreglado para subirse a un coche que la llevara lejos.

De nuevo remarcaba una supuesta huida exitosa de Perla. Parecía estar muy interesado en que aceptara que la niña había huido. Tras entornar los ojos como estudiando mi reacción a sus palabras, preguntó:

—¿Tú te crees que lo de esta tarde ha servido para algo?

—Supongo que es mejor que no hacer nada —respondí elevando la voz—. Tampoco nadie sabe si ha llegado lejos en realidad. Por eso también estábamos buscando su… —dudé qué palabra utilizar para no importunarle—… su cuerpo. Es una suerte que no lo hayamos encontrado.

Él parpadeó dos veces en el espejo, analizando lo que acababa de decirle.

—Puede ser.

Sus ojos volvieron a la carretera. Tras un largo silencio, pensé que había dado por finalizada la conversación, pero me lanzó otra pregunta enseguida:

—¿Tú qué es lo que hacías aquí? Me lo contó mi mujer, pero no le hice mucho caso.

—Quiero escribir un libro. Sobre lo que ha pasado.

El hijo de Ángela, a mi izquierda, se quitó los auriculares, colgándoselos al cuello.

—Ah, ¿que eres escritor?

A pesar de su físico adolescente, la voz de Damián hijo era tan grave como la de su padre. Asentí a su pregunta.

—¿De true crime?

Sorprendido con lo certero de su comentario, respondí que más o menos.

—Lo estoy novelizando bastante, pero sí, quiero que sea una reconstrucción realista.

—Mola —contestó él—. A mí es que me encantan los docus de crímenes y tal.

En su móvil, abrió una plataforma de streaming. Me mostró su lista de favoritos en la pantalla, plagada de documentales sobre asesinos en serie, casos de desapariciones y muertes misteriosas. Resultaba chocante verlo referirse a esos contenidos como mero espectador cuando su familia estaba atravesando algo similar en esos momentos. Se sujetó con una mano el flequillo que le sacudía el aire.

—¿Has escrito muchos libros?

Por primera vez desde que había llegado a ese lugar, alguien comprendía y se interesaba de manera genuina por mi trabajo. Resultaba grato hablar con alguien para quien la literatura no era algo ajeno a su vida.

—Bueno, tres. Y todos autopublicados. —Me faltaba seguridad al hablar de mi obra, quizá no estaba del todo orgulloso de ella—. El nuevo quiero que sea otra cosa, otro nivel. Aportar toda la verdad que pueda al texto. A ver si consigo que me publique una editorial de las buenas.

El chico dibujó una sonrisa en cuanto entendió por qué me había desplazado hasta allí.

—Y te has venido a escribirlo a la escena del crimen.

Asentí mientras reparaba en cómo, desde su asiento, el padre vigilaba

lo que decía su hijo. No supe distinguir si quería llamarle la atención por hablar con esa frivolidad sobre un crimen que afectaba a su familia, o si lo desconcertaba el hecho de que el chico se hubiera lanzado a hablar tan extensamente con un desconocido, rebatiendo lo que él mismo me había dicho nada más entrar al coche de que su hijo no escuchaba.

—¿Cómo es tu nombre? —me preguntó el chico.

—Lucas Falena.

Lo buscó inmediatamente en el móvil, la pantalla muy cerca de su cara. Con los pulgares, a toda velocidad, escribió palabras, amplió pantalla, pulsó botones, deslizó arriba y abajo, ingresó números.

—Ya los tengo. Historias terribles y este ensayo sobre asesinos en serie, ¿no?

—Te falta uno.

Volvió a teclear en la pantalla.

—¿Los niños invisibles?

—Eso —confirmé—. Ese también era una novelización de un suceso. Es lo que quiero hacer aquí, pero mejor hecho, que ese me quedó muy amateur.

Me mostró la portada de los tres libros, cargados en su lector digital.

—Ahí los tienes.

—Mola —dijo él.

—A mí ahora me parecen trabajos de fin de curso. Me da hasta vergüenza que los leas. ¿Vas a leerlos?

—Claro. —El chico navegó buscadores, menús, páginas. Abrió un portal con calificaciones para libros, buscó la valoración de los míos. No comentó nada sobre las pocas reseñas que tenían—. A ver qué tal, ya te diré.

—Los voy a borrar en cuanto publique el nuevo —dije para restarles valor—. Prefiero que mi primer libro sea el que estoy escribiendo aquí. Voy mucho más en serio ahora. Va a ser una novela de verdad.

Él abrió el ensayo sobre asesinos en serie, repasó el índice de

capítulos.

—¿Te molan los crímenes chungos? —preguntó—. A mí es que me flipan.

Le expliqué que, más que los crímenes en sí, me interesaban las personas que había detrás de ellos. Le dije que veía los crímenes como tragedias, y que lo que me atraía era entender cómo se había llegado a ellas, qué consecuencias generaban en las personas afectadas. Las investigaciones policiales o los procesos judiciales me aburrían bastante, pero me fascinaba explorar el odio, la desesperación, la crueldad que llevaba a alguien a cometer un crimen. También la tristeza y desolación que ese crimen dejaba a su paso entre las víctimas, que nunca eran solo los muertos. A veces incluso el asesino era solo una víctima más.

—Me interesan más las personas que sus crímenes —concluí—. Entender sus motivaciones.

—Y ahora quieres entender por qué mi prima ha sido capaz de abrir en canal a su madre.

Soltó la frase sin tacto alguno, como si hablara de alguna de esas series que veía. Su padre negó con la cabeza, lo regañó por hablar de esa manera. Le recordó que esas personas eran sus primas, sus tías. Y que nadie sabía lo que había pasado realmente.

—Solo digo lo que han dicho en la tele —se defendió el hijo—. Que Perla le ha clavado el cuchillo a la tía en la tripa, y al otro en el cuello. Es lo que ha pasado.

Su padre terminó de estallar.

—No quiero volverte a escuchar ni una sola palabra del tema, ¿me has oído? —Repitió la pregunta dos veces más, hasta que su hijo asintió—. Con lo bien que se te da estar callado y te pones a hablar cuando menos falta hace.

El chico apretó los labios, conteniendo un torrente de palabras que acabó callando. Se puso los auriculares y se dejó caer en el asiento. Se recostó contra la puerta golpeando con las piernas, a propósito, el respaldo del asiento delantero. Con la gorra, se tapó la cara.

17

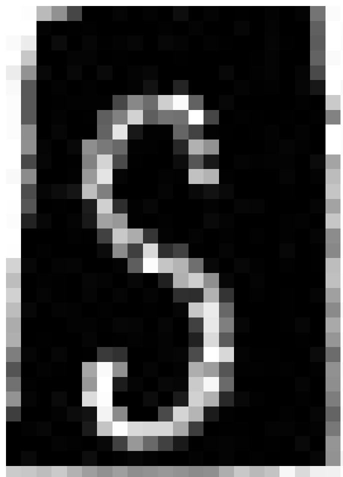
El coche se detuvo frente las habitaciones, levantando un polvo que se coló en el vehículo a través del hueco de las ventanillas y sus cristales inexistentes. Antes de bajar, me despedí del marido de Ángela y de su hijo. Ninguno me respondió, cada uno ensimismado en su propia revisión de la discusión. Desde fuera, a través de la ventanilla del copiloto, le di las gracias a Damián padre por haberme llevado.

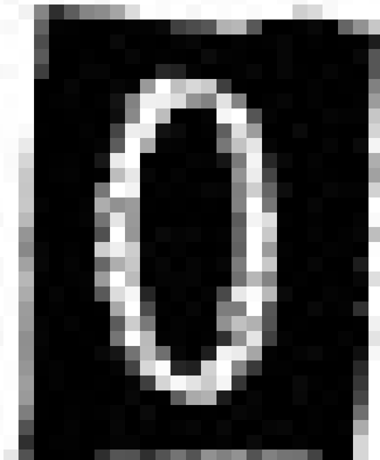
—Ya hay que ser retorcido para querer escribir sobre esto. —Su mirada directa, sin espejo de por medio, resultaba incluso más intensa —. Una familia destrozada de esta manera.

Me encogí de hombros sin ganas de rebatirle nada, porque a lo mejor tenía razón. Solo levanté los dedos en señal de despedida. Él metió la marcha atrás para retroceder con el coche hasta la entrada del restaurante. Iría a decirle algo a Ángela, quejarse quizá de la actitud de su hijo.

Me colgué la mochila solo de un hombro y subí la escalera hacia mi habitación. El sol acababa de desaparecer bajo el horizonte y las ventanas de las habitaciones parecían un muestrario de acuarelas, cada una reflejando un color del atardecer: una morada, una naranja, una azul. Me fijé en las puertas de la casa de Coral, todas cerradas.

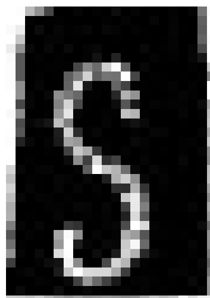
Al abrir la mía, encontré a mis pies dos cucarachas de las que no lo eran. Recogí del suelo las manualidades. De nuevo, consistían en varias capas de cartulinas grapadas entre sí, decoradas con purpurina y brillantes adhesivos. Una de ellas repetía la letra o el número de la anterior, una «S». O un «5». La otra mostraba algo diferente: un óvalo. Una vez más, no podía afirmar si era un número o una letra. Si era un «0» o una «O».

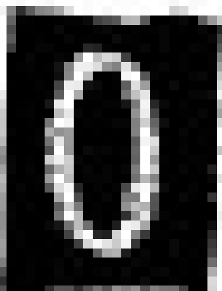


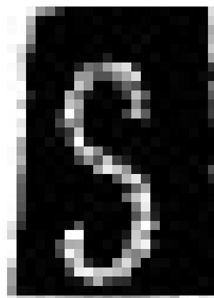


Antes de entretenerme con nada más, me senté a la mesa y saqué el ordenador de la mochila. Tecleando a toda prisa, como en un arrebato, volqué en un documento, en forma de apuntes atropellados y mal escritos, una crónica pormenorizada de lo ocurrido aquella tarde. Anoté detalles del interior del coche sin ventanas, de la fachada del puticlub, de la aridez del campo. Transcribí mis conversaciones con los vecinos, con la familia de Ángela.

Cuando concluí el volcado de información, extraje de la carpeta de documentación la primera manualidad. La uní a las dos que acababa de recibir. De primeras, mi cerebro impuso una visión numérica a los caracteres y los ordené de tal manera que escribieran «550». Pero no sabía qué significaba ese número. Mis dedos reordenaron las manualidades interpretándolas como letras y acabaron escribiendo algo mucho más preocupante:







Me estremecí ante esa posible petición de auxilio.

18

Bajé a cenar cuando ya no quedaba nadie en el comedor. Ángela me avisó de que la cocina estaba cerrada y la cocinera se había ido, pero que, por ser yo, podía hacerme unos huevos fritos con patatas.

—Lo que más me apetece ahora mismo —le dije.

Ella desplegó un mantel de papel sobre una mesa, lo prensó con el servilletero y regresó a la barra. Desapareció a través de la puerta abatible de la cocina. A esas horas de la noche, las mesas estaban tan vacías como las plazas de aparcamiento al otro lado de la cristalera. Tan solo un coche había pasado por la carretera durante el paseo de mi habitación al comedor. Las dos plantas mal regadas en la entrada se veían más abandonadas que de costumbre, iluminadas por la pálida luz de unos fluorescentes a los que les faltaban ganas de brillar. En la soledad del comedor, ninguna voz rompió la calma. Ninguna máquina tragaperras emitió ninguna alarma de premio, tampoco saltó ningún tostador de pan. Era tal el silencio, que oí cómo chisporroteaban al freírse los huevos en la cocina.

Ángela me los trajo en un plato combinado, con patatas y unas rodajas de tomate. No se olvidó de unas rebanadas de pan y una botella de agua.

—Hoy duermo yo con ella —me dijo sobre Coral—. Sagra estará a punto de irse. Esta noche no te va a despertar ningún camionero.

Guiñó un ojo y yo sonreí.

—Le has caído muy bien a mi hijo. —Comprobó el estado de mi servilletero y los de las mesas vecinas—. Él lee mucho, le encanta leer. Está impresionado de tener un escritor aquí en el pueblo, y de haber ido contigo en el coche.

El pitido repetido de algún aparato la requirió en la barra, adonde se marchó de inmediato. Desde allí, gritó:

—¡El que está horrorizado con lo que estás haciendo es mi marido!

Una nube de vapor la envolvió cuando abrió un lavavajillas, llenando la estancia del olor a humedad salada del electrodoméstico. Ángela disipó la niebla agitando en el aire el trapo que llevaba al hombro.

Procedió a secar vasos y platos mientras yo daba cuenta de mi cena, mojando trozos de pan en las yemas de los huevos. Seguí comiendo al tiempo que ella disponía sobre la barra decenas de platitos con taza y cucharilla, dejándolos preparados para el desayuno del día siguiente.

—Tengo tus periódicos, por cierto —anunció.

Tras terminar su reparto de cucharillas, regresó a mi mesa cargando una pila de diarios que sacó de un almacén. Anteriormente, le había preguntado a Ángela si guardaban prensa antigua, podía venirme bien para conocer cómo era el pueblo antes del crimen, saber cuáles eran los problemas y las alegrías de esa comunidad antes de que el parricidio transformara en irrelevante todo lo demás. Aunque Ángela me había contestado que no los archivaban voluntariamente, sí los iban acumulando, para reciclarlos, en un rincón. A veces, por dejadez, acababan levantando verdaderas columnas. Por la pila que cargaba en ese momento, llevarían más de un mes, casi dos, sin acercar los periódicos a la basura. Había, como mínimo, cuarenta ejemplares.

—Hala, para que te empapes bien.

Los dejó caer en una de las sillas libres en mi mesa.

—Muchas gracias. —Pinché un montón de patatas—. Y por la cena también. Esto está riquísimo.

Se quedó mirándome mientras rebañaba el plato con las patatas y me las llevaba a la boca. Me dijo que daba gusto verme comer.

—Coral me ha preguntado por ti —añadió—. ¿Te apetece hablar con ella luego?

—¿No será muy tarde?

Ángela miró al reloj de la barra. Era uno grande, de publicidad de unas bodegas, situado al lado del neón que escribía Plácido en letras azules.

—Qué va, estará despierta un buen rato más.

Quise preguntarle a ella por las letras que había encontrado en mi cuarto, pero valoré que si Coral me las estaba mandando a escondidas, quizá había algún motivo. Sobre todo si eran realmente un mensaje de auxilio. Lo que no entendía era por qué me pediría auxilio de esa manera en lugar de haberlo hecho directamente en alguna de nuestras conversaciones anteriores. La otra alternativa era que las letras no las

enviara ella. Pero si no eran suyas, la mente me llevaba a pensar que fueran de Perla. Que la niña desaparecida se encontraba en realidad muy cerca del hotel, escondida, pidiéndome ayuda. No tenía muy claro qué opción me asustaba más.

—Mira que fue la niña la que quiso volver aquí, a su casa —dijo Ángela—, pero me da pena que esté ahí sola casi todo el día.

—Coral no está sola. Estáis vosotras aquí abajo.

Aceptó la observación solo a medias.

—Tampoco sé qué otra cosa podríamos hacer —añadió apesadumbrada.

Intenté animarla fantaseando con una pronta reaparición de Perla.

—Ojalá… —dijo con la voz queda de una esperanza que se extingue.

—Por cierto, me ha dicho la gente del pueblo que son mellizas.

Dejé caer la información como si nada. Quería observar su genuina reacción inesperada. Lo que se le escapó fue un ronquido de incredulidad.

—Madre mía, siguen con eso. —Se llevó una mano a la frente—. Los rumores en los pueblos, que son contagiosos, como piojos. No hagas ni caso, ya sabes que no.

Aunque era verdad que lo sabía, me parecía un rumor demasiado excéntrico como para dejarlo pasar sin una explicación.

—¿Y por qué lo dicen?

Ángela me miró como valorando si merecía la pena explicármelo. Después realizó una panorámica del comedor, comprobando qué cosas le quedaban por hacer antes de cerrar. La manera en que suspiró, entre agotada y aliviada, me hizo saber que daba el trabajo por finalizado. Se acercó a la máquina del caballito infantil cerca de la entrada y la desenchufó. También las dos tragaperras. Del bolsillo de su mandil sacó una moneda que insertó en la máquina expendedora de pistachos. Tras girar la manivela, obtuvo una lata que se trajo a la mesa. Se dejó caer en la silla frente a mí con el gemido de placer de quien se sienta después de una larga jornada de trabajo.

—Mira tú por dónde —dijo—, te lo voy a contar.

—También me han dicho que Bárbara trabajaba en el Medusa.

—Vaya, veo que has sacado partido a tu excursión —dijo con las cejas levantadas—. De eso, lo más raro es que no lo hayan dicho todavía en ningún lado. La estarán respetando por estar medio muerta.

Ángela abrió la lata de pistachos y sacó el primero. Yo aparté mi plato para poder apoyar los brazos en la mesa, ofrecerle toda mi atención. En mi experiencia obteniendo testimonios había aprendido que, en el fondo, todo el mundo está deseando hablar, lo que falta es gente que les pregunte y los escuche de verdad.

—Lo de que eran mellizas fue un invento de su madre —comenzó Ángela—. Le daba menos vergüenza mentir diciendo que eran mellizas a admitir que se había dejado embarazar dos veces por el mismo idiota. Y no sé por qué digo idiota cuando debería decir asesino, que es lo que era ese asesino. Un asesino.

Peleaba con un pistacho cerrado que acabó machacando con rabia, usando la lata como martillo. El temblor desplazó mis cosas sobre la mesa. Ángela señaló la grabadora.

—¿No me estarás grabando? Sabes que no quiero ni muerta.

—Que no, que nunca voy a grabarte sin permiso.

—Es que esto te lo cuento a ti, porque me caes bien y me has pillado tan cansada que no tengo filtro —añadió mientras abría otro pistacho —. Pero mi voz es mía y no quiero que quede archivada en ningún lado. Si tú quieres usar la información, eso ya es cosa tuya.

Le aseguré que así lo haría. Retomó el relato explicándome que si Bárbara mantenía la mentira de que las niñas eran mellizas, el error de haberlas tenido parecía menor. Era solo un error en lugar de dos.

—Ahora, que si para mi hermana sus hijas eran un error, ya te digo yo que, para mí, el error de verdad es ella. Su vida entera. —Ángela amontonaba las cáscaras en mi plato vacío—. Lo del Medusa, fíjate, es lo de menos.

Ángela me contó la vida errónea de su hermana. Lo hizo con tanto detalle que se remontó al origen del Hotel Restaurante Plácido y de su propia familia. Al final, fueron cuatro las latas de pistachos que sacó de la máquina. Y fue una montaña de cáscaras la que acumuló sobre mi plato rebañado.

19

Dejé la pila de periódicos en el suelo de mi habitación, junto a la silla en la que escribía. Me cambié al pantalón corto de deporte y la camiseta holgada sin mangas que usaba para dormir. Había planeado escribir un poco más esa noche, incluso había sacado un café frío de la máquina expendedora, pero decidí dejarlo para el día siguiente. La información que había obtenido de los vecinos en el escuadrón de búsqueda y, sobre todo, lo que acababa de contarme Ángela en el comedor, iban a precipitar el capítulo sobre el pasado de la familia. Uno que, intuía, iba a ser extenso y doloroso.

Fuera, oí una puerta abrirse, las voces de una conversación. A través de la ventana, vi cómo Ángela se despedía de su hermana. Le entregó unas bolsas de supermercado, intercambiaron unas llaves. En cuanto el coche de Sagrario se marchó por carretera, Coral se asomó al marco de la puerta abierta. Caminó hasta las escaleras y se sentó en el primer escalón, tapando sus rodillas magulladas con la camiseta grande que llevaba. Ángela le recordó que no debía salir descalza. La niña solo se encogió de hombros, apoyó la barbilla en las rodillas y se quedó allí, observando la carretera. Quizá confiando en ver aparecer a su hermana.

Me puse unas chanclas de banda única, salí al pasillo y esperé a que Ángela se diera cuenta de mi presencia. Con un asentimiento, me invitó a acercarme.

—¿Me puedo sentar contigo? —pregunté a Coral.

Ella respondió con un gemido afirmativo.

Ángela levantó las bolsas que le había entregado Sagrario.

—Yo tengo que guardar esto —dijo antes de marcharse—, ahí os dejo.

Un coche pasó frente al hotel y la ola de sonido rompió contra Coral y contra mí, sentados al inicio de la escalera.

—¿Esperas a tu hermana? —pregunté.

Ella medio asintió, se encogió de hombros, negó con la cabeza. Una gestualidad mixta y contradictoria resultado de la combinación de esperanza y desaliento que habría en sus pensamientos. Seguimos el

coche con la mirada hasta que los puntos rojos de sus luces traseras desaparecieron en la oscuridad. En el silencio recuperado, los grillos recobraron su protagonismo. La luna brillaba aún baja en el cielo, ni siquiera necesitábamos levantar la mirada para verla. Estaba ahí mismo, frente a nosotros.

—He conocido a tu primo. —Me quité las chanclas, quedándome descalzo como Coral, mis pies apoyados un escalón por debajo de los suyos. Por la cara que puso, no le hacía ninguna ilusión la mención a su primo—. ¿Tampoco él es amigo tuyo?

Otorgó con un silencio.

—El otro día me dijiste eso, que nunca habías tenido un amigo —recordé las palabras de nuestra primera conversación—, pero me enseñaste la foto riéndote con Perla. Ella sí era amiga tuya, ¿no?

Coral apretó los labios, frotó la barbilla contra sus rodillas, rehuyendo responder.

—¿Tampoco ella?

Un barniz brillante cubrió sus ojos. La leve negación que me dedicó, apenas moviendo un poco la cabeza, me recordó a esa que le había imaginado realizando en la ambulancia, cuando la guardiacivil le preguntaba si sabía dónde estaba su hermana.

—¿No? —insistí.

Ella desvió la mirada. Oí cómo tragaba saliva, conteniendo muchas emociones que no desveló.

—¿Quieres contarme algo? —pregunté.

En la tensión de su mandíbula adiviné sus ganas de hablar, pero, en las arrugas de su frente, el esfuerzo por reprimirse.

—¿Estás enfadada porque Perla se ha ido sin ti?

Coral movió los dedos de los pies y me miró de soslayo un instante.

—¿Te hubiera gustado irte con ella?

Un destello de alegría iluminó fugazmente sus ojos al valorar esa posibilidad. Se apagó enseguida, en cuanto recordó que no era eso lo que había ocurrido.

La honda tristeza que le sobrevino la obligó a secarse los párpados con la muñeca. Advertí que llevaba las uñas pintadas de colores, uno diferente para cada dedo. La imaginé pintándoselas esa tarde, allí dentro, en casa, fantaseando con la idea de que un poco de esmalte amarillo, rosa, azul o verde pudiera colorear la realidad tan gris que la rodeaba. En mitad del horror, el inesperado despliegue de ilusión que había en esos colores me resultó tan prodigioso como sería darse de bruces con un arcoíris en mitad de la noche.

—Pareces un arcoíris —le dije—. Un arcoíris nocturno.

Los ojos se le abrieron tanto como parecía haberle fascinado la idea.

—¿Tú crees? —Se miró las uñas, sonriendo.

Asentí mientras ambos imaginamos cómo luciría ese arcoíris. Con qué intensidad brillarían sus colores de neón en la oscuridad.

—El rojo no lo he usado —añadió ella.

La velada mención de la sangre nos devolvió a la turbia realidad. Compartimos un nuevo silencio mientras la ola sonora de otro coche arreciaba contra nosotros. Esperé a que el ruido se desvaneciera del todo para preguntar:

—¿Por qué necesitaba escapar Perla?

Coral devolvió la barbilla al refugio de sus rodillas. Abrazó sus piernas. Se quedó pensativa. Una brisa cálida nos acarició a los dos.

—Porque odiaba su cama —susurró.

La piel de sus antebrazos se puso de gallina.

—Como todos los enfermos —Bajé mi voz al nivel de la suya—. Pero ella necesita estar en esa cama, Coral. No va a aguantar mucho tiempo por ahí, sola.

Apoyó un lado de la cara sobre sus rodillas, recostándose en ellas.

—A lo mejor está en el mar. —Cerró los ojos huyendo de mis palabras, las mismas que habría oído ya mil veces, todos los adultos repitiéndole sin parar las mismas obviedades. Alguna imagen en su mente la hizo sonreír, visualizando quizá ese mar que había mencionado como si fuera el edén, el lugar más pacífico y sereno que pudiera imaginar—. Ojalá haya llegado al mar. Y esté nadando, como

una sirena.

—Para eso no era necesario huir. Ni matar a nadie.

Coral abrió los ojos a la realidad, la sensatez de mis palabras quebrando de nuevo su fantasía.

—El mar está muy cerca —dije como justificación—, podría haber ido en cualquier momento.

—Pero mamá nunca nos llevó. —Parpadeó conteniendo su emoción—. Yo nunca me he bañado en el mar.

—Si está ahí mismo.

Alargué el brazo hacia atrás, en dirección a la costa. Serían unos veinte kilómetros los que separaban el hotel del mar, que podía verse incluso desde algunos tramos de la carretera, como una uniforme banda azul a lo lejos. Enseguida lamenté mi gesto, que tan solo subrayaba la crueldad de esa madre al limitar el mundo de sus hijas al área de servicio. Al campo árido y solitario que rodeaba el hotel, un secarral de cardos y latas en el que el mar, realmente, parecía pertenecer a otro mundo, por cerca que estuviera.

—Ojalá haya llegado al mar —repitió Coral.

La profundidad de su anhelo por algo que tenía tan cerca resultaba descorazonadora. Costaba entender qué llevaría a una madre a mantener a sus hijas tan enclaustradas. Quizá las afecciones de Perla le imposibilitaban salir de casa a ella, o bañarse en el mar, pero eso no justificaría la necesidad de aplicar la misma medida a la hija sana. El atronador interrogante en mi mente se escapó de mis labios sin más:

—¿Qué es lo que pasaba en tu casa?

Coral cerró los ojos y se balanceó ligeramente con los dedos de los pies. Una prudente manera de comunicarme que no quería escuchar más preguntas. Respeté su deseo de abstraerse y tan solo me quedé allí, junto a ella, mirando la luna. Desconcertado, tomé una honda respiración que olió a alquitrán, a gasolina, al suavizante de su camiseta.

Pasado un rato, vi que se humedecía los labios y pensé que iba a retomar la conversación, responder a mi pregunta después de todo, pero lo que hizo fue empezar a silbar. O a intentarlo, porque aunque expulsaba el aire con los labios correctamente colocados, apenas

conseguía un silbido muy débil, torpe. Soplaba más que silbaba.

El resultado era tan tierno, tan gracioso, que se me escapó la risa.

—¿De qué te ríes?

—De que eso no es silbar.

Abrió los ojos, sorprendida:

—Si lo hago bien.

Retomó el torpe silbido a la vez que tarareaba alguna melodía con la garganta, sustituyendo con esa trampa la musicalidad que le faltaba.

—Estás soplando —la corregí—. Y escupiéndome.

Sequé en mis piernas sus diminutas salpicaduras de saliva.

—Que estoy silbando —insistió ella.

—Mira. —Luché contra mi sonrisa para colocar los labios en posición de silbido—. Esto es silbar.

Improvisé una melodía que sonó tan alta y clara que enmudeció a varios de los grillos en la cuneta. También a Coral, que interrumpió sus soplidos y mejoró su postura en el escalón como si de repente se sentara en la butaca de un teatro.

—¿Cómo lo haces?

—No sé, es muy fácil.

Silbé algunas notas más sin esfuerzo alguno. Ella me imitó, trasformando las notas en soplidos babosos que me pulverizaron la cara. Esta vez reímos los dos.

—¿Me puedes enseñar?

Sus dedos de colores atraparon mi mano, la apretaron. El contacto físico con ella, el primero que habíamos tenido, me pilló por sorpresa, y me conmovió la manera en que suplicaba por algo tan mundano. Sobre todo al recordar que esas manos arcoíris, tan llenas de vida, de ganas y de ilusión, eran las mismas que habían suplicado por su propia vida, gateando por ese pasillo, ensangrentadas, escapando del hedor.

—Claro que puedo —respondí.

—¿Y aprenderé?

Me apretó la mano con más fuerza.

—Seguro.

—¿En cuánto tiempo?

Fingí valorarlo concienzudamente, como si repasara en mi cabeza el índice de lecciones de una asignatura muy compleja.

—En tres clases.

—¿Solo? —Los ojos se le redondearon—. ¿Para silbar tan bien como tú?

—O mejor.

—¿De verdad?

—De verdad.

Coral soltó mi mano y se acomodó de nuevo en el escalón, que ya no era la butaca de un teatro sino la silla de un pupitre de escuela.

—¿Podemos empezar ahora?

Allí mismo, improvisé para Coral la primera lección sobre cómo silbar. Le mostré la manera controlada en la que yo expulsaba el aire, en lugar de soplarlo todo de golpe como hacía ella. Al llevarlo a la práctica, yo silbé y ella me escupió en la cara. Su técnica no mejoró ni un poquito esa noche, pero mereció la pena solo por verla sonreír y expresar emoción sin ataduras.

Ángela se asomó a una de las ventanas de la casa y nos gritó desde allí que bajáramos el volumen, que íbamos a despertar a todo el vecindario. Nos llevó solo un instante pillar la broma, tras la que la propia Ángela rio con nosotros. Contagiándonos unos a otros, los tres subimos el volumen de nuestras risas, sabiendo que no había nadie cerca para oírnos. Que nuestras carcajadas, por escandalosas que fueran, morían en el alquitrán de la carretera, en los matorrales del campo, entre los postes de luz. Cuando nos calmamos, Ángela le pidió a Coral que, ahora en serio, entrara ya en casa, cinco minutos máximo. Que en nada se irían a dormir.

Coral y yo nos despedimos acordando seguir con las clases de silbido cuando pudiéramos.

Al apoyar las manos en mis piernas para levantarme del escalón, noté algo a través de la tela del pantalón de deporte. Las manualidades que había metido en el bolsillo antes de salir. Coral estaba ya de pie y dudé si preguntarle por ellas. Tras el rato divertido, no quería retomar los temas escabrosos de su realidad. Pero si de verdad esas manualidades escribían una petición de socorro, quizá ella misma deseaba que habláramos del tema, quizá se iba a ir a casa preguntándose por qué yo hacía oídos sordos a su llamada de auxilio. Por qué perdía el tiempo haciéndole otras preguntas sobre su hermana, cuando la pregunta más importante que debía hacerle era de qué tenía miedo ella, y cómo podía ayudarla.

—Coral. —Esta vez fui yo quien le cogió la mano, tirando de ella para que volviera a sentarse. Tenía la palma caliente, frías las puntas de los dedos—. Ven un segundo.

Cuando se sentó, saqué las tres letras del bolsillo. Ver la colorida decoración de esas manualidades junto a las manos de la niña que llevaba un arcoíris en los dedos era como enfrentarse al acertijo más fácil de resolver del mundo.

—¿Son tuyas?

Ella tragó saliva de la manera en que lo hacía cuando se esforzaba en callar.

—Son tuyas, ¿verdad?

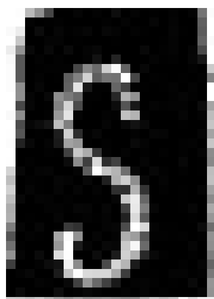
Tardó unos segundos más en atreverse a asentir. Yo me acerqué más a ella, juntando los hombros para formar con nuestros cuerpos una barrera que tapara aquel secreto compartido. Aquel material de contrabando.

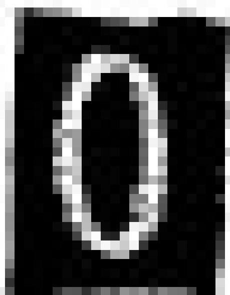
—¿Qué significan? —susurré.

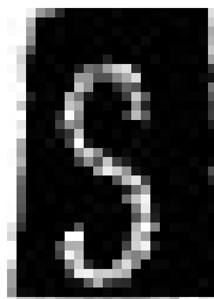
La locuaz alumna de mi curso improvisado de silbido había abandonado el aula, transformándose de nuevo en la Coral silenciosa del hotel de carretera, la que masticaba palabras y tragaba emociones. Me sentí culpable por el cambio, por haber transformado las risas de nuevo en miedo.

—Si me estás pidiendo socorro —bajé tanto la voz que la sali- va crepitaba en mis labios—, dímelo claramente. No necesitas hacer esto.

Coloqué las letras sobre mi pierna, en orden.







Coral buscó mis ojos. Lo fruncido de sus cejas expresaba una intensa extrañeza

—No es eso.

—Ese, o, ese —Señalé cada letra a medida que la leía—. SOS. Significa socorro.

A Coral se le abrió la boca, la tapó con un mano.

—No…, no lo sabía.

Un grito de Ángela llamando a Coral emanó de una de las ventanas abiertas.

Guardé las letras en el bolsillo como si de verdad fuera material de contrabando y hubiera aparecido la policía.

Ella me pidió perdón por haberme asustado, si es que lo había hecho.

—No pone eso…

—Dime qué pone entonces.

En su rostro se desplegó el abanico de microexpresiones indescifrables y contradictorias que lo inundaban con frecuencia. Angustia, temor, esperanza. Valor y miedo. Tenía tantas ganas de decir algo como de callarlo.

—No… —empezó a decir, pero aprovechó un nuevo grito de su tía para anunciar que tenía que marcharse.

Coral se levantó y corrió descalza de vuelta a casa. Me miró desde la

puerta antes de cerrarla. Yo me quedé un rato más allí solo, enfrentado a interrogantes tan profundos como la oscuridad que me rodeaba.

El cartel del hotel crujió en lo alto del poste.

De vuelta a mi habitación, busqué en el ordenador las fotos del cuarto de Perla en el anuncio inmobiliario. Me quedé mirando la decoración en la pared sobre su escritorio: el póster turístico de una playa. Una imagen del mar.

Un pasado nada plácido

Sagrario, Ángela y Bárbara habían crecido no muy lejos de donde se encontraba hoy el Hotel Restaurante Plácido, que comenzó siendo solo un restaurante. Lo inauguraron a principios de los setenta Plácido y Sagrario, los padres de las tres hermanas. A la primera hija le pusieron el nombre de la madre, igual que le pusieron el nombre del padre al primer hijo, Plácido, que además era el mayor de todos los hermanos —aunque luego se quedaría siendo el más pequeño para siempre—. Él ya nació en la casa que tenían cerca del restaurante, a la que se llegaba por un camino de tierra que surgía de la misma carretera. Era una casa sencilla, construida por el matrimonio con ayuda de algunos vecinos. Tres habitaciones para todos, cocina, salón y un baño que estaba fuera, en el patio. En ese patio pasaban la mayor parte del tiempo libre, que no era mucho, sentados en sillas publicitarias de plástico esperando a que Sagrario terminara la paella. La cocinaba en un paellero conectado al gas de una bombona de butano, al lado de un tendedero plegable siempre lleno de baberos, pañales reutilizables de tela y demás ropita de los niños. Niños que enseguida fueron tres: a Plácido hijo le sucedieron, muy seguidas, Sagrario hija y Ángela. Después hubo un parón de una década hasta que se produjo uno de esos embarazos que llegan cuando ya nadie los espera. Del embarazo imprevisto nació Bárbara, la cuarta hija. Y aunque fueron cuatro hijos durante unos años, volvieron a ser tres cuando un camión de los que pasaban a toda velocidad por delante del restaurante arrolló al primogénito, esparciendo por la carretera sus quince años de vida.

A Plácido, la muerte de su primer hijo lo dejó sin niño, el único que tenía. La pena se le mezcló con la ira de un malentendido orgullo masculino, el cual sintió gravemente herido con la pérdida de su único hijo varón. Al día siguiente de que el niño naciera, el padre había cambiado el nombre del restaurante de PLÁCIDO a PLÁCIDO E HIJOS, añadiendo la coletilla al cartel con unas letras de latón barato. Cuando la mayoría de género femenino en su descendencia hubiera demandado una corrección, Plácido no se molestó en cambiar el cartel. Y tampoco se molestó en cambiarlo cuando, como si el propio cartel hubiera gafado un futuro anunciado antes de tiempo, ese hijo varón fue precisamente el único descendiente que no llegó a trabajar nunca en el restaurante. Al final, fue el tiempo el que borró las letras de latón barato, erosionando la mentira con años de sol, viento y

arena para dejar tan solo el nombre original: PLÁCIDO. Lo que no pudieron enmendar ni el tiempo ni el sol ni el aire fue la injusticia de no escribir «E HIJAS», cuando eran ellas las que de verdad trabajaban ya en el negocio. Para ese entonces, el restaurante era también hotel: con una docena de habitaciones tan sencillas como económicas, habían añadido la opción de alojamiento para quienes necesitaban pernoctar en carretera.

A quien se le rompió el corazón del todo con la muerte de su Placidito, como si de verdad hubiera estallado en su pecho y no funcionara ya, fue a la madre del niño, que dejó de entender la vida. Ni un marido, ni tres hijas, ni un hogar que sacar adelante fueron motivaciones suficientes por las que querer seguir luchando. El mundo para ella quedó reducido a una cama de la que nunca quiso volver a salir, abrazando bajo las sábanas, guardando bajo la almohada, la foto enmarcada del niño en su comunión. Se abandonó a sí misma igual que abandonó sus roles de esposa y madre. Descuidó incluso a la hija pequeña, la pobre Bárbara, que apenas contaba tres años cuando un camión le robó cientos de tardes bonitas en las que mamá habría hecho paella para toda la familia en el patio. La madre abandonó el timón del hogar, obligando a que lo enderezaran las hermanas mayores, apenas unas adolescentes que maduraron como mujeres de un día para otro, asumiendo con arrojo sus nuevas responsabilidades. Mientras a mamá la pena la consumía encerrada en su cuarto con la foto del primogénito, y a papá el hotel restaurante le robaba todas las horas del día, Sagrario y Ángela se encargaron del cuidado y educación de la pequeña Bárbara y de todas las tareas domésticas. Por las tardes, una de ellas repasaba los deberes de caligrafía de la niña a la vez que pelaba las patatas para la tortilla de la cena, mientras que la otra lavaba los mandiles llenos de grasa de papá, sus camisas de trabajo, sudadas y amarillentas, sus calzoncillos. Las dos se turnaban en pelearse con mamá para que se levantara a cenar con ellas, cosa que no hacía casi nunca. Tenían que regañarla también para que se dejara llevar a la ducha y no se pasara otra semana entera sin lavarse, porque papá había empezado a dormir en el sofá del salón, pero a papá le venía muy mal dormir en el sofá del salón, con lo cansado que llegaba y la espalda como la tenía.

Pronto las dos hermanas mayores ayudaron también a papá en el hotel, en el restaurante, y acabaron asumiendo tantas responsabilidades que lo que dejaron de lado fueron sus obligaciones. Para centrarse en el trabajo, ambas abandonaron el instituto, aunque no por ello dejaron de repetirle a la pequeña que se esforzara en el colegio. Ella sí. Que ella podía completar su educación y, si quería, llegar incluso a la universidad. La pequeña Bárbara creció con todo

dispuesto para llevar una vida más encaminada que la de sus hermanas, pero a la pequeña Bárbara, a medida que fue creciendo, lo único que le interesaba era estar fuera de casa. Con doce años empezó a decir que la deprimía ver a su madre siempre en la cama, a su padre con el lomo partido, a sus hermanas quejándose por todo. Que ella no había venido a este mundo a sufrir, solo a sufrir, como parecía que era el caso del resto de su familia. Que ella quería vivir, experimentar, disfrutar. Se lo repetía a sus hermanas cuando ellas, frustradas, veían en el boletín de notas una retahíla de suspensos, debidos, en su mayoría, a faltas de asistencia. Ángela y Sagrario, ya veinteañeras, le recordaban el esfuerzo que había supuesto para ellas poder brindarle a la pequeña de la familia la oportunidad de centrarse en los estudios, pero Bárbara les respondía que, si tanto les gustaba el instituto, que lo hubieran acabado ellas. Que es con el ejemplo con lo que hay que predicar, no de boquilla. Al decirlo, se golpeaba la barbilla con un dedo, con tanta chulería, tan desagradecida, que Ángela se echaba llorar. Sagrario no, Sagrario le soltaba un bofetón a la niña que le volvía la cara. Y entonces la que lloraba, de indignación, era la niña, que se marchaba de casa gritando a sus hermanas que las odiaba a muerte, que ojalá el camión las hubiera atropellado a ellas. Sagrario madre, al oír eso, en su cuarto, iniciaba un llanto agudo, tan tenso y doloroso que le atenazaba la garganta hasta el punto de ahogarla. Sagrario y Ángela corrían a calmarla como podían, con golpes en la espalda, o besos en la cara, mientras ella lamentaba haber tenido esa cuarta hija, tan tarde, si total para qué, con lo mala que les estaba saliendo.

Al final, como sus hermanas, la niña no terminó el instituto. Pero ella no lo abandonó por obligación —porque tuviera que invertir su tiempo en llevar una casa, mantener un trabajo y ocuparse de una hermana menor—, sino que lo dejó por puro capricho, una niña malcriada malgastando su tiempo en tardes interminables comiendo pipas y bebiendo litronas con las pandillas menos recomendables del pueblo y de los pueblos vecinos. Mientras las hermanas mayores se quedaban en casa cocinando pichones o patas de gallina para la cena, la niña ni se molestaba en aparecer. Con catorce años, llegaba de madrugada maquillada, con aliento a vino de supermercado, a licor barato. Las manos le olían a tabaco, a mandarinas de las que robaban de los campos cuando les entraba el hambre. En invierno traía los labios morados del frío que había pasado durante la noche —toda la noche de botellón en la calle— bebiendo copas hasta arriba de hielo, abrigada solo con una fina chaqueta vaquera para lucir su cuerpo con tops fucsias y amarillos. La niña no respondía cuando sus hermanas le preguntaban con quién había estado, pero ella misma lo soltaba en

otros momentos, presumiendo de unas compañías que a sus ojos eran grupos de rebeldes incomprendidos, cuando en realidad no eran más que un hatajo de vagos desobedientes con mucho vicio. También hablaba Bárbara de chicos, tema que sí tenía la precaución de no mencionar si papá andaba por casa. Soltaba un nombre de novio diferente cada mes, novios muy macarras y muy antisistema, pero que a ella, siempre, la obligaban a vestirse más, a maquillarse menos. Era fácil saber cuando Bárbara tenía novio, porque desaparecían de su atuendo los tops llamativos, las faldas cortas. Se la veía de peor humor. Ya desde esa edad fue proclive a las relaciones tóxicas. A valorar el amor solo cuando hacía daño.

En las madrugadas en las que Bárbara llegaba especialmente perjudicada, y los gritos entre hermanas subían de volumen, Plácido se asomaba a la cocina y les pedía a todas, por favor, que se calmaran, que él tenía que dormir. Que iba a dejar que aplacaran su histerismo entre ellas, como mujeres, porque si de él dependiera, lo resolvería a palos y ojos morados, pero nadie quería eso. En la forma de dirigirse a sus tres hijas se notaba, en cada sílaba, lo mucho que hubiera preferido que fueran varones. Refugiada en su cuarto, Sagrario madre escuchaba a sus hijas insultarse, encontrando en la pelea no un motivo para salir de la cama a intentar calmarlas, sino una razón más para considerar su vida un infierno del que desear ausentarse. Solo en las peores noches, cuando oía ruido de sillas arrastrándose, vasos explotando contra la pared, o el cajón de los cubiertos abrirse para que una mano buscara ruidosamente un cuchillo, un último residuo de responsabilidad materna lograba arrastrar a Sagrario hasta la cocina. Con su intervención, lo único que conseguía era que todas las ofensas que Bárbara hubiera estado lanzando a sus hermanas las redirigiera hacia ella. Su hija pequeña la llamaba foca, mala madre. Le preguntaba a gritos si no le daba vergüenza ver a sus hijas deslomadas tratando de sacar adelante una casa y un negocio que ella había abandonado. La urgía a que, si tanto echaba de menos a su hijo, se fuera detrás de él a buscarlo, que ya sabía lo que tenía que hacer. Decía no entender por qué papá no se iba de casa, o se divorciaba al menos, si para él vivir con ella sería como vivir con una muerta. Una vez llegó a soltarle que no le extrañaba nada qué papá se fuera de putas al Medusa. Con los ojos llorosos, su madre la acusó de mentir, de querer hundirla aún más, pero Bárbara insistió en que era cierto, que lo sabía por fuentes confiables. Se lo había contado una amiga de una de esas pandillas con las que malgastaba su tiempo, una chica extranjera que trabajaba en el club y a la que el propio Plácido había seleccionado una noche señalándola con el dedo. Bárbara le preguntó a su madre si podía hacerse una idea de la vergüenza que había tenido

que pasar cuando su amiga le preguntó si su padre era Plácido, el mismo Plácido del Hotel Restaurante Plácido, porque si lo era, entonces su padre había sido cliente suyo. Y aunque follaba bastante mal, se corría rapidísimo, así que, como cliente, era de los buenos. Los ultrajes de su hija enviaban a Sagrario de vuelta a la cama, con otro millón de razones para no querer salir de ella nunca más, mientras en la cocina la pelea seguía escalando hasta llegar, algunas veces, a la agresión física: bofetadas, sacudidas y empujones, pero sin lesiones importantes. Solo en una ocasión, ese cuchillo que Bárbara sacaba a lo loco del cajón le hizo un corte superficial a Ángela en el antebrazo.

El comportamiento de Bárbara no mejoró ni a los catorce, ni a los dieciséis ni a los diecisiete. Antes de cumplir la mayoría de edad, ya no era solo aliento a calimocho lo que traía de sus salidas nocturnas —que a veces duraban fines de semanas enteros, o se alargaban de jueves a lunes—, sino también moratones en las piernas, ropa más sucia de lo normal y marcas de picotazos en los brazos. La farmacéutica del pueblo, alarmada, informó a Plácido de que su hija pequeña compraba jeringuillas. Que interviniera cuanto antes, que la encerrara en casa, que le prohibiera juntarse con la escoria con la que se juntaba. Que la atara a la pata de la cama o al tronco de un níspero si era necesario. Plácido, por aquel entonces, ya daba por perdida a su hija pequeña, así que, como hacía siempre, derivó la responsabilidad hacia sus hermanas mayores. Ese año, además, Plácido tenía la cabeza en otro lado. Una madrugada, un coche había alunizado contra la entrada del comedor en el restaurante. Los ladrones no solo le vaciaron a Plácido la caja registradora y su armario secreto de contabilidad —precisamente la noche en que más dinero había porque acababa de cerrar el trimestre—, sino que también provocaron daños estructurales a la fachada del local, estropicio cuyo arreglo requería de un gran presupuesto que los del seguro se las arreglaron para no cubrir del todo. Las pérdidas fueron tan importantes que Plácido se vio obligado a despedir a dos empleados temporales para ahorrarse sus nóminas. Las labores de esos trabajadores recayeron sobre sus hombros, riñones y manos, haciéndolo trabajar más que nunca. Plácido concentró sus esfuerzos en salvar el negocio, mientras sus hijas mayores se concentraban en salvar a la pequeña. Abocada a una espiral de autodestrucción, ella aseguraba, sin embargo, sentirse plena y realizada. Presumía de amistades, de noviazgos, de aventuras. De atesorar unas experiencias que nadie de su familia se había atrevido a experimentar. Concedía un valor casi trascendental a los cinco días seguidos que hubiera pasado en una rave, conociendo a gente que definía como maravillosa, bailando sin parar porque, hermanas, vosotras no lo termináis de entender, pero hemos venido a este mundo

a madurar la alegría y no la pena. Y aunque ella aseguraba estar exprimiendo la vida, tanto sus hermanas como la gente del pueblo lo que la veían era deteriorarse como una naranja podrida en el suelo.

Aquel fue un año complicado para la familia, otro más. Un mismo año en el que Bárbara aceleró su autodestrucción montándose en las drogas inyectables para acabar adicta a su galope, y Plácido creyó ver destruido su negocio y, por tanto, su vida, después del asalto al restaurante. El año aún culminaría de la peor manera posible cuando ambas variables resultaron estar relacionadas. Un chivatazo traicionero de una de esas amigas de las que Bárbara tanto presumía reveló a Sagrario y Ángela que el vehículo que alunizó contra el restaurante lo conducía un novio de Bárbara. Y que ella misma ayudó a sacar el dinero de la caja registradora y del armario contable secreto de su padre. El dinero robado que había obligado a Plácido a despedir empleados y a reventarse la espalda todavía más era el mismo dinero que se había estado gastando su propia hija bailando en fiestas interminables o pinchándose acompañada por cualquier paria en algún solar. Ángela rogó a Sagrario no revelar la información del chivatazo a sus padres —porque, por favor, esto los va a matar—, pero Sagrario no pudo contenerse. Ni callarse. Ni ocultar tan terrible verdad a su padre. Al escuchar esa verdad en boca de su hija mayor, Plácido se quedó mudo. Mantuvo un rostro impertérrito mientras se le desbordaba una única lágrima que secó de su mandíbula con el dorso de la mano. Después pidió a sus hijas que, por favor, se encargaran de que esa desgraciada, una bicha como no había conocido igual en sus sesenta años de vida, no volviera a pisar jamás esa casa. Su hija pequeña, desde ese momento, estaba muerta para él.

Si para Plácido la noticia del robo significó la muerte figurada de su hija, para su esposa supuso el verdadero fin de la vida. Tres noches después de destaparse la verdad, Sagrario cogió del cajón de la mesilla unas cuantas medicinas de su tratamiento psiquiátrico y se tragó todas las pastillas que pudo con un vaso de agua que le había pedido a Ángela. Ese vaso se lo pedía todas las noches antes de dormir, nada diferenció a esa noche de la anterior, o de la anterior. Lo que sí recordaría más tarde Ángela es que su madre la cogió de la mano y le dio las gracias mirándola a los ojos un buen rato. A ella el agradecimiento le sonó demasiado sentido para una acción tan cotidiana, pero es que esa noche, en realidad, su madre le estaba agradeciendo muchas otras cosas, por última vez. Por la mañana la encontraron ya muerta. Se había amordazado ella misma con la funda de la almohada, atada con fuerza detrás de la cabeza, el tejido tenso contra sus labios cubriendo su boca entera. Las teorías que se barajaron fueron que había pretendido contener el vómito en caso de

que se produjera —decidida a que la cantidad letal de pastillas permaneciera en su cuerpo—, o que había querido limitarse a sí misma la posibilidad de pedir socorro, a gritos, en caso de arrepentirse de lo que acababa de hacer.

Bárbara, que tenía prohibida la entrada en casa, ni siquiera fue al funeral. Tampoco al entierro. No llamó a su padre. A sus hermanas, sí, con ellas incluso lloró un poco, al teléfono, aunque opinó que mamá estaba mejor muerta, que ahora por fin estaría en paz y que su vida era una vida que no merecía la pena vivir porque no la vivía en libertad. No era libre como ella. También les contó Bárbara historias raras en las que su hermano atropellado se le aparecía en sueños para manifestarle que ella no tenía culpa de nada. Que la culpa de todo era del camionero que lo atropelló a él. Bárbara repetía que su propio hermano, el hermano de todas, Placidito, la había exculpado en sueños de cualquier responsabilidad. A eso, Ángela le respondió que la malvada era ella, la drogadicta era ella, la hermana mala era ella, la maltratadora era ella y la puta ladrona que robaba a su propio padre era ella.

*

Las hermanas mayores no volvieron a tener contacto con la pequeña durante un par de años. Los rumores en los tres pueblos, entre los vecinos que comían su menú del día en el restaurante, les permitían estar al tanto, más o menos, de dónde andaba la niña, aunque ya no era ninguna niña porque cumplía los diecinueve y también los veinte. Las historias que llegaban de ella eran cada vez peores, pero resultaba difícil cribar los rumores para saber a cuál dar crédito y a cuál no. Pasado el tiempo, volvieron a ver a Bárbara un día en que apareció por la casa familiar como si no llevara años sin pisarla. Dijo que necesitaba recoger unas cosas y se fue directa a los altillos del armario en el cuarto de sus padres. Sin responder a las preguntas que le lanzaban sus hermanas —sobre sus intenciones, sobre sus tatuajes, sobre por qué se había rapado la cabeza—, bajó una maleta en la que mamá conservaba la ropita de bebé de los cuatro hijos. La vació en una bolsa de basura que se sacó de un bolsillo. Antes de marcharse, les contó que necesitaba la ropa porque, ella también, iba a ser mamá. Que a ver si se creían que solo ellas estaban capacitadas para formar familias. Aseguró que el embarazo era lo más bonito que le había pasado nunca y que podía sentir que iba a ser la mejor mamá del

mundo, porque iba a ser para su criatura la madre que ella siempre necesitó pero nunca tuvo.

En cuanto salió por la puerta de casa, las dos hermanas mayores acordaron que no le contarían a su padre lo del embarazo de la pequeña, porque, por Dios, esto sí que lo va a matar. Juntas, lograron mantener el secreto varios meses. Hasta que un día, un comensal del restaurante —después de acabarse el arroz con leche y justo después de tomarse el chupito de orujo de hierbas—, le soltó a Plácido, como si fuera algo que celebrar, que había ido a pasear con la parienta por el embalse, cerca de la casa okupa del pinar de la montaña, y habían visto a su hija, a la pequeña, tendiendo ropa por el terreno con tripón de embarazada. Que enhorabuena. El comensal llegó a proponer al resto de obreros con los que compartía mesa un brindis, venga, en honor del abuelo, pero Plácido le arrebató la botella con la que rellenaba los vasos y se marchó a la cocina sin decir una palabra. El cristal y el orujo estallaron contra el interior de la puerta abatible como estallaban los vasos que lanzaba su hija en la cocina al discutir con sus hermanas.

Durante un tiempo, Plácido no habló del tema con nadie, no preguntó nada a sus otras hijas. Los tres desarrollaron la habilidad para construir presas con palabras que encauzaran a tiempo cualquier conversación que pudiera desembocar en Bárbara. También los clientes habituales del restaurante aprendieron que la hija pequeña era tema tabú en el comedor, en el hotel, en el aparcamiento y en varios kilómetros a la redonda. Pasados unos meses de silencio y de forzado olvido, Plácido reunió a Bárbara y Sagrario en la casa familiar. Les anunció que había estado reflexionando. Que había pasado muchas noches en vela preguntándose a sí mismo y preguntándole también a la foto de su difunta esposa qué haría un buen padre en su situación. Y que la conclusión a la que había llegado era que, si de verdad el niño que llevaba Bárbara en su vientre era su nieto y el de su Sagrario, entonces una casa okupa no era el lugar adecuado en el que dejarla vivir el embarazo. Que, por tanto, las puertas de la casa familiar volvían a abrirse para ella. Les pidió a las hermanas mayores que, por favor, fueran ellas a buscarla, que la trajeran a rastras si hacía falta, porque si iba él mismo y la encontraba drogada entre cascotes, tirada en un colchón asqueroso en una comuna de piojosos, lo mismo cambiaba de opinión y la mataba ahí mismo en lugar de acogerla. Lo que sí estableció Plácido fue una única condición, algo que las hermanas debían verificar antes de traérsela: que el responsable del embarazo, el padre del niño, no fuera el Tuno. El Tuno no solo era el camello con más solera de la zona —llevaba más de veinte años cambiando de chabola, paseándose siempre en

chándal, siempre drogado, por los arcenes de las carreteras, los caminos de los campos y las calles de los pueblos—, sino también un criminal que entraba y salía de la cárcel al mismo ritmo al que le iban pillando sus trapicheos, sus robos con arma blanca o, también, sus agresiones sexuales. Incluso existía la leyenda de que había matado, en un ajuste de cuentas, al hijo drogadicto de una frutera, extremo que no se pudo demostrar porque jamás apareció el cuerpo del joven. Plácido remarcó la excepción a sus hijas, repitiéndoles que si acaso descubrían que el bebé que engendraba Bárbara en su vientre era un hijo del Tuno, la peor escoria humana que se había conocido en esos tres pueblos, entonces Bárbara era definitivamente escoria de la misma calaña y ni él ni su difunta esposa querían saber nada de nieto, ni nieta, ni Cristo que lo fundó. Incluso exigió que, si era así, mejor ni se lo dijeran, porque les juraba por su difunta esposa que no solo mataría a su propia hija, sino también al Tuno. Y primero al Tuno.

Ángela y Sagrario salieron en búsqueda de su hermana. Regresaron con el anuncio de que no la habían encontrado. Dijeron que Bárbara no residía en la casa okupa y que, aunque habían preguntado por los tres pueblos, nadie la había visto recientemente. Aventuraron que se habría marchado, huyendo del pasado, quizá quería empezar de cero con su bebé en algún otro lugar, lejano. Las hermanas adornaron su mentira en los días posteriores, incurriendo en algunas contradicciones que no pasaron inadvertidas para Plácido. Más reveladores aún fueron los prolongados silencios que se formaban entre ellas, o entre los tres, cada vez que se hacía alguna mención a Bárbara. Fueron reveladores porque Plácido tan solo tuvo que recordar que él mismo les había exigido a sus hijas que guardaran silencio y le ocultaran la verdad si se enteraban de que el Tuno era el padre de la criatura. Y eso era justo lo que ellas estaban haciendo. Plácido se lo preguntó a las dos, a traición, en un turno de desayuno especialmente ajetreado. Exigió que le respondieron con la verdad y que lo hicieran rápido, ya, sin pensar, que había muchos churros que sacar. Ellas apenas tuvieron tiempo de intercambiar una fugaz mirada, tan delatora que Plácido tiró su mandil al suelo y levantó la compuerta de la barra derramando un par de tazas de café. Atravesó el comedor hacia la salida, esquivando clientes que le preguntaban qué le pasaba. Plácido subió al coche sin escuchar ninguna de las advertencias de sus hijas, que lo persiguieron a la carrera pidiéndole a gritos que se calmara, que se lo pensara dos veces. Que no fuera a la casa okupa. Que no le iba a gustar nada lo que se iba a encontrar.

Plácido alcanzó con facilidad el embalse, la presa, pero justo después una de las ruedas delanteras de su coche pinchó en el pedregoso camino que seguía por el monte. No se detuvo. Siguió acelerando

entre rocas y socavones. Cuando el vehículo no dio más de sí, lo dejó tirado con la puerta abierta. Recorrió el último trecho a pie. Cruzó el terreno frontal de la casa okupa derribando una mesa. Dentro, se encontró a su hija pequeña como temía, entre cascotes y tirada en un colchón levantado sobre palés en una esquina. Amamantaba a un bebé que había nacido días atrás, noticia que no se había molestado en compartir con nadie. En otro rincón de la estancia en ruinas, el Tuno calentaba una cuchara en un camping gas. Plácido no se acercó a su nieto, sino que se abalanzó contra el Tuno, probablemente dispuesto a matarlo. Pero el Tuno, para defenderse, cogió del suelo lo primero que encontró, un cuchillo de cocina con el que acababa de estar cortando mercancía. Se lo clavó al abuelo de su hija en la tripa, con la mala fortuna, o la buena puntería, de que alcanzó la arteria abdominal. Plácido se desangró hasta la muerte ahí mismo, en el suelo, junto a mantas sucias y básculas de precisión. Mientras, Bárbara siseaba al bebé para que se durmiera. La ayuda sanitaria tardó demasiado tiempo en alcanzar ese lugar tan recóndito, y para cuando el helicóptero aterrizó, ya no había nada que hacer por salvarle la vida a Plácido. Tampoco la policía pudo detener al Tuno, que había aprovechado todo ese tiempo para fugarse y buscar un escondite entre pinares, cuevas y naranjales.

Esa misma noche, en el hospital, Bárbara solicitó asilo a sus hermanas. Ella, que tanto se había vanagloriado de ser completamente libre viviendo en la calle, ahora se sentía incapaz de mantenerse por sí misma en la casa okupa. Suplicó a sus hermanas que la acogieran, a ella y a su bebé. Necesitaban tener un hogar antes de que alguien, asuntos sociales o quien fuera, intentara separarlas. Bárbara les reveló, emocionada, que el bebé era una niña y que le había puesto el nombre de Perla, porque así era como el Tuno la llamaba a ella cuando empezaron a salir. Perla, mi Perla, repetía Bárbara, derritiéndose de amor, no tanto hacia la hija a la que había bautizado con ese nombre, sino hacia el hombre que lo había usado con ella. Ángela y Sagrario accedieron por caridad con el bebé, no con su hermana. A cambio de dejarla volver, le pidieron que delatara la posición del Tuno, que ese cabrón tenía que pagar por lo que le había hecho al padre de todas ellas. Bárbara les juró que no tenía ni idea de dónde estaba y que tampoco podía comunicarse con él. Lo más seguro, les dijo, es que se hubiera fugado lejos, para siempre, porque el asesinato de Plácido no era la única movida por la que iba a tener que rendir cuentas ante la justicia. Las hermanas mayores acomodaron a la pequeña y a su bebé en la casa familiar vacía. Fue la primera vez, de muchas que vendrían después, que le preguntaron a Bárbara si no sería mejor que una de ellas se encargara de la niña. Que Perla iba a estar mejor en casa de

alguna de sus tías, con sus maridos y los hijos que ya tenían ambas. Pero Bárbara rechazaba la propuesta con agresividad. Si le quitaban a su bebé, ella también se amordazaría con una funda de almohada.

Igual que Bárbara no había asistido al funeral de su madre, tampoco apareció en el de su padre. Se excusó esa mañana con una llamada a Sagrario, informándola de que Perla, pobrecita, había pasado malísima noche, con fiebre, e iba a llevarla de urgencias al ambulatorio. Sagrario comprendió el imprevisto, deseó que lo de la niña no fuera nada. Tras el entierro, tanto ella como Ángela fueron directas a la casa familiar, preocupadas por saber cómo se encontraba la niña. Y como se encontraron a la niña fue llorando, sola, en la cuna. Desatendida, pero sin fiebre ni aparente malestar. Las dos hermanas oyeron entonces unos gemidos que emanaban del dormitorio principal, gemidos que no quisieron creerse. Pero que fueron reales. Cuando se asomaron al dormitorio, descubrieron a Bárbara metida en la cama. La de sus padres. Con un hombre. Y ese hombre era el Tuno. Él, al verlas, saltó de la cama desnudo e intentó fugarse, como intentaba siempre. Pero, esa vez, la fortuna no estuvo de su lado, y en lugar de huir hacia la salida delantera, escapó al patio trasero, donde quedó arrinconado entre las sillas de plástico y el tendedero plegable. Sagrario lo alcanzó allí fuera y, con la misma paella en la que su madre les cocinaba el arroz de pequeñas, que seguía colgada de la pared bajo el porche de uralita, le atizó en la cabeza hasta derribarlo. Después, alzó la bombona de butano y la dejó caer sobre su espalda. No lo mató, tampoco lo pretendía, pero el Tuno quedó inmovilizado hasta que llegó la Guardia Civil. Los agentes lo ayudaron a levantarse al tiempo que lo esposaban, todavía desnudo. Por el asesinato de Plácido y esas otras movidas que había mencionado Bárbara, al Tuno lo condenaron a prisión a más años de los que tenía la madre de su hija. La ejemplar duración de la sentencia acabó importando poco, porque tan solo dos años después de entrar en la cárcel, el Tuno murió, o se mató, de una sobredosis de heroína.

Lo increíble es que para ese momento, el Tuno no solo dejaba huérfana de padre a una niña, la pequeña Perla que asistió al asesinato de su abuelo, sino también a una segunda hija. En algún momento del tiempo en que él andaba supuestamente fugado, su paradero desconocido y protegido por una Bárbara que sobrevivía acogida en la casa familiar, ella se había quedado embarazada de él otra vez, el mismo hombre que había asesinado a su padre con un cuchillo manchado de polen. Quizá, incluso, la concepción había tenido lugar en la cama del propio Plácido, en el mismo polvo que Sagrario interrumpió a golpe de paellazo. Cuando nació esa segunda hija, a la que Bárbara bautizó como Coral —porque ya que la primera

se llama Perla, qué bonito que la segunda se llame Coral, como si las dos vinieran del mar—, Ángela y Sagrario plantearon un ultimátum a la hermana pequeña. No estaban dispuestas a seguir dejándola vivir en la casa familiar tras sus continuas deshonras a sus padres, en vida y en muerte. Para dejar claro que iban en serio, pusieron la casa en venta. Y la vendieron, dejando a Bárbara en la calle con las dos niñas. A las niñas, por supuesto, pensaban llevárselas ellas, hacerse cargo como pudieran, disponían de dos hogares de verdad en las que criarlas. Pero Bárbara suplicó clemencia, pidió perdón por todo, prometió cambiar. Aseguró que tan solo necesitaba una última oportunidad para encauzar su vida, que por favor no la abandonaran. Que ya habían perdido un hermano y dos padres, que si no les parecía suficiente. Y que ella no tenía a nadie más.

La plegaria surtió efecto y las hermanas mayores accedieron a dar una nueva oportunidad a la pequeña. De manera provisional, le adecentaron una habitación del Hotel Restaurante Plácido para que pudiera instalarse allí un tiempo. De esa manera podrían tenerla controlada: saber cuándo entraba, con quién, cuándo salía, qué comía, cómo se encontraban las niñas. Pero la solución improvisada, como ocurre con tantas soluciones provisionales, acabó siendo más definitiva de lo planeado. Esa fue la habitación a la que más tarde se unió otra y, después, una tercera, para acabar conformando durante quince años la vivienda en que crecieron las niñas.

*

Durante el primer par de años acogida en la habitación de hotel, hubo algunas buenas temporadas en las que Bárbara dejó de consumir, se duchaba todos los días e incluso colaboraba trabajando en el restaurante o limpiando habitaciones. Sagrario y Ángela la ayudaban a ella con las niñas, cubriéndole las horas en que trabajaba, organizando los turnos de las tres para que las pequeñas nunca estuvieran desatendidas. Pero toda buena temporada de Bárbara parecía condenada al mismo final. Antes o después, un nuevo hombre aparecía en su vida y, como si para ella el amor fuera siempre la droga de acceso a todas las demás, acababa recayendo en sus peores vicios, que, cómo no, compartían todos los compañeros que elegía. Volvía a cernirse entonces sobre Bárbara la oscuridad y ella a convertirse en la peor versión de sí misma. Volvían las peleas con las hermanas, las amenazas de desahucio, la sugerencia de que les entregara a las niñas.

Volvían, también, los llantos de ella diciendo que, si pretendían insultarla llamándola mala madre, pensaran mejor en la que habían tenido ellas. Que esa sí que era mala. Bárbara y Sagrario acabaron claudicando, en algún momento aceptaron que las niñas eran de Bárbara y asumieron que quizá el orden natural de las cosas establece que unas hijas tienen que estar con su madre. O quizá simplemente se cansaron de pelear por unas niñas que total, en realidad, no eran suyas, y que para colmo venían con la sangre, la piel y la carne intoxicada con los genes del asesino de su padre. Si Bárbara quería que esas niñas fueran solo problema de ella, pues que lo fueran. Ángela y Sagrario ya tenían hijos propios y maridos propios que bastantes quebraderos de cabeza les daban ya, como para seguir complicándose la vida con esa hermana que no había hecho más que empeorar la de todos casi desde el mismo día en que nació. Si era ostracismo lo que Bárbara quería para ella y para sus hijas, que lo tuviera. Llega un momento en que hasta las causas más nobles resultan agotadoras de defender.

Por la vivienda de Bárbara y las niñas desfiló durante años un ejército de padrastros, término que acuñó Ángela de manera privada en el ámbito familiar, pero que acabó filtrándose al resto de la gente del pueblo, de los tres pueblos. Lo usaban los clientes en el comedor, en las calles las señoras y en el colegio los niños, para referirse al montón de hombres, probablemente exagerados en número, con los que se relacionaba Bárbara. La situación entre las hermanas se mantuvo siempre tensa, a veces más, a veces menos. Se insultaban, se dejaban de hablar, se perdonaban. Algunas quincenas permitían a Bárbara volver a trabajar en el comedor, hasta que terminaron una con desajustes en la caja. Ella negó haber sisado un solo céntimo, o haberse quedado con alguna propina sin meterla en el bote, pero Sagrario y Ángela optaron por prohibirle para siempre trabajar con ellas —que les hubiera robado dinero de la caja, por poco que fuera, recordaba demasiado al asalto que urdió contra su padre, y por ahí no estaban dispuestas a pasar—. Ellas seguirían manteniéndola, no solo cubriendo el gasto que suponían las tres habitaciones del hotel que acabaron convertidas en su casa, sino dándole también el dinero que necesitara para las niñas. Así, al menos, las tías sentían que no estaban abandonando del todo a sus sobrinas.

El problema fue que para Bárbara, vivir de la caridad de sus hermanas no era suficiente vida. A ella no le bastaba con lo justo para subsistir, necesitaba concederse sus caprichos. Así fue como acabó trabajando, de vez en cuando, en el club de carretera de ahí cerca, al lado del polígono. El mismo lugar al que su padre había acudido para seleccionar mujeres señalándolas con el dedo. El rumor de que

Bárbara se prostituía en el Medusa se extendió rápidamente por el área de servicio, por los pueblos. Una mañana la cristalera de entrada al comedor apareció con un grafiti que escribía PUTA. Otra mañana, junto a las palabras que anunciaban que el local servía chocolate, churros y porras, alguien había dibujado una flecha saliendo de esa última palabra para escribir con espray negro DE LAS QUE SE COME BÁRBARA. Fue en ese momento de nefasta popularidad de Bárbara cuando el Tuno —al que le quedaban todavía unos meses antes de morirse— decidió empeorar aún más su reputación revelando en prisión que él era también el padre de la segunda niña. Sagrario y Ángela siempre supieron la verdad, una verdad que tanto ellas como Bárbara habían ocultado al resto del mundo. Bárbara, incluso, le había pedido al propio Tuno, en una visita a la cárcel, que la ayudara a mantener el secreto, porque la aterraba imaginar qué pensaría de ella la gente si se llegaba a saber que había sido capaz de dejarse embarazar dos veces por el asesino de su padre. Aunque el Tuno cumplió su promesa durante un tiempo, decidió romperla justo cuando todo el pueblo hablaba de que Bárbara cobraba dinero a cambio de sexo en el Medusa. La noticia de que el asesino de su padre había vuelto a dejarla embarazada después de matarlo era incluso más perversa que los peores rumores que existían sobre ella. El contraataque desesperado de Bárbara fue asegurar que las niñas provenían de un solo parto, que eran mellizas. Bárbara insistió públicamente en que lo que decía el Tuno eran tonterías, una malintencionada venganza de ese cabrón, que la cárcel lo estaba volviendo loco. Las preguntas surgieron, claro que surgieron, en el hotel, en el restaurante. Se lo preguntaban algunas vecinas a Sagrario y a Ángela, a mala idea, atreviéndose a jurar que las niñas, si no recordaban mal, no tenían la misma edad, que a ellas les sonaba mucho que una nació primero y, al tiempo, nació otra. Pero Sagrario, por reducir su propia vergüenza y por minimizar el profundo deshonor que el segundo embarazo de Bárbara suponía para toda la familia, refutaba a esas vecinas entrometidas haciéndoles ver que, como ellas mismas temían, sí que recordaban mal. Les confirmaba a continuación la versión de su hermana, que las niñas nacieron a la vez y, de paso, arremetía contra el pirado del Tuno, asegurando que no era más que un yonqui inventando cosas entre rejas. Aquella fue una de las primeras veces —de otras que vendrían después— en que Bárbara y Sagrario unificaron su criterio, mintiendo juntas o creyéndose una realidad inventada. Ángela nunca corroboró públicamente la mentira sobre las niñas, jamás hizo suyas las palabras de sus otras hermanas, pero tampoco las negó. Por omisión, dejó que esa versión de la historia se extendiera de boca en boca, de pueblo en pueblo. Para qué defender la verdad cuando la verdad es tan horrible.

Cosas más horribles le quedaban aún por enfrentar a la familia del Hotel Restaurante Plácido, familia sobre la que la mala suerte, la tragedia o el karma parecían tener preferencia por cebarse. Con tres años, Perla enfermó. Una de esas enfermedades extrañas que confundía a los médicos, quienes no se atrevieron a emitir un diagnóstico claro. Perla presentaba un cúmulo de síntomas extraños y contradictorios, lo que llevó a los expertos a barajar nombres de síndromes bautizados con el apellido de algún doctor extranjero, de los que se usan para las enfermedades denominadas raras. Pero ninguno de esos síndromes, ni enfermedades, representaba tampoco fielmente lo que le ocurría a Perla. La niña, por lo pronto, lo primero que tuvo que hacer fue encerrarse en casa. Perla desarrolló alergia a la luz solar, le asustaban los ruidos repentinos —como el de una moto que pasara por la carretera a más velocidad, o un camión que pitara —. Sentía náuseas ante cualquier olor fuerte —como el que podía emanar de la basura, de un tubo de escape o de la cocina del comedor —. No soportaba el clima cálido, pero cuando bajaban las temperaturas temblaba de frío. El hospital era un infierno para ella. La imprevisibilidad con que las enfermeras entraban en la habitación la asustaba, igual que las luces encendiéndose de pronto. Le asqueaban los olores de las comidas, de los medicamentos, del jabón con el que lavaban a otros niños en la cama. Le desesperaban las voces de los familiares de visita, sus risas, sus llantos. También los gritos de algún celador. El único lugar en el que Perla lograba sentirse a gusto era en su casa, en su cuarto, en su cama. Resguardada del todo. Mermada de estímulos. Allí decía encontrarse bien. Y de allí apenas volvió a salir.

Alguna vez, Bárbara preguntó a algún doctor, a saber con qué intención, cuántos años le quedarían a la niña, si iban a ser muy pocos. Pero ningún doctor redujo drásticamente la esperanza de vida de Perla. A pesar de los extraños síntomas, no había razón para pensar que su vida corriera peligro. Tomando precauciones y siguiendo los tratamientos, la niña podría vivir muchos años más, aunque serían unos años de infancia, adolescencia y juventud que transcurrirían en la oscuridad y soledad de sus sábanas. Porque Perla crecería, no había motivo para creer lo contrario, pero crecería en horizontal, sus pies acercándose cada vez más al borde de la cama. Así fue como la miríada de medicamentos, la silla de ruedas, las sondas, las muletas, la nueva realidad de su enfermedad fue invadiendo sus estanterías, las mesillas, las esquinas de su habitación. Apoderándose de ella y de su espacio.

El encierro de Perla no transformó solo su propia existencia, sino también la de su madre y la de su hermana. Bárbara, que de repente tuvo que hacerse cargo de una hija que apenas podía salir de la cama,

empezó a llevar una vida de mayor reclusión. Se la seguía viendo por el Medusa, pero ahora los vecinos la criticaban menos, la enfermedad de la niña barnizaba los actos de la madre con una capa de lástima que hacía más difícil juzgarla. A Coral, que iba a poder crecer en vertical, como todo el mundo, sus piernas alejando su cabeza del suelo, su madre la hizo sentir culpable por su suerte desde bien pequeña. Comparaba a las hermanas constantemente con el fin de hacer sentir mal a la sana. Bárbara apenas le permitía salir a jugar, igual que su hermana tampoco podía. Las veces que sí la dejaba, tan solo le concedía el permiso para bajar al aparcamiento del hotel, a divertirse como pudiera entre los coches. En el colegio, Coral no logró hacer amigos. Se sentaba siempre sola. Una directora del centro le preguntó por qué no se juntaba con nadie, a lo que Coral respondió que su madre le había sugerido que así lo hiciera. Que esa era la única manera de que no la distrajeran otras amistades que acabarían separándola de su hermana. Si se sentaba sola, Coral podía jugar a imaginar que a su lado se sentaba Perla, la pobre Perla, su pobre hermana, que no tenía tanta suerte como ella de poder ir al colegio. Coral iba a clase peor aseada que todos sus compañeros, mal peinada, con peor ropa, confirmando los prejuicios que sobre ella, y sobre toda su familia, trajeran ya de casa esos compañeros, que habrían escuchado en boca de sus padres los imperecederos rumores sobre Bárbara, el club, el Tuno, la casa okupa, Plácido. Tampoco podía Coral entablar conversación ninguna sobre lo que hacía los fines de semana —si había ido al centro comercial, a la playa, a la feria o al cine—, porque no había hecho nada de todo eso. Ella se había pasado el fin de semana encerrada en casa, jugando a ratos en el aparcamiento. Había caminado con Perla, sirviéndole de apoyo para que ejercitara sus piernas, en paseos circulares de la habitación a la cocina, de la cocina al baño y del baño a la habitación. Metidas en ese cuarto, las dos habían oído a su madre compartir bebida, tabaco o lo que fuera con algún hombre al que recibiera en casa.

A partir del segundo año de primaria, Coral empezó a ausentarse cada vez más de la escuela. Bárbara justificaba sus faltas de asistencia inventando malestares, compromisos familiares o conflictos emocionales. Estos últimos, decía que los sufría Coral a causa del sentimiento de culpa que le generaba dejar abandonada todas las mañanas a su hermana. Según Bárbara, despedirse de Perla en la cama y salir de casa para irse ella sola al colegio era una tortura diaria para la pequeña. Una tortura que, a ella como madre, se le hacía muy complicado y doloroso seguir imponiéndole a su hija. A las voces que intentaron luchar por Coral, que no fueron muchas ni muy escandalosas —una profesora por aquí, un trabajador social por allá—,

Bárbara las fue acallando con ataques de ira o dando lástima, sus dos acostumbradas estrategias para acabar saliéndose con la suya. A gritos o entre lágrimas, enarbolaba libertades personales y derechos maternales que no iba a permitir que nadie violara.

Así, el universo de las hermanas se fue contrayendo hasta quedar casi reducido a esas tres habitaciones de hotel. Fue durante ese tiempo y en ese universo —en el que una niña permanecía casi siempre en la cama y otra más pequeña se veía obligada a orbitar a su alrededor—, cuando desfiló por la vivienda el ejército de padrastros. La procesión finalizó el año en que las niñas cumplían siete y ocho, momento en que Servando —el bruto de Servando, que tenía todo el cuerpo tatuado, hasta la cara— conoció a Bárbara y entró por primera vez en la casa. Servando acabó convertido en el padrastro definitivo de las niñas al batir el récord de permanencia en ese hogar, pero también batió otro récord mucho menos loable, el que le valdría la medalla de oro a la agresividad en su maltrato. Más de una vez, gritos de Bárbara en mitad de la madrugada empujaron a algún huésped a bajar a la recepción cerrada y llamar a los teléfonos de urgencia escritos en un papel a las puertas del comedor. Esos números marcaban a los móviles de Sagrario y Ángela, a quienes la llamada despertaba y obligaba a personarse en el hotel. Allí, frente a otros huéspedes que ya habrían abierto sus puertas para fisgar el alboroto, las hermanas procuraban mediar en la enésima pelea entre Servando y Bárbara, solo para que ella acabara echándose la culpa a sí misma y asegurara que Servando era un santo por aguantarla. Ese mismo argumento defendió Bárbara una noche en que un cliente se ahorró la llamada a las dueñas del hotel y contactó directamente con la Guardia Civil. Bárbara salió a atender a los agentes en albornoz, pidiendo disculpas. Declaró encontrarse bien y definió su relación como muy pasional, pero nada de lo que nadie tuviera que preocuparse. Es más: su novio era un santo por aguantarla a ella. A la luz de la farola, el guardiacivil identificó un ojo morado, razón que consideró suficiente para entrar a detener a Servando. La sorpresa fue que lo encontró a él con otro ojo morado y el labio partido. Frente a la mirada de los agentes, la pareja se cogió de las manos. Se dieron un beso. Pidieron perdón por el escándalo al tiempo que aseguraban que lo resolverían entre ellos, que se trataba de un asunto privado y no era necesario meterse en líos de denuncias ni declaraciones. Que malas noches las tienen todas las parejas.

Sagrario y Ángela volvieron a exigir a su hermana pequeña que encontrara alguna alternativa doméstica o familiar para las niñas, pero Bárbara, como siempre, se negó. Además, ahora había aceptado que si la enfermedad de Perla era algún tipo de castigo hacia ella por todo el

mal que había hecho a lo largo de su vida, entonces cuidar de su pobre niña era la penitencia con la que expiaría todos sus pecados. Solo ella podía y debía atenderla. Bárbara extremó aún más el celo de su intimidad, de su hogar, de sus hijas. Limitó el contacto de las niñas, ya no solo con el mundo en general, sino también con sus tías, sus tíos, sus primos. En los últimos años, Coral había llevado una vida muy similar a la de su hermana, por mucho que a ella su salud no la obligara a permanecer en cama.

La extraña familia que vivía en tres habitaciones unidas de un hotel de mala muerte acabó convertida para el ojo ajeno en una familia desagradable y conflictiva que resultaba incómoda de mirar. Tan incómoda de mirar que la gran mayoría de vecinos, clientes, familiares y conocidos optaron por no mirarla. Convertirla en invisible. Durante años nadie había preguntado ya por sus sobrinas, ni por su hermana, a Sagrario o a Ángela, que seguían atendiendo a todo el mundo en el comedor y la recepción del hotel.

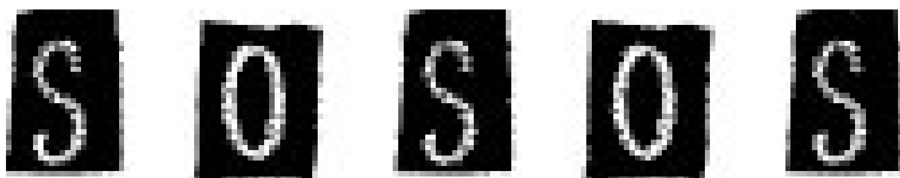
A esa familia invisible y denostada habían vuelto a dirigirse ahora, sin embargo, todas las miradas. Y ya no solo las de los vecinos cotillas en pueblos cercanos, sino también las del país entero. Porque Perla, la niña enferma que tenía tantas ganas de salir de su cama, de escapar del horror que experimentaba en un hogar que no lo era, se había levantado una madrugada para acuchillar a su padrastro, su madre y su propia hermana. Y eso, de nuevo, nadie quería perdérselo.

20

La sombra del toldo sobre mi mesa se había ido desplazando hasta dejarme casi expuesto al sol. El calor en la terraza del restaurante empezaba a ser insoportable, mi cuerpo aquejaba en varias articulaciones la postura mantenida durante horas en la silla de plástico y el reflejo del sol en la pantalla me imposibilitaba seguir leyendo. Era el momento de descansar y entrar a comer. Llevaba toda la mañana ahí, revisando en el ordenador el largo capítulo sobre la familia. Al final, habían sido tres días completos los que había invertido en escribirlo, contrastando y resumiendo las informaciones de los periódicos, las conversaciones grabadas con los vecinos. Tratando, sobre todo, de reproducir los íntimos detalles que me había revelado Ángela durante aquella cena en la que comía pistachos.

En esos tres días, con sus tres noches, apenas había salido de la habitación, tan solo para alimentarme. Todavía no me acostumbraba a la singular sensación de escribir sobre un lugar, sobre una historia y unos personajes, para luego bajar a comer a ese mismo lugar e interactuar con esos personajes, que no eran personajes sino personas reales. Con Coral no había vuelto a hablar. Entre lo ocupado que había estado y el hecho de que dos de esas noches había sido Sagrario quien se había quedado de guardia con ella en casa, no habíamos encontrado el momento de seguir aprendiendo a silbar.

Lo que sí habían aparecido bajo mi puerta eran dos manualidades más. Una la encontré después de salir a cenar y otra debió de haber entrado mientras me encontraba en la habitación, tan absorto en la escritura y ensordecido por los auriculares reproduciendo sonidos ambientes que no me percaté. Eran las mismas letras, o símbolos, que la vez anterior. Otra «O» y otra «S». Reunidas sobre la mesa formaban:



Coral me había asegurado en nuestra conversación en la escalera que no pretendía escribir «SOS» —ni siquiera conocía el significado de

dichas siglas—, pero si no era esa su intención, desde luego lo disimulaba muy bien. Cualquiera diría que seguía pidiendo socorro de la manera repetitiva e impaciente en que lo haría, precisamente, alguien que lo necesitara. «SOS, SOS, SOS».

Un camión accedió al camino de entrada al hotel levantando una ventolera que sacudió la terraza. Sujeté los papeles sobre la mesa para que no volaran, protegí mis ojos del remolino de polvo girando la cara. El camión se detuvo en el propio camino, sin molestarse en acceder al aparcamiento. En ambos laterales del remolque reconocí el logotipo de ALITRANS. De la cabina bajó un hombre en pantalón vaquero corto, zapatillas deportivas negras y calcetines arrebujados por encima de los tobillos. El mismo atuendo que había reconocido la otra noche a la luz de la farola del aparcamiento. También era tan calvo como me había revelado en la oscuridad el brillo en su cabeza. Al caminar, levantaba más polvo del necesario, apoyando y arrastrando la parte exterior de los pies. Mientras se acercaba a la terraza, camino de la entrada, me fijé en su brazo. Buscaba la muñeca llena de pulseras que había visto cuando se subió a la cabina usando la agarradera. Y allí estaba, su muñeca izquierda, adornada con varios brazaletes: uno con la bandera de su equipo de fútbol, otro con una moneda insertada, varias pulseras de cuero, otra con algún tipo de estampa religiosa, una esclava dorada, el reloj. Era el mismo camionero, no había duda.

—¿Te gustan o qué? —soltó antes de alcanzar la terraza.

Se había dado perfecta cuenta de que lo miraba.

—Las tienes en áreas de servicio y sitios así —añadió sin detenerse, mostrando el brazo de las pulseras al tiempo que señalaba el local—. Aquí dentro hay.

Pude haber negado que lo estaba mirando, pero no lo hice, tan solo le di las gracias por la información no solicitada mientras me afanaba en guardar mis cosas en la mochila. Él atravesó la terraza sorteando sillas de plástico.

—Qué puto calor —bufó al aire antes de empujar la puerta del restaurante.

Oí cómo suspiraba de alivio al acceder a la climatización del local.

21

Pinché con el tenedor la lechuga de la ensalada mixta que el restaurante servía siempre como entrante de su menú del día. Me había sentado a comer en una mesa cerca de la entrada, al lado del caballete con la colorida carta de helados. Pretendía mantenerme alejado del camionero, pero en una posición desde la que aún pudiera observarlo. Lo tenía a unos metros, sentado de espaldas a mí. Apenas veía su brazo derecho cuando bebía de la copa de vino o su rostro de perfil cuando estiraba el cuello para pedir algo a Ángela o a alguna de las camareras de refuerzo —había dos contratadas para las horas de mayor afluencia de público—. En el tiempo que llevaba observándolo, Sagrario no se había acercado una sola vez a su mesa, aunque sí identifiqué varios intercambios de miradas entre ambos.

Ella se aproximó por fin cuando yo terminaba mi primer plato de paella, mordisqueando las últimas patas del cangrejo. Lo hizo con el aparente cometido de retirarle la cesta de pan vacía y la botella de vino acabada, pero ambos aprovecharon para entablar un diálogo velado nada propio de una interacción entre camarera y cliente. La mirada que ella le dirigía era demasiado penetrante, no pestañeaba. Se apreciaba la tensión en lo rígido de su postura. La vi elevar un meñique, señalando algo de la manera más discreta posible —quizá a Ángela, indicándole al camionero que se cortara delante de su hermana, pero no parecía encontrarse por ahí cerca—. Me concentré en los labios de Sagrario, tratando de adivinar lo que decía. Apenas vocalizaba, hablando en voz muy baja. Tan absorto me encontraba en el intento de leer sus labios, mi pestañeo igual de detenido que el de ella, que la repentina vibración de mi móvil me asustó.

Me asomé a la pantalla para ver la notificación. Era un mensaje de una red social, de un usuario desconocido. En la miniatura de la imagen de perfil reconocí algo: la gorra del hijo de Ángela. Damián. Antes de que desapareciera la notificación emergente, me dio tiempo a leer que había terminado mi colección de relatos y le había gustado mucho. No me molesté en abrir el mensaje, devolví mi atención enseguida a Sagrario y el camionero. Ella, aún con la botella y la cesta de pan en ristre, como si esas fueran las únicas razones por las que se había acercado al cliente, daba por finalizada la conversación con una negación de cabeza. Justo antes de separarse de la mesa —y como si de verdad uno pudiera sentir cuando alguien lo mira fijamente—

Sagrario alzó su rostro en dirección a mí. Al descubrirme observándola, entornó los ojos.

Disimulé de inmediato cogiendo el móvil. Lo manché con granos de arroz de mis dedos. Abrí aplicaciones aleatorias: la calculadora, el correo electrónico. Abrí también los mensajes del hijo de Ángela, que se marcaron como leídos aunque no los leí. En algún lugar de mi campo de visión la figura de Sagrario atravesó el comedor. Temí que viniera a por mí. Escribí palabras sin sentido en la aplicación de notas: no tengo en por salir son estas mañana. Deseé que no se me acercara. Me masajeé la frente como esforzándome por encontrar cierta palabra que necesitara escribir en mi texto ficticio, aparentando máxima concentración. En mi visión periférica creí ver a Sagrario desaparecer tras la barra. Oí cómo batían las puertas de la cocina al cerrarse.

Se había ido.

Podía volver a mirar a la mesa del camionero.

Así lo hice.

Y lo encontré volteado en su silla, mirándome a mí. Con la lengua rebuscaba restos de comida en sus muelas. Su posición ladeada me descubrió los platos vacíos sobre su mesa, las manchas circulares de vino en el mantel de papel, el montón de migas esparcidas por toda la superficie. Una de las camareras le llevó un café acompañado de una copa de coñac medio llena de un licor verdoso casi transparente. El camionero se quedó mirándome un poco más, para asegurarse de que me daba cuenta de que era a mí a quien miraba, antes de regresar a su posición original. Lo vi frotarse las manos con los codos clavados en la mesa.

La misma camarera de refuerzo que lo había servido a él me trajo el segundo plato del menú, chuletas de cordero con patatas, pero yo acababa de perder el apetito.

22

La televisión del comedor estaba encendida pero también enmudecida —o a un volumen tan bajo que el sonido ambiente del local no permitía escuchar nada—. En el momento en que apuraba mi café de después de comer, la tragedia del Hotel Restaurante Plácido protagonizó las imágenes en la pantalla. Hubo codazos en algunas mesas, comensales retorciéndose en sus sillas para mirar en el televisor la fachada del mismo restaurante en el que comían. El camionero acababa de abandonar el local, después de vaciar una segunda copa de licor de hierbas. En cuanto vi que se levantaba, centré la atención en la pantalla de mi móvil para que no me pillara espiándolo una vez más. No supe si se despidió de Sagrario ni si volvió a dirigir su mirada a mí.

En la televisión, una reportera conectaba desde las escaleras de entrada al hospital donde permanecía ingresada Bárbara, aún en estado crítico. Mientras ella hablaba, un rótulo inferior desacreditaba la bautizada como Teoría del intruso, que defendía la posibilidad de que hubiera sido un extraño quien allanara el domicilio para perpetrar el ataque con el fin de secuestrar a la niña ausente.

La reportera dio paso a una pieza grabada en la que ella misma entrevistaba a un doctor. El nombre que leí en el rótulo me sonó familiar. Cogí la mochila de la silla vacía a mi lado. La abrí sobre la mesa en la que ya solo tenía el café —el segundo plato y el postre habían regresado a la cocina casi igual de llenos que me los trajeron—. Busqué en el ordenador un documento con nombres de personas a las que quería entrevistar más allá del entorno familiar. Ahí estaba, en el listado, el mismo nombre del doctor en el rótulo de la televisión. Vicente Bellver. El médico de cabecera de las niñas. Quizá era el momento de adelantar mi encuentro con él. Introduje su nombre en el buscador de Internet.

23

A pie completé el camino que me marcaba la aplicación de mapas del móvil. Había llegado en coche hasta el municipio más grande de la zona, donde se encontraba el mismo hospital comarcal que había visto unas horas antes en televisión. Yo me dirigía a otra clínica en el centro de la ciudad, una privada en la que el médico de cabecera de las niñas también pasaba consulta por las tardes. Al doblar una esquina en la que había frutas de verano expuestas en la acera, la clínica apareció frente a mí. La tenía en la acera opuesta, entre una sucursal bancaria y un supermercado. Me senté a esperar en un banco, a la exigua sombra de una palmera, una de tantas en la numerosa fila que se extendía a lo largo de la calle. A mi lado, un señor con mascarilla y las manos apoyadas en su bastón me saludó con una inclinación de cabeza.

El doctor salió de la clínica despidiéndose de alguien en la recepción. Llevaba las llaves del coche en la mano. En un extremo de la calle, más cerca de mí que de la clínica, parpadearon los intermitentes de un monovolumen.

Aunque no tenía ninguna duda, le pregunté si era el doctor Bellver.

—Sí, soy yo.

Me ofreció su mano con tanta cordialidad como si me conociera. Aunque salía de completar una jornada laboral —una que había incluido el fastidioso añadido de atender a la prensa—, sonreía con un rostro tan fresco como si acabara de iniciarla. Mantenía el pelo tan peinado como si lo hubiera engominado recientemente. Su camisa, la misma que le había visto en pantalla, apenas mostraba las arrugas típicas de quien ha pasado varias horas sentado. Mantenía la corbata anudada hasta la nuez. Estreché la mano que me ofrecía, aprovechando para presentarme y explicarle rápidamente lo que hacía allí.

—¿Un libro? —Su tono fue de instantáneo interés.

—Una novela. Medio ficción, medio no. Sobre el suceso del Plácido.

La sorpresa entornó sus ojos, nublándolos con desconcierto. Se desabrochó el primer botón de la camisa y aflojó muy ligeramente el nudo de la corbata.

—Vaya, tema peliagudo.

Abrió el coche por el lado de la calle para dejar sobre el asiento de copiloto un maletín, unas carpetas que cargaba. Desapareció unos segundos, encorvado allí dentro, haciendo algo. Volvió al lado del conductor y me pidió permiso para abrir esa puerta, que yo bloqueaba. Del interior del vehículo emanó el aroma de una limpieza profesional reciente.

—Me gustaría saber algo más de las niñas. De Perla, sobre todo.

—Ya imagino —concedió con una sonrisa—. Preguntarle al doctor por las peculiaridades de su enfermedad para un capítulo del libro, ¿no?

—Solo lo que usted quiera contarme.

—Háblame de tú, por favor —me tocó un hombro en señal de confianza—, que me ves con canas pero tampoco soy tan mayor. También sabrás que no podemos hablar de nuestros pacientes. Y menos aún con lo que ha pasado. Todavía ni me lo creo.

—¿Podías imaginar a Perla haciendo algo así?

—Ni lo intentes. Llevo tantos días esquivando preguntas de periodistas que me estoy haciendo experto —dijo manteniendo el tono amistoso —. Respeto mucho tu proyecto y tu labor como escritor, pero respeto aún más a las víctimas y a mis pacientes.

Sin mostrar ninguna prisa por deshacerse de mí, se desabotonó los puños de la camisa y comenzó a remangarse, ajustando la tela después de cada vuelta.

—Si hay alguna otra cosa en la que te pueda ayudar…

—¿Me hablarías de ella solo como alguien que la conoce?

No había muchas personas que hubieran conocido a Perla, de cerca, en los últimos años. Su opinión sería valiosa incluso suprimiendo el aspecto médico. Le hablé de mi interés por retratar a la niña más allá de los datos escabrosos del crimen. Le propuse acordar no mencionar nada de su historial médico, solo hablaríamos de Perla como la niña que fue, la adolescente que era. Hubo un momento en que creí ver en la mirada limpia del médico la intención de acceder. Aquel desconcierto que había aparecido en sus ojos al revelarle el tema del que quería escribir se había ido diluyendo al escuchar el enfoque que pretendía darle al texto.

—Es triste decir esto —concluyó tras una valoración interna—, pero no podría hablarte de Perla sin hablarte de su enfermedad. De verdad que lo siento.

Al no obtener respuesta por mi parte, añadió:

—Espero que lo entiendas.

Asentí con pesar.

—Aun así —su mano volvió a mi hombro—, me alegra ver que tu interés por Perla no se limita a la carnaza de mal gusto que están sacando ahora. Si supieras las preguntas que han llegado a hacerme…

—Estoy leyendo todo lo que se publica.

—Lo que más me asombra es la facilidad con que la gente parece olvidarse de que esas víctimas son personas normales.

Hizo una pausa, como realmente afectado por esa realidad. Después se despidió estrechándome una mano que también agarró con la otra.

—Gracias otra vez por haber pensado en mí. —Accedió a un asiento de conductor tan elevado que apenas tuvo que agacharse para sentarse —. Siento no haber podido ser de más ayuda.

Le agradecí que me hubiera atendido y la amabilidad en su trato. Él comenzó a cerrar la ventanilla mientras añadía que había sido un placer. Lo vi encender el aire acondicionado del coche, oí que conectaba la música, algo de jazz clásico. Después arrancó y se marchó. Los troncos de las palmeras se reflejaron en la brillante carrocería en movimiento.

24

Regresé al hotel casi de noche, después de haber aprovechado mi visita para conocer el pueblo del hospital, el más grande de toda la comarca, que era más bien una ciudad. De la zona del hotel, y de los tres pueblos más cercanos, Ángela decía que no llegaban ni a pueblos. Que con tanta carretera, tanto coche de paso y tan poca gente, a veces tenía la sensación, decía ella, de no salir de una gigantesca área de servicio.

Aunque esperaba encontrar el aparcamiento del hotel casi vacío, me topé con un camión atravesado. Ocupando varias plazas.

El camión de ALITRANS.

Pisé el freno.

Al camionero lo había visto marcharse después de comer, así que su camión no seguía ahí desde por la tarde, sino que había regresado con algún propósito. Y había colocado su vehículo de tal forma que resultara imposible acceder a la escalera sin pasar por delante de su cabina. Como si quisiera asegurarse de controlar a quien entrara. Y el único que iba a entrar en alguna habitación de ese hotel era yo. La idea de que el camionero estuviera esperándome me mantuvo detenido en el acceso al aparcamiento. Recordé la mirada que me había dirigido en el comedor y me sentí tentado de dar la vuelta. O pasar de largo. Podía conducir sin destino durante una hora. Podía acercarme a la costa a grabar sonido ambiente de las olas, quizá sería buena inspiración para la próxima vez que escribiera sobre Coral, ahora que sabía lo mucho que la atraía el mar. Podía simplemente cenar en alguno de los pueblos dando tiempo al camionero para marcharse. Que se aburriera y se fuera.

Descarté la idea y solté el freno. No tenía ninguna prueba de que el hombre me esperara a mí —con lo descarado que era, lo veía capaz de estar esperando a Sagrario sin preocuparle lo más mínimo que lo viera Ángela—. Y si a quien esperaba era a mí, no tenía por qué suponer un problema. Si quería preguntarme algo, le respondería. No tenía nada que ocultar. Lo que yo había contado sobre ellos, aunque indiscreto, era un cotilleo inofensivo que solo había compartido con una persona. Algo esperable además cuando se le ocurrió aparecer de madrugada en un hotel con un camión tan ruidoso y luminoso que hubiera

despertado a cualquier huésped. Incluso podía venirme bien hablar con él, para describirlo mejor cuando fuera necesario.

Aparqué en mi plaza habitual, prácticamente debajo de mi habitación. Me apeé del coche. Además de la mochila, llevaba una carpeta de documentación en la mano. La puerta del camión se abrió. El camionero saltó al suelo. Me fijé en sus zapatillas negras, manchadas de polvo. Se apoyó en la rueda delantera como si hubiera salido a tomar el fresco. De brazos cruzados, se quedó mirando el paisaje de la carretera. Solo algunos coches llevaban encendidos los faros en ese momento del atardecer en el que los conductores empiezan a darse cuenta de lo poco que ven.

A pesar de su atuendo destartalado —la camiseta dada de sí, el pantalón corto— su corpulenta presencia imponía, potenciada por lo monumental del camión. Su postura, como de portero de discoteca, exudaba energía defensiva, violenta. Me dirigí hacia la escalera aparentando tranquilidad. Debía pasar justo por delante de él.

Le saludé elevando la barbilla.

Él aspiró mocos con un ronquido áspero. Escupió una densa flema al suelo.

—¿Miraste las pulseras? —preguntó—. Las de aquí dentro, para pillarte alguna.

—No —respondí—, si en realidad no…, no quería comprar ninguna.

—Pues las mías las fichabas con mucho interés, ¿no? ¿Te gusta fichar a la peña?

Me limité a negar con la cabeza. Seguí mi camino a la escalera. Pensé que iba a dejarme marchar, pero oí sus pisadas acercándose a mí.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó a mis espaldas.

Nos encontrábamos justo delante de la cabina.

—Me alojo aquí. —Me volteé y señalé mi habitación en la segunda planta, tratando de ocultar el nerviosismo que temblaba en mi dedo—. En la trece.

Él dejó escapar una sonrisa chulesca.

—Lo otro. Lo de escribir.

Tecleó en el aire con gesto amanerado y como si sus dedos tocaran algo repugnante. En su boca, la palabra «escribir» sonó como una parafilia.

—Soy escritor —le confirmé lo evidente—. Estoy escribiendo una novela de true crime.

—¿De qué?

—De true crime.

—A mí me hablas en cristiano.

Le dije que ese era el término que se solía usar. Él expulsó aire en un largo bufido.

—Vamos, no me jodas. —Enganchó ambas manos en su cintura—. ¿Tú quién te has creído que eres?

Me encogí de hombros. No tenía ninguna intención de enfadarlo más. Solo quería alcanzar la escalera y escapar a mi habitación.

—Espero que sepas que no te conviene escribir sobre ciertas cosas.

—Un escritor puede escribir sobre lo que quiera.

En realidad, una aventura extramatrimonial entre dos personas del pueblo era algo que seguramente no incluiría en mi novela, pero la afrenta a mi libertad de expresión me hizo defenderla de manera instintiva. Él miró al suelo negando con la cabeza, como si le estuviera sacando de quicio o no soportara mirarme.

—En serio —dijo al fin—. No te compensa.

Nos quedamos frente a frente, en silencio. Deseé que no pudiera oír lo entrecortado de mi respiración. Antes de que me viera flaquear, me volteé para marcharme.

—Eh —dijo él—. Que no escribas sobre mí en ninguna mierda. Ni de mí, ni de mi camión, ni de lo que me sale de la polla hacer por las noches, ni de la puta hostia que te voy a soltar como sigas metiendo las narices donde no te llaman. ¿Me estás oyendo?

—Sí, tranquilo —respondí—. Esas cosas no me interesan. Tranquilo.

Pensé que confirmarle que su amorío no encajaba en mi libro era lo que necesitaba para calmarse, pero al parecer elegí la peor palabra

que pude haber elegido.

—Tranquilo, dice. ¿Me ves muy nervioso o qué? —Con dos pasos se plantó frente a mí, juntando su cara a la mía, el pecho hinchado—. Mírame bien. Así, de cerca. ¿Cómo me ves? ¿Muy nervioso? ¿Me ves nervioso?

Su cuerpo emanaba un intenso aroma a desodorante alcohólico con el que habría sustituido la ducha del día. Negué con la cabeza sin decir una palabra más.

—Tranquilo, tú —alzó la voz en cada sílaba—. Tranquilo, tú.

Llevó una mano a mi pecho y la cerró en un puño, estrujando mi camiseta. El cuello de la prenda se tensó alrededor de mi nuca. Tiró del rizo de tela acercándome más a su cara enrojecida. Nuestras frentes se tocaron. La suya estaba caliente.

—Déjame fuera de todas tus mierdas.

Remarcó cada palabra con una pausa. Olí el alioli que le había visto echar esa tarde a su arroz a banda. Tragué saliva con dificultad, sus nudillos presionaban mi garganta.

—O me sueltas ahora mismo —mi voz sonó más firme de lo que esperaba—, o llamo a la policía.

—¿Al Parra? —Sonrió con suficiencia—. Venga, le llamamos si quieres. O a la Guardia Civil si prefieres. Que allí está Marc.

La costura de la camiseta crujió en mi nuca al romperse.

—Suéltame.

El camionero mantuvo su agarre unos segundos, apretando sus nudillos contra mi nuez. Era la misma mano en la que llevaba las pulseras. Terminó soltándome a la vez que me empujaba. Intenté mantener el equilibrio, pero acabé cayendo de espaldas sobre el aparcamiento. El ordenador en la mochila golpeó el asfalto. La carpeta voló de mi mano, desparramando su contenido por el suelo. Decenas de papeles quedaron desperdigados a mi alrededor.

El camionero se situó sobre mí, pisando algunos documentos. El resto los miró por encima, con desprecio. Aspiró mocos con el mismo ronquido de antes. Me tapé la cara esperando lo peor.

—Eres más nenaza de lo que pensaba.

Escupió la flema sobre uno de los papeles. Una rabia primaria ardió en mis ojos, me dieron ganas de levantarme y responder con la misma agresividad, pero la conmoción y el susto me mantuvieron paralizado en el suelo. Sabía que cualquier cosa que hiciera o dijera tan solo iba a empeorar la situación, así que esperé a que el cafre se diera la vuelta para marcharse.

Oí la puerta de la cabina cerrarse. Los faros del camión se encendieron, también las luces del remolque. Con pies y manos me aparté del vehículo mientras maniobraba. Cuando dio marcha atrás, pude ver el otro lateral de la cabina.

Alguien me observaba desde el asiento del acompañante.

Era la mujer que había conocido el otro día en el Medusa.

A través de la ventanilla, me miraba con indignación, no dirigida a mí, sino a lo ocurrido. En su rostro habitaba esa particular vergüenza, la de la mirada caída, de quien observa una situación conflictiva pero no interviene. Entre impotente y culpable, se quedó observándome, allí tirado como un desecho, mientras el camionero maniobraba, las ruedas rechinando contra el suelo. El camión se marchó con una ráfaga de aire que atizó mis papeles, echándolos a rodar. El conductor se despidió tocando el claxon de manera provocativa —los siete pitidos de una fanfarria burlona— antes de acceder a la autopista.

Me arrodillé para recoger los papeles. Muchos de los documentos se habían manchado con el polvo del suelo, otros tenían marcas de los neumáticos. Hacer una bola con el que tenía el escupitajo del camionero me provocó una arcada. Mientras me preguntaba si Sagrario sabría a quién llevaba al camionero en su cabina, oí unos pasos acercándose al aparcamiento.

Era Sagrario.

No pareció muy sorprendida de verme allí, sí algo extrañada de encontrarme en el suelo. Se quedó contemplándome mientras se secaba las manos en un trapo manchado de sangre de filetes. Un documento rodó cerca de sus pies. Sin agacharse, se asomó a su contenido. Era una impresión en blanco y negro de una foto que había encontrado en Internet, investigando para el capítulo del pasado. Retrataba a la familia de Plácido al completo, en la inauguración del hotel. Sagrario la cogió, la dobló y la metió en el bolsillo de su mandil, dejándome claro que esos recuerdos, esa historia, le pertenecían a ella

y no a mí. Aunque desde que había escrito sobre el pasado de la familia había empezado a ver a Sagrario con otros ojos —saber lo mucho que había sufrido me ayudaba a comprender de dónde nacía la dureza de su carácter—, ella desde luego no parecía darse cuenta. Se acercó a mí con pasos lentos y pesados. Pensé que venía a ayudarme a levantarme, así que le ofrecí mi mano esperando que tirara de ella.

—¿Ves lo que te pasa por meterte donde no te llaman? —Dobló un par de veces el trapo manchado de sangre, se lo colgó en un hombro. Después me señaló con un dedo y añadió—: Pero ya sabes que lo tienes muy fácil.

Dirigió el dedo a la carretera, tan lejos como le permitió el brazo, y lo sacudió dos veces indicándome el camino a seguir.

25

Tumbado en la cama con el móvil sobre la cara introduje el nombre de ALITRANS en el buscador de Internet. Descubrir algo sobre la vida personal del camionero me ayudaría a entender mejor lo desmedido de su reacción contra mí. Era tan desmedida que hasta me llevaba a pensar que tuviera algo que ver con la desaparición de Perla, pero eso tampoco tenía mucho sentido. Sagrario sería la primera en sospechar de él y, por mucho que fuera su amante, no lo habría apoyado diciéndome que eso me pasaba por meterme donde no me llamaban.

Valoré que quizá Sagrario no era la única con marido e hijos. Quizá también el camionero veía amenazados algún matrimonio y alguna familia si al escritor ese que había aparecido de la nada le daba por revelar la aventura de ambos. Quizá la esposa del camionero era también la hija del dueño de la empresa de transportes, y ante una infidelidad no solo peligraba su hogar, sino también su trabajo. Eso explicaría su nivel de agresividad. Claro que, si de verdad estaba casado, no solo mantenía una relación extramatrimonial con Sagrario, sino que, por lo que había visto hacía un rato, era también consumidor de prostitución.

Sabía que el camionero se llamaba Antonio, se lo había oído decir a Sagrario durante el encuentro furtivo de la primera noche. Añadí su nombre a la búsqueda. Llegué enseguida a la web de la empresa de transporte, pero no ofrecía más que una página de inicio con el logotipo del frutero, pixelado, y un texto animado que escribía Próximamente. Tenía pinta de llevar años anunciando ese lanzamiento.

Regresé al buscador principal. En la pestaña de imágenes encontré varias fotos con camiones de ALITRANS. El mismo o varios diferentes, no me quedaba muy claro. Amplié una foto en la que un grupo de personas posaba frente a la cabina de uno de los vehículos, con gorros de Papá Noel y collares de espumillón. Enlazaba con una felicitación navideña de la empresa en su perfil de una red social. En la imagen, el camionero aparecía en cuclillas, a punto de perder el equilibro. Sujetaba un vaso de plástico blanco —el cual imaginé lleno del cava de supermercado con el que la empresa celebraría ese cóctel navideño — y tenía la boca tan abierta como si hubiera estado gritando «patata» mientras hacían la foto. Presioné la imagen confiando en que apareciera su nombre etiquetado.

Antonio Sánchez.

De ahí accedí a su propia cuenta en la red social. El contenido era privado, solo podía ver su foto de perfil. En ella, aparecía con cuatro amigos, jugando a las cartas en el salón de alguna casa. Una timba de póquer doméstica en la que participaba con gafas de sol y un puro en la boca. El resto de jugadores también tenían puros en la boca, en una posición que se diría acordada para hacer la foto. La verdad es que su energía era más de soltero que de marido y padre.

Llevé su nombre al buscador principal. Por Antonio Sánchez, entre comillas, me salieron dos millones de resultados, entre ellos músicos, deportistas y políticos. Alcancé la octava página de resultado sin encontrar nada que pudiera relacionar con el camionero.

Iba a probar con otros términos de búsqueda cuando oí un ruido en la habitación. Un roce fugaz, una crepitación de papel.

Antes de incorporarme, imaginé lo que me iba a encontrar.

Un nueva manualidad acababa de entrar por la rendija inferior de la puerta.

Me levanté a toda prisa. Abrí. Tan solo llegué a tiempo de ver a Coral regresando apresurada a las puertas de su casa. Hoy era Sagrario quien pasaba la noche con ella.

Recogí la letra del suelo.

Dejé escapar un bufido de agotamiento al ver lo que era.

Una «O».

Otra «O»

U otro «0».

El acertijo de Coral seguía repitiendo las mismas letras. O números. Si eran letras, no entendía qué pretendía escribir con los dos mismos caracteres más allá del «SOS» que me había negado. Y si eran números, no entendía qué significaban tantos ceros y tantos cincos. Dejé la manualidad en la misma carpeta que el resto y regresé a la cama.

El rompecabezas había terminado por atascarme el cerebro y no me apetecía seguir investigando al camionero. Si quería saber algo más

sobre él, sería más fácil hablar con la chica del Medusa a la que ya conocía.

Apagué el teléfono. Al enchufarlo en la mesilla de noche para dormir, mi mirada recayó en uno de los carteles de búsqueda de Perla que había pegado en el cuarto. La observé a la luz anaranjada de la lamparita, el agujero en la pantalla proyectando un triángulo más brillante en la pared.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

26

Entré al club poco después de que abrieran, pasado el mediodía. Un mediodía que se transformó en noche cerrada en cuanto atravesé el umbral de esa puerta. Aunque yo acababa de tomar un almuerzo de mitad de mañana —un café con dos empanadillas de pisto—, en el club se mezclaban ya olores de nocturnidad: perfume, alcohol, tubería de baño. Un sol del que me había estado refugiando minutos antes, a la sombra de un álamo, no existía allí dentro, donde toda la iluminación era artificial. Roja, rosa, morada.

Mi entrada al local vacío atrajo de inmediato la atención de un chico tras la barra. Era joven, no mucho mayor que yo. Pelo rapado, cuerpo de gimnasio y camiseta negra ceñida. Me preguntó si necesitaba algo contando un fajo de billetes en una mano. Le dije que buscaba a una chica que trabajaba allí.

—Aquí solo trabajan chicas —respondió.

Describí a una con el pelo rubio, mucho, casi blanco. Una voz femenina llegó desde algún rincón de la sala.

—Me llamo Penélope.

Acababa de salir por una puerta marcada para personal. Llevaba un bata cerrada y las mismas zapatillas blancas del otro día. Avisó al encargado de que ya se ocupaba ella de mí y me indicó que me acercara a una puerta trasera a la que también se dirigió ella, sorteando una mesa de billar.

—Se te olvidó preguntarme el nombre el otro día —dijo—. Hoy vamos aquí atrás.

Me preguntó qué tal me encontraba. Me dijo que le daba mucha rabia lo que había pasado la noche anterior con el camionero. Contesté que estaba bien, que no había sido nada. Ella abrió la puerta trasera presionando la barra de espaldas.

—Es un cuadro ese tío —dijo.

Una cascada de luz solar nos cubrió al salir. Dejamos la noche atrás para regresar a la luz del día en una terraza bastante pobre que se usaría poco más que de fumadero.

—De noche está mejor —dijo ella—. O lo parece.

Nos sentamos a una mesa de publicidad de cerveza, con una sombrilla ensartada en su agujero central. De la mesa de al lado, Penélope cogió un cenicero, también publicitario, de un refresco. Era de plástico, verde, con la orilla ondulada para poder encajar el mayor número de cigarrillos. Si veinticinco personas necesitaran fumar a la vez, podrían sujetar su cigarro en el mismo cenicero. Ella sacó cajetilla y mechero del bolsillo de su bata.

—Te llamas Penélope.

—Sí, como la discoteca.

—Y como la actriz —añadí.

—O como la canción.

—Y la mujer de Ulises.

Penélope se quedó pensando si podía añadir algo más. Me dejó ganar con una sonrisa mientras extraía un cigarrillo.

—Pero, vamos, que en realidad no me llamo así, es un nombre artístico. —Adornó la palabra con unas comillas en el aire y usó el cigarro para señalar el club—: Cuanto menos de mí deje aquí dentro, mejor.

Encendió el cigarrillo, dio una profunda calada.

—Y tú ¿qué? —añadió sin soltar el humo—. Vienes a preguntarme cosas, ¿no?, que ya me han chivado que eres periodista.

—Eso dicen, pero no lo soy.

—Ya, yo también digo a veces que no soy lo que soy.

Su risa soltó una humareda.

—No, en serio, es que soy escritor, no periodista —aclaré—. Escribo una novela, no un reportaje. Pero sí, también quiero preguntarte cosas.

Abrí cremalleras de mi mochila buscando la grabadora, o el móvil, lo que primero encontrara. Un hombre con un chaleco de obra, amarillo, emergió de entre los matorrales del campo que nos rodeaba.

—Odio este turno —susurró Penélope—. Cuando es de noche, aquí afuera, ni los vemos, y ahí dentro, con las luces, todo es un espejismo. El neón tiene ese efecto. Con las caras azules, verdes o rojas, es como si ni ellos ni nosotras formáramos parte del mundo real. Pero a estas horas, al sol, los vemos así, tal como son. Como van al trabajo. La piel es del color de la piel. —Señaló con la barbilla al hombre que, con la mirada dirigida al suelo, accedía al local por una discreta puerta lateral—. Demasiado real para mi gusto.

Saqué la grabadora de la mochila.

—¿Te importa si te grabo?

—¿A mí? Qué va. Grábame. —Se enderezó en la silla, acercándola aún más a la mesa—. Que se me oiga, que a las putas nunca nos dan voz. Con lo mucho que sabemos. A veces pienso que solo nosotras conocemos el mundo real. El mundo en el que la mayoría de los maridos engaña a sus mujeres o en el que hombres que van de honrados me sueltan una bofetada y se van sin pagar. —Dio una indignada calada a su cigarro—. Si tú supieras lo que la gente es capaz de hacer cuando sabe que nadie más se va a enterar de que lo hacen…

Le dije que mucho de lo que yo escribía tenía también que ver con eso. Con el lado oscuro de las personas y con los secretos de los que nadie debería enterarse. Presioné el botón que iniciaba la grabación, avisándola de que comenzábamos.

—Me gustaría saber algo más del camionero con el que estabas ayer. El que me agredió.

Penélope dejó caer los hombros con una amarga sonrisa de decepción. Ella misma presionó el botón para interrumpir la grabación.

—Vamos, que a ti tampoco te intereso. La puta no interesa, qué novedad. —Se dejó caer en el respaldo de la silla—. Te interesan mis clientes.

Sin retirarme la mirada, dejó escapar el humo frente a su cara, como cerrando un telón entre nosotros. Le pedí disculpas y traté de justificarme explicándole lo excesiva que me había parecido la actitud del camionero. Necesitaba que su situación familiar me sirviera de razón para entenderla. Penélope prolongó su silencio, pensándoselo. O haciéndome sufrir a propósito.

—Si es que de mis clientes no te puedo hablar —dijo al fin—. Tampoco soy tan tonta de cargarme lo que mantiene funcionando

estos lugares. La discreción, la mentira. Igual que te la critico, vivo de ella. —Valoró las implicaciones de lo que acababa de decir—: Vamos, que soy cómplice de esos maridos infieles que me dan ganas de vomitar. Supongo que todos somos en el fondo unos hipócritas llenos de contradicciones.

Fumó y se quedó mordiendo la uña de ese mismo pulgar, el codo apoyado en la mesa.

—La de mierda que me trago yo de los clientes y ni uno solo me ha preguntado a mí nunca qué tal estoy yo. —Desenfocó su mirada, pensativa—. Será que ningún cliente quiere saber que la puta por la que paga está tan triste como él mismo.

Sin la grabadora encendida, repetí la frase mentalmente para memorizarla.

—Me voy a pirar de aquí en cuanto pueda —continuó ella—. Pregúntame adónde quiero irme, que eso sí te lo contesto.

—¿Adónde quieres irte?

Ella misma presionó el botón que iniciaba la grabadora.

—A casa de mi madre. El lugar en el que más feliz he sido en mi vida. —Sus ojos brillaron—. No sé por qué tenemos todos tantas ganas, tanta prisa, en irnos de casa de mamá. Si luego no existe nunca un lugar mejor que ese. Y ahora me toca a mí cuidarla a ella.

La mera idea de marcharse junto a su madre la hizo sonreír. Dejó el cigarrillo en el cenicero y entrelazó los dedos para sujetar su barbilla. Al acordarme de Perla y Coral, le dije que tenía mucha suerte de poder decir eso del hogar de su madre. Y ella respondió que ya lo sabía. Y que por eso se iba a marchar a la mínima oportunidad.

—Sobre lo otro que me preguntas —volvió a interrumpir la grabación, usando el aparato como si fuera suyo—, tendré que hacer como un cura y respetar el secreto de confesión de mi cliente. No sé si te has fijado que putas y curas somos de la gente más discreta que existe —se aguantó una sonrisa maliciosa—, por la cuenta que nos trae.

Recuperó el cigarro del cenicero. Yo cogí la grabadora de la mesa para guardarla en la mochila.

—Pero, vamos, que el tío ese es un pobre diablo —soltó en cuanto la cerré—. Puro vicio y chunguerío. Lo que se gasta en putas se lo ha

ganado jugando. En máquinas, creo. Y ya lo viste ayer, un bruto abusando de un chico educado como tú. Yo de ti me iría ahora mismo a ponerle una denuncia en la comisaría.

—Lo he visto mucho por allí, por el Plácido —le dije.

Penélope asintió de forma exagerada, subrayando una información que no le sorprendía en absoluto. Apretó los labios para no decir nada.

—Parece que está liado con una de las hermanas —añadí.

Ella abrió muchos los ojos como parodiando una revelación.

—Con Sagrario, la mayor —continué—. La del pelo más corto.

Frotó el mechero con ambas manos, contra sus anillos, esforzándose por permanecer callada.

—El camionero fue a verla la otra noche —añadí—, a una hora muy rara. Estaba yo en el hotel.

Penélope se ajustó un alzacuellos imaginario, recordándome lo del secreto de confesión.

—Si eso no hace falta que me lo confirmes, lo vi con mis propios ojos —dije—. Tuvo una cita con Sagrario de madrugada. Y ella se lo confesó a su hermana.

Penélope movió un pie, conteniéndose. Y aunque no dijo nada, negó levemente con la cabeza.

—¿No?

No entendía por qué me negaba algo que yo mismo había presenciado, pero ella chasqueó la lengua, irritada con mi falta de tino. Entonces miré las letras que escribían CLUB en lo alto del edificio frente a mí y recordé el pasado de la hija menor.

—Era cliente de Bárbara. —Lo solté con la rotundidad con la que se pronuncia una certeza repentina—. Justo el otro día tú me dijiste que algún cliente de aquí había preguntado ya por ella, incluso después de lo que había pasado. Era él.

Penélope sonrió, satisfecha de haberme revelado la verdad sin decir una sola palabra. Por ponerle un punto final a mi deducción, se permitió añadir:

—De todas nosotras —dibujó con el mechero un círculo que rodeó todo el local—, era su favorita.

Aún con la excitación del descubrimiento, recordé, sin embargo, que Ángela me había confirmado la aventura entre Sagrario y Antonio. Además, parecía sospechar de la existencia de esa aventura desde tiempo atrás, antes de que yo comentara nada.

—Pero entonces tenía historias con las dos hermanas —pregunté.

—Yo de la otra hermana no tengo ni idea. Pero, vamos, que a saber. El sexo vuelve locas a las personas.

Apagó el cigarrillo aplastándolo contra el cenicero más veces de las necesarias.

—¿La niña no ha aparecido todavía? —preguntó.

—No, sigue todo igual.

—¿Y la otra cómo está? ¿Dónde está?

Le conté que Coral estaba en su casa, en las habitaciones del hotel, que ella misma había querido volver, pero que se la notaba muy afectada.

—Pobre —dijo Penélope—. Pobres crías. Bárbara tenía una foto de las dos en su taquilla. Eran monísimas.

—Y lo son —puntualicé—. Y lo van a seguir siendo.

—Ojalá tengas razón. Que aparezca pronto. Y que esté bien.

La puerta trasera por la que nosotros habíamos salido a la terraza se abrió. El chico rapado de la barra silbó a Penélope.

—Tienes aquí a… —se encorvó, imitando a un hombre con bastón—, no le hagas esperar que lo mismo no llega.

Penélope me apretó la mano sobre la mesa a modo de despedida.

—Si al final salgo en tu libro y me tienes que describir —dijo mientras se levantaba y se entallaba la bata—, di que soy guapísima. No, mejor, hazme parecer lista e interesante.

—No será difícil.

Sonrió a mi cumplido.

—Y pon lo que te he dicho de mi madre, eso sí, por favor, que le hará ilusión. A ver si ya estoy con ella cuando lo lea.

Le prometí que así lo haría.

27

Detuve el coche frente a la comisaría de policía. Observé la entrada con las manos todavía en el volante. Lo que me acababa de decir Penélope, lo de denunciar inmediatamente la agresión de la noche anterior, coincidía con lo que yo mismo amenacé con hacer al camionero en cuanto me agarró de la camiseta. Él me había desarmado en ese momento mencionando con tanta confianza y seguridad el nombre de su amigo —que sería alguno de los agentes o quizá el comisario—, pero ahora, con la cabeza fría, me daba cuenta de que eso no tenía ningún valor. Ese cafre no gozaba de inmunidad solo por tener un amiguito en el cuerpo. Y si su corrupta manera de entender la vida se lo hacía creer, quizá era el momento de darle una lección de realidad.

Por otro lado, hacer una denuncia de algo que no podía probar y que tampoco había tenido mayores consecuencias —no tenía ni un rasguño, ni un hematoma— quizá iba a suponer una complicación a la que no me convenía enfrentarme. Ya había comprobado con qué rapidez se propagaban los rumores en la zona, así que en poco tiempo todo el mundo en los tres pueblos sabría que el forastero ese que estaba hurgando en la herida local para escribir su novela se atrevía encima ahora a ir denunciando a los vecinos.

En mitad de mi valoración, el coche de una televisión aparcó detrás de mí. Del vehículo bajó una reportera con micrófono y papeles. La acompañaba una operadora de cámara. Juntas buscaron un lugar que les ofreciera un buen plano, con la comisaría de fondo, desde el que realizar alguna conexión en directo. Interpreté la aparición de aquellas profesionales como señal de que no era el momento de ponerme a denunciar nada. Arranqué el coche, de vuelta al hotel.

28

En mi habitación, sentado frente al ordenador, me dispuse a escribir un nuevo capítulo de la novela sobre esa enmarañada red de relaciones que estaba descubriendo: Sagrario con el camionero, el camionero con Bárbara, Bárbara con Penélope… Quizá escribiéndolo de manera pormenorizada podía perfilar alguna hipótesis sobre una posible implicación de alguno de ellos en la desaparición de Perla. Si es que acaso había alguna implicación de alguien que no fuera ella misma. No me olvidaba en ningún momento de que había sido la propia Perla la que se había levantado de su cama, era Perla la que había acuchillado a sus padres y era Perla la que había escapado por su propio pie. Tanto las pruebas como Coral lo habían confirmado, o sea, que quizá no había nada más que teorizar al respecto.

Penélope iba a ser crucial en este capítulo porque, después de haber hablado con ella dos veces, había tomado la decisión de escribirlo desde su punto de vista. Su mirada me permitiría adentrarme en el club e imaginar cómo había sido su relación con Bárbara, lo que ella le contaría de sus hijas, del hotel, de sus hermanas, de ese camionero que la tenía por su favorita. Como banda sonora en los auriculares me puse sonido ambiente del que había grabado el día de la búsqueda, para trasladarme con el sonido al campo que rodeaba el club.

La telaraña

Penélope vio llegar el camión de transportes a la caída de la tarde…

Apenas había escrito la primera frase del capítulo cuando una notificación del móvil sonó en mis auriculares. Un mensaje apareció en la pantalla. Volví a reconocer en la imagen de usuario la gorra del hijo de Ángela. Recordé los mensajes que me había mandado el día anterior, mientras espiaba la conversación en el comedor entre el camionero y Sagrario. Los había olvidado completamente. Abrí la conversación. Leí el mensaje que acababa de llegar:

| No me dejes en visto bro

Sus dos mensajes anteriores aparecían como vistos —los había abierto sin prestarles atención cuando fingí usar el móvil para escapar de los ojos del camionero—. En ellos me aclaraba que era el primo de Perla, que había encontrado mi perfil y que había terminado de leer mis libros, los tres. Que le habían encantado. Le respondí inmediatamente:

| Perdona, que no te pude responder en el momento y se me pasó.

Le di las gracias por su opinión sobre los libros y le pregunté cuál había sido su favorito. Me dijo que el de Los niños invisibles.

| Pero me han molado los tres eh? El libro de los asesinos me ha flipado también

| Es que me flipan esas historias tío

No sabía si «flipar» era la mejor palabra para definir el interés por los

casos de asesinos en serie.

| Di mejor que te fascinan.

| Bueno eso que tú sabes más palabras que yo que eres escritor tío

| Pero todo lo que pasó en el internado cómo matan a los demás buah que pasada y lo bien que lo describes

| Lo de esos niños es un historión.

Escribiendo…

| Eh tío te apetece que me pase por el hotel?

Y nos tomamos algo y hablamos de asesinatos

El entusiasmo del chico por los crímenes empezaba a resultarme un tanto siniestro. Claro que enseguida recordé la cantidad de horas que yo mismo había pasado a su edad investigando asesinatos, cuanto más perturbadores mejor. Lo que actuaba como agravante en el caso de Damián era el hecho de que, en esos momentos, él mismo tenía muy próxima una de esas terribles escenas del crimen. No era algo lejano que ocurría en Milwaukee, ni la secuencia terrorífica de una película, ni el macabro giro que horroriza pero entretiene en un documental de true crime. Era su propia tía, su tiastro, quienes habían aparecido acuchillados en un salón. Y era su propia prima la que había empuñado ese cuchillo y seguía desaparecida.

| Estás?

Buscaba las mejores palabras para rechazar su plan de vernos. Prefería seguir escribiendo el capítulo que tenía entre manos, pero no quería que se molestara y descartara hablar conmigo en un futuro. Su testimonio podía interesarme.

| Estás bro?

| Es que no sé si es buena idea que vengas por el hotel.

| No creo que le vaya a hacer gracia a tu tía Sagrario verte hablando conmigo.

Escribiendo…

No llegó ningún mensaje. Después ocurrió lo mismo:

Escribiendo…

El aviso desapareció sin que enviara nada. O se arrepentía de lo que escribía o, como yo, buscaba las mejores palabras para comunicarlo. Iba a decirle que podía contarme cualquier cosa, cuando él mismo reinició la escritura.

Escribiendo…

| Te viene bien que nos veamos

| Tengo cosas que contarte

Repentinamente más interesado, me levanté de la silla. Me senté en el borde de la cama escribiendo con dos pulgares en vez de con uno.

| Cosas? Tipo qué?

Escribiendo…

| De mi prima

| De Perla

Era justo lo que había deseado que respondiera, aunque también pensé que lo podía estar usando como cebo, qué casualidad que lo dijera justo cuando yo había rechazado la opción de vernos.

| Sobre Perla? Su pasado?

Su relación contigo?

| Sobre una movida

Iba a pedirle más información cuando él se me adelantó:

| Pero no la voy a escribir por aquí bro si quieres saberlo te lo cuento en persona

Cada vez sonaba más a encerrona. A artefacto para llamar mi atención. De todas formas, hablar a solas con él podía proporcionarme información valiosa sobre sus primas y el resto de la familia.

| Vale, pero aquí en el hotel no

| Te mando ubicación

| Los dos tardamos lo mismo en llegar

Por primera vez, me fijé en su nombre de usuario. No utilizaba su nombre real, Damián, sino una curiosa e intencionada variación: Deimo5. El 5 que sustituía a una S me retorció el estómago. E intuí que ese 5 en realidad equivalía a una S porque imaginé lo que pretendía escribir el chico. Conociéndolo como lo iba conociendo, el nombre de una deidad que personificaba el terror resultaba una elección de lo más apropiada. Lo que me inquietaba era si ese cambio del número por la letra tenía algo que ver con las manualidades de Coral.

Un mensaje en la pantalla interrumpió mis pensamientos. Damián me enviaba la ubicación para nuestro encuentro.

Presioné el enlace al mapa.

—Cómo no —susurré al ver el lugar propuesto.

—¿Están tus abuelos aquí? —le pregunté a Damián, señalando con el pulgar la tapia en la que apoyábamos nuestra espalda—. Plácido, Sagrario.

—Creo que sí —respondió él—. En verdad no lo sé, pero supongo que sí.

Damián me había citado en el cementerio. El sol caía casi perpendicular y habíamos tenido que sentarnos en el suelo para aprovechar la poca sombra que proyectaba la tapia que lo rodeaba.

El excesivo calor tenía sobreexcitadas a las cigarras, que chirriaban como maquinaria pesada. Ubicado entre el polígono industrial, la nueva autopista y varios solares de campo salvaje, era un cementerio de aspecto abandonado, apartado de cualquiera de los tres pueblos. Desde fuera, todas las flores de las tumbas se veían tan secas y descuidadas como la verja de entrada. Enmarañados entre los matojos que crecían y se secaban bajo la tapia había envoltorios de helados, latas y otros envases. Aunque era un lugar feo y desapacible en el que pasar la eternidad —los muertos sin poder descansar en paz con los ruidos del desguace cercano y los coches pasando sin cesar por la carretera—, a mí un lugar tan desierto, solitario y desolado solo podía resultarme inspirador.

—Te gustan los asesinos en serie y te gustan los cementerios —le dije a Damián—. Tú y yo hubiéramos sido buenos amigos en este pueblo.

Sonrió mientras enrollaba y desenrollaba el tallo de algún hierbajo en un dedo.

—También me gusta mucho leer —dijo—. He flipado con la manera en que describes algunas cosas. Me ha encantado que aunque hablabas de casos reales te metías en la mente de esas personas, imaginándote lo que pensarían y tal. Cuando los niños escapan del internado, esos pensamientos, qué fuerte, tío.

—Intento describir escenas realistas pero que impacten emocionalmente —le expliqué—. No estoy haciendo ni un documental ni un artículo periodístico, así que uso todos los recursos de ficción que pueda. Me salto algunas convenciones, pero no me importa.

—A mí me mola. —Rompió el tallo en dos y arrancó otro—. La verdad es que tiene que ser fuerte ver apagarse la vida en los ojos de alguien.

Se quedó mirándome al terminar la frase, dotándola de un halo inquietante. O quizá se lo aporté yo al no saber qué responder. Damián era tímido e introvertido —lo había percibido en cuanto entré al coche de su padre—, pero también notaba que conmigo se sentía a gusto. Lo veía disfrutar de esa inmediata confianza que algunas personas evocan en nosotros y que, por alguna razón, yo evocaba en él.

—Me fliparía leer más. —Con la mano se secó el cuello, en el que descansaban sus auriculares—. De lo que estás escribiendo ahora, por ejemplo. Me parece muy fuerte que estés en el hotel de mis tías. Me imagino que estás escribiendo algo rollo como lo de los niños del internado y es que flipo.

Un perro con calvas en el pelaje y las costillas marcadas apareció rodeando el cementerio. Levantó la pata para marcar la esquina de la tapia. Después olisqueó una chancla desparejada que se derretía al sol.

—Me encantaría salir en el libro, tío.

Ya pensaba poner en cuarentena cualquier información que me revelara Damián, pero ahora mucho más. Como intuía, tenía un interés concreto en que nos viéramos: salir en el libro. Quizá por eso había elegido quedar en el cementerio, por lo dramático que resultaría en el texto. Aun así, abrí en el móvil la aplicación de grabadora. Lo dejé sobre mis piernas cruzadas y le pregunté qué es lo que me quería contar.

—No, pero quita eso, no hace falta que me grabes.

—¿Seguro?

—Sí, prefiero que no, tío.

Interrumpí la grabación sin saber si su actitud respondía al deseo de no dejar pruebas de la mentira que me fuera a contar, o de no dejar pruebas ante las implicaciones de la verdad que me fuera a revelar.

—Y no digas quién soy tampoco —añadió—. Ni nombre, ni familiar ni nada.

—Pero entonces es como si no salieras en el libro.

—No, pero sí, porque yo sabré que soy yo. Me puedes mencionar, no sé, como el informante secreto ese que sale en el del internado. El tío que los encuentra en el refugio forestal, que no dices nunca quién fue.

—Te lo has leído con atención.

—Sí, tío. Bueno, es que he leído muchos libros así. Y de repente estás tú aquí, un escritor de verdad, en el culo del mundo, escribiendo uno de esos libros.

La manera de referirse al suceso en el que las víctimas eran sus familiares no dejaba de descolocarme. Era como si se alegrara de que hubiera ocurrido a cambio de que alguien como yo —que aún era más un amago de escritor que uno de verdad como él decía— hubiera visitado el pueblo.

Sin atreverse a acercarse a nosotros, el chucho olisqueó la rueda de mi coche, el patinete en el que había llegado Damián. Se dejó caer a unos metros, tumbándose a la sombra de un contenedor de basura descolorido.

—¿Qué tal te llevas con tus primas?

Damián se encogió de hombros.

—No nos llevábamos. Si es que no salían del hotel.

—¿Y te daban pena?

—Claro, tío. Pobrecitas. —Damián cambió de postura, se tocó la visera de la gorra—. Y casi más Coral que Perla. Perla, al final, pues estaba mala y todo eso. Pero Coral podría haber salido por ahí con nosotros, con la gente del colegio. Y su madre la tenía metida en casa siempre, como a su hermana.

El perro levantó una pata para rascarse la tripa con los dientes. Pude ver la garrapata que le causaba el picor.

—¿Con su madre te llevabas? ¿Con tu tía Bárbara?

—Nada, tío, ni ganas. Solo he oído cosas malas sobre ella. Era una hijaputa, la verdad. Mi madre ha ido a verla esta mañana al hospital. Pero siempre le ha jodido la vida a mi madre. —Damián tiró de los hombros de su camiseta—. Mi padre dice que es una indeseable, no quiere ni verla.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—Buah, ni idea. En el restaurante, creo. Me pellizcó la mejilla así como a un niño, en plan toda borracha. Muy pesada diciendo que me parecía al abuelo.

—¿Te pareces a Plácido?

—Qué va, tío, nada. Si era un viejo. En plan con una sola ceja así tocha y la barbilla palante.

—No lo digas muy alto que está aquí detrás.

Damián se llevó una mano a la boca. La quitó en cuanto entendió la broma. Me llamó gilipollas. Su manera de tratarme oscilaba entre el respeto hacia quien él veía como un escritor de verdad y la confianza de dirigirse a mí como uno de sus amigos del instituto.

—¿Qué es lo que me querías contar?

Damián volvió a cambiar de postura.

Carraspeó, aunque no necesitaba aclarar la voz.

—Te pones nervioso.

Arrancó otro tallo de los adoquines.

Frente a nosotros, el perro siguió royendo su propia piel, peleando contra el parásito.

—A ver, es que es bastante heavy. Y no lo han dicho en ningún lado.

Los dos habíamos roto a sudar.

—Joder, espero no meterme en ningún marrón, la verdad —añadió.

Apretó la visera de su gorra, curvándola.

El perro gruñó del daño que él mismo se estaba haciendo para arrancar la garrapata.

—Damián. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y sentí que él lo apreciaba—. No te estarás inventado algo solo para salir en el libro, ¿verdad? Porque si lo haces por eso, que sepas que tu testimonio me sirve igual. Solo eso que me acabas de decir, lo de que te daba más pena Coral que Perla, ya dice mucho de ti. Y de ellas.

Damián me escuchaba con los ojos muy abiertos, sin parpadear.

—A mí Coral también me rompe el corazón —continué—. Podemos hablar solo de tus primas, tú las conoces de cerca y solo eso es muy valioso para mí, no necesito que me reveles ningún gran secreto, ningún giro, para incluirte en el libro. Sobre todo si no es verdad. No necesito un informante secreto.

—Joder, bro, que no soy tan imbécil. —Lanzó el tallo lejos, molesto—. Ni soy un puto mentiroso. Si te cuento algo es porque es verdad. No se lo he contado a nadie y me da que puede ser importante.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

Damián flexionó las piernas en sus pantalones anchísimos y enganchó los brazos en las rodillas, mirando al suelo.

—Aquí es que todo el mundo pasa de mí. Tú eres el único que me ha preguntado cómo estoy.

Recordé que le había preguntado cómo estaba la primera vez que nos vimos en el coche, pero él había seguido absorto en su teléfono y sus auriculares.

—Entonces, sí me oíste.

El chico asintió, volvió a mirarme.

—¿Nadie te ha tomado declaración tampoco? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Es una cosa sobre Perla —dijo.

—Ya, eso me has dicho.

—Yo es que siempre llevo los cascos. O escucho música o me pongo un videojuego o lo que sea. Estoy a lo mío y ni hablo ni escucho. A mi bola siempre.

Eso era justo lo que me había parecido en el coche.

—Para mi familia soy invisible. Y para mis tías más.

Me acomodé mejor en el suelo ofreciéndole toda mi atención.

—Pues en las últimas semanas, antes de todo esto, antes de que se

haya escapado mi prima, escuché que…

Los dientes del perro castañetearon, luchando contra el bicho en su piel.

—Buah, tío, me estoy metiendo en un marrón fijo.

Permanecí en silencio para que no se sintiera presionado, dándole su tiempo para contarlo.

—Estaba en el restaurante, ahí jugando a la portátil. Mis tías estaban en la barra, como hablando normal. Pero de repente se acercaron y bajaron la voz. Y oí que… —Damián carraspeó, se tocó la gorra—. Dijeron que…

El chucho se arrancó la garrapata con un último gemido. La masticó inmediatamente.

—¿Qué dijeron, Damián?

El chico me miró:

—Que Perla estaba preñada.

En el silencio que se formó entre nosotros, las cigarras resultaron aún más atronadoras.

La información me provocó un escalofrío incluso en aquella tarde en que los termómetros se aproximaban a los cuarenta grados, pero enseguida pensé que era algo demasiado grave, demasiado importante, como para que no hubiera trascendido. Y me lo estaba filtrando un informante cuya credibilidad yo mismo había puesto en cuarentena.

—Si no salía de casa —dije.

—Ya, tío, se supone que no. Ni de la cama casi. Eso es lo más heavy de todo. Que fijo que la preñó el Servando ese. Y por eso Perla se lo cargó.

—Pero es que no lo han dicho en ningún lado.

—Te dije que era algo fuerte.

—Ni la policía ni nada.

—Joder, bro, pero no pongas esa cara —dijo Damián—. Si es que

sabía que me estaba metiendo en un marrón.

Intenté tranquilizarle, pero las palabras me salieron atropelladas.

—Tío, qué cagada. —Se quitó la gorra, se tapó los ojos con las manos —. Para qué te habré dicho nada. ¿Lo vas a sacar en el libro?

Me quedé mirándole incapaz de responder.

—Buah, es que me voy a ir, ¿eh?

Se levantó apoyándose contra la tapia.

—Damián, pero no…

—Que me piro, tío. —Se subió a su patinete eléctrico—. Olvida lo que te he dicho.

Se puso en marcha sin darme opción a responderle.

El chucho salió corriendo detrás de él, pero el calor lo obligó a rendirse a los pocos metros.

31

Regresé al hotel cuando el cielo era una cruenta escena del crimen, el sol desangrándose sobre el horizonte en tonos rojos tan oscuros como un coágulo. El atardecer impresionista atraía la atención de Coral, sentada en el suelo frente a su casa con las piernas colgando entre los barrotes de la barandilla. Agarrada a esos mismos barrotes parecía más pequeña de lo que era, una niña preguntándose qué hay más allá de su cuna y si alguna vez la dejarán salir. Me saludó con la mano, la piel de su rostro tan anaranjada por el ocaso que parecía irreal. Se veía de un naranja coralino casi fosforito, como algunas franjas en el cielo. Coral empeñada en ser de colores incluso en la más gris de las realidades.

Un unicornio de crines fantásticas atado en el aparcamiento de un área de servicio.

En mi manera de devolverle el saludo, tan solo con dos dedos y una sonrisa forzada, debió de percibir lo sobrecogido que me encontraba, pues su mirada se oscureció como si el atardecer hubiera dado paso a la noche en un instante —como si de pronto el sol fuera la luna, las cigarras fueran grillos y los coches fueran estelas luminosas en la carretera—. Aunque me moría de ganas de hablar con Coral, no me sentí capaz de acercarme a ella. Lo que Damián me había revelado sumergía el caso en unas aguas tan oscuras y profundas que me asustaban los monstruos que pudiera encontrar. El monstruo perverso de un padrastro acechando tras la puerta entornada de la habitación, o esperando su momento sentado en la silla de ruedas del rincón, respirando en la oscuridad. El monstruo tuerto, casi ciego, de una madre que no ve o no quiere ver. El monstruo informe de la absoluta indefensión de una niña enferma en la cama.

Retiré la mirada a Coral para evitar que identificara un nuevo brillo en mis ojos, que se habían humedecido con esas imágenes y otras parecidas que me asediaban. Subí la escalera sabiendo que Coral me miraba, preguntándose, seguramente, qué me ocurría. Por qué no me acercaba a hablar con ella.

Entonces la oí soplar.

Ese amago de silbido suyo, tan particular.

Recordándome que teníamos lecciones pendientes.

Tuve que apretar la barandilla caliente para no voltearme, porque si me daba la vuelta y miraba a Coral, me la iba a imaginar en su dormitorio, tapándose con la sábana hasta la frente, oyendo el cabecero de la cama de su hermana golpear contra la pared. Y lo que menos quería en ese momento es que Coral viera a otra persona triste y destrozada, como habría visto a su hermana tantas veces, o a ella misma en el espejo. Cuando enfilé el flanco lateral que llevaba a mi habitación, directamente enfrente de aquel en el que estaba sentada Coral, no era mi espalda, sino mi perfil lo que ella veía. Y escapar de sus llamadas de atención resultó más difícil.

Ella volvió a soplar, escupiendo más que silbando.

Reuní la entereza para mirarla. En el breve lapso de tiempo que me había llevado subir, el ocaso había progresado hacia una mayor oscuridad, envolviendo ahora a Coral en tonos púrpuras y azulados. Lo infantil de algunos de sus ademanes contrastaba con la madurez de esos ojos anochecidos antes de tiempo. Los ojos mate, menos brillantes pero más sabios, de quienes han conocido la verdadera tristeza. Con un movimiento circular del dedo, como si enrollara algo, le indiqué que continuaríamos las lecciones de silbido en otro momento, más adelante, mañana. Sentía la garganta tan encogida que preferí no intentar hablar. La incertidumbre nubló su rostro en el mismo momento en que el sol terminaba de esconderse tras el horizonte, como si fuera su estado de ánimo el que invocara la nocturnidad.

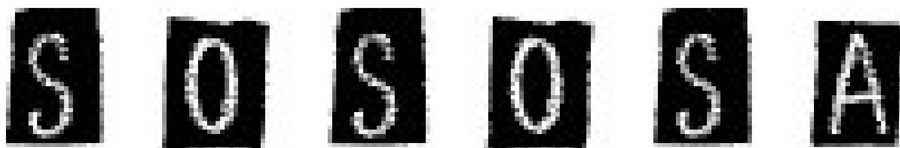
Escapé de la afligida perplejidad en su cara metiendo la llave en mi cerradura. Dentro del cuarto, me apoyé de espaldas en la puerta, luchando contra esa sensación de estar dejando plantada a Coral.

Entre mis zapatillas vi una letra nueva. Y por fin podía asegurar que era una letra porque no había manera de leerla como un número. Era una «A».

Repentinamente fortalecido, abrí la puerta para preguntarle a Coral. Pero la niña de colores ya no estaba, como si fuera un gigantesco coleóptero luminoso que hubiera esperado a la noche para echarse a volar, lejos de allí. En su ausencia, el tramo solitario de carretera secundaria resultó de lo más monocromo y desvaído.

En el cielo, la uniformidad añil del anochecer había limpiado la sangre derramada por el sol.

Sobre la mesa circular repartí las seis letras que ya tenía:



Aún no me servían de mucho. No creía que Coral pretendiera escribir ninguna de las palabras que podían obtenerse con ellas —«SOSA», «SOSO», «OSA», «OSO» y sus plurales— pero solo tener la certeza de que se trataba de letras y no números me permitió sentir que progresaba. La terminación «-osa», además, resultaba estimulante. Coral podría estar escribiendo algún adjetivo sobre ella misma, o su hermana, o la situación. Quizá «peligrosa», o «ansiosa». O angustiosa, furiosa, rabiosa. Estados de ánimo atribuibles a ella en ese momento. Y aún más a Perla, si la razón por la que había huido era la que había insinuado Damián.

En el ordenador, leí en Internet las novedades sobre el caso. Filtré los resultados de búsqueda a los de las últimas veinticuatro horas, que eran los únicos con los que me podía haber despistado. En ninguna publicación confiable se mencionaba ningún posible embarazo de Perla. Sí encontré algunas menciones en redes sociales, allí donde se vertían opiniones y rumores nuevos cada segundo, pero no eran más que especulaciones lanzadas a lo loco sobre la posibilidad del abuso sexual y, ya puestos, el embarazo de la niña. En esa familia y con ese padrastro, raro tampoco sería. Pero si se trataba de especular, también se podían encontrar comentarios que defendían la evidente abducción alienígena de una chica a la que nadie era capaz de encontrar tantos días después. En una dimensión más real y pesimista, centenares de usuarios daban por muerta a la niña.

Resultaba tan extraño que un dato como el del embarazo no hubiera trascendido que, de pronto, me parecía más sencillo desconfiar de Damián. Quizá, como había sospechado desde el principio una parte de mí, todo esto no era más que un invento del chico al que tanto le apetecía figurar como misterioso informante en la novela. Cerré la tapa del portátil.

33

No tenía sábanas en las que enredarme porque dormía destapado, pero esa noche di tantas vueltas en la cama que acabé desajustando incluso la bajera, descubriendo en el colchón ciertas manchas que preferiría no haber visto. Si por un instante creí que cerrar la tapa de ese ordenador iba a servirme para desconectar del asunto, andaba muy equivocado. Por mucho que hubiera decidido desconfiar de Damián para poder irme a dormir, era la posibilidad de creerle lo que me inquietaba en mitad de la noche.

Me inquietaba quién sabría lo del embarazo y por qué se había mantenido tan en secreto. De cara a incentivar la búsqueda de una niña fugada, comunicar que estaba embarazada a las autoridades, incluso a la población, aumentaría las ganas de encontrarla. A no ser que ese embarazo fuera un secreto vergonzante que nadie supiera, el que resulta del abuso sexual de un padrastro. Solo Bárbara, o como mucho Coral, sabrían de lo ocurrido, tan indecente el pecado que no se le permitiera existir más allá de las paredes de esa casa ni de la boca de esas personas. Aunque, según Damián, Bárbara habría compartido el secreto, como mínimo, con Sagrario, en la conversación que él mismo había escuchado en el comedor. Valoré si Ángela estaría también al tanto. Damián había escapado tan aprisa del cementerio que no había tenido tiempo de hacerle las mil preguntas que le haría ahora.

Le di la vuelta a la almohada buscando algo de frescor en la tela. Con ella se voltearon mis pensamientos, una vez más, volviendo a desconfiar de Damián. Porque pensé que Perla, probablemente, ni siquiera podía quedarse embarazada. Su estado de salud desde luego no era el óptimo. Volvió a parecerme más lógico que Damián hubiera inventado ese giro tan sorprendente para un tipo de tramas que él dominaba. Si Perla no estaba embarazada, nadie estaba ocultando ningún secreto.

Otra revelación me sacudió al pensar que la intención de Damián pudiera no ser tan sencilla como querer figurar en mi novela. A lo mejor él mismo tenía algo que ver con la desaparición de su prima y nuestro encuentro no era más que un truco para desviar mi atención. No eran pocas las personas que ya pensaban que Perla no estaba solo desaparecida, sino también muerta. Y en la personalidad de su primo se desdibujaban con facilidad los bordes entre estar interesado por lo

siniestro y ser siniestro de verdad. «Tiene que ser fuerte ver apagarse la vida en los ojos de alguien», había dicho, sin pestañear, apoyado en la tapia de un cementerio en el que él mismo me había citado. Por otro lado, mi atención tampoco es que fuera tan relevante ni mereciera la pena ser desviada. En todo caso, la de la investigación policial, pero no la mía.

Quizá lo que debía hacer era ir a la policía en cuanto amaneciera y contarles lo que me había dicho Damián. Si era cierto, se trataba de información muy sensible que les convenía conocer. Y si era mentira, a lo mejor Damián realmente merecía ser investigado. En ambos casos, mi soplo metía al chico en un lío tremendo, quizá sin merecerlo. También podía ser que la policía estuviera al tanto del embarazo y hubiera decidido ocultarlo por alguna razón que a mí se me escapaba. Tan importante era que no trascendiera, que hasta habían conseguido que no se filtrara ni a la prensa. Y ahora yo iba a meter la pata revelándolo.

Con la tripa tan inquieta que necesitaba dejar de estar tumbado, me levanté y cogí el móvil. Busqué el contacto de Deimo5.

| Necesito preguntarte algo.

| Ya sé que escrito no te mola, pero podemos vernos cuando puedas.

| Son dos preguntas nada más.

Eran las 4:19. No esperaba que leyera mis mensajes, ni mucho menos que me respondiera.

Iba a devolver el teléfono a la mesilla cuando debajo de los mensajes apareció un aviso:

Visto

Estaba despierto. Había abierto la aplicación. Y leído los mensajes. Me dejé caer en la cama esperando la indicación de que Damián escribía. Pero no se produjo. Tardé varios minutos en aceptar que no me iba a responder. Quizá por las horas. Quizá porque no sabía qué decirme. Quizá porque se arrepentía de nuestro encuentro porque lo que me había contado era mentira. O peor aún, era verdad. Repetí el mensaje que él me había mandado al principio de nuestra conversación:

| No me dejes en visto, bro.

Pero él sí me dejó en visto. Ese último mensaje ni lo leyó.

Me coloqué de lado en la cama, la esquina ajustable de la sábana bajera había perdido agarre del colchón y parecía encogerse por momentos. Pensé en ella como en una balsa que flotaba sobre el mar pantanoso de aquel colchón lleno de manchas y sospechosas humedades. El surrealista pensamiento anunció que por fin mi razón abría las compuertas del subconsciente y el sueño acechaba.

Oí entonces el traqueteo metálico de decenas de carritos portabandejas del comedor circulando por el aparcamiento. Múltiples letras aparecieron como manualidades de Coral en el suelo de mi habitación, solo que las manos que las depositaban cabían por debajo de la rendija de la puerta, arañando el suelo del cuarto. Las letras que dejaban eran caracteres imposibles de leer. Las manos eran cuatro, trabajando en sincronía, las uñas de los veinte dedos pintadas de colores diferentes. Después de dejar las letras, las manos se estiraban y agarraban mi cama, que era una balsa encallada en una lúgubre marisma, para sacudirla, agitarla y voltearla hasta hacerme naufragar.

—Hoy has dormido mal —dijo Ángela. Dejó sobre mi mesa un plato de tortilla francesa con jamón, queso y tomate—. Has bajado muy pronto y tienes mala cara.

—La tenemos todos.

No había pretendido sonar tan antipático.

—Como para no tenerla —añadió ella—. Lo que veo que no te cambia a ti es el apetito. Ni a estas horas. Que aproveche.

Se marchó a otras mesas dejándome a solas con mi desayuno. No había dormido mucho, dos horas y poco. Apenas amanecía cuando salí de la habitación. Al entrar al comedor, Sagrario terminaba aún de fregar el suelo. El aroma cítrico del detergente se mezclaba con el de los primeros cafés del día. Su único saludo al verme había sido estrujar con rabia la fregona en el escurridor. Ángela me había señalado una mesa en la que podía sentarme sin pisarle lo mojado a su hermana.

Mientras pinchaba la tortilla, comprobé si Damián me había contestado. Ni siquiera había visto mi último mensaje. Era un adolescente en sus vacaciones de verano del instituto, así que lo imaginé despertando a mediodía como mínimo. Faltaban horas. Quien entró en ese momento en el restaurante fue Damián, el padre. Traía una bolsa llena de táperes vacíos, que le entregó a Ángela en la barra. Por el color anaranjado de los plásticos, los devolvía sin haber sido capaz de eliminar el tinte de alguna salsa de tomate. Supuse que Damián se llevaba del restaurante la comida semanal, para él y para su hijo.

En su regreso a la puerta de salida, me saludó, tan solo levantando la barbilla. Poseía la misma mirada seca y apática del otro día. Asediado por los retorcidos pensamientos a los que me había condenado la confesión de su hijo, pensé que este hombre tenía también acceso a Perla. Acceso y oportunidad para hacer algo terrible. Quizá por eso, el día de la búsqueda, había insistido tanto en convencerme de que no merecía la pena buscarla. A lo mejor era a él a quien no le convenía que se la encontrara. Le devolví el saludo masticando los últimos bocados del desayuno.

—No veas la perra que le ha dado a mi hijo contigo. —Ángela recogió mi plato, me ofreció otro café—. Ya ha querido venir unas cuantas veces, que lo sepas, pero le he dicho que no te moleste, que tú estás trabajando.

—Qué va, si tu hijo me cae muy bien. —Dudé si ella sabría que nos habíamos visto el día anterior, así que respondí con la suficiente ambigüedad—. No me molesta para nada.

—Y Coral al revés, no consigo sacarla de casa. —Señaló el aparcamiento con mi cuchillo—. Y mira que le digo que se baje al comedor aunque sea. Que esté aquí, con nosotras, sentadita. Pero no quiere. Dice que le da miedo que la miren y que le pregunten cosas.

Con el mismo cuchillo señaló a dos clientes cuyo atuendo y mochilas los delataba como periodistas o fotógrafos.

—Ayer la vi, pero solo de lejos, tenía mucho que hacer —dije—. Le debo lecciones de silbido.

—Lo sé, lo sé. En qué momento se te ocurrió eso, me la tienes soplando todo el día.

Cuando Ángela regresó con el segundo café, saqué de mi mochila el ordenador y me cambié de silla para que la pantalla quedara dirigida a la pared, oculta de miradas indiscretas. Quería continuar el capítulo que había empezado justo antes de que Damián me interrumpiera con su primer mensaje. Era el capítulo que había titulado La telaraña, en el que iba a escribir desde el punto de vista de Penélope para ir describiendo la maraña de relaciones entre los personajes de ese universo en el que yo ahora mismo me encontraba inmerso, bebiendo café mientras dos de las protagonistas trabajaban en la principal localización de la historia.

Repasé la frase inicial en la que Penélope acababa de ver llegar un camión al club, justo al atardecer, que era mi momento favorito en el que ubicar las escenas.

Empecé a teclear.

Disponía de dos horas completas para escribir.

A las nueve en punto tenía planeado dirigirme a un lugar.

35

El doctor Bellver se topó conmigo nada más salir de su coche. Había llegado al centro de salud veinte minutos antes que él.

—Buenos días. —Me dedicó una de sus soleadas sonrisas y me ofreció la mano. Mientras la estrechaba, sin embargo, me dijo—: En serio, no me insistas más. Te juro que me parece muy admirable tu trabajo. Entiendo que mi testimonio pueda ser importante para terminar de retratar a Perla como tú quieres, pero yo no puedo ofrecértelo. Respétalo, por favor.

Calmado como siempre, haciendo gala de su educada asertividad, añadió que necesitaba seguir andando, no podía retrasarse. Se disculpó antes de darme la espalda y encaminarse a la entrada del centro, dejando tras de sí una brisa de aromas amaderados. Me quedé allí parado sin saber qué hacer. Si lo dejaba marcharse perdía igualmente la posibilidad de obtener de él alguna información. Y ahora mismo me conformaba con saber una sola cosa. Para no gritarla y que pudiera oírla cualquier vecino, alargué la zancada detrás de él.

—Solo quiero saber si podía quedarse embarazada.

Lo susurré a la altura de su hombro, interrumpiendo su avance. El doctor Bellver se detuvo como si la acera se hubiera convertido en cemento fresco. Un rostro que hasta ese momento había sido pura amabilidad y atención se endureció como se endurecería ese mismo cemento al sol. Una mota de desconcierto manchó la mirada tan limpia y cálida con la que habría reconfortado a pacientes que recibieran de él incluso las peores de las noticias. Sus ojos se llenaron de reprobación. Mi intento de allanar la intimidad de una menor parecía ofenderle de manera personal. O quizá la realidad que implicaba mi pregunta era demasiado retorcida para un hombre que saludaba con confianza a cualquier desconocido.

—Me…, me refiero a si sería posible, así como hipótesis. —Seguí hablando porque el silencio era demasiado incómodo—. Por su enfermedad o su…, su estado de salud. Sería un detalle importante para la novela saber, no sé, si tenía un período normal y esas cosas.

El horror. Un hombre adulto hablando de la menstruación de una menor. No sé cómo había llegado a enredarme de tal manera, a

alcanzar tal nivel de incorrección. El doctor seguía observándome como si de pronto se hubiera asomado a la carpa de un freak show.

—Mira —dijo tras una profunda cavilación—, si a falta de testimonio profesional vas a empezar a inventarte cosas sin sentido o a llevarte esa parte de ficción de tu novela a terrenos que no creo que le aporten nada bueno ni a ti ni a las personas sobre las que estás escribiendo, casi prefiero sacarte de algunas dudas. —Editoriales a las que había enviado algunos manuscritos me habían respondido con valoraciones menos trabajadas que la que acababa de regalarme el doctor—. Porque eso que has dicho…

No terminó la frase con palabras, pero su gesto superado, sorprendido para mal, dejaba muy claras dos cosas. Que yo me había sobrepasado con la pregunta y que además la pregunta no tenía demasiado sentido. Porque la respuesta debía de ser evidente.

Maldije a Damián por haberme abocado a ese momento tan vergonzoso. Por haber metido en mi cabeza ideas que partían de una mentira, de una imposibilidad. Iba a pedirle perdón al doctor con la intención de desaparecer inmediatamente después —cerrar la carpa de mi freak show y que dejara de mirarme las vergüenzas—, pero él se me adelantó:

—Si puedes esperar aquí tres horas, te concedo el tiempo de mi pausa para almorzar.

Continuó su camino sin esperar mi respuesta, ya le había retrasado lo suficiente. Respondí que sí, alzando la voz, justo antes de que él empujara las puertas de cristal y saludara con una amplia sonrisa a dos chicas de la recepción.

Compartimos café y cruasanes en la barra de una cafetería de franquicia. El doctor Bellver hablaba apoyado en el filo del taburete, sin acomodarse del todo, manteniendo su planta.

—Es que no voy a entrar en detalles. —Dio un bocado al cruasán que él se comía con cubiertos—. Pero eso que dices es imposible.

Le pregunté por qué. Si era consecuencia del tratamiento de Perla, de alguna de sus dolencias concretas, del exceso farmacológico o de qué. El doctor tomó un sorbo de su café en esa postura hierática en la que apenas doblaba las articulaciones, arrugando su ropa lo menos posible.

—Escúchame. Si lo que quieres es una opinión profesional para tu libro, aquí la tienes con total rotundidad: sería médicamente inviable.

Mencioné la posibilidad de diagnósticos erróneos, situaciones excepcionales o factores que pudieran obrar algo similar a un milagro.

—La negativa es categórica —insistió él.

La solemnidad de su rostro reforzó el mensaje. Si quería de él una respuesta clara, me la estaba dando. Meridiana. Por muy mal que me viniera aceptarla, por inquietante que resultara ahora la actitud de Damián, no tenía sentido seguir insistiendo.

—Y si me permites que te pregunte yo a ti —se secó los labios con una servilleta que dejó doblada bajo el platito de su cruasán—, ¿por qué has pensado algo así? ¿Necesitas un plot twist en la novela?

Escucharle mencionar ese concepto resultaba reconfortante después de que el camionero se hubiera sentido tan ofendido por utilizar un término en inglés con él.

—No, claro que no, no me inventaría esto —respondí.

Sentí que debía seguir la frase explicando de dónde había surgido la idea, pero tampoco quería mencionar a Damián, así que disimulé llevándome un trozo de cruasán a la boca.

—Entonces es que alguien de este pueblo de cotillas te ha ido con un

rumor inventado —concluyó por sí mismo.

A punto estuve de confirmar que había acertado, y que ese cotilla era alguien de la familia cercana de las niñas, pero volví a contenerme.

—No, tampoco. —Tragué la masa como me tragué la verdad—. Se me ha ocurrido a mí esa posibilidad. Se sabe que el padrastro es un maltratador, lo era con Bárbara, así que me lo puedo imaginar abusando de las niñas.

—¿De las dos?

—Sí, no sé. De Perla, más bien. Es ella la que ha hecho lo que ha hecho. Algo así explicaría muchas cosas.

—Uff —el gesto del doctor se retorció como si hubiera olido carne en descomposición—, pero eso sería demasiado retorcido. Con una menor, una niña, que es la hija de tu mujer y encima enferma. Prefiero pensar que no vivimos en un mundo así.

—Todo lo más retorcido, existe. —Lo afirmé con rotundidad porque sabía que era verdad—. Algo tremendo ha tenido que ocurrir en casa de Perla para llevarla hasta el extremo al que ha llegado.

El doctor se colocó el cuello de la camisa, carraspeó. Escapó de mi mirada pidiéndole la cuenta al camarero.

—Pobre niña, la verdad. Es un cielo de niña. —Dio el último sorbo a su café—. Las dos lo son.

37

Esa tarde, después de comer, me duché con agua fría y me tiré en la cama. Tras la noche de insomnio, necesitaba una siesta. La hilera de puntos de sol brillaba en lo alto de la persiana, entre las lamas que no se cerraban ni bajándola del todo. El ventilador en marcha hacía tanto ruido como el camión de ALITRANS, pero el calor no daba opción a apagarlo.

Comprobé una vez más si Deimo5 había visto mis mensajes. Aparecían como leídos, sin respuesta.

| Primero me mientes y ahora te escondes

Escribí lo que de verdad tenía ganas de decirle, pero lo borré enseguida.

|

Demasiado cansado para buscar una alternativa, dejé el móvil sobre la mesilla sin enviar nada. El ruido blanco del vaivén del ventilador y el frescor del aire entrando por la pernera de mis calzoncillos ejercieron de placentero somnífero.

El placer se convirtió en desazón cuando me desperté sudado, desorientado y con dolor de cabeza. No sabía si era de día, de noche, si estaba en mi casa o si de verdad llevaba unos días alojado en ese hotel de carretera que salía en las noticias.

La sed me secaba la lengua, la garganta.

Me levanté hasta el baño y bebí directamente del grifo.

El agua con sabor a cal, el tacto del terrazo en los pies, la toalla áspera en los labios y el rechinar de los muelles cuando volví a sentarme en

el viejo colchón sirvieron de recordatorio de dónde me encontraba.

Lo que terminó de confirmarlo fue lo que vi a los pies de mi puerta.

Otra manualidad.

Dejé caer los hombros con un suspiro hastiado.

—Ya no más. —El mal humor hablaba por mí—. Dime lo que sea, pero dímelo de una vez.

Alcancé la manualidad y descubrí que era una «O». Otra más. Miles de malditas oes. Si acaso no era un número cero, algo que ya daba por descartado, pero a saber. En mi mente se dibujó la nueva secuencia que se formaría —«S O S O S A O»—, pero en ese momento no tenía ánimo de jueguecitos. Lancé la letra sobre la carpeta en la mesa. Lo único que me apetecía era un café de Ángela.

Me lo sirvió en la barra, diciéndome que tenía incluso peor cara que por la mañana.

—Te has dormido una siesta matadora —dedujo con media sonrisa.

Afuera ya era de noche, la siesta había durado toda la tarde. Con un pesado asentimiento confirmé sus sospechas. También entendió que era mejor concederme un tiempo de silencio.

—¿Puedo hablar luego con Coral? —pregunté cuando la cafeína hizo su efecto. De pronto habían vuelto las ganas de charlar con ella, interesarme por la nueva letra—. Hace varios días que no lo conseguimos.

Ángela negó con la cabeza, señaló la puerta abatible de la cocina.

—Hoy se queda Sagra.

—Nada entonces. Otro día.

Le pedí a Ángela un bocadillo. Para llevar. Prefería cenar en la habitación.

Mientras me lo preparaban, descolgué el periódico de su gancho. En la misma barra, pasé páginas sin encontrar nada sobre lo que no hubiera leído ya en Internet. Un enésimo artículo presumía de desvelar los secretos del problema de salud de Perla, pero tan solo se limitaba a listar alguna combinación de síntomas más o menos evidentes, mencionar sus extraños hábitos y recalcar lo intenso de sus

tratamientos y lo incapacitante de sus sensibilidades, todo para acabar concluyendo, una vez más, que en realidad nadie sabía lo que le pasaba exactamente. Algo que ya sabíamos todos. Alcancé el autodefinido de las páginas finales, resuelto, como era habitual, por el bolígrafo verde de siempre.

—¿La pila de periódicos que te guardé te sirvió? —preguntó Ángela.

Me entregó el bocadillo, aún caliente, envuelto en papel de aluminio.

—No he tenido tiempo aún —contesté mientras le pagaba—. Pero, mira, les voy a echar un vistazo ahora, que no tengo la cabeza para escribir.

Durante las tres horas que había esperado al doctor en la cafetería de franquicia, había podido terminar el capítulo de La telaraña, así que daba el día de escritura por provechoso. Antes de que abandonara la barra, Ángela cogió una bolsa de patatas fritas del expositor.

—De guarnición. —Me la entregó con un guiño—. Regalo de la casa.

En la habitación, alterné bocados a las patatas y al bocadillo de lomo con pimientos repasando la pila de periódicos antiguos. De sesgo izquierdista, la sección nacional e internacional cubría las mismas noticias que habría cubierto cualquier diario en las últimas semanas. En la sección local, la que me interesaba a mí, no había mucho que destacar: un instituto de secundaria iniciaba su construcción, un Ayuntamiento aprobaba para sus ciudadanos la bonificación del impuesto sobre vehículos y las fiestas patronales calentaban motores en alguna localidad. La escasa presencia en esas páginas de los tres pueblos que rodeaban el Hotel Restaurante Plácido tan solo iba a servirme para contar que, antes del suceso, formaban una esquina del mundo que no le interesaba a nadie. Ni a su propia provincia.

En uno de los diarios, antes de llegar a los pasatiempos, me topé con una página decorada en los márgenes con garabatos del mismo bolígrafo verde que siempre resolvía los autodefinidos. El que había visto una vez en el mandil de Sagrario. Eran cubos, espirales y puntos gruesos. Los trazos inconscientes de alguien que dibuja mientras habla por teléfono. Tres cuartos de la página los ocupaba una única noticia sobre los demorados plazos de construcción de cierta carretera comarcal. Pero el faldón inferior era una publicidad. Que invitaba a llamar a un número de teléfono bien visible en el anuncio.

El de una clínica ginecológica privada en la capital de la provincia.

RENACER.

Entre los servicios listados aparecía, destacada, la interrupción voluntaria del embarazo.

Nada más leerlo, un acceso de tos me atragantó.

Conseguí tragar pero no aliviar el picor en mi garganta. Palpé la mesa, no había subido nada de beber. Tosí hasta que me dolió el pecho, los ojos se me llenaron de agua. Pensé en beber del grifo del baño, pero recordé el sabor a cal y preferí bajar a la máquina expendedora. Llegué a ella a toda prisa. No tenía forma de pagar. Aún carraspeando, continué hasta la barra del comedor. Le pedí a Ángela una botella de agua, grande.

—¿Estás bien? Estás rojísimo. —Me entregó una botella que ella misma abrió—. Pensé que tenías aguas ahí arriba.

Un larguísimo sorbo del líquido aplacó por fin el picor. Tuve que sonarme los mocos con una de las servilletas en las que ponía GRACIAS POR SU VISITA.

—¿Mejor? —preguntó Ángela—. Si es que comes con ansia.

Mientras me secaba los ojos con otra servilleta, Sagrario emergió a través de la puerta abatible. Apoyó en la barra una bandeja con algunas raciones, dos platos, natillas caseras. La cena para ella y Coral.

—Voy para arriba —avisó a su hermana—. Mañana nos vemos.

Elevó la compuerta de la barra para salir al comedor. Del bolsillo pequeño de su mandil emergía la tapa del bolígrafo verde. La otra vez que se lo había visto preferí no decir nada, pero esto era más importante y requería una confirmación.

—O sea, que eres tú la que rellena el autodefinido todos los días —le dije, la voz aún ronca por el atragantamiento. Señalé el bolígrafo en su mandil—. A lo mejor la dueña de un bar debería darle la opción de hacerlo a sus clientes.

Sagrario parpadeó con cara de incredulidad.

—Este chico es tonto —le dijo a su hermana, golpeándose la sien con un dedo.

Después desanudó su mandil y lo lanzó sobre un arcón frigorífico para botellas.

Sin más, cogió la bandeja y se marchó.

—Anda que tú también —dijo Ángela—. Para qué le dices nada. Que además me temo que esa que dices soy yo. —Del mandil de su hermana sacó el bolígrafo verde—. ¿Tú crees que la gente que viene aquí se pone a resolver crucigramas? Se quedaba siempre vacío, así que lo hago yo. Me entretiene en los ratos muertos.

Insertó el bolígrafo en el bolsillo de su mandil, dándole las dos palmaditas que se le da a aquello que regresa al lugar al que pertenece.

—Dime si necesitas algo más —dijo ella—, que yo me pongo a recoger

ya.

Sacudí la cabeza.

—El agua llévatela, mañana me la pagas. Que sigues teniendo la cara como un tomate.

De vuelta a la habitación, luchando contra nuevas cábalas sobre qué podía significar que Ángela hubiera hecho esa llamada a la clínica, vi encenderse mi teléfono sobre la mesa.

Una notificación emergente apareció en la pantalla.

Un mensaje de Deimo5.

39

Nos encontramos un rato después en el polígono industrial, ocultos en una oscura callejuela entre almacenes de chatarra, naves y talleres solitarios.

Mosquitos y polillas revoloteaban en el cono de luz de una vieja farola.

—No te he mentido —dijo Damián.

—Dime qué fue lo que escuchaste.

—Te lo he dicho ya, tío. Que mi prima estaba preñada.

Maté un mosquito en mi brazo. Indiqué a Damián que mejor nos sentáramos en el bordillo, fuera de la luz.

—Pero cuéntame la conversación. Exacta.

—Buah, tío, no me acuerdo. Pero sé lo que oí. Estaba en el comedor, esperando a mi padre, jugando a la consola. En plan muy cerca de ellas, que estaban en la barra, pero como se piensan que no oigo nada…

Tocó los auriculares de diadema que llevaba colgados al cuello.

—¿Quiénes eran las que hablaban?

—Mis tías.

—Bárbara y Sagrario.

—Mis tías, sí —repitió con fastidio—. La otra es mi madre.

Un coche pasó por la carretera, el ruido de su motor serpenteó entre el laberinto de callejones que conformaban el polígono.

—Y qué dijeron.

—Te lo estoy diciendo, bro. Que Perla estaba embarazada. Que a ver qué hacían. Que menudo problemón. Que en qué hora. Agobiadas estaban.

Estudié su cara con atención, en busca de algún titubeo.

—Pero, tío, no me mires así —dijo Damián—. En plan que no te crees nada de lo que te digo.

Me resultaba imposible dar más credibilidad a un esquivo adolescente de siniestros intereses que a un profesional titulado de excelente trato.

—Es que, Damián, no puede ser.

—Otra vez con que me invento cosas. —Chasqueó la lengua—. Que no soy tan cutre. ¿Me voy a inventar todo esto solo para salir en el libro?

—O para liarme, o porque tengas algo que ocultar. Si me pongo, podría imaginar varias razones. Tú sabes cómo funcionan estas cosas. Hay que pensar mal de todo el mundo.

Tras el hallazgo del anuncio en el periódico, algunas de mis disparatadas cábalas habían incluido la posibilidad de que hubiera sido el propio Damián quien había dejado embarazada a Perla, y por eso era su madre quien había buscado la manera de enmendar el incestuoso error pidiendo información por teléfono a una clínica abortiva. Eran cábalas que morían ante la rotundidad de la negativa del doctor Bellver.

Damián estiró las piernas. Las manos las echó hacia atrás, apoyándolas en el suelo.

Miró para otro lado, negando con la cabeza. Permaneció un rato en silencio.

—Y yo que creía que tú sí me escuchabas. —Enganchó los brazos en sus rodillas—. Para alguien que me cae bien… Qué mal, tío.

Achaqué lo excesivo de su reacción a la intensidad emocional de la adolescencia, pero cuando posé una mano sobre su hombro a modo de disculpa, noté la inmediata tensión en su cuerpo, su respiración interrumpida. Seguí el viaje de su mirada, que se detuvo, solo unos instantes de más, en mi pantalón, mi pecho, mi boca, antes de llegar a mis ojos. Ni por un segundo se me había ocurrido que pudiera tener ese interés en mí, pero eso explicaba bastante bien por qué le afectaba tanto mi desconfianza.

—No es que no te crea, Damián. —Retiré la mano de su hombro—. Lo que pasa es que he entrevistado al médico de cabecera de Perla, y me ha dicho que es imposible que estuviera embarazada. Físicamente,

médicamente, no podía.

—¿Has ido contando lo que yo te conté? —Damián apretó la mandíbula.

—Claro que no, se lo pregunté entre otro millón de cosas —mentí—. Por supuesto que no le he dicho nada de ti, ni siquiera que pueda estar embarazada de verdad. Salió el tema como hipótesis en una conversación sobre su estado de salud. Y él dijo que era imposible.

—Te lo conté en secreto…

—No te he mencionado, te lo juro. —Mostré la palma de una mano como si reforzara el juramento—. De verdad que no.

Lo absurdo de mi gesto le hizo gracia, noté que se relajaba.

—Pues o ese médico no se entera o te está mintiendo él —dijo—. Pero yo sé que oí eso.

—¿Puede ser que estuvieran hablando de otra cosa? —Cualquier opción se me antojaba más creíble que la del médico mintiéndome—. ¿Que oyeras mal o que lo hayas interpretado raro?

—Sí, claro, confundí a mis tías hablando de proveedores con que mi prima iba a tener que abortar.

—¿Abortar?

Una articulación crujió en mi cuello al descolgar mi cabeza. Damián no había hablado de aborto hasta ese momento. Y yo no le había dicho nada del anuncio en el periódico. La relación entre ambos indicios parecía confirmarse, pero las palabras del doctor seguían contradiciéndola. A no ser que… Sentí un hormigueo en el estómago al valorar otra inesperada posibilidad:

—Estaban hablando de Coral —susurré.

Verbalicé el pensamiento de tan evidente que me pareció. En ese escenario sí podían coexistir las discordantes realidades que no encajaban de otra forma: un embarazo no deseado en el hotel, alguien contactando con una clínica abortiva, lo que aseguraba el doctor Bellver sobre Perla. Enseguida sentí el escalofrío de los nuevos horrores a los que ese descubrimiento abocaría el caso —Coral era una niña aún más pequeña que su hermana—, pero al menos era una realidad factible.

Inmerso en mis pensamientos, no reparé en la cara de extrañeza que me dedicaba Damián.

—Qué dices, bro. —Elevó el labio superior—. No inventes. Hablaban de Perla.

Le pregunté si estaba seguro.

—Segurísimo —afirmó—. Hablaban de que estaba enferma en la cama, de que si podría sobrevivir a un parto y tal. Si dijeron hasta su nombre, ahora que me acuerdo. Fue un canteo. Hablaban de Perla, seguro.

Una vez más referencié al doctor Bellver para hacerle ver que, por plausible que resultara imaginar un embarazo no deseado de un padrastro indeseable, por mucho que pudiera servir para explicar lo ocurrido, era imposible que Perla estuviera embarazada.

—Eso es lo que dice el médico —insistió Damián.

Suspiré derrotado al suelo, incapaz de entenderlo. Una polilla pequeña, gris, se posó en mi brazo. La espanté con un soplido.

Él volvió a hablar:

—Y lo de que solo podría haberla preñado Servando…

Levanté la mirada, interrogándole.

—Bueno, esto no es algo que solo sepa yo. Lo sabe más gente del pueblo. En plan la gente joven y tal.

Me quedé esperando a que continuara.

—Pero es que paso de contártelo. —Pellizcó los hombros de su camiseta, colocándola—. Me jode mucho que dudes de mí, bro.

Le pedí disculpas por mi desconfianza, explicándole que no era tal, sino más bien precaución. Le hice ver lo complicado que resultaba para mí hacer convivir en un texto informaciones tan contradictorias.

—¿Cómo va el libro? —Se acomodó mejor en el bordillo—. ¿Has escrito ya nuestra escena en el cementerio?

Negué con la cabeza. Ni siquiera sabía todavía si tendría sentido incluirla.

—Esta escena también va a molar, ¿no? Así en mitad de la noche, con las farolas, el polígono. Todo tan decadente. Este calor bochornoso a estas horas. —Sonaba de nuevo como el chico extraño para el que un crimen carecía de importancia porque le iba a permitir figurar en un libro menor—. Va a ser muy fuerte leerlas.

—¿Qué es lo otro? —reconduje la conversación—. Lo otro que me ibas a contar.

Damián alargó un silencio. Podía estar luchando contra su orgullo porque iba a volver a revelarme información, o podía simplemente estar fabricando intriga.

—Es una movida del pueblo —dijo al fin—. De los tres, creo. Una especie de rito de iniciación. Como nuestro monstruo particular.

—¿Monstruo?

—Más o menos. —Bajó la voz. Quizá sin darse cuenta, quizá potenciando el dramatismo—. Algo así como nuestra casa embrujada.

—¿Y qué tiene que ver con Perla?—pregunté.

Damián me miró fijamente, convertido en un díptico de espejos con reflejos diferentes. Uno valoraba si confiaba en mí lo suficiente para seguir contándome cosas. El otro era el de un chico forzando el suspense, anticipando en su mente la escena que yo iba a poder escribir sobre este momento en un futuro. No había logrado discernir entre las dos verdades, cuando Damián respondió:

—Ella es el monstruo.

Un silencio profundo, espeso, sucedió a sus palabras.

—No… —tragué saliva—, no entiendo, Damián.

Pude percibir cierto disfrute en su rostro al verme tan impactado.

—¿Cómo que Perla es el monstruo? —pregunté.

De nuevo, alargó su tiempo de respuesta más de lo necesario.

—Bueno, es una forma de hablar —dijo al fin—. Pero es que así se llama el reto: «Besar al monstruo».

—¿Besar a Perla?

Damián se aproximó un poco más a mí. Bajó la voz.

—Es una chorrada de esas de niños, de atreverse a hacerse cosas que dan miedo. Y a muchos niños Perla les da miedo.

—¿Perla?

—Sí, bueno, lo que se imaginan de ella. Lo que se inventan. La pintan como si estuviera en plan deforme en la cama, con prótesis chungas y el cuello retorcido o algo así. Algunas niñas han llorado en el baño del colegio diciendo su nombre trece veces en el espejo, porque se supone que al decirlo Perla se te aparece y te toca la cara.

Imaginé a niñas de cursos superiores asustando a las más pequeñas con esa adaptación al entorno local de una de las más célebres leyendas urbanas.

—Ah, bueno, pero eso es una leyenda urbana muy conocida —dije.

—Ya lo sé, tío, es que eso no es el reto. —A Damián pareció contrariarle mi observación—. El reto es otra cosa. Es colarse en casa de Perla, entrar en su habitación y… —carraspeó para prolongar la revelación—, entrar en su habitación y darle un beso en la mejilla. Así, con ella en la cama ahí toda retorcida. Se supone que hay que hacerse un selfi con ella también.

Eso ya sonaba más original. Y podía imaginar cómo para las mentes infantiles de los alumnos de cuarto o quinto curso adentrarse en ese dormitorio resultaría bastante aterrador. Pero también parecía improbable que varios niños estuvieran allanando con tanta facilidad una morada en la que vivían tres personas más aparte de la niña enferma.

—¿Tú has visto alguna de esas fotos? —pregunté.

Damián me observó, valorando los límites de mi credulidad. O quizá decidiendo si podía confiarme esa información, revelarme que existían por ahí decenas de fotografías tomadas sin consentimiento de una menor enferma en la cama, como si fuera una criatura fantástica de la cual hubiera que probar su existencia. Acabó negando con la cabeza.

—Claro que no —dije con cierto alivio—, porque será mentira. Como todas las leyendas urbanas.

Damián se encogió de hombros, mostrando una indiferencia a mi reacción que no parecía muy auténtica.

Seguro que él hubiera preferido que me creyera la historia sin titubeos.

—Yo solo te cuento lo que hay —añadió de manera defensiva—, no necesito que te lo creas.

Le expliqué que sí me creía lo que él me contaba, la existencia de ese supuesto reto de iniciación y cómo la idea de superarlo seduciría e inquietaría a niños atrevidos, pero lo que ponía en duda era que alguien lo hubiera llevado a cabo de verdad. Eran cosas distintas.

—Además —continué—, ¿qué tiene que ver eso con lo de Servando? ¿Con el embarazo de Perla?

—Bueno… —Damián titubeó de esa manera en que lo hacía cuando sus propias palabras lo ponían nervioso—… es que se supone que es una cosa que hacen los niños. Pero también he oído que hay grupos de chicos más mayores que lo hacen. De mi edad y tal.

—¿Y? —Esta vez mi mente no se adelantó a lo que quería insinuar Damián.

—Pues que esos grupos se supone que van a su casa después del botellón —continuó él—, en plan muy pasados. De porros y de otras cosas.

—¿Y?

Mi razonamiento aún enmarañado tardó en visualizar la escena que Damián dibujaba. Acabé por entenderlo justo antes de que él mismo explicara a qué se refería.

—Joder, bro, pues que a saber lo que hacen cuatro tíos salidos y borrachos teniendo a Perla ahí… —señaló un cuerpo imaginado en el suelo frente a nosotros—, a su disposición. Sin moverse.

A la mañana siguiente de mi encuentro con Damián en el polígono, saqué al pasillo del hotel la mesa redonda de mi habitación. Me había despertado muy pronto y quería escribir allí fuera, junto a la puerta, al sol amable de las primeras horas de la mañana. Intentar contrarrestar la oscuridad y el horror del texto con la belleza que pudiera ofrecerme un despejado día de verano. Poco después, Sagrario salió por una de las puertas, pero no saludó al verme, tan solo recostó su cara en una mano indicándome que Coral seguía durmiendo.

Titulé un nuevo capítulo con el nombre del reto: Besar al monstruo. Decidí redactarlo como si, de verdad, se tratara de una leyenda urbana, para que sonara menos real ese escenario en el que no eran solo niños asustados quienes entraban en la habitación de Perla, sino también adolescentes. Con otro nivel de crueldad. Con otros intereses. Con otras pulsiones. Quizá bebidos. Quizá drogados. Realmente resultaba imposible no preguntarse qué serían capaces de hacer una panda de muchachos sobrexcitados con una chica a su merced. Como si fuera un melón más de los que se llevan al campo en verano para hacerle un agujero con una navaja.

Terminé de escribir el capítulo —tecleando con el gesto torcido esas últimas palabras sobre el melón— y empujé la mesa. Me levanté de la silla, huyendo al final del pasillo, como alejándome de la historia. Asqueado, triste. Me tapé la cara con las manos, frotándome los ojos y deseando que lo que me había contado Damián fuera realmente una leyenda urbana. Y que él fuera tan solo un mentiroso que se había esforzado demasiado por impresionarme.

Noté el suelo caliente en las plantas de los pies, el sol amable de las primeras horas de la mañana se cernía ya más agresivo sobre el cielo.

Antes de que pudiera regresar al ordenador y a la sombra, oí cómo se abría una de las puertas de Coral.

41

Coral salía decidida al pasillo, pero, al descubrirme en el extremo opuesto, dio un respingo y se quedó quieta. Llevaba algo en las manos. Lo escondió detrás de la espalda.

—Hola —le dije.

Ella volvió a meterse en casa.

Sabía que Sagrario y Ángela estaban ocupadas en el comedor, y aún faltaba más de una hora para que llegara Miriam, así que ensarté los pies en las chanclas y caminé hasta su puerta.

Llamé dos veces.

Toqué una tercera vez.

La puerta se abrió, tan solo una rendija. Coral ni se asomó ni me invitó a pasar.

—¿Puedo? —pregunté, empujando la puerta con los dedos—. ¿Por qué te has ido?

Encontré a Coral sentada en el sofá, el mismo en el que la vi por primera vez.

—Llevabas algo en la mano —le dije—. Lo he visto.

Ella subió los pies al asiento.

—¿Era otra letra?

Coral se tomó un tiempo, pero acabó asintiendo.

—¿Cuántas van a ser?

A esa pregunta no respondió.

—Coral. —Le pedí permiso para sentarme a su lado. El sofá mantenía la firmeza de lo nuevo—. ¿Qué es lo que estás escribiendo?

Se encogió de hombros.

—¿Es un juego?

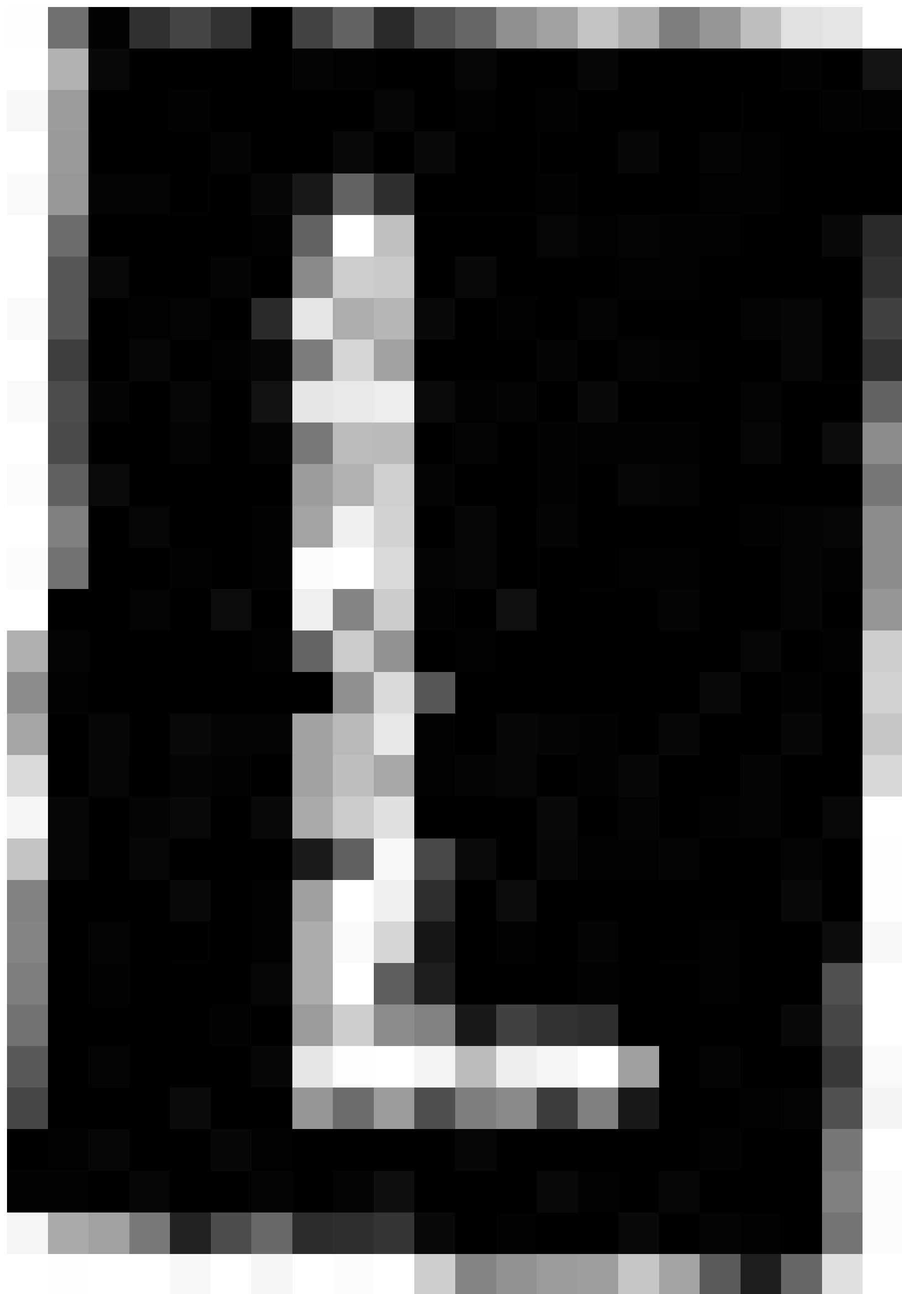
Una tímida sonrisa apareció en su rostro. Le dije que, entonces, debía darme la letra que tenía pensado darme. Se lo pensó un rato. Me pidió que no me moviera. Se bajó del sofá y se fue a su habitación. Ella no parecía darse cuenta, pero yo podía seguir viéndola reflejada en la ventana del salón frente a mí. Vi cómo se arrodillaba frente a la estantería de su cuarto. En lugar de coger algo de alguno de los estantes, separó un tablón de madera de la base del mueble, parecido a un rodapié. Accedió así a un espacio inferior invisible, entre el suelo y el primer estante. Sacó algo de allí y volvió a colocar el zócalo, haciendo desaparecer el compartimento secreto.

Desvié la mirada de su reflejo en la ventana antes de que se diera la vuelta.

Coral volvió al sofá con una letra en la mano. Sus dedos de colores la dejaron sobre mi rodilla, mostrando el dorso de la cartulina. Pellizqué una esquina antes de darle la vuelta. Deseé que no fuera ni otra «O», ni una «S», no quería que Coral viera lo mucho que me crispaba la continua repetición de esas letras.

Por fortuna, cuando la volteé, apareció una letra nueva.

Una «L».



—¿Por qué me las das así?

Coral se sentó, se refugió en su camisón. Miró al suelo, a la ventana, otra vez al suelo.

—¿Por qué? —insistí.

Ella se frotó la barbilla contra sus rodillas.

—Para que sepas que no te estoy mintiendo —respondió en voz muy baja—. Que te he estado diciendo la verdad desde el principio.

Roté hacia ella en el asiento, el brazo del sofá en mis lumbares.

—¿Quieres contarme alguna verdad?

Coral desvió la mirada para después asentir.

—¿Y no puedes?

Sus ojos volvieron a mí. Negó con la cabeza.

—¿Por?

Tan solo parpadeó, sin dar respuesta.

—Pero me la vas a decir con estas letras.

Susurró algo que no entendí. Le pedí que me lo repitiera.

—Quedan ya pocas —dijo.

Pensé en el secreto más obvio:

—Tú sabes dónde está Perla.

Su parpadeo se detuvo.

—¿La estás protegiendo?

No reaccionó a mis suposiciones.

Jugueteé con la letra «L» entre mis dedos, barajando otras verdades que podría querer revelarme de aquella rebuscada manera. Quería preguntarle muchas cosas sobre su padrastro, sobre su primo Damián, sobre el posible embarazo de Perla, pero no encontraba la manera de hacerlo con delicadeza. Y menos aún cuando eran todo conjeturas. Quizá la respuesta a la única pregunta importante era la que ella me estaba dando con las manualidades y, en ese caso, lo mejor sería respetar su proceso.

—Mira, voy aprendiendo —dijo ella de pronto. Colocó los labios para silbar, pero dejó escapar algo que seguía siendo un soplido—. Mejor, ¿no?

—Está mejor, sí —dije, porque era verdad—, pero necesitas una segunda lección. Si te mojas los labios es más fácil.

Le di una nueva clase enseñándola a humedecerse los labios con la lengua para mejor la precisión del soplido. Poco a poco, ajustando la intensidad del aire, consiguió algo semejante a un silbido, pero su nuevo problema era la lengua. La colocaba de tal manera que ella misma interrumpía el flujo del aire y el silbido resultante se parecía más al siseo de una serpiente.

—Te vas acercando —la animé—. ¿Ves como era fácil?

—A ver ahora. —Creyó haber dado con la posición exacta de la lengua —. Voy.

Irguió la espalda, se echó el pelo hacia atrás. Concentrada, se humedeció los labios. Tomó aire. Los dos nos reímos cuando volvió a sisear como una enorme víbora.

—Pero ya casi lo tienes, de verdad. Mañana, que se queda Ángela, te doy la última clase.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Mañana sabrás silbar.

Me fijé en una cadena al cuello que había dejado al descubierto al retirarse el cabello. Le comenté que no se la había visto antes y me dijo que no se la ponía porque su madre no le dejaba ponérsela.

—Pero como ahora ella no está… —Una media sonrisa subrayó la pequeña rebelión que contenía la acción de llevarla puesta.

—A ver cómo es.

Coral ensartó el dedo en la cadenita para sacar el colgante, oculto bajo su camiseta. Era un pequeño óvalo de piedra roja.

—Es coral —me explicó con unas mejillas que replicaron el color del colgante—. Como yo.

—¿Y por qué no te deja ponértelo tu madre?

—Nos los regaló mi tía de pequeñas. A mamá no le gustaban.

—¿Los collares o que os los hubiera regalado vuestra tía?

Aunque se encogió de hombros, entendí que ambas opciones eran válidas.

—¿Vuestra tía Ángela?

Coral asintió.

—Me regalo a mí este y a Perla otro igual. Era igualito, pero el suyo tenía una perla. Cada una teníamos la piedra de nuestro nombre.

Le dije que era precioso. Tanto el colgante como el gesto de su tía.

—A mamá no le gusta…

Acarició el óvalo de coral con la melancolía que podía anochecer en sus ojos en cualquier momento. Aproveché la mención a Bárbara para lanzarle una pregunta:

—¿Ha escapado tu hermana de tu madre?

Coral me observó sin ofrecer respuesta.

—¿O de vuestro padrastro? ¿Sabes si le hacía Servando algo a tu hermana? ¿Algo… malo?

—Bueno, nos pegaba —contestó—. A veces. Pero más a mamá. A ella la hacía sangrar.

—¿A Perla no le hacía nada más?

Tan solo negó levemente con la cabeza. No pude descifrar en su mirada oscura si entendía a lo que me refería.

—Coral, si Servando le hacía algo malo a Perla, puedes contarlo. Debes contarlo. Ella también debería haberlo hecho.

Coral tragó saliva. La noche de sus ojos se hizo aún más cerrada.

—Aquí pasaban muchas cosas malas… —dijo.

Me atreví a coger su mano, como había hecho ella conmigo en nuestro anterior encuentro, en las escaleras.

—Cuéntamelas, Coral —susurré—. Me las puedes contar.

Ella señaló la manualidad en mi regazo.

Desde fuera llegó el sonido de unas suelas contra los escalones.

Coral me pidió que guardara la letra. Que la escondiera. La metí en el bolsillo de mi pantalón de chándal. Ella se marchó a su habitación y cerró por dentro, dejándome solo frente a quien estaba a punto de entrar a la casa.

Me levanté temiendo que fuera Sagrario.

Antes de que llegara, observé el cuarto de Perla. Se veía muy limpio, con la cama recién hecha. Tenía las sábanas bien estiradas. Una de las esquinas, abierta, esperaba a que la niña regresara en cualquier momento. Los medicamentos en las mesillas se habían ordenado, mostrando un aspecto mucho más pulcro que el de las fotos en el anuncio inmobiliario.

Los pasos alcanzaron el pasillo exterior al otro lado del salón.

La puerta se abrió.

Era Ángela.

Metí una mano en el bolsillo donde tenía la letra.

—Me invitó a pasar ella —me excusé enseguida.

—Me tienes que avisar para entrar, ¿eh? —dijo—. Una cosa es que te deje hablar con ella y otra que ni me entere de que lo haces.

Argumenté que pensaba decírselo en cuanto bajara al comedor.

Después levanté un dedo para que prestara atención a algo.

Silbé una melodía de tres notas.

En el cuarto de Coral, se oyeron tres soplidos babosos.

Ángela sonrió.

—Anda, vete antes de que te vea mi hermana.

Salí de la casa oyendo cómo Ángela llamaba a la puerta del cuarto de Coral y le pedía que dejara de encerrarse. Que por favor bajara con ellas al restaurante, que tenía que salir de casa.

42

Me senté a almorzar en el comedor, revisando noticias en el teléfono. Los partidos políticos usaban el suceso para hacer campaña. Los informativos llenaban minutos sin contar nada en realidad. No había nuevas pistas sobre el paradero de Perla. Bárbara seguía en estado crítico. Ningún medio hablaba del posible embarazo. El caso parecía no avanzar en ninguna dirección. Y yo cada vez me sentía más culpable de estar ocultando una información que podía ser tan relevante. Busqué en Internet cómo filtrar información a la Policía de manera anónima. No quería implicar a Damián en el supuesto de que me hubiera mentido, pero si lo que él contaba era verdad, la Policía debía saberlo. Un chivatazo anónimo me serviría al menos para delegarles la responsabilidad que sentía. Y que ya ellos decidieran qué hacer.

Di la vuelta al teléfono, con la pantalla sobre la mesa, al ver acercarse a Ángela, que me traía el pincho de tortilla que sería mi almuerzo.

—Oye, qué bonito el colgante que le regalaste a las niñas.

—¿Te gusta? —Sirvió el plato, la cesta de pan y el café—. Es que son de piedra buena. No, en serio, se lo regalé a Perla por su cuarto cumpleaños y le cogí otro a Coral para que no se pusiera celosa, que estaba en la edad de la pelusa. ¿Te falta algo?

Le dije que no y se marchó. Disfruté del almuerzo consultando en Internet las diferentes opciones para contactar de manera anónima con la Policía. O con la Guardia Civil. De repente, me había convertido yo mismo en Damián, queriendo ejercer de informante de incógnito. Terminé el pincho, dejé bajo el servilletero un billete para Ángela y me levanté de la silla.

Caminando hacia la salida con la vista en la pantalla, choqué con otra persona que acababa de entrar.

Vi el arma, el cinturón, la bandera y el escudo antes de ver su cara. Era un policía alto, ancho, moreno y de barba perfilada. Uno de los que parecen modelos o deportistas de élite, aunque las profundas arrugas alrededor de los ojos y en la frente, además de sus sienes plateadas, revelaban una edad que lo apartaría de la mayoría de disciplinas.

—Está usted siempre en medio —fue lo primero que me dijo.

—¿Cómo?

Era la primera vez que veía a ese agente. Nunca había estado en medio para él.

—Venimos a tomar un café y mire dónde está usted, en medio. Vamos a investigar al club Medusa y me dice el encargado que usted ya ha estado ahí hablando con las chicas. —Su tono de voz era grave, su discurso calmado pero autoritario—. Algunos camioneros de la zona nos han confirmado que está usted haciendo preguntas. Nos llegan unas fotos del escuadrón popular de búsqueda y está usted ahí, en medio, infiltrado entre los vecinos.

—¿Infiltrado? Me invitó Damián, el marido de…

—Sé quién es Damián. Sé quién es todo el mundo aquí. Sé quién es usted y lo que hace. Pero no nos gustan las investigaciones paralelas.

—Estoy escribiendo un libro —dije con la mayor profesionalidad que fui capaz de invocar—. Preguntar forma parte de mi trabajo.

El policía soltó un ronquido de indiferencia.

—El único trabajo que importa es el que realizamos nosotros. Ustedes solo están mirando. —Con ese plural me incluía entre los periodistas—. Le pido por favor, educadamente, que no lleve una investigación paralela que pueda entorpecer la nuestra.

Tuve ganas de decirle que mi investigación no estaba entorpeciendo nada y que a lo mejor había descubierto un dato que ellos no poseían. Pero revelarle justo en ese momento lo del embarazo de Perla, lo único que confirmaría era que yo estaba llevando esa investigación paralela de la que hablaba el policía. Me convenía más adherirme al plan de filtrarlo anónimamente.

—Además hay una cosa que no sabemos. —El policía colgó los pulgares en su cinturón—: ¿Por qué está usted aquí?

—Por el libro.

—Ya, pero ¿por qué aquí?

No entendí qué estaba insinuando. Qué tipo de sospechas quería verter sobre mí o si era una mera técnica de intimidación policial.

Ante mi silencio, el agente dio por finalizada la conversación. A propósito, dio un paso adelante para que yo interrumpiera su camino.

—¿Lo ve? Siempre en medio —dijo, subrayando el doble significado que quería dar a sus palabras.

Me aparté para dejarle pasar y salí del restaurante.

En el exterior, en el coche policial, había una compañera suya. Sorteé la mesas de la terraza camino de mi habitación. Iba entre confundido e indignado, sin entender el porqué de ese acercamiento tan arisco del policía cuando yo me veía de lo más inofensivo. Ni siquiera era un periodista o un bloguero que estuviera filtrando exclusivas en tiempo real. Quizá el proceder del agente era el habitual, o quizá un caso que se seguía alargando sin grandes novedades tenía a las fuerzas de seguridad más nerviosas de lo normal.

Pensar en lo que causaba ese nerviosismo, en cómo la desaparición de Perla suponía para ella, a cada minuto que pasaba, un mayor peligro para su vida, me llevó a entender, de pronto, lo importante que era compartir lo que sabía. La revelación fue tan rotunda que diluyó incluso el enfado. En mitad del aparcamiento y con el sol abrasándome la nuca, sentí que la aparición tan oportuna de ese agente, por antipático que hubiera sido, era una invitación del universo a hacer lo que llevaba todo el almuerzo investigando cómo hacer. De esa manera en que las cosas se ven muy claras de repente, acepté que si no había compartido la información del posible embarazo con él, había sido por orgullo. Por miedo a que la revelación afectara a mi trabajo, a mi libro. A que, de alguna manera, conllevara que se me prohibiera seguir rondando por allí. Pero había cosas mucho más importantes que mi libro. Y entorpecer una investigación oficial no estaba entre mis objetivos. Si mi trabajo y mi descubrimiento, por casual que hubiera sido, podía ayudar en algo a Perla, debía compartirlo. Tampoco podía seguir usando como excusa a Damián, porque la información la podía revelar sin implicarlo a él. Si ese agente ya pensaba que yo estaba llevando una investigación paralela, tampoco le extrañaría tanto que hubiera descubierto algunas cosas. Antes de que me arrepintiera, antes de pensar en el ridículo que iba a hacer regresando apenas unos minutos más tarde a confirmarle a ese policía todo lo que él me había echado en cara, di la vuelta hacia el comedor.

El agente se había sentado en una mesa esquinada, al fondo. Al ver que me acercaba, dejó el bocadillo de su almuerzo en el plato.

—No es que esté haciendo una investigación paralela —empecé—, solo estoy hablando con la gente de aquí. Y me he enterado de algo que no sé si sabéis.

El policía tan solo se cruzó de brazos.

—No sé si quieres… —me di cuenta de que le estaba tuteando, pero decidí no cambiar el trato—, si quieres que te lo diga aquí o tenemos que ir a comisaría para hacerlo oficial o cómo.

Él retiró a un lado de la mesa su lata de refresco y su bocadillo. Barrió con la mano las migas sobre el mantel. Con el pie empujó la silla frente a él, invitando a que me sentara.

—¿Suficientemente oficial? —preguntó.

Tomé asiento.

Vi cómo, en la barra, Ángela y Sagrario comentaban ya, hombro con hombro, nuestro encuentro.

—Lo que menos me gusta de lo que usted está haciendo —dijo el policía— es que se aproveche de una desgracia ajena en su propio beneficio. Porque digo yo que usted va a sacar dinero por este libro, ¿no es así?

Él interpretó mi silencio como una afirmación, pero la respuesta a esa suposición era tan compleja como desconocido es el negocio editorial para el público general. Lo más probable, en el hipotético caso de que mi novela llegara siquiera a publicarse con alguna editorial, era que no me diera ni para cubrir el gasto que suponía alojarme tanto tiempo en un hotel, ni siquiera en uno de mala muerte como aquel.

—No me gusta que un suceso se convierta en entretenimiento —continuó el policía—. No sé, no lo he entendido nunca. Si quiere le invito a acompañarnos a unas cuantas escenas del crimen, pero de las de verdad, a ver si le sigue apeteciendo escribir sobre el tema. —Parecía genuinamente contrariado con esa realidad—. La chica desaparecida es la sobrina de una familia que conozco. Para mí no son personajes de una serie. Son personas reales.

—Para mí también lo son.

—No. —Sacudió la cabeza—. No tanto.

Saludó levantando la mano a alguien que entraba en el comedor en

ese momento. Después recuperó la seriedad mirándome a mí.

—Bueno, ¿qué? —Entrelazó los dedos de ambas manos sobre la mesa —. ¿Qué quiere usted contarme?

Me incliné hacia delante, apoyando los codos. Comprobé que no había nadie sentado cerca de nosotros. Ángela y Sagrario trabajaban en la barra, lejos. Era imposible que me escucharan. Aun así, me aclaré la garganta y hablé en voz baja.

—He oído que… —iba a pronunciar el nombre de Perla pero lo evité —, que la niña ha podido escapar porque estaba embarazada.

El policía permaneció impasible. En la neutralidad de su rostro no pude descifrar en qué medida le impresionaba la noticia. Si era una información que ya conocía o no.

—Entiendo que sería muy importante averiguar quién es el padre — añadí.

—Sé perfectamente lo que sería importante —dijo el agente.

Y aunque mantuvo el hermetismo de su expresión, la manera en que se frotó las manos reveló una tensión contenida. La chispa de un enfado. Un enfado que podía estar dirigido a mí, por andar metiendo el hocico donde no me llamaban, a sí mismo y su equipo por no haberlo descubierto ellos o a la nueva capa de escabrosidad que el dato añadía al caso.

—¿De dónde saca la información? —preguntó.

—De mi investigación paralela.

El agente no estaba para duelos dialécticos.

—¿Tiene pruebas?

—No.

La impasibilidad del agente se fue resquebrajando. En la leve caída de sus hombros entendí que era una derrota lo que pesaba sobre ellos. El enfado era consigo mismo, con su equipo. Renunciando a su orgullo como había renunciado yo al mío bajo el sol del aparcamiento hacía unos minutos, sacó un bloc de notas y me pidió que le contara todo lo que sabía. Lo repensó enseguida y dijo:

—Mejor, vente conmigo a comisaría.

43

Me quedé solo en la sala de espera de la comisaría. Una de la Policía Nacional situada en el mismo municipio donde se encontraba el hospital. La ciudad más grande de la comarca. El agente, que se identificó como agente Parra, había ido a reunirse con su comisario antes de tomarme declaración. Al encuentro entre ellos dos se fue sumando el resto de compañeros de la comisaría. El volumen de las voces de la reunión improvisada fue en aumento.

Llevaba unos minutos a solas en la sala de espera —el funcionario de la entrada también había acabado uniéndose a la junta— cuando entró una señora con andador y me preguntó si ahí era donde tenía que poner una denuncia por haber perdido el DNI.

Le dije que no lo sabía seguro, pero suponía que sí.

Ella lo agradeció con un asentimiento. De camino a los asientos, se quedó mirando el cartel de la desaparición de Perla. Chasqueó la lengua como se hace al leer ciertas noticias, lamentándolas pero aceptándolas como inevitables.

—Esa familia… —murmuró.

La amalgama de sentimientos en su rostro arrugado mezcló pena, preocupación y resignación, pero también cierta superioridad al sentir que ni sus hijas ni sus nietas protagonizarían nunca un cartel de búsqueda en esa comisaría, porque su familia no era como la familia del Hotel Restaurante Plácido. Cuando se percató de lo vacía que estaba la comisaría y de que no había nadie en la ventanilla, se dejó caer en la silla de la sala de espera con un suspiro adolorido.

—Se conoce que nos toca esperar.

Del cesto de su andador cogió una labor a medio hacer que retomó enseguida.

El claqueteo de sus agujas se detuvo cuando un grito atronador, de una voz muy grave, llegó a la sala de espera, seguido de lo que sonó como un golpe en una mesa. Quizá una pared. Una voz masculina acababa de acallar a todas las demás. Tras un repentino silencio, el murmullo fue regresando, aumentando de volumen. La señora volvió

al punto.

De los gritos que nos llegaban solo se entendían algunas palabras sueltas.

—Joder…

—… hostia.

—… Perla…

—Plácido.

—… mierda.

—Inútiles.

Hubo más réplicas, más contrarréplicas.

Una puerta se abrió y pasos acelerados de alguien se acercaron a donde nos encontrábamos. En lo que esa persona tardó en llegar, dejando abierta la puerta de la sala donde estuvieran reunidos, resultó inteligible para la señora y para mí una frase entera, pronunciada por esa voz tan grave que era la que más alzaba el volumen:

—… rodar cabezas como sea verdad que la desaparecida está preñada y nos hemos enterado por el gilipollas del escritor, que como me pongan la cara colorada porque habéis…

El funcionario en la ventanilla cercenó las palabras de la discusión subiendo la música de algún reproductor.

Tenía tanto que darte, tantas cosas que contarte…

Tras asegurarse de que el elevado volumen de la canción preservaba la privacidad de la discusión, el funcionario volvió a marcharse sin atender la pregunta que la señora le lanzó sobre su DNI.

La puerta de la sala de reuniones volvió a cerrarse.

La señora buscó mi complicidad sacudiendo una mano en el aire, como si la frase que habíamos escuchado contuviera el cotilleo más jugoso de la temporada.

—Si es que esa niña, en esa casa… —Elevó su voz raspada sobre la canción—: Pero escritor, ¿qué escritor?

Me encogí de hombros.

… *tenía tanto amor, guardado para ti.*

De regreso al hotel, encontré a Coral sentada en lo alto de la escalera. Cortaba cartulinas de colores con una tijera.

—Más letras —le dije.

Ella asintió, llevándose un dedo a los labios.

Sagrario emergió de una de las puertas, preguntándole despreocupadamente a su sobrina si prefería de salchichón o de jamón. Al verme con ella, cambió su actitud de inmediato.

—Venga, entra a merendar —le dijo a Coral—. Que ahora resulta que quieres estar fuera todo el día. Y deja de sentarte en el suelo, que no eres una niña.

Coral regresó a casa.

Saludé a Sagrario sin esperar una respuesta que, en efecto, no se produjo.

En mi cuarto, despegué de mi camiseta la pegatina identificativa que me habían puesto en comisaría. Al cese de la reunión de los gritos, el agente Parra había salido a buscarme a la sala de espera. Me dijo que el comisario estaba listo para atenderme. De camino a su despacho, me crucé con varios agentes, las miradas de ellos y ellas llenas de recelo hacia mí. Al comisario —un hombre de canoso bigote victoriano, amarillento cerca del labio—, le conté todo lo que sabía. Él era el dueño de la voz grave que más había gritado, la misma que me había llamado gilipollas, pero en el trato cercano se mantuvo educado, sereno y profesional. Tan atento y dialogante que acabé mencionándole incluso lo de «Besar al monstruo», aunque eso lo descartó con un «qué va» despreciativo. Dijo que era una tontería que inventaban los chiquillos más crueles. Que era todo de boquilla, que se apostaba un brazo a que nadie había entrado en esa habitación a hacer nada. Nunca. Y que yo tampoco podía creerme todo lo que me dijeran. Me preguntó si no era yo demasiado ingenuo para ser escritor.

Sobre la mesa circular de mi habitación, abrí la carpeta con las manualidades de Coral, a la que había añadido la última letra:

S O S O S A O L

Mis ojos leyeron, de inmediato, una nueva palabra:

S O L A

Me animó encontrar por fin una palabra completa que claramente podía aplicarse a Coral. O a Perla. Entonces me di cuenta de que, con otra de las eses, podía convertirla también en:

S O L A S

Lo cual incluía a las dos hermanas. Porque así se sentirían ambas ante el mundo, en aquel hogar de tan equivocadas figuras paternas. La emoción de mi estómago se extendió al resto de mi cuerpo, a los dedos con los que ordenaba las manualidades. Probé enseguida a quitar la primera letra para escribir algo relativo a ese mar que tanto le gustaba a Coral:

O L A S

Retirando una vez más la primera letra y recolocando las otras dos, seguía encontrando palabras de inspiración marítima:

S A L

E intercambiando dos de las letras, podía obtener otra que tampoco andaba muy alejada temáticamente:

S O L

Las moví una vez más para formar «LAS». Después «LOS». Me di cuenta de que también podía escribir «SOLO». Y «LOSA». Y sus

plurales. Y «LAOS», aunque no imaginé un escenario en el que Coral pudiera querer decirme algo relativo al país asiático. A no ser que fuera ese el destino al que había huido Perla, idea que consideré absurda.

Intenté formar palabras que pudieran hablar de Servando, de un embarazo, de un secreto, de una huida, de mamá, de papá, pero mi cerebro se empeñaba en leer las palabras que ya había encontrado. Y una de ellas resonaba en mi mente con más fuerza que las otras. Junté de nuevo las letras que la formaban:

S O L A S

Con las otras tres manualidades que quedaban sueltas, lo único que podía escribir era:

O S O

La corriente de emoción se apagó por completo al entender que, en realidad, aún me faltaban letras. Pocas, había dicho Coral, pero faltaban, así que probablemente ni siquiera podía escribir la palabra, o la frase completa, que quería revelarme.

Pensé en el rostro de Coral coloreado de naranja al atardecer. Sus ojos llenos de noche. La niña de colores que me escondía tantas verdades. Perla podía ser el gran enigma de este caso para los medios y las autoridades, pero yo sentía que Coral guardaba tantos secretos como

ella.

Mezclé todas las manualidades, cerré la carpeta.

Encendí el ventilador.

El ángulo de la luz a esa hora de la tarde hacía muy visibles el polvo y las pelusas en el suelo de la habitación. El calor acumulado durante el día resultaba asfixiante.

La corriente de aire de la aspas agitó las hojas de un periódico que había dejado apartado sobre la tele de tubo. Era el diario que contenía la publicidad de la clínica de gestación. Lo abrí por la página marcada y marqué el teléfono del anuncio. Tuve la precaución de incluir el prefijo que ocultaría mi número.

—Clínica Renacer, buenas tardes —contestó una chica.

Me quedé escuchando sin decir nada. No sabía para qué llamaba exactamente. Quizá solo para comprobar que existía de verdad.

—¿Hola? ¿Buenas tardes?

Permanecí en silencio.

—Veo que me está llamando con un número oculto. —La chica había bajado su tono de voz—: ¿Es una mujer en situación de peligro? ¿Necesita ayuda?

Interrumpí la llamada.

45

Antes de dormir, en el baño, veía en el móvil un vídeo de una entrevista a Truman Capote. El autor vestía un jersey naranja y un pantalón amarillo. Pasé a otro vídeo en el que un escritor actual, no muy exitoso pero con tres novelas publicadas en una editorial grande, contaba algunos trucos dirigidos a autores noveles para acceder al sector editorial. Por lo que él recomendaba, me convendría empezar por buscar un agente literario, pero a esas alturas todo se me antojaba inaccesible.

Fuertes golpes atronaron contra la puerta de mi habitación.

Bum.

Bum.

Bum.

Era más de medianoche.

Sentado en la taza como estaba, mi primera reacción fue no contestar.

Hacer como que dormía.

Pero tenía luces encendidas. La del baño. La de la lamparita de la mesilla. En la habitación, además, giraba el ventilador con su sonoro traqueteo.

Bum. Bum. Bum.

Cada golpe contra la puerta aceleró un poco más mi corazón.

Mi posición no podía ser peor.

Solo llevaba unos calzoncillos y los tenía en las rodillas.

—¡Tú! ¡Escritor! —Era la voz de Sagrario—. ¡No estás dormido!

Un cúmulo de sensaciones negativas nubló mi capacidad de reacción.

Hasta que pensé en Perla.

Eso era.

Perla.

Su aparición era la única emergencia de tal calibre como para molestarme de esa forma.

Dejé el móvil en el lavabo.

Usé el papel higiénico a toda prisa, mientras Sagrario seguía golpeando la puerta.

—¡O sales o entro!

Me levanté y busqué por la habitación mi pantalón de dormir, la camiseta. Antes de encontrarlos, Sagrario abrió la puerta desde fuera, usando alguna llave maestra.

Me sentí tan vulnerado que me llevé las manos a la entrepierna.

—Te doy cinco minutos para recoger y marcharte.

Se apostó en el umbral, cruzada de brazos, como una profesional del desahucio.

—¿Qué dices? ¿Irme por qué?

—Cuatro minutos y medio.

—Es la una de la mañana.

Se encogió de hombros.

—Tengo la noche pagada —dije—. Y varias más.

De una cartera en su bolsillo trasero, sacó varios billetes. Me los lanzó sobre la cama.

—Ahora te vas.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasa?

Señalé mi cuerpo, usando mi semidesnudez como argumento añadido. Ella me dedicó un gesto de indiferencia.

—Cuatro minutos —dijo.

Miré por el hueco de la puerta a ver si la acompañaba alguien. O si había algún movimiento en el hotel. Una parte de mí aún valoraba

una posible aparición de Perla. Estaba todo tan oscuro como las madrugadas anteriores. Solo la ráfaga sonora de algún vehículo resquebrajó el silencio de la noche.

—No voy a irme —insistí.

—¿No?

A pesar de lo mal que me había tratado desde que había llegado al hotel, nunca había visto a Sagrario tan enfadada como en ese momento. Respiraba tan fuerte que podía oírlo. Incluso veía la dilatación de sus fosas nasales.

A pesar de ello, mantuve mi postura:

—Que no me voy.

Ella optó por recurrir a la acción, anulando la cuenta atrás. De una esquina tras la puerta cogió mi maleta. La desplegó sobre la cama sin atender a mis increpaciones. Le pregunté qué hacía, quién se creía, de qué iba.

Ignorándome, fue recogiendo mis cosas de la habitación. Ropa que tenía colgada en la silla, ropa del armario. Zapatillas. Chanclas. Lanzó todo al interior de la maleta. Entró y salió del baño con mi neceser a rebosar, lo había llenado sin ningún orden. Pesqué el móvil que asomaba por la cremallera y la cogí del brazo.

Ella lo sacudió con la fuerza de una boa, la velocidad de un látigo.

Tiró el neceser a la maleta. Me señaló a la cara.

—No vuelvas a ponerme la mano encima —dijo.

—No puedes echarme así.

Ella se dirigió a la mesa. A mi ordenador, mi grabadora, mi mochila, la carpeta con las manualidades de Coral, mi documentación.

—Eso no lo toques o llamo a la policía ahora mismo.

—Ya, ya sé que te gusta hablar con la policía.

Me atravesó con la mirada y en sus ojos entendí que ese era precisamente el motivo de mi desalojo.

—No sé qué crees que…

—Se te ha acabado el chollo de ser un buitre carroñeando en esta familia. Inventando cosas para tu puto libro. —Se separó de la mesa, ofreciéndome la oportunidad de acercarme a por mis cosas—: O lo recoges tú o te lo recojo yo.

—No tienes derecho a echarme.

—Muy bien.

Sagrario cerró el portátil de un golpe. Amontonó encima las carpetas, la grabadora. Lo guardó todo en la mochila. La mochila la metió en la maleta. Sin un instante de vacilación, la plegó sin cerrarla y salió con ella al pasillo exterior. Allí, la sacó por la barandilla y la dejó caer al aparcamiento. El golpe contra el asfalto se oyó en el interior de la habitación.

—¿Qué haces? —grité.

Corrí fuera a asomarme. El contenido de la maleta se había desparramado por el suelo, junto a mi coche. Por suerte, la mochila había caído bien amortiguada entre un montón de ropa. Dentro del cuarto, Sagrario desenfundaba la almohada de mi cama. Los dos cojines.

—Lo decía mi madre: «Por la caridad entra la peste». Y a ti no te tenía que haber dejado ni un segundo aquí. Hurgando. —Amontonó la sábana en el suelo y retiró incluso la bajera—. Mi hermana, que de buena, es tonta.

—La voy a llamar ahora mismo. Que se entere ella también de lo que estás haciendo.

Presioné en mi móvil el contacto que tenía guardado de Ángela. En el bolsillo de Sagrario sonó el teléfono inalámbrico al que desviarían las llamadas nocturnas. Ella sonrió y respondió a la llamada. Duplicada su voz en el auricular del móvil y enfrente de mí, dijo:

—Te vas.

El ruido de uno de los pocos coches que pasaban por la carretera a esas horas no continuó hasta desvanecerse, sino que fue aumentando su potencia, revelándose como algo más grande que un turismo. El camión de ALITRANS iluminó el aparcamiento con sus luces. Se detuvo con su habitual relincho mecánico.

—¿Lo has llamado tú? —pregunté.

Sagrario revisaba la habitación. Desenchufó el cargador de mi móvil. Miró debajo de la cama.

—¿Para que tu novio me eche a patadas? —La indignación de ver que ni me contestaba me impulsó a provocarla—: ¿El mismo que se va con putas en su camión? ¿O el que paga por acostarse con tu hermana?

Sagrario se detuvo.

El golpe bajo había surtido efecto.

Me miró con la boca abierta, pero la cerró enseguida, disimulando el impacto. Se mordió el interior de las mejillas. El conflicto de sentimientos en su rostro, luchando por contener sus emociones, me confundió.

De mi mesilla cogió la llave de la habitación.

Me entregó el cargador.

Aprovechando la cercanía, me empujó hacia la puerta.

—¡¿Qué haces?!

Siguió empujándome, una mano agarrando mi brazo y la otra sobre mi abdomen descubierto, hasta sacarme al pasillo. Con la llave, cerró la habitación, dejándome ahí fuera, en calzoncillos.

—Lo tenías muy fácil —dijo, repitiendo su amenaza de siempre, ahora consumada—. Vete. Y no vuelvas.

—¿O qué?

A mis espaldas, oí la puerta del camión abrirse.

El jadeo de un salto desde la cabina.

Los guijarros del suelo crujieron bajo las suelas de unas zapatillas.

Sagrario se marchó. Recorrió el pasillo con paso ufano, sin responderme ni volver la vista atrás. Entró en la vivienda de las tres habitaciones por la puerta del salón.

Abajo, el camionero se apoyó en la cabina de su vehículo, un talón sobre la rueda.

Probé a abrir la puerta de mi habitación, sin sentido alguno. Tan solo

se sacudió en su marco.

No podía creer lo que estaba pasando. Sabía que Sagrario no me quería cerca, que mi estancia en el hotel la inquietaba, pero echarme de esa forma era muy grave. No sabía si de verdad estaba protegiendo el honor de su familia, eliminando al intruso en casa, o protegiéndose a sí misma.

Miré a las ventanas de la casa de Coral. Aunque apagadas, imaginé a la niña espiando tras el cristal. Por si podía verme, dediqué una mueca confundida, indefensa, a la oscuridad. No obtuve respuesta.

Los ojos del camionero me acecharon mientras bajaba la escalera.

Siguieron acechándome mientras me ponía el pantalón corto, una camiseta, zapatillas. Mientras recogía del suelo el resto de mi ropa. Mientras ordenaba el contenido de la maleta para poder cerrarla. Mientras la metía en el maletero. Y mientras me subía al coche.

El camionero tampoco se movió durante todo el tiempo que, sentado al volante con el motor apagado, evalué la situación. Notaba el corazón latir tanto en el pecho como en la nuca. La indignación me anudaba la garganta. Podía llamar a la policía, otra vez, pero eso solo elevaría la magnitud del conflicto y, probablemente, me imposibilitaría regresar al hotel de manera definitiva. Lo que necesitaba era pensar con la cabeza fría, no dejarme arrastrar por la agresividad, la provocación y las malas formas de esta gente. Pensé pasar la noche allí, en el coche. Esperar a que Ángela llegara al amanecer para solucionar el entuerto. Pero el matón del camionero seguía fuera, vigilando para que me marchara. Lo veía a través del retrovisor, ahí de pie en mitad del aparcamiento, inmóvil, iluminado por la farola solitaria como un Michael Myers de polígono industrial. Decidí que al día siguiente podría pensar con mayor claridad. Tragando rabia y orgullo, busqué en el navegador del teléfono algún otro alojamiento en el que pasar la noche. Encontré un hotel de cadena a unos quince minutos.

Maniobré marcha atrás, esquivando al camionero y su camión.

Salí del aparcamiento con un sonoro acelerón. Grité al volante, raspándome la garganta para liberar la ira acumulada. Abrí las dos ventanas delanteras, dejando que el aire cálido me golpeara desde todas partes. Necesitaba una sacudida sensorial que me devolviera a la realidad, porque lo que acababa de ocurrir parecía no pertenecer a ella.

En mitad del desahogo, vi encenderse los faros del camión, detrás de mí.

Vigilándolo por los retrovisores, reduje progresivamente la velocidad del coche, dándole al camionero la clara opción de adelantarme.

No lo hizo.

Me estaba siguiendo. Por propia iniciativa o porque Sagrario le hubiera ordenado que vigilara adónde me marchaba. En medio de la oscuridad, perdido en la soledad de un tramo olvidado de carretera, escapando de madrugada de un camionero agresivo que me perseguía, sentí miedo de verdad. Del que genera una sacudida de corriente en la parte baja de la espalda.

Tomé la primera salida que pude. No era el camino que indicaba el navegador, pretendía despistar al camionero. Pasé junto al cementerio en el que me había citado Damián. Enseguida alcancé uno de los múltiples polígonos industriales de la zona.

Realicé varios giros, doblando esquinas en cada cruce. La maniobra era mucho más sencilla para mí que para el camionero, así que logré establecer distancia. Hasta perderlo.

Conduje a ciegas entre calles y callejones. Un desguace. Un almacén de toldos. Un taller. Iba desorientado, pero convencido de que seguía alejándome del camión. Varios gatos cruzaron frente a mis faros. Algunos esperaron hasta el último instante para apartarse, desafiándome con ojos brillantes.

Un último giro me abocó a una calle sin salida, muy corta. Tan solo había un contenedor de obra y una nave abandonada, con los cristales rotos. Iba a recular para salir cuando una nube luminosa resultó visible en las inmediaciones. Un fulgor amenazante se aproximaba. El silbido de unos frenos, el ruido mecánico de otras maniobras, reverberó en el laberinto de callejones.

Cerca.

Apagué mis luces, interrumpí el contacto.

Aliviado, oí el motor del camión alejarse, marchándose en dirección contraria a mi posición. O eso creí, porque en realidad fue tan solo una ilusión sonora provocada por los confusos ecos en el polígono.

En realidad, la nube luminosa del vehículo se fue intensificando hasta que sus faros reaparecieron detrás de mí, al inicio de ese callejón del que no podía escapar.

Una capa de sudor barnizó mi cuerpo.

El volante rechinó cuando lo estrujé con las manos húmedas.

Esperaba ver bajar al camionero con su consabido salto desde la cabina, pero no ocurrió. Permaneció dentro del vehículo, vigilándome.

Decidí esperar.

Su motor al ralentí rugía como un animal salvaje al acecho.

Tras varios minutos de tensa espera, reuní las fuerzas para bajar del vehículo.

Exprimiendo valor de la adrenalina que bombeaba mi cuerpo, le grité que se marchara, que me dejara en paz. Al ver que le gritaba, agitando los brazos, el camionero apagó el motor, para poder escucharme. Los faros no los apagó. Cegado por ellos, insistí en que ya me había quedado claro el mensaje. Que no pensaba decir nada, que no me interesaban sus vidas.

—Vete o llamo de verdad a la policía. —Alcé el teléfono en mi mano y marqué los tres dígitos. Aunque yo a él no lo veía, sabía que él a mí sí —. No creo que tengas tantos amigos ahí.

Un eco callejero, de pelea de bandas, acompañó cada uno de mis gritos.

Tras un silencio, el motor volvió a encenderse.

Y el camionero pisó a fondo el pedal.

Ante el ruido del súbito acelerón, hui corriendo hacia un lado, colándome en la nave abandonada a través de uno de los ventanales rotos. Convencido del inminente impacto del camión contra mi coche, me llevé los brazos a la cara para protegerme de la explosión de cristales. Pero el camión no se había movido. Tan solo había acelerado en punto muerto para asustarme.

El camionero gritó por la ventanilla algún insulto que no entendí.

Después, dio marcha atrás y se marchó por donde había venido.

No regresé a mi coche hasta que los grillos estabilizaron su canto en el exterior de la nave.

De nuevo en carretera, seguí las indicaciones al otro hotel que me daba la voz en mi navegador —«a trescientos metros, en la rampa, mantente en el carril izquierdo, incorpórate…»— cada vez más convencido de que lo que estaban escondiendo esos dos no era solo una infidelidad.

Tenía que ser algo más grave.

Y me asustó pensar que eso tan grave que podían estar escondiendo fuera lo más grave de todo.

A Perla.

47

Desperté en el nuevo hotel con la sensación de haber vivido una pesadilla. El dolor en el cuello y las agujetas resultado de la tensión sostenida durante la persecución me hicieron saber que había sido real. También ayudaron la maleta tirada en el suelo con la cremallera mal cerrada y ropa asomando por la abertura.

Desayuné en un comedor casi vacío, técnicamente más decente que el del Hotel Restaurante Plácido, pero de anodino diseño. La neutralidad hecha edificio. La decoración mezclaba láminas enmarcadas con fotografías de un taxi londinense, un rascacielos neoyorquino y un puente en mitad de la selva. Vinilos en la pared escribían Bon Appétit en varios idiomas y colores. El espacio estaba objetivamente más limpio, más nuevo y mejor construido que el del Plácido, pero no tenía ningún alma. Era tan genérico, tan de todas partes, que no era de ningún sitio. El tomate triturado venía en tarrinas monodosis. El café, de una máquina de cápsulas, resultaba tan correcto como insulso. Hay sabores que solo se obtienen de viejas cafeteras y consuelos que solo se encuentran en los brazos de viejos amigos.

Repasé la actualidad informativa en el teléfono, sin encontrar novedades destacables sobre el caso. Masticando en silencio, eché de menos el jaleo, el sonido de las tragaperras, el intenso café de Ángela. Me pregunté si ya se habría enterado de las malas formas con las que me había desalojado su hermana. Mientras, la idea de que Sagrario, el camionero, o ambos, supieran algo más sobre el paradero de Perla no abandonaba mi cabeza.

Al pasar frente a la recepción, una mujer sonriente con gafas y hiyab me preguntó si ya sabía cuántas noches iba a quedarme. La madrugada anterior había sido incapaz de responder la misma pregunta al recepcionista nocturno. Tampoco ahora sabía la respuesta. Por precaución, le dije que, como mínimo, hasta el día siguiente.

La habitación también acusaba la frialdad de las cadenas, la neutralidad para todos los públicos que le quitaba cualquier encanto. Eso sí, tenía aire acondicionado. Comprobé el contenido de la mochila. Portátil, grabadora y carpetas de documentación estaban intactos, la caída desde el primer piso no les había afectado. Las letras de Coral seguían ahí.

Sentí ganas de volver de inmediato al Plácido. De enfrentarme en ese mismo momento a Sagrario, a la luz del día. De hacerlo con el apoyo de Ángela, incluso con el de la propia Coral. Ellas seguro que no querían desalojarme.

A Coral le había prometido que esa noche le daría la última lección con la que aprendería a silbar.

Al imaginar a Coral esperándome, sentada en la escalera, preguntándose por qué había desaparecido yo también, me invadió una amarga tristeza. La de convertirme en otra persona que le fallaba. Los dejes infantiles de Coral me llevaban a pensar en ella, en algunas ocasiones, como en una niña. En otras, su aire decaído, la sonrisa esforzada, me la dibujaban ya como una joven desencantada. Quizá, en realidad, no era ni una ni otra. Sus preguntas inocentes, sus uñas de colores, enfrentadas a la voz apagada y los ojos reposados de quien conoce ya la decepción y el dolor, componían un perfecto retrato inconcluso del período intermedio de la adolescencia. Ni demasiada ilusión ni demasiado cinismo. La balanza nivelada. El medio camino entre dos lugares. Un área de servicio en mitad de la carretera de la vida. O quizá era tan solo que el desarrollo familiar y social de Coral, tan anómalo, había mezclado los ingredientes de su desarrollo en medidas desproporcionadas. La receta imperfecta del trauma.

Deslicé la puerta corredera de salida a la terraza de mi habitación. Se encontraba en el piso bajo, a nivel del suelo, y daba a un pequeño jardín de césped artificial, media docena de palmeras en maceteros y unos bancos que nadie usaría. Me conmovió la entereza con la que, pese a todo, Coral enfrentaba la situación. La agilidad con la que movía un cuerpo que pareciera roto mil veces. Cómo se había desenvuelto en el salón de su casa ignorando la ligera cojera, la indiferencia con la que dijo que no le dolían las catorce grapas en su ingle. Su dureza era de la de la hierba que florece en el asfalto. Su aguante, el de la sabina que enfrenta los vientos alisios y crece doblada con la copa en la tierra.

Con los antebrazos sobre la barandilla, miré a lo lejos, hacia donde se encontraría el Hotel Restaurante Plácido. Sabía que Sagrario estaría allí trabajando durante todo el día, pero por la noche era a Ángela a quien le tocaba quedarse con Coral. Ese sería mi momento para regresar. A Coral intenté hacerle llegar telepáticamente el mensaje de que más tarde, cuando anocheciera, pasaría a verla, que no pensaba romper mi promesa ni faltar a mi cita y que esa era la noche en la que ella aprendería a silbar. Con Ángela, necesitaba tener una seria conversación sobre su hermana y el camionero.

Pasé el día entero en la terraza, escribiendo nuevo texto, repasando los capítulos anteriores, añadiendo detalles, comprobando datos. Vi el segmento sobre el caso de Perla en un programa de documentales de la televisión pública. Tres vasos desechables de café frío rodeaban mi ordenador. La caída del sol llegó acompañada por legiones de mosquitos: venían atraídos por el brillo de la pantalla del portátil, pero se quedaban por el banquete que encontraban en mis tobillos.

Mi plan de retorno al Hotel Restaurante Plácido consistía en llegar andando, en busca de una mayor discreción, pero como el trayecto completo a pie llevaba más de una hora, opté por acercarme en coche hasta el polígono industrial al que me había perseguido el camionero y completar el trayecto caminando. Aparqué frente a la fachada de una empresa de imprenta y rotulación.

Caminé siguiendo el trazado de la carretera, al otro lado del guardarraíl, pisando campo. Si no pasaba ningún coche, oía lagartijas refugiarse en matorrales secos, el cascabeleo de una verja delimitando algún terreno. Decenas de saltamontes escapaban bajo mis pasos. Al anochecer, el asfalto era de un negro tan profundo como el carbón y expulsaba tanto calor como si de verdad lo estuvieran quemando.

La valla con la silueta del enorme toro se recortaba, también en negro, contra la paleta de azules y morados del cielo, como una amenazante presencia en la inmensidad del campo. Un monstruo cotidiano en las carreteras. Un minotauro de andar por casa.

Más allá, las letras y la fachada del club Medusa brillaban con su maquillaje de led encendido.

Lo primero que vi del Plácido fue el cartel con su nombre, en lo alto del poste. Enseguida apareció el comedor, la cristalera de entrada refulgiendo en la oscuridad de la noche recién llegada, como en un cuadro de Hopper. Yo andaba por el arcén opuesto, manteniendo la distancia. Planeaba establecer un puesto de vigilancia frente al aparcamiento, protegido por la oscuridad, hasta que viera marcharse a Sagrario.

Entonces descubrí que quien atendía a los últimos clientes en el comedor era Ángela. También acumulaba servilleteros en una mesa y

disponía platitos con sobres de azúcar y cucharillas en la barra. Los preparativos del cierre que esa noche debían corresponderle a Sagrario. Entendí enseguida lo que estaba pasando: Sagrario habría pedido cambiar el turno a su hermana para dificultar un potencial encuentro entre nosotros. Se habría imaginado que yo no me marcharía sin decir una última palabra, sin despedirme de Coral y Ángela, y había preferido quedarse a dormir ella para hacer guardia. Para enfrentarse a mí o para avisar a su matón de que viniera a echarme otra vez.

Comprobé que estaban encendidas las ventanas de la casa de Coral. Dos coches interrumpieron mi visión al pasar, casi a la vez, por la carretera.

Sus olas de sonido tardaron en desvanecerse.

Nada más recobrarse el silencio, oí cómo se abría la puerta de una de las habitaciones.

Vi salir de casa a Coral, caminando descalza hacia las escaleras.

Se sentó en el primer escalón, donde me habría esperado esa noche para aprender a silbar. Donde la había imaginado sentada en la dolorosa escena en la que yo también la dejaba tirada. Cuando giró la cara para mirar a mi habitación, tuve ganas de emerger de la oscuridad, cruzar la carretera y confirmarle que había venido. A punto estaba de dar el paso cuando Sagrario salió al pasillo.

—Otra vez fuera y otra vez descalza —la oí decir. Más palabras resultaron indescifrables, pero el tono era de enfado—… entrar en casa —dijo antes de entrar ella misma.

Coral abrazó sus rodillas. Se pasó algo de una mano a otra, quizá la nueva letra que tenía pensado darme. Se levantó y, de puntillas, miró a su alrededor, dándose una última opción de verme aparecer. A la luz de la farola, ella tan solo vería el aparcamiento y un tramo de carretera en penumbra. El resto sería pura oscuridad, la misma oscuridad que me servía de escondite.

Pensé algo.

Me humedecí los labios y silbé una melodía de tres notas, la que había usado en alguna de nuestras clases.

La postura de Coral cambió enseguida, irguiendo la espalda en dirección a mí, sus ojos mirándome sin verme.

Repetí el silbido.

El destello de una sonrisa apareció en su rostro.

El cartel del hotel crujió en lo alto.

Y ocurrió algo que no esperaba: Coral respondió con la misma melodía de tres notas. Silbada, bien silbada, no soplada. Un silbido delicado pero potente que viajó a través de la oscuridad, desde la escalera hasta mí, comunicándonos sin palabras en mitad de la noche.

Respondí con otro silbido, confiando en que el entusiasmo en las notas le transmitiera mi alegría por descubrir que había aprendiendo a silbar por sí misma. En el día prometido.

Coral no me saludó con la mano, ni hizo ningún otro aspaviento, lo que me dejó claro que ella también sabía que esto era un encuentro clandestino del que su tía no debía enterarse. Suerte que teníamos nuestro misterioso lenguaje de silbidos con el que comunicarnos en secreto.

Temí que Sagrario saliera al pasillo para meterla en casa e interrumpir nuestro mágico encuentro.

Pero fue el lejano aullar de una sirena lo que acabó interrumpiéndolo.

Mi primer pensamiento fue que habría sucedido algo en el pueblo. Que la policía se dirigía hacia allí, a resolver algún otro asunto. Pero la sirena fue subiendo de volumen.

Un fulgor azulado apareció en la lejanía.

Coral bajó algunos escalones para ampliar su campo de visión.

Al ver lo que se acercaba por carretera, corrió de vuelta a casa.

Sagrario se asomó al pasillo. Cerró la puerta tras de sí. Sacudió los brazos, mejoró su postura.

El aullido de la sirena sonaba casi encima de nosotros. Un coche policial pasó frente al restaurante, accedió al aparcamiento. La escandalosa aparición provocó que una decena de clientes se agolpara a las puertas del comedor, investigando qué ocurría. El murmullo de sus voces llegaba hasta mí, al otro lado de la carretera.

—Perla… —susurré en la oscuridad.

Había aparecido.

Ángela se abrió paso entre la gente de la terraza, caminando veloz hacia el coche patrulla.

—¿Qué pasa? —gritó a la pareja de agentes que se apearon. Uno de ellos era el agente Parra—. ¿La habéis encontrado? ¿Está bien?

No oí qué le respondían.

—¿Entonces? —A Ángela sí la oía.

El agente Parra habló con ella mientras su compañero se ocupaba de la gente del comedor, que se adentraba cada vez más al aparcamiento. Con los brazos extendidos, les indicó que retrocedieran, que mantuvieran la distancia. A alguna pregunta del policía, Ángela contestó señalando a Sagrario, que seguía asomada a la barandilla del pasillo en la primera planta.

—¿Qué ocurre? —gritó ella desde allí arriba.

—Voy a necesitar que baje —respondió el agente.

Sagrario emprendió la marcha sin cavilación. Bajó las escaleras agarrada a la barandilla, pisando fuerte con los talones. Una vez frente al agente, hablaron entre ellos, a un volumen que no captaba.

El policía abrió la puerta trasera del coche.

Invitó a entrar a Sagrario.

Ángela se llevó las manos a la boca.

—¿Qué coño me estás diciendo, Álvaro? —Sagrario alzó la voz, dio un paso atrás.

En el remolino de gente, los cuellos se estiraron. El murmullo se intensificó.

El policía intentó coger a Sagrario del brazo.

—¡Que no me calmo!

El agente prosiguió con un diálogo inaudible.

—Lo que pasa es que no encontráis a la niña y necesitáis echarle la culpa a alguien —gritó ella.

Él se llevó una mano a las esposas en su cinturón, indicándole cuál sería el siguiente paso si no se tranquilizaba. Sagrario escondió las muñecas detrás de su espalda.

—¡Espectáculo, el vuestro! —gritó.

Esa fue la última salida de tono que el policía le permitió. Con una rápida maniobra, agarró a Sagrario. La esposó a la vista de todos. El montón de testigos dejó escapar a la vez un hipido sobresaltado. Se abalanzaron hacia delante contra el agente que los custodiaba. Una primera voz gritó lo que todos estaban pensando:

—¡Asesina!

Un súbito silencio sucedió a tan inmensa palabra. El eco de aquella acusación resonó en el exterior del Hotel Restaurante Plácido. Enseguida lo rompieron nuevos gritos incendiados de una repentina rabia.

—¡Asesina! —vociferó la voz cascada de un bebedor.

—¡Asesina! —repitió una anciana de voz temblorosa.

—¡Entrega a la niña! —inventó otro.

El agente les chistó, llamó a la calma con las manos abiertas. Tocó su porra a modo de aviso. Mientras, el agente Parra introducía a Sagrario en el coche.

—¡Esto es una vergüenza! —fue lo último que la oí decir.

Allí parada, Ángela dio unos pasitos sin sentido, mirando a todas partes: a casa de Coral, al coche patrulla, a sus clientela horrorizada. Al suelo. Hizo también el intento de asomarse al interior del vehículo, como para decirle alguna última cosa a su hermana —quizá pedirle que le jurara, por Dios, por el padre de ambas, por la madre que se les suicidó, por Placidito, por su marido y por su hijo, que eso que estaban gritando los clientes era mentira—, pero el policía la separó del coche.

Observando la escena, quise salir de mi escondite en la oscuridad para abrazar a aquella mujer que parecía tan perdida de repente. Como si hubiera leído mis pensamientos, fue Coral la que emergió de una de las puertas de su casa y bajó en busca de su tía mientras el vehículo policial se marchaba del aparcamiento. Ángela escondió la cara en el cuello de su sobrina mientras algunos clientes se acercaban a ellas, otros se quedaban comentando en la distancia. Algunos usaron su teléfono para empezar a contar lo ocurrido.

Al teléfono recurrí yo también para intentar averiguar qué había pasado. Cómo era posible que en solo un día mis peores sospechas parecieran confirmarse. La noche anterior había tenido claro que esa mujer escondía algo y hoy mismo la detenían delante de mis ojos y, en la práctica, los de todo el pueblo, porque quince testigos iban a ser suficientes para que la noticia llegara a cada hogar antes del amanecer.

Refresqué las páginas de inicio de todos los diarios, los portales de las cadenas de televisión, los feeds de todas mis redes sociales. No encontré nada al respecto.

Entonces un mensaje apareció en mi pantalla.

De Deimo5:

| QUE HAS HECHO TIO

Me quedé mirando el móvil sin entender qué me preguntaba. Un remolino de ansiedad giró en mi pecho. Escribí casi lo mismo que Damián: que qué había hecho yo, que a qué se refería. Borré sin enviar. Prefería tener más contexto antes de enredar el asunto con mis palabras.

Emprendí la marcha de vuelta al coche.

Atrás dejé a Coral, a Ángela. El alboroto del aparcamiento del hotel seguía creciendo.

Corrí en algunos tramos, jadeando por las cunetas como un perro abandonado.

Vi que Damián escribía y no enviaba nada. Escribía y borraba. Escribía y se lo pensaba.

Actualicé todas las páginas de noticias, en ninguna aparecía nada sobre lo ocurrido.

Pasé el club. Pasé el toro. Llegué al polígono.

Damián envió los mensajes que tanto se había pensado.

| CABRÓN

| Me juraste que no le habías dicho nada al doctor

Doctor. El doctor. ¿Qué tenía que ver el doctor ahora? Como si el mensaje de Damián hubiera contagiado al resto de ventanas abiertas en el móvil, el nombre del doctor Bellver empezó a aparecer en los titulares de algunas de ellas.

Sentado en el coche frente a la empresa de rotulación, leí que el médico de cabecera de la niñas había publicado una carta abierta en su blog. Antes de poder leer nada, tan agitado que no era capaz de concentrarme en un texto largo, mis ojos saltaron de palabra en

palabra:

Confesión.

Implicación.

Acusación.

Escándalo.

Acabaron deteniéndose en una palabra que me llevó a apagar la pantalla del móvil y lanzarlo al asiento del copiloto:

Embarazo.

El chantaje

Dos golpes de nudillos tocaron contra la puerta entornada. El doctor Bellver invitó a pasar a la siguiente paciente. Lo primero que advirtió al ver entrar en su consulta a Bárbara y Sagrario fue el sudor que brillaba en sus frentes. A las dos las conocía bien, las conocía desde pequeñas. Su padre, el primer doctor Bellver, había sido uno de los pocos amigos cercanos de Plácido. Los dos habían entablado amistad de niños, en la escuela, y la mantuvieron con el paso de los años, a pesar de que los vaivenes de la vida los fueran separando, como cuando uno se fue a la capital a estudiar la carrera y el otro se quedó en el pueblo. O cuando uno acabó dedicándose a la medicina mientras el otro hacía ya años que había abierto un restaurante de carretera. El único vaivén al que no se sobrepuso su amistad, el que los separó para siempre, fue cuando el Tuno mató a Plácido.

De las dos hermanas, la que más sudaba era Bárbara, llevaba las axilas de la camiseta empapadas y mechones de cabello pegados al cuello y la nuca. Sagrario, que entró detrás, cerró el pestillo de la puerta de la consulta, gesto que alertó al doctor Bellver.

—Vicente —dijo Bárbara. En lugar de sentarse en el lado opuesto de la mesa, arrastró la silla a un lado para estar más cerca de él—. Vicente, escucha, necesitamos tu ayuda.

Las hermanas intercambiaron graves miradas entre cada palabra.

El doctor preguntó qué había pasado.

—Es Servando… —Bárbara acercó más su silla empujando las patas con los empeines—. Servando ha hecho algo terrible.

El doctor Bellver conocía toda la historia de la familia, en su casa se hablaba de ellos con frecuencia. No desde la distancia, el prejuicio o el desprecio, como hacía mucha gente del pueblo, sino desde el cariño que su padre siempre profesó a la familia de su amigo, incluso cuando las noticias que se compartían a la mesa no eran de lo más favorable. Pasados los años, él había acabado siendo el médico de cabecera de Bárbara, la hermana problemática, y también de sus hijas, no exentas de problemas. A día de hoy, el de Perla seguía siendo el historial más complejo de todos los que habían pasado por su consulta.

—Cuéntame —dijo el doctor Bellver, como solía decirle a todos los pacientes. Después les preguntaba qué tal estaban, cómo se encontraban, pero en esta ocasión adaptó el interrogante a lo que había dicho Bárbara—. ¿Qué ha hecho Servando?

Sagrario cogió la otra silla, se sentó al lado de su hermana y le frotó la pierna.

—Díselo. Con Vicente estamos seguras.

Bárbara tomó aire, lo dejó escapar en un sonoro suspiro.

—Pues que le da a la botella. Ya lo sabes.

En realidad, el doctor sabía que Servando le daba a la botella, el turulo, la pipa y hasta la jeringa, igual que ella, pero eso Bárbara no lo dijo.

—Hay veces que es que no sé ni cómo llega a casa —continuó ella—. Ni lo sé ni me entero, que yo también, pues, bueno… El caso: que a veces me lo he encontrado en la cama de la niña. Voy al cuarto por la mañana a atender a Perla y ahí está Servando tirado, durmiendo con ella. Con la ropa puesta, los vaqueros, las botas. Él me dice que se equivoca, que no me raye, que viene como viene y que no sabe ni en qué cama se mete, que se cree que está en la nuestra. Yo lo saco a patadas al hijoputa, lo araño. Él me llama histérica, me dice que desde cuándo un padre no puede dormir con su hija. Pero es que hace unos meses… —Bárbara tragó saliva para humedecer una garganta que se le iba secando—. Hace unos meses me lo encontré en la cama otra vez. Pero dentro. Sin… Desnudo de cintura para abajo, la ropa tirada por el suelo.

El doctor Bellver se tocó el cuello de la camisa.

—Bárbara, por Dios…

Como si la reacción del doctor fuera un regaño, Bárbara dejó escapar un sollozo. De algún sitio, sacó un pañuelo de papel con el que se secó la nariz. Sagrario le masajeó el hombro, reconfortándola. Le pidió que siguiera hablando.

—Él me lo negó. Lo de siempre, que había venido ciego y que no sabía ni dónde se caía muerto. Y que la enferma era yo por insinuar lo que estaba insinuando. Que a lo mejor yo me creía que él era retrasado pero que no lo era, que sabía perfectamente de lo que le estaba acusando. El problema es que desde entonces… —Bárbara presionó

cada ojo con el pañuelo hecho una bola—. Han pasado doce semanas y a la niña no le ha bajado.

Esa vez fue el doctor quien dejó escapar un sonoro suspiro, aunque lo suyo fue más un bufido escandalizado. Argumentó enseguida, sin embargo, algo que ellas sabían: que Perla no tenía un período regular, que no llegaran a conclusiones precipitadas.

Sagrario y Bárbara intercambiaron otra mirada.

—¿Qué? —preguntó el doctor.

Como dando tiempo de recomponerse a su hermana, o como si se hubieran repartido antes de entrar lo que iba a decir cada una, Sagrario explicó que por esa razón, al principio, tampoco ellas le habían dado al retraso, a la falta, la importancia que tenía. Pero ahora sabían que la tenía. Una importancia capital. Le habían hecho una prueba de embarazo a Perla y el resultado había sido positivo.

El doctor hizo algo que solo hacía en público en situaciones de crisis: despeinarse. Dejó caer la cabeza en sus manos, los dedos abriendo en su cabello canales que desbarataron el flequillo, la raya, el cuidadoso engominado. Se masajeó el cuero cabelludo.

—Lo habéis denunciado, claro.

—Vicente. —Bárbara acercó un poco más la silla. Buscó la mano del médico encima de la mesa. Él la retiró—. Vicente, nuestra familia no necesita otro escándalo. Otro más. Y uno tan horrible. El peor de todos. —De sus ojos brotaron lágrimas que no secó, las dejó rodar por sus mejillas mientras seguía hablando—. No me lo merezco. Ni yo, ni mis niñas. Ni el negocio de mis hermanas. Sabes lo que pasará si se descubre esto. Se va a enterar todo el mundo. También ellas, mis hijas. Y eso no quiero, Vicente. Lo tenemos que solucionar entre nosotros. Que no lo sepa Coral. Y que no lo sepa Perla. Sobre todo ella. —Sorbió mocos y se chupó el labio superior—. Que no lo sepa ella, Vicente.

La cabeza del doctor Bellver no había dejado de negar durante toda la exposición.

—De Servando ya me he deshecho —dijo Bárbara—. Te juro por mi vida que no va a poner un pie cerca de mis niñas nunca más. Pero ahora necesitamos corregir este error, Vicente. Hacer el menor daño posible. Que no se convierta en la comidilla para los próximos cinco años, o para toda la vida. Mis hermanas también tienen hijos, son adolescentes. Dime tú cómo van a volver al instituto si se sabe esto. Lo

que les van a decir.

Al doctor le empezó a desagradar el tono plañidero de Bárbara, que repitiera tantas veces su nombre. Vicente, Vicente, Vicente. Ella, la madre ausente, que cuando venía a consulta con alguna de las niñas, si es que venía, respondía con monosílabos, con mala cara, siempre antipática. Pero ahora que le interesaba a ella suplicar por algo, resultaba ser de lo más locuaz.

—Y me contáis esto a mí…, ¿por?

El doctor Bellver se esforzó por hacerse el tonto, pero sabía perfectamente cuál iba a ser esa súplica. De hecho, le habían empezado a sudar las palmas de las manos en cuanto entendió lo que le estaban pidiendo, y no había muchas cosas que le exasperaran tanto como transpirar de más en público. Si vistiendo una camisa azul claro encontraba bajo sus brazos rodales la mitad de grandes que los que tenía Bárbara en ese momento, se ponía una chaqueta por mucho calor que hiciera.

—Iríamos a Renacer —Bárbara bajó la voz al mencionar el nombre de la clínica—, pero no podemos, Vicente. He llamado, no te creas. Pero piden demasiados papeles. Es un lío, van a hacer preguntas, lo van a contar, se va a acabar sabiendo. Necesitamos que esto quede en casa. Entre nosotros.

No pasó desapercibido para el doctor cómo ella le incluía en un nosotros que no existía.

—Vicente, por favor. —Sagrario tomó la palabra mientras su hermana sollozaba—. Confiamos en ti. Nuestras familias siempre se han querido mucho, nos has tratado muy bien siempre. Sabes que tu padre haría esto por su Plácido, lo sabes. Piensa que Perla es su nieta. Los tres sabemos que tu padre no dejaría que esa pobre niña cargue con algo así.

—Tú sabrás hacerlo de manera segura —añadió Bárbara, repentinamente recuperada—. Tendrás algo.

—¿Dices que han pasado doce semanas?

—Doce. Trece a lo mejor.

—Nada. De manera farmacológica ya no se puede. Tiene que ser quirúrgico. En una clínica.

Las dos hermanas se miraron. Bárbara tomó la palabra:

—Tú puedes llevar la clínica a casa. Nosotras no queremos ir a ningún sitio. Y yo ya he leído sobre el tema, sé que no es complicado hacerlo. Solo hay que… aspirar. —Realizó con la boca un ruido de succión, corto y rápido, como si quisiera ilustrar la sencillez de la intervención —. Seguro que puedes hacerlo tú.

El doctor Bellver se levantó de la silla para separarse de ellas. Reforzar visualmente que él no formaba parte de ningún equipo con esas dos mujeres, ni pensaba atender ese ruego que no era solo un disparate, sino también una propuesta salvaje e inmoral. Les dijo que lo que estaban proponiendo iba en contra de cualquier código deontológico. También que él ni siquiera era ginecólogo, que si acaso se pensaban que todos los médicos sabían hacer de todo.

—Por no hablar de que es encubrir un crimen —sentenció—. Servando tiene que pagar por lo que ha hecho.

—El daño está hecho, Vicente —dijo Sagrario—. Que se entere todo el mundo solo va a empeorarlo. Que se entere Perla es traumatizarla. Y a su hermana. Los discursos morales y de justicia, mejor los dejamos para otra gente que no somos nosotras. Que bastante hemos tenido.

—Si lo que te preocupa es Servando… —Bárbara abrió una tijera de dos dedos. La cerró—. Ha pagado. Puedes estar tranquilo, que ha pagado.

El doctor se imaginó el correctivo, pero prefirió no preguntar.

—Mirad, no quiero saber más. —El doctor Bellver empujó su silla bajo la mesa, dando el encuentro por finalizado—. Salid de mi consulta, por favor. Podéis dar gracias de que no esté llamando ahora mismo a la policía. Os concedo mi silencio, nada más. Y no os confundáis: lo que no haría vuestro padre, nunca, sería meter al hijo de su amigo en un lío como este. —Llegó a la puerta y quitó el pestillo—. Por favor, cuidad a esas niñas.

Antes de que abriera la puerta, las hermanas se levantaron. La forma diferente en que lo miraron, con los ojos entornados, inquietó al doctor. Sagrario giró la cara, como para susurrarle a su hermana un secreto al oído, pero lo dijo en voz alta:

—Al final ha elegido chantaje.

Bárbara guardó su pañuelo en un bolsillo.

El doctor Bellver volvió a echar el cerrojo a la puerta.

—Tú eres de los que cree que por irte a otro pueblo, dos pueblos más allá, a la ciudad, ya nadie se entera de lo que haces. Como si cien kilómetros fueran otro mundo. —Bárbara secó su cara con las dos manos—. Pero somos muy pocas, Vicente. En este sector, nos conocemos todas. Y hablamos. A lo mejor te has creído eso de la discreción, pero vaya que si hablamos. Y de ti, mira por dónde, se ha hablado mucho. Te conoce mucha gente. Y lo que pides… No te creas que es tan normal. Cosas así, se comentan. —Había ido acercándose al doctor hasta situarse frente a él—. Puedo hacer hablar a algunas chicas. O decírselo yo misma a tu mujer. Que se enteren tus dos niños. Una infidelidad, pues, bueno, tampoco es para tanto, ¿no? ¿Pero eso otro que pides? ¿Eso otro que has metido varias veces en la habitación? —Bárbara sacó la lengua fingiendo una arcada—. ¿A que ese secreto sí te apetece ocultarlo? ¿A que para ese secreto no tienes tanta moral? Una compañera mía dice siempre que el sexo vuelve locas a las personas. Y va a tener razón. Tus niños, imagínate.

—A mis hijos ni los menciones.

El doctor Bellver quiso sonar amenazador, pero le traicionó la voz frágil de una garganta encogida por el temor.

—Si tú no me ayudas a ocultar mi secreto… —Bárbara sacó su móvil. Enseñó al doctor, a pantalla completa, el contacto de su mujer—. Llamaré yo para contar el tuyo. Siempre me ha caído bien Bea, la verdad. Aunque sé que ella a mí no me soporta.

Al contrario que al doctor, a Bárbara la voz no le falló ni un poquito.

—No harías algo así —dijo él.

—Ya lo estoy haciendo.

A la vista de ambos, Bárbara pulsó el botón que iniciaba la llamada. Incapaz de reaccionar, el doctor oyó los tres tonos, también oyó cómo su mujer respondía al móvil. Y cómo preguntó «¿Sí?», con esa entonación dubitativa con la que se atiende a llamadas de un número desconocido. Bárbara concedió unos segundos al doctor. Ante su inacción, se acercó el aparato a la boca. Se humedeció los labios. Fue en ese momento cuando el doctor Bellver interrumpió la llamada presionando el botón rojo.

—¿La amistad de nuestros padres queda reducida a esto? ¿A este chantaje asqueroso?

Bárbara, que estaba más que curtida en encajar miradas decepcionadas, ofendidas y repugnadas, tan solo contestó que suponía que sí.

Durante los dos días siguientes, los que dejaron transcurrir hasta la intervención, el doctor se convenció a sí mismo de que el embarazo de Perla podía poner en riesgo su vida y que interrumpirlo era en realidad un beneficio para ella. Esa fue la racionalización a la que se aferró para poder llevar a cabo el procedimiento, el cual tuvo lugar en el cuarto de la niña, que ya conocía de otras visitas anteriores. Lo que había dicho Sagrario sobre la sencillez de la intervención era verdad, podía llevarse a cabo en menos de diez minutos. El doctor reunió el instrumental necesario e informó a Bárbara de cómo debía preparar a Perla, a la que mantendrían sedada durante todo el proceso. En la madrugada acordada, Bárbara abrió la puerta al doctor. Él la notó intoxicada, sucia. Parca en palabras y medio ausente. Ella le dijo que hiciera sus cosas tranquilo, que estaban solos. Servando ya no vivía ahí y Coral se había ido a dormir a casa de Sagrario. Perla no reaccionó a nada de lo que le hizo el médico, pero su cuerpo respondió de manera normal, sana. Se dilató cuando debía dilatarse y la breve aspiración con la cánula transcurrió sin complicaciones.

Mientras recogía el instrumental, horrorizado con la abominación que acababa de tener lugar en esa habitación, el doctor pensó en su padre. El amigo del dueño del Hotel Restaurante Plácido. El primer doctor Bellver era un hombre letrado pero rudo, un médico a la vieja usanza, bruto y falto de tacto. En sus pacientes no veía personas sino cuerpos, cúmulos de carne, órganos y piel. En privado, con más pragmatismo que crueldad, hablaba de los seres humanos y sus malestares como un granjero hablaría de su ganado. Ni la muerte ni la enfermedad suponían para él grandes dramas. En ocasiones aplicaba a su medicina una frase que usaba su mujer en la cocina: si una carne se pone mala, se tira y ya está. Recordando esa frase, el doctor salió de la habitación y abandonó el lugar sin despedirse de Bárbara. Fue acelerando la velocidad de sus pasos a medida que bajaba las escaleras. Quería llegar cuanto antes a su coche porque allí tenía bolsas, toallitas húmedas y clínex, pero no le dio tiempo. Acabó vomitando en mitad del aparcamiento. Aunque abrió mucho las piernas, no pudo evitar mancharse los zapatos y los pantalones.

Yo también noté malestar en el estómago, en el pecho, al terminar de escribir el capítulo. La historia había tomado un cariz tan desolador que el corazón dolía con cada palabra. Perla resultaba ser víctima de un abuso mucho mayor que el de las peores elucubraciones. Con el paso de los días, su huida cobraba mayor sentido. A base de hondas respiraciones, logré asentar el estómago. Pude escapar del horror sensorial del cuarto de Perla gracias al olor del friegasuelos floral con el que me habían limpiado la habitación en el nuevo hotel.

Había escrito el capítulo novelizando una carta abierta que el doctor Bellver había publicado en su bitácora, un blog entre privado y profesional que mantenía desde hacía años, desde aquella época en la que todo el mundo se abría uno. En la misma carta contaba cómo, igual que había oído dos golpecitos de nudillos en su puerta entornada antes de que Sagrario y Bárbara accedieran a la consulta para chantajearlo con mil mentiras —como la de que Bárbara había roto la relación con Servando—, había escuchado también dos golpes contra la puerta entornada, pero de una mano abierta, la mañana que una pareja de policías se personó en su lugar de trabajo. Le dijeron que necesitaban hacerle unas preguntas. Sobre una de sus pacientes. La niña que estaba desaparecida. Perla. Le dijeron que les había llegado una información importante acerca de esa paciente suya. Mencionaron también al escritor que la tarde anterior le habría estado haciendo preguntas al respecto. Esa fue la primera vez que mi presencia se inmiscuyó en el devenir del caso, de otras que vendrían después.

Ante los policías, el doctor Bellver se protegió negándolo todo. Les llegó a defender la misma mentira que me había contado a mí: que un embarazo de Perla era médicamente inviable. Que no hicieran caso de los rumores. Pero la visita de los agentes le abrió los ojos o le removió la conciencia porque, según contaba en la carta, horas después de negarlo todo, asumió que su silencio podía estar reduciendo considerablemente las probabilidades de encontrar con vida a Perla. Si finalmente llegaba a conocerse que la niña aparecía muerta por un margen de días o incluso horas que él podría haber reducido con su colaboración, no se lo perdonaría nunca. Tampoco lograba perdonarse ya lo otro que había hecho, y aún lo atormentaban el sonido de succión y el bochorno de aquella madrugada, el ambiente perverso en aquella casa en la que Bárbara veía vídeos cortos en su móvil, en el

sofá del salón, mientras él intervenía a su hija en el dormitorio. El doctor había logrado convivir con ese remordimiento, convenciéndose de que había protegido a su mujer y a sus hijos —quizá también la vida de Perla—, pero la visita de los policías trajo consigo una culpa monstruosa, indoblegable, que lo desarmó. Y supo que había llegado el momento de confesar.

En la misma carta explicaba el motivo para escribirla: quería contar la historia con sus propias palabras. Sabía que, en cuanto la noticia trascendiera, los vecinos, el público y los medios la deformarían a base de elucubraciones y sensacionalismo, así que había preferido adelantarse. Y pedir infinitas veces perdón. Relataba que, antes de publicarla, ya le había contado a su mujer todo lo que tenía que contarle, que eso era un problema que pertenecía a la esfera de lo privado ante el que pedía discreción. Intuía que no se le iba a conceder tal deferencia, pues presagiaba un salvaje desprecio popular hacia su figura y sus acciones, pero suplicaba que se pusiera en valor su honestidad a la hora de revelar el motivo del chantaje y otro montón de detalles tan concretos y reveladores sobre lo ocurrido aquella fatídica tarde en su consulta y aquella horrible madrugada en el Hotel Restaurante Plácido. Si alguien consideraba oportuno apreciar mínimamente su confesión, pedía que se lo agradecieran con respeto hacia su familia. Sobre todo hacia sus niños. Terminaba la carta anunciando que, en cuanto publicara la entrada en el blog, iría a confesar el delito que le correspondiera a comisaría. No le preocupaba arrastrar con él a sus chantajistas. Les había perdido el miedo.

En el baño de mi habitación —donde el servicio de limpieza me había renovado todos los productos de acogida—, me mojé la nuca. La cara. Recordé la sonrisa encantadora del doctor, su dedicación, su educada presencia. La manera en que me había negado toda la verdad, varias veces, inventando para mí datos sobre el historial médico de Perla porque era a él a quien no le convenía que se supiera que la niña estaba embarazada. Recordé a Damián aventurando acertadamente en el polígono que sería el doctor el que estaba mintiendo y me sentí imbécil por haberme dejado engañar.

Dejando atrás el aire acondicionado del cuarto, salí al calor de la terraza, superado por el horror de lo escrito. Por primera vez de manera tan rotunda, sin ninguna fisura, me alegré de la huida de Perla. Incluso deseé que se hubiera llevado con ella a Coral.

51

En el aparcamiento del Hotel Restaurante Plácido había menos coches de los que cabría esperar cualquier día a esas horas. De los pocos que había, algunos llevaban en el salpicadero folios impresos con logotipos de medios de comunicación. Me aseguré de que no estuviera el camión de ALITRANS. Miré desde fuera del comedor, entre las letras que escribían MENU DEL DÍA. Sabía que Sagrario no iba a estar —según las últimas noticias permanecía detenida en dependencias policiales—, pero no estaba seguro de que Ángela hubiera decidido ir a trabajar esa jornada. La imaginé quedándose en casa con Coral.

Ella me vio a través del cristal, mientras usaba el grifo de cerveza. Me animó a entrar.

—¿Cómo estás?—Dejé la mochila sobre un taburete.

—¿Tú qué crees?

Nunca había visto a Ángela dejar de moverse mientras hablaba, dejar de recoger, cortar o escurrir algo, pero ahora apiló una mano sobre la otra, en la barra.

—Ahí mismo. —Su mirada se humedeció—. Ha pasado ahí mismo. Delante de mis ojos.

—Ni se te ocurra culparte, Ángela. —Añadí mi mano a la pila—. Lo han hecho a tus espaldas. De las de todo el mundo.

Ella se encogió de hombros, sin hallar consuelo en lo que le decía.

—En el hotel. Sagrario. Con Bárbara. Su médico. —Cada palabra le sonaba más improbable que la anterior—. Mi pobre Perla…

El vello de sus antebrazos se erizó y pude sentir el mismo escalofrío que la recorrió a ella. Le pedí disculpas por haber hablado con la policía y provocado con ello la confesión del doctor, aunque no le dije que quien me había filtrado a mí la información había sido su propio hijo. En la expresión de Ángela, adiviné lo tentadora que le sonaba la idea de no haberse enterado de lo que ocurría, de haber seguido viviendo con una venda en los ojos, pero acabó sacudiendo la cabeza.

—Si eso es la verdad, tenía que saberse.

Justo lo contrario de lo que habían pensado sus hermanas.

—Y es que, mira —continuó—, de Bárbara me espero cualquier cosa a estas alturas, ¿pero Sagra? ¿Qué ganaba ella? Con lo que nos ha hecho sufrir a las dos.

Sus palabras evocaron muchos de los pasajes que ella misma me había contado sobre el pasado familiar, las dos hermanas mayores luchando por Bárbara al principio y contra Bárbara después. Le recordé, sin embargo, cómo Sagrario había sido la primera en apoyar a Bárbara en aquella mentira acerca de Perla y Coral siendo mellizas. Ella se quedó pensativa, como valorando si acaso podía existir entre sus hermanas una relación mucho más profunda de lo que ella conocía. Una alianza secreta de fraternal sororidad entre la hermana mayor y la menor, de la que hubieran excluido a la mediana. En ese nuevo mundo de turbios escenarios al que la dura realidad la había condenado, cualquier cosa era posible.

—Había una señora contigo cuando fuiste a comisaría, ¿verdad? —me preguntó—. Con andador. Y tejiendo probablemente.

Asentí.

—Si es que… Estaba claro. Cosa que sabe alguien de estos pueblos, cosa que llega hasta la última casa del monte. Aquí es imposible guardar un secreto.

—Tus hermanas casi lo consiguen.

—Tú lo has dicho: casi. Al final, la verdad siempre sale.

Retiró sus manos de la barra. Anudó un mandil que no necesitaba ser anudado y colocó trapos y estropajos que ya estaban en su sitio. Tratando de aportar la mayor normalidad posible a esa media mañana, me preguntó si quería algo de almorzar.

Le pedí un café con leche, haciéndole saber lo mucho que había echado de menos sus cafés en el otro hotel en el que me estaba alojando. Me preguntó cuál era. También me pidió perdón por el desahucio nocturno que había llevado a cabo su hermana.

—Tú sabes que, por mi parte, puedes volver —me dijo—. Cuando quieras. Hoy mismo. Ahora ya sabemos por qué ella no te quería aquí. —Chasqueó la lengua—. La molestaban demasiado tus preguntas.

—¿Coral cómo está?

—Yo qué sé. —Vació un portafiltro de la cafetera con fuertes golpes contra el cajón de posos—. No ha dicho nada desde ayer. Mira que la quiero con locura, pero hay veces que le daría un sopapo. Que reaccione, que grite, que rompa esa maldita casa.

—Es lo que hizo su hermana.

—Pues a lo mejor debería hacerlo ella también. Fugarse por ahí en busca de una vida mejor, lejos de esta mierda de familia. —Rellenó de café el portafiltro con una mano temblorosa. Peleó para encajarlo en la máquina. Cuando logró completar con dificultad esa tarea tan sencilla, dejó caer los hombros—. Perdóname. No sé ni lo que digo. En realidad no pienso eso. Estoy cansada. Muy cansada. De Perla tampoco hay nada nuevo.

—A lo mejor ahora es más probable que vuelva.

Se quedó mirando cómo se llenaba la taza, perdida en pensamientos tan oscuros como el chorro de café. Mientras me servía la leche, noté un temblor en su barbilla.

—Mis hermanas… —Apoyó la jarrita metálica como si de pronto la agotara sostenerla—. Delante de mis ojos.

Se llevó una mano a la boca, tratando de contener un sollozo que se le escapó igualmente entre los dedos. Bajé del taburete con la intención de abrir la compuerta de la barra, pero ella me indicó que no lo hiciera.

—Tranquilo —dijo con una profunda inspiración—. Ya se me pasa.

Recuperó la lechera y terminó de rellenar mi taza.

Le pregunté si le parecía bien que subiera a hablar con Coral.

Coral abrió la puerta en cuanto vio, por la ventana, que era yo quien llamaba. Me invitó a pasar de la manera educada y formal en que lo haría una joven adulta, pero la ilusión por verme que delataba su sonrisa era más propia de una niña. El medio camino entre dos lugares. Enseguida rememoró nuestro encuentro furtivo de la noche anterior, silbando la misma melodía de tres notas.

—Te prometí que aprenderías —dije.

El brillo intensificado de su sonrisa desveló lo poco acostumbrada que estaba a que alguien cumpliera sus promesas. Descalza, se desplazó al sofá, se sentó. Le pregunté cómo se encontraba. La luz de su rostro se apagó de repente, con la inmediatez con la que se funde una bombilla.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Es por lo de ayer?

Ella empezó con un asentimiento que se acabó transformando en negación.

—Es que creo que mamá se ha muerto.

—Coral, claro que no.

Pero ella volvió a asentir.

—Lo he soñado. —Apretó los labios como enfrentando una terrible certeza—. Era muy real.

Me senté junto a ella sacando mi teléfono móvil. Sin mostrarle la pantalla, deslicé el pulgar por un feed infinito de noticias. Le aseguré que en ninguna de ellas ponía nada al respecto, que estuviera tranquila.

—Mamá se ha muerto. —Su propia convicción se fue diluyendo hasta acabar transformando la afirmación en pregunta—: ¿Se ha muerto mamá?

Adjudiqué su mal presagio a la inquietud causada por los eventos de la noche anterior, aunque no sabía cuál era la información que ella manejaba al respecto.

—No he visto a mi madre desde… —La mandíbula de Coral se tensó, activando ese sistema de seguridad que le cerraba la boca en cuanto intentaba hablar de aquella madrugada, resultándole físicamente imposible siquiera mencionarla—. Quiero verla.

Tras lo vivido esa horrible noche, cualquier pesadilla que Coral tuviera podía no ser solo un mal sueño del que acabar despertando, sino una realidad ineludible que transformara su vida para siempre. Como real fue la terrorífica pesadilla en la que Perla salía de la cama para intentar matarlos a todos. El triunfo de ese terror, de ese pesimismo, era algo doloroso de ver ocurrir en la mente de una niña.

—No ha pasado nada, Coral. Solo has tenido una pesadilla. —Intenté sonar lo más convincente posible—. Tu madre sigue en el hospital. Está bien.

Me escuchó, pero vi en sus ojos que no me creía. Sujetaba entre los pulgares la cadena de su colgante, frotándose la barbilla contra ella, a un lado y a otro.

—¿Puedo ir a verla?

Detuvo el movimiento de fricción esperando una respuesta que no dependía de mí.

53

En la barra del comedor, le pregunté a Ángela si sabía algo nuevo sobre Bárbara.

—No, ¿por? —Hubo alarma en su rostro. Miró su móvil, alzó la voz—: ¿Ha pasado algo? No me ha llamado nadie.

Se calmó en cuanto le dije que no era eso. Le conté la pesadilla de Coral, la petición que me había hecho. Ángela se extrañó, dijo tener la sensación de que la niña había dormido bien, a pesar de lo ocurrido. Y a ella no le había hablado de esas ganas de visitar a su madre en el hospital.

—Se ve que te la vas ganando. —Enjuagó unos vasos en el fregadero —. Ya confía más en ti que en su tía.

Me ofrecí a llevar a la niña si ella no podía cerrar el restaurante.

—¿Cómo voy a poder si estamos sin Sagrario?

Le repetí que a mí no me importaba llevarla. En el coche no tardaríamos nada. Era un ofrecimiento sincero motivado por el deseo de complacer a Coral, pero mentiría si no dijera lo valioso que se me antojaba para la novela un viaje al hospital. Era uno de los lugares de visita obligada que aún tenía pendiente y aquella era la oportunidad perfecta.

—Sí, claro, lo que nos faltaba. Que se entere Sagrario de que has vuelto y que encima te has llevado por ahí a la niña. —Lo soltó como lo hubiera soltado dos días atrás, supeditada a los modos de Sagrario, pero enseguida cayó en la cuenta de lo mucho que había cambiado la situación. Y lo poco que debía respetar ya cualquier cosa que dijera su hermana—. ¿Sabes qué? Que claro que puedes llevarla. Que salga esa niña, que pasee, para una vez que lo pide. Pero llévala también a tomar un helado, no solo al hospital.

—A lo mejor prefieres que la lleve tu marido esta tarde.

Ángela lo pensó. Cerró el grifo, se colgó un trapo del hombro.

—Nada, llévatela ya, que luego a lo mejor se arrepiente. Y aunque no os dejen entrar a verla, así la niña nota que le hacemos caso.

—¿Tú crees que no le van a dejar?

Ángela dijo que casi seguro que no. En la uci eran estrictos con los horarios. Lo que sí podía intentar era que algún médico o enfermera le confirmara el pronóstico de Bárbara directamente a la niña. Así ella comprobaría de primera mano que su madre seguía viva, si era eso lo que tanto la preocupaba. Ángela me pidió que no me fuera del hospital sin conseguirlo.

—Si te preguntan, tú di que eres un buen amigo de la familia. —Lo pensó mejor y añadió—: Un buen amigo de Ángela.

Apretó mi mano sobre la barra, agradeciendo mi apoyo, aunque a ella no se le dieran bien las muestras de afecto.

Coral viajaba con la mirada fija en la ventanilla, viendo pasar el tórrido paisaje de colores amarillos y pardos, pero sin siquiera enfocarlo ni comentar nada sobre él. Como si no lo viera. Me había imaginado que el viaje en coche sería para ella una apreciada distracción. Querría haberla visto como el cachorro feliz, liberado, que viaja con la cabeza fuera de la ventanilla dejando volar la lengua, pero se parecía más a la perra abatida de expresión triste que sabe que la llevan al veterinario y se pregunta por qué sus amos le hablan suave y la acarician más que de costumbre.

—No ha pasado nada, Coral. De verdad.

Escuchó pero no respondió, llevaba la mente nublada por esa cegadora preocupación por mamá. Recordé que esa misma preocupación —«mamá está muerta»— era la única que había verbalizado, tirada en la carretera, la noche nefasta en que escapó del hedor.

—¿Quieres que luego aprovechemos y vayamos a algún otro sitio? —pregunté—. Podemos ir donde sea. Al mar, si quieres. Tenías muchas ganas de ir.

Me miró desde el asiento del copiloto. Su rostro irradió el anhelo que le provocaba la idea —sus pies se movieron sobre la alfombrilla—, pero enseguida neutralizó su reacción. Negó con la cabeza.

—Solo quiero ver a mamá.

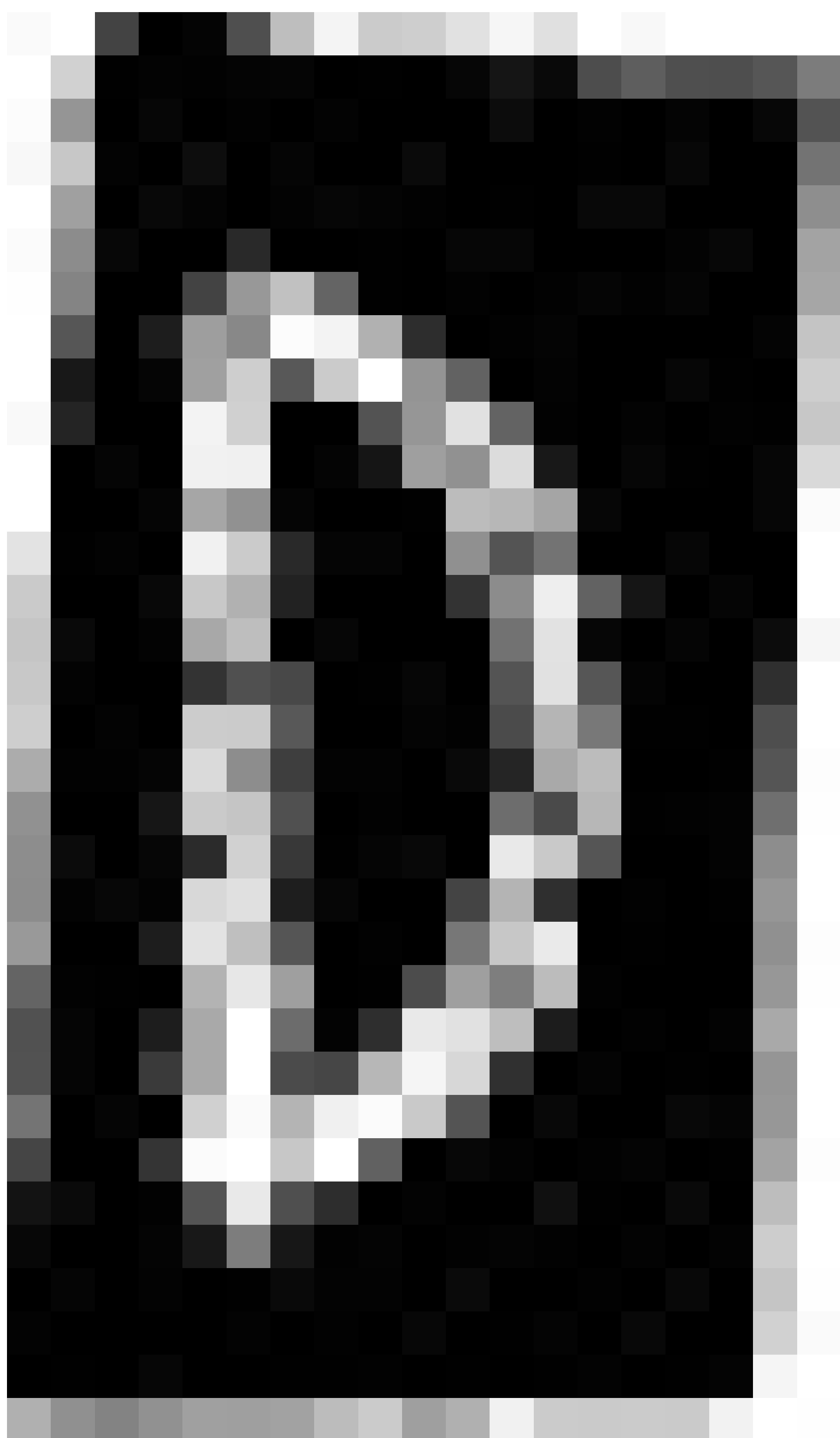
Parecía incapaz de abandonar el terror de su mal presagio. Vi que se frotaba los brazos y bajé un poco el aire acondicionado. Se había vestido con un pantalón corto adornado con parches, unas playeras blancas. La camiseta era la misma que llevaba en casa. Las uñas se las había pintado en un gama de colores fríos.

Antes de bajar del coche, aparcados ya en el hospital, anunció que me había traído algo. De un bolsillo, extrajo una de sus manualidades.

—La que no pude darte anoche. —La dejó, volteada, sobre el salpicadero—. Ya solo faltan dos.

Le pregunté si quería que la mirara ahora o prefería que no. Se encogió de hombros, la decisión era mía. Para demostrar mi firme

interés en sus letras, le di la vuelta allí mismo:



Froté restos de purpurina en mis dedos. Tan aprendida como tenía la secuencia anterior de caracteres —«S O S O S A O L»—, aquella letra desplegó en mi mente un abanico mucho más amplio de posibles palabras. Mi cerebro se desató formando nuevos vocablos que incluían la «D»: «lado», «osado», «saldo», «lodo», «dos», «oda», «sado», «doloso». Anticipé el momento de poder juntar esa manualidad a las demás para formar combinaciones visualmente, como en una partida de Scrabble. Podía probar también a introducirlas en alguna web generadora de anagramas. Respetando los tiempos del extraño juego de la verdad de Coral, le di las gracias y guardé la letra en la guantera.

—¿Preparada?

Señalé el hospital frente a nosotros.

Ella asintió, cerró el vehículo de un portazo.

55

Con las mascarillas puestas, atravesamos una zona de recepción llena de gente que sacaba los tickets de sus citas metiendo la tarjeta sanitaria en máquinas de pantalla táctil. Otros tantos guardaban cola en ventanillas atendidas por seres humanos. Muchos hacían tiempo sentados en la zona de espera, en la que apenas había asientos libres. Sonaban teléfonos, lloraban niños, ancianos extranjeros hablaban en inglés a trabajadores que no los entendían. A pesar de que la mascarilla protegiera la identidad de Coral, algunas cabezas se giraron hacia nosotros. Identifiqué codazos como los que se daban los comensales del Plácido cuando el hotel aparecía en la televisión del comedor. Dos chicas se levantaron de la silla, nos persiguieron algunos metros, susurraron entre ellas. Una nos adelantó para grabarnos de frente con el móvil. Coral dirigió la cara al suelo.

La entrada a la unidad de cuidados intensivos estaba en la primera planta, precedida de una sala de espera que se encontraba vacía. Como había dicho Ángela, un cartel informaba de las únicas dos veces que se permitía la entrada a lo largo del día. El horario anterior de visita había sido hacía dos horas, para el siguiente, faltaban cuatro. Le dije a Coral que esperaríamos a que alguien entrara o saliera para intentar conseguir el permiso.

Un enfermero fue el primero en salir, frotando sus manos enguantadas con gel hidroalcohólico. En cuanto vio que nos acercábamos, anunció que no había más visitas hasta las siete. Le expliqué que la niña que me acompañaba era Coral. La de las noticias. La hermana de Perla, hija de Bárbara. Coral se bajó la mascarilla para mostrar su rostro, como quien enseña una identificación. Un asentimiento del enfermero reveló que estaba enterado del caso. Le conté que Coral no había visitado a su madre desde la noche del incidente, pero que hoy había sentido unas ganas inmensas de verla. Que estaba preocupada y tenía un mal presentimiento. Muy malo. El peor de todos.

—Preciosa, no te preocupes. —El enfermero le habló directamente a ella, le tocó una mejilla—. Tu mamá está aquí dentro y la estamos cuidando muy bien. Está sedada, eso sí, dormidita. Pero estable.

La tímida reacción de Coral dejó claro que no iba a ser suficiente para convencerla.

—Necesita asegurarse —dije yo.

El enfermero insistió en que había un horario establecido. Que volviéramos más tarde, como hacían los familiares de todos los demás pacientes. Mencioné las complicaciones que podían surgir al mezclar a Coral con tanta gente. Si alguien la reconocía, sería un incordio para todos. Podría acabar atrayendo a la prensa y todo. Ahora, sin embargo, ella solo necesitaba entrar y salir. En tres minutos, el problema estaría resuelto. Y una niña preocupada por su madre se quedaría mucho más tranquila.

—Solo quiero verla —dijo Coral.

El enfermero le frotó el brazo. Cuando pidió que nos hiciéramos cargo de que no era horario de médicos y nadie podría informarnos del estado de la paciente ni de su pronóstico, supe que estábamos a punto de entrar.

—Cinco minutos —dijo el enfermero, antes de cambiar el sentido de la marcha de su zuecos, de vuelta a la uci—. Y usted la acompaña. La menor es responsabilidad suya.

Antes de acceder, nos pusimos bata, guantes y calzas de plástico azul.

El enfermero nos acompañó, sorteando camillas y monitores, hasta la entrada del box en el que se encontraba Bárbara. Una vez allí, debió de conmoverse ante el inminente reencuentro porque le dijo a Coral que se olvidara de los cinco minutos y se tomara todo el tiempo que necesitara. Después, hizo una seña a una compañera, dejándonos a su cargo con un chasquido de dedos, y se marchó.

Accedimos al box por los pies de la cama. Coral emitió el súbito hipido que causa una fuerte impresión. Del cuerpo de su madre emergían tantas vías, llaves, sondas, tubos y cables que parecía una máquina más de todas las que rodeaban la cama. En lo alto, colgaban diversas bolsas de soluciones parenterales. Los brazos de Bárbara, extendidos a los lados, sobre la sábana, se veían muy hinchados. Uno estaba completamente morado, de algún derrame, o varios, provocados por la vía u otros pinchazos, inyecciones, extracciones. Apenas había separación entre los dedos de las manos inflamadas. En lo abultado de las piernas bajo la sábana entreví el perfil de unas férulas. Números, valores, porcentajes, frecuencias y ondas de diferentes colores bailaban en los monitores. Se oían varios pitidos, pero el sonido más presente era el de la ventilación mecánica: la repetitiva y artificial respiración que mantenía con vida a Bárbara.

Coral se había quedado petrificada a un lado de la cama. Resultaba sencillo imaginar el impacto al que se enfrentaba, viendo a su madre intubada, con la boca abierta como la de un cadáver y el rostro tumefacto. A mí me costaba reconocer a la mujer sobre la que tanto había escrito. Intenté animar a Coral señalando los valores del único monitor que creía entender, uno que mostraba la tensión, la frecuencia cardíaca y la saturación. Sin estar muy seguro de mis palabras, le dije que ahí tenía la prueba de que todo estaba bien. Su madre estaba viva, estable, recuperándose. Su pesadilla no había sido premonitoria.

Ella tan solo asintió.

Dio un paso más hacia la cama.

Afectada, llevó una mano al pecho de su madre. Esperó a que el aire del respirador le llenara los pulmones a través del tubo. Suspiró levemente al comprobar que, de verdad, mamá estaba viva. Porque respiraba. Aunque fuera gracias a una máquina.

Coral se quedó mirando al rostro de Bárbara, que no podía mirarla de vuelta.

Después, retiró las manos del pecho de ella y las llevó a su cadenita en el cuello.

—Mira lo que me he puesto —susurró.

Extrajo el colgante de coral y se lo mostró a su madre, aunque ella tuviera los ojos cerrados.

Me resultó una escena de lo más emocionante.

Hasta que recordé que Coral me había dicho que a su madre no le gustaba nada ese colgante y no le dejaba ponérselo.

Una descarga de temor recorrió mi cuerpo.

Pero ya era tarde.

Coral había agarrado el tubo del respirador.

Y tiró de él con todas sus fuerzas.

El primer tirón tan solo sirvió para sacudir la cabeza de su madre. Volvió a tirar con las dos manos. El cuerpo convulsionó, revelándose contra aquello que quería robarle la tráquea. Incapaz de sacar ese

tubo, Coral atacó otros, los que iban hacia el ventilador. Separó algunas conexiones que parecían capitales. Después arremetió contra la maraña de vías. Arrancó catéteres que iniciaron hemorragias en el brazo. Tiró de un sonda.

Silbaron cosas.

Me salpicaron otras.

Observé esos pocos segundos como a cámara lenta, tan impactado que mis pies parecían anclados al suelo. Fue el pitido estridente, continuo, de uno de los monitores, lo que me sacó de mi abstracción.

Salté enseguida a por Coral. Le caían lágrimas de los ojos, gritaba contra la mascarilla. Golpeaba el rostro de su madre con la mano abierta, dando bofetadas a una carne casi inerte, en un aplauso siniestro. Traté de contener su furia absoluta y descontrolada, un huracán de extremidades, como las del gato que se resiste a ser abrazado.

Mis alaridos se unieron a los gritos de ella hasta que un equipo de enfermeros irrumpió en el box. Accedieron con la profesional resolución de quien se sabe capacitado para sortear una emergencia, pero su compostura se resquebrajó al ver a la niña enfurecida que atacaba todo el aparataje que se pusiera a su alcance. La alarma que percibí en el equipo me impulsó a tirar de Coral con mayor brusquedad. Logré separarla de la cama y reducirla con mi cuerpo, mientras ellos se centraban en Bárbara, intentando mantener el protocolo de emergencia, pero superados por el ilógico e imprevisto destrozo del instrumental.

El escándalo atrajo a más gente. Alguien pidió a gritos que nos sacaran de allí. Sentí caer una tenaza en mi hombro, un intenso dolor en el trapecio. Sin soltar a Coral, alguien nos arrastró, de espaldas, de vuelta a la salida.

Nos expulsaron a la misma sala de espera en la que habíamos negociado con el enfermero. Llegué a ver que era un celador el que nos echaba, largo y ancho como un colchón. Corrió de vuelta a la uci.

Mientras nos recomponíamos, apareció por el pasillo, regresando acelerado, el enfermero que nos había dejado pasar. La comprensiva mirada sobre su mascarilla se había transformado en una de pura rabia. Al pasar junto a nosotros, dijo:

—Puta familia de frikis.

Y antes de entrar a la unidad, añadió:

—Ya viene seguridad a por vosotros.

Coral escapó hacia el pasillo contrario por el que habíamos venido.

Permanecí con las manos en el volante, aparcado frente al hospital, sin saber qué hacer. A mi lado, en el asiento del copiloto, Coral luchaba contra su respiración jadeante, resultado de la carrera. Yo también recuperaba el aliento en el habitáculo calentado al sol. La había perseguido por el pasillo convencido de que huiría lejos, sin destino definido, pero su fuga desembocó en mi coche.

—¿Qué has hecho?

Sin mascarilla, pude leer mejor su rostro, identificar la sonrisa contenida contra la que luchaba.

—Coral, ¿qué has hecho?

Jadeó en silencio, agotada pero exultante.

Había salpicaduras de sangre en su ropa. Tenía un moratón en el brazo.

Miré al exterior, alrededor del coche, anticipando la aparición de vigilantes de seguridad, de policías. Una masa enfurecida de enfermeros con ganas de linchamiento. Pero no ocurrió nada. La gente entraba y salía del hospital con normalidad, subía y bajaba las escaleras con buenas o malas noticias, mejores o peores pronósticos. Yo seguía oyendo en mis oídos el latido frenético de mi propio corazón, los gritos del equipo de la uci, las bofetadas de Coral al cuerpo de su madre.

—Te enteraste de lo que le hicieron a Perla.

La confesión del doctor habría llegado de alguna manera hasta ella. Coral tardó en reaccionar, pero acabó concediendo. Los relieves de la personalidad de Coral, la orografía emocional de esa niña infranqueable, se me revelaron más escarpados que nunca.

—Me mentiste —concluí—. Antes. La pesadilla, el miedo. La preocupación por tu madre.

Me dedicó el asentimiento satisfecho de quien ha ejercido una venganza. En la profundidad de sus ojos me asomé a un paisaje aún más impenetrable y misterioso de lo que ya era, con barrancos

insondables e inquietantes precipicios. La respiración de Coral se fue relajando. Sospeché que una niña que mantenía un zócalo secreto en su estantería tendría escondites parecidos en su alma. La cara con la que Coral me escuchaba no ayudó a reducir mi inquietud. Había algo tenebroso en la oscuridad de sus nuevos abismos.

El tono de mi móvil rompió el turbador silencio entre nosotros.

En la pantalla apareció el nombre de Ángela.

Lo dejé sonar sin responder.

El timbre impaciente me incitó a tomar la decisión de marcharnos. Había concedido el tiempo suficiente para que alguien hubiera salido a por nosotros. Esa seguridad a la que el enfermero había aludido, amenazándonos, tendría que haber venido ya a buscarnos. Disponían del testimonio de decenas de testigos que nos habían visto correr hacia el aparcamiento exterior, donde seguíamos estando. Pensé que quizá, si en la uci habían conseguido controlar la emergencia, el propio hospital podía preferir ocultar el episodio. La brecha en su seguridad. Era responsabilidad de ellos haber dejado entrar a dos personas fuera del horario establecido. Una de ellas ni siquiera era familiar del paciente. El ataque, además, lo había protagonizado una menor, que podía escudarse en algún tipo de reacción traumática ante la visión de su madre enferma. Si habían logrado estabilizar a Bárbara, a lo mejor no nos enfrentábamos a un escenario tan terrible. El arrancamiento de vías había resultado muy escandaloso, pero si eran solo las del brazo no conllevaría graves complicaciones. Me preocupaban más los tubos del ventilador que Coral había desconectado.

Pisé el acelerador antes de detenerme a pensar en las consecuencias que acarrearía la muerte de Bárbara en esas circunstancias. No quité la mirada de los retrovisores, de los tres, temiendo la aparición de luces azules, coches patrulla.

El teléfono volvió a sonar. Ángela. Se lo entregué a Coral, le pedí que respondiera. Ella atrapó sus manos bajo las piernas, en el asiento. Escapó con la mirada a la ventana, a los mismos terrenos baldíos y pajizos de antes. Ahora pasaban a mayor velocidad.

En cuanto tomamos la salida del Plácido, vimos a Ángela en el exterior del comedor. Caminaba con el teléfono en la oreja, la otra mano en la parte baja de la espalda, dando pasos a un lado y a otro. La habían informado. Deseé que la hubieran llamado a causa del

incidente, no para darle una fatal noticia sobre su hermana. Al oír el motor, nos miró, arrugando los ojos al sol. Se dirigió a la portezuela del acompañante antes de que el coche se detuviera por completo. Apeó a Coral tirándole del brazo.

—¿Qué has hecho? ¿Qué ha pasado? —La cogió de los hombros, como si fuera a sacudirla. Descubrió las salpicaduras de sangre en su camiseta—. ¡Coral!

Nunca había visto a Ángela alzar la voz de esa manera. Su sobrina no respondió. Ante su silencio, me miró a mí.

—No sé, pasó de repente —comencé a decir—, estaba justo al lado de ella y…

—Si es que la culpa es mía —me interrumpió—. En qué estaría yo pensando. Dejarte a la niña.

La rabia en su voz también era inédita. Pregunté cómo estaba Bárbara.

—¿Te importa de verdad? ¿O es que necesitas saberlo para tu libro?

Sus ojos se inundaron, de pronto, del mismo recelo que solía haber en los de Sagrario. Con las manos, peinó a su sobrina. Le dijo que su madre estaba bien. Bueno, bien no, pero igual que antes. Le preguntó por qué había hecho semejante barbaridad. Ella se encogió de hombros.

Ángela volvió contra mí:

—Últimamente estás metido en todo lo que pasa. Es como si lo forzaras.

Iba a replicar que no había hecho nada más que ofrecerme a cumplir una petición de la niña. Que, en todo caso, yo también había sido víctima de la insospechada manipulación de una Coral desconocida hasta el momento. Llegué a formar en mi cabeza la frase «ha sido ella», pero no quise oírme culpando a Coral de nada. Preferí asumir que una parte de mí sí había querido aprovechar, por puro interés, la oportunidad de visitar con ella el hospital, o de provocar antes de tiempo el reencuentro entre madre e hija. En lugar de rebatir lo que decía Ángela, lo acepté como crítica. Quizá debía, a partir de ese momento, limitarme a observar sin intervenir, sin denunciar, sin visitar comisarías ni hospitales.

Fue la propia Coral la que dijo lo que yo había callado:

—No es culpa suya. He sido yo.

Su tía suspiró con una mano en la frente.

—Ángela —intercedí—, te prometo que…

Ella levantó un dedo, callándome.

—Mira, yo no te voy a echar de malas maneras como hizo mi hermana. Pero sí te voy a pedir, educadamente, que te vayas. Y que no vuelvas. No tiene ningún sentido que vuelvas. Metí la pata la primera noche que te dejé quedarte, pero es que realmente… —Realizó una pausa silenciosa, con toma de aire incluida, la que antecede a las verdades más dolorosas—: No pintas nada aquí.

Sus palabras dolieron más que las ofensas de Sagrario y las amenazas del camionero. Aquellos insultos eran mentira, y los zarandeos, inmerecidos. Pero esto que decía Ángela podía ser verdad.

No pintaba nada ahí.

Si quería terminar mi libro, podía seguir el caso por los periódicos, la televisión, Internet, redes sociales. Escribirlo como se han escrito otros tantos libros de true crime: a partir de la documentación existente. Material no me iba a faltar, el suceso seguía siendo el favorito de los medios ese verano. Podría estar al tanto de todo, minuto a minuto, en cualquier lugar. Incluso estando ahí alojado, había noticias de las que me había enterado antes por las redes, así que igualmente podría trabajar en mi casa.

—Es mejor que te vayas —concluyó Ángela.

En su rostro serio y desconcertado vi que no le encontraba sentido a mi presencia allí. En ese momento, incluso yo dejé de entender qué hacía en ese lugar. Cómo era posible que me hubiera alojado en el hotel familiar donde acababa de ocurrir tal tragedia, tan pronto. Cómo había sido tan egoísta como para creerme con el derecho de escribir un libro sobre el suceso, molestando a los familiares, preguntando, exigiendo que se me hiciera caso cuando a mí nadie me debía nada. En varias ocasiones me había querido diferenciar de los periodistas, pero lo que estaba haciendo era exactamente lo mismo. O peor, porque yo ni siquiera tenía un compromiso laboral o un medio al que rendir cuentas. Lo único que tenía era mi propio interés y muchas ínfulas. Por alguna razón me había creído Truman Capote, trasladándome como hizo él al pueblo donde había acontecido un crimen. Claro que Truman Capote era un autor de verdad escribiendo

una obra maestra, y yo solo era un autor no publicado al que probablemente ninguna editorial querría leer jamás. Tecleando en mi ordenador como si escribiera algo importante, había engañado a todos haciéndoles creer que era escritor, cuando no era más que un impostor con un portátil, con más aspiraciones que carrera, de redacción correcta pero, probablemente, sin verdadero talento. Un aficionado que escribía durante las vacaciones del trabajo, el normal, el de vivir, el que me pagaba las facturas y que nada tenía que ver con letras ni con historias. Sintiéndome como el fraude que era, me dieron ganas de hacer caso a Ángela, subirme al coche y escapar de ahí escondiendo la cara, avergonzado, para no volver jamás.

—No, por favor —me dijo Coral—. No te vayas.

Se separó de su tía dando un paso hacia mí, mostrando su posicionamiento en aquel desencuentro.

—Eres mi único amigo —añadió—. El primero que he tenido.

La emoción infló mi pecho, o quizá era el orgullo de haberme ganado la amistad de aquella niña tan especial. La misma que, refugiada en un caparazón de camisón, me había dicho no tener amigos la primera vez que la conocí. Como si le diera vergüenza haberlo dicho, o como si le enfadara tanto la situación que necesitara evitarla, Coral huyó al aparcamiento. Enseguida la oímos subir las escaleras. La vimos caminar hasta las puertas de su casa y sentarse en el pasillo con las piernas colgando entre dos barrotes. Parecía querer establecer distancia, enfrentarse desde lejos a lo que fuera a ocurrir.

Ángela chasqueó la lengua.

—Y ahora, encima, esto. Se ha creído que eres su amigo.

—Se lo ha creído porque es verdad.

Me ofendió que insinuara que eso también lo había hecho por interés para el libro.

—Ya, el problema es que vas a irte —dijo ella—. Y eso lo sabías desde el principio. Antes o después te ibas a ir. Y la que se va a quedar con el corazón roto es ella. La que pierde a su único amigo es ella. ¿A que eso no lo habías pensado?

Mi pecho se desinfló de toda emoción u orgullo, ambos sustituidos por una amarga oleada de culpa. Era verdad que no había pensado en ello. Ángela me abría los ojos a otra despreciable realidad sobre mí.

—Coral no es una niña más, Lucas. Y ya ha sufrido bastante. Tendrías que… —Se corrigió para no eximirse de responsabilidad—: Tendríamos que haberlo pensado mejor.

El sol me quemaba la nuca.

La froté con una mano, superado por la dolorosa realidad a la que Ángela nos enfrentaba.

—Es ahora —continuó ella—, o dentro de unos días. O unas semanas. Pero te vas a ir.

Miré a Coral, a lo lejos. Sentada en el pasillo, negaba con la cabeza.

—No lo compliques más —dijo Ángela a mi lado—. No le hagas más daño.

La sola idea de hacer siquiera un poco de daño a esa niña de colores asomada a la barandilla me dolía también a mí. Y aunque sabía que ella no podía oírme ni leer mis labios a la distancia a la que se encontraba, le susurré una palabra al aire:

—Perdóname.

Dejé de mirarla y escapé a los ojos de Ángela buscando en ellos algo de comprensión, o deseando verla flaquear. Deseando que negáramos entre todos aquella realidad y la dejáramos estar. Que fuéramos inconscientes. Ya nos preocuparíamos más adelante del problema y las consecuencias. Podíamos hacer como las parejas que posponen la ruptura solo para acabar haciéndose aún más daño.

Ángela me puso una mano en el hombro. A ella también le dolía hacerle esto a Coral, pero se mantuvo inclemente:

—Anda, vete —dijo.

Subrayó el mensaje con una ligera inclinación de cabeza.

Yo dejé caer la mía para no volver a mirar a Coral.

Rodeé mi coche por detrás, sintiéndome tan marchito como los cardos secos de la cuneta, tan traicionero como los espejismos en el asfalto caliente.

Antes de abrir la puerta, oí algo.

Coral silbó las tres notas de nuestra melodía de siempre.

Mi mano se detuvo en el tirador caliente, polvoriento.

Tras varios segundos de indecisión, Coral repitió el silbido.

Como si arrancara la peor de las tiritas, tiré de la manilla, entré al coche, encendí el motor y pisé el acelerador.

Dejé atrás el Hotel Restaurante Plácido sintiendo que lo que pisoteaba de verdad eran la confianza y el corazón de Coral. Y también el mío.

57

De regreso en el nuevo hotel, la recepcionista del hiyab y las gafas comentó que la alegraba seguir viéndome por ahí. Le di las gracias, pero la avisé de que esa sería mi última noche.

—¿Vuelve a casa? —preguntó—. ¿O continúa su viaje?

—Vuelvo a casa.

El resto de la tarde lo pasé tirado en la cama, mirando al techo durante horas mientras navegaba por las cambiantes aguas de diferentes emociones.

Me convencí de que irme de allí no implicaba tener que dejar de escribir el libro, pero sabía que, marchándome, perdería la valiosa capa de realidad que aportaba escribirlo en el lugar de los hechos. Por mucho que intentara enmascararlo, el texto adolecería de ello en cuanto me fuera.

Valoré que el libro terminara con lo ocurrido esa mañana: Coral atacando a su madre en la uci como si quisiera completar con sus manos el trabajo que su hermana comenzó con un cuchillo. Sería una historia de venganza entre dos hermanas víctimas de la misma madre. Quizá ese era un final tan válido como cualquier otro para una historia que no dejaba de ser un caso real y que, posiblemente, no iba a tener un desenlace claro en mucho tiempo. La resolución de la desaparición de Perla podía alargarse durante meses, años. O no llegar a resolverse. Si ni ella, ni su cuerpo, aparecían nunca, mi libro tampoco tendría jamás un final satisfactorio. Porque todos, incluido yo, lo que queríamos saber era dónde estaba Perla.

A lo mejor era el momento perfecto para desligar mi novela de la historia del caso.

Aferrándome a esa idea, reuní fuerzas para levantarme de la cama, dispuesto a escribir lo ocurrido en el hospital como un capítulo de la novela. Quizá el último. Siendo ese fraude de escritor que acababa de aceptar que era, ni siquiera tenía del todo claro el orden de los capítulos anteriores. Aún no sabía, por ejemplo, si el larguísimo pasado de la familia debía ir colocado antes o después del crimen. A lo mejor debía acortarlo, o dividirlo en dos partes. O quizá daba totalmente igual cómo lo escribiera o dónde lo colocara porque nadie iba a leerlo nunca.

Pensé en Damián, él sí había disfrutado de mis libros autopublicados. Me había animado a seguir escribiendo, le había gustado de verdad mi estilo. Claro que también podía haberlo dicho solo para animarme a terminar esa novela en la que él quería aparecer como informante secreto. Revisé en el móvil el chat de conversación con Deimo5. Desde

la confesión del doctor en su carta abierta, no habíamos intercambiado ningún otro mensaje. Dudé si debería despedirme de él antes de marcharme, o dejarlo estar.

En la terraza de la habitación, escribí a la caída de la tarde. Seguí al anochecer. Continué durante parte de la noche. Los mosquitos crepitaban en la trampa ultravioleta que colgaba del techo. Pero como si mi inspiración de pronto fuera tan artificial como el césped del jardín frente a mí, no me convenció nada de lo escrito. Echaba de menos la autenticidad del Hotel Restaurante Plácido: la mesa circular, el traqueteo del ventilador, el sofocante calor. Y, sobre todo, el ruido de los coches pasando por la carretera. Aquella marea de olas sonoras sobre el asfalto que tan inspiradora me había resultado desde la primera noche que escribí allí.

Me puse en los auriculares una grabación de dicho oleaje, pero ni siquiera eso sirvió ya.

Frustrado, cerré el portátil y me preparé para dormir.

De repente, tenía muchas ganas de hacer la maleta e irme.

Debí encontrar cierta serenidad en la idea de marcharme, porque esa noche dormí muy bien.

59

Desayuné café de cápsula. Pan de molde. Aceite y tomate industrial en envases monodosis. En el comedor había más gente que otras veces. Se notaba que se acercaba el fin de semana y el perfil de los huéspedes incluía no solo a profesionales que se desplazaban por carretera, sino también a algunos turistas y veraneantes. Una familia formada por un matrimonio y tres hijos, vestidos con bañador y toallas al hombro, se quedó de pie frente a un televisor colgado en la pared —entre un vinilo que escribía Eet smakelijk y otro que ponía Bon profit—. Esperaban la previsión meteorológica en el canal informativo. En cuanto aparecieron los soles sobre un mapa rojísimo de la península, la familia celebró el perfecto día de piscina, pozas o playa que tenían por delante. Intuí que el canal informativo, uno que ofrecía noticias las veinticuatro horas, cubriría también el caso de Perla en algún momento, pero regresé a mi habitación sin esperarlo.

Allí me duché e hice la maleta.

El ordenador lo guardé en su funda, lo metí en la mochila.

También la grabadora.

Solo faltaban las carpetas de documentación, aún sobre el escritorio. Entre ellas, la carpeta con las manualidades de Coral. Del bolsillo del pantalón, saqué la última que me había dado en el coche. La «D». La junté a las anteriores:

S O S O S A O L D

El colorido de las manualidades —la mezcla de purpurina, brillantes, cartulinas— me evocó el recuerdo de Coral sentada en lo alto de la escalera, la noche en que le dije que parecía un arcoíris nocturno. La memoria avivó el dolor de la despedida del día anterior, el eco de esos silbidos a los que no respondí.

Con un dedo, mezclé las letras, combinándolas de varias maneras, sin encontrar ningún mensaje revelador. Volvía a dar con las mismas palabras en las que ya había pensado en el coche —«lado», «osado»,

«saldo», «lodo», «dos», «oda», «sado», «doloso»—, además de todas las que ya había formado en ocasiones anteriores.

Coral había dicho que aún faltaban dos letras. Me entristeció imaginarla recortando esas últimas manualidades, decorándolas, completando esa verdad que quería desvelarme desde el primer día. Una verdad para la que, al final, no íbamos a tener tiempo. Tampoco podía imaginar qué caracteres dotarían, de pronto, de un sentido capital a esa sopa de letras. Y si tan importante era esa verdad, quizá Coral debería habérmela comunicado sin más, y no perder un tiempo tan valioso, sobre todo para Perla —si es que acaso el mensaje tenía relación con ella—, en un jueguecito que no había servido para nada.

En cualquier caso, ya daba igual.

Yo ya no formaba parte de esa historia.

Cerré la carpeta con las letras dentro y la metí en la mochila con todo lo demás.

Registré mi salida en recepción devolviendo la llave. No me atendió la chica del hiyab, sino un compañero mucho menos sonriente que bordeaba la edad de jubilación y a quien no parecía preocuparle cumplir con las formalidades habituales de su posición. Realizó el trámite sin dejar de mirar un móvil apoyado sobre una pila de documentos. Veía la señal en directo de alguna televisión. Me fijé en que llevaba también un auricular inalámbrico en una oreja. Me preguntó si había disfrutado de la estancia y si iba a necesitar factura. A ambas preguntas contesté que sí.

Junto a la impresora, mientras esperaba a que saliera la factura, se quedó mirando el móvil como quien ve la televisión en el salón de su casa, y susurró:

—Madre mía. Madre mía —repitió, arrugando el gesto—. Qué barbaridad.

Me recliné sobre el mostrador y reconocí en la pantalla imágenes de la fachada del Hotel Restaurante Plácido. Noté que se me aceleraba el pulso. Le pregunté qué había pasado.

—Bah —exclamó, disgustado. Se quitó el auricular de la oreja, el teléfono lo puso bocabajo dando por finalizado el visionado—. No quieres saberlo.

Del comedor llegó un lamento.

—Nooo —dijo una voz femenina.

El recepcionista me ofrecía la factura impresa, pero yo me había separado ya del mostrador, camino del comedor. Quienes se encontraban ahí sentados miraban al televisor con muecas de desagrado. El rótulo en la parte inferior de la pantalla anunciaba un terrible giro en el caso de Perla.

El horror siempre puede ser más profundo.

La verdad siempre puede ser más horrible.

Me llevé una mano a la boca.

—Qué hija de puta —dijo alguien.

Otro hombre añadió:

—Qué asco, tío, qué puto asco.

Dos mujeres:

—Bien que hizo en largarse.

—Tendría que volver ahora para matar a ese cabrón también.

En el televisor, aparecieron imágenes del camionero de ALITRANS. Escoltado por la policía, subía a un furgón que lo trasladaba de unas dependencias a otras. Intentaba taparse la cara tirando hacia arriba del cuello de su camiseta.

Una señora, sentada a la mesa con una niña, se secaba los ojos con una servilleta. Los míos también estarían vidriosos. Ella acabó por levantarse, sacó a su hija del comedor, llevándola al jardín exterior para alejarla de ese mundo tan inhumano del que hablaban en la pantalla.

—¿Podemos quitarlo, por favor? —pidió un señor, también acompañado de un niño.

La única respuesta que obtuvo fueron varios chistidos.

Allí de pie, en mitad del comedor, mi malestar debía de resultar tan visible que una chica se levantó de su mesa para preguntarme si estaba bien. Le contesté que no con la cabeza.

En el mostrador, le dije al recepcionista que anulara mi salida, que me quedaba, al menos, una noche más. En la misma habitación, si era posible. No se molestó en disimular el fastidio que le suponía tal gestión —rompió la factura impresa con un aspaviento excesivo—, pero, en apenas cinco minutos y varias ráfagas de tecleo en su ordenador, me devolvió la tarjeta con mi llave. La cogí con una mano temblorosa que no pasó desapercibida para el recepcionista.

—Mira qué disgusto llevas. Explícame tú para qué coño dan esas cosas por la tele —comentó—. Que no son noticias, hombre, que es puro morbo. ¿Qué necesidad teníamos de desayunarnos sabiendo que el mundo es una mierda y que la gente está enferma?

El giro en el caso del que hablaba el informativo se había producido a partir de dos nuevos interrogatorios. Y la realidad que revelaba era espeluznante. Tanto, que las lágrimas que humedecían mis ojos en ese momento no eran solo causadas por el horror de lo que había vivido Perla, sino por la satisfacción de saber que esa niña enferma había usado sus últimas fuerzas, por mermadas que estuvieran, para intentar escapar del infierno. Matando por el camino a algunos de los demonios que lo custodiaban.

De vuelta a la habitación, tiré la maleta sobre la cama.

Abrí la mochila.

Saqué las carpetas de documentación, el portátil.

La noticia aparecía ya en todos los periódicos, en decenas de webs.

En su interrogatorio, Sagrario había acabado admitiendo los hechos que relataba el doctor Bellver. Trató de justificar sus actos mencionando el delicado estado de salud de su sobrina enferma, lo peligroso de un embarazo en tales circunstancias. Habló de proteger a la familia y al negocio de otro escándalo, de uno tan terrible. Maldijo a Servando, el muy animal. La policía la obligó a hacer múltiples reconstrucciones de la visita al doctor con Bárbara, de lo que ella supiera de la noche de la succión y también de las últimas semanas de su vida personal. Fueron tantas las preguntas a Sagrario que acabó por destapar su relación extramarital con un camionero. Antonio Sánchez.

Cliente de su propia hermana. Ella reconoció saberlo, lo de que el camionero usaba los servicios de su hermana en el Medusa, pero aseguró que no le importaba, por qué iba a importarle. Hacía años que ningún hombre, su marido el que menos, la miraba como la miraba ese camionero, que parecía que tuviera ganas de comérsela entera, de la cabeza a los pies, incluso cuando lo atendía oliendo a fritanga. Ese hombre le había puesto en bandeja algo que ni ella misma sabía que necesitaba tanto, algo que incluso la había impulsado a depilarse más y a teñirse el pelo de nuevo. Sagrario aclaró que habían sido encuentros esporádicos y puramente sexuales, así que qué más le daba a ella que luego él se follara a dos, a siete, o a las putas que quisiera. Y si una de esas putas era su hermana, lo mismo le daba también. Ni que fuera ella su esposa. Dios la librara de ser la esposa de ese cerdo.

Lo que no sabía Sagrario, mientras hablaba del camionero en su interrogatorio, es que a él ya lo habían detenido también. La información de que era cliente de Bárbara había levantado sospechas e hipótesis sobre las que la investigación consideró necesario indagar. Al inicio de su interrogatorio, el camionero había plantado cara a los agentes. Quitó cualquier valor a su relación con la madre de la niña desaparecida, dijo que para él era solo una puta más del Medusa. Y su hermana la del restaurante, una señora malfollada que babeaba por abajo con el primer guarrete que le hiciera un poco de caso. Después había amenazado con revelar nombres de otros agentes, de ambos cuerpos, a los que arrastraría consigo en su caída si seguían escarbando en la mierda. Antonio intimidó, chantajeó y mintió. Aguantó. Aguantó mucho. Pero el interrogatorio había seguido. Y seguido. Y seguido hasta la extenuación. Hasta que la sed, el hambre, la rabia o la conciencia acabaron por desarmarlo. La investigación logró así confirmar que ese hombre con el que se acostaba Sagrario resultaba ser mucho más cerdo y más guarro de lo que ella misma había descrito. Y que la relación que el camionero mantenía con su hermana Bárbara era mucho más enfermiza de lo que ella jamás podría haber imaginado. Tanto, que Sagrario se vería obligada a reescribir lo que pensaba de Servando y lo que creía que había ocurrido en la consulta del doctor Bellver.

Leyendo esas informaciones de las que se hacían eco los medios —obtenidas a partir de las filtraciones de ambos interrogatorios—, acumulé aún más asco, más rabia y más pena. Usé todos esos sentimientos para escribir un nuevo capítulo de la novela, tecleando con dedos inseguros que fueron ganando velocidad y aplomo.

El hombre del saco

Bárbara no era una de las chicas fijas en el club Medusa. Aun así, había logrado labrarse una cartera de clientes similar a la de otras chicas que sí lo eran. Clientes de esos que la ponían por delante de todas las demás. Hombres que no eran fieles con sus esposas resultaban serlo con su prostituta favorita, a la que no engañaban con otras compañeras del club. Aunque la presencia de Bárbara fuera bastante infrecuente, eran varios los clientes que, nada más entrar —mañana, tarde o noche—, preguntaban por ella. Algunos, incluso, preferían marcharse sin tomarse ni una copa si sabían que al día siguiente podrían compartirla con ella. Pero eran minoría. Un hombre que entra a un club en busca de compañía femenina tampoco suele limitar tanto sus opciones.

Uno de los clientes que tenían por favorita a Bárbara era un camionero de nombre Antonio. Conducía un camión de ALITRANS, empresa de transporte de fruta en la provincia. Se conocieron a la fuerza una tarde de martes en la que Bárbara era la única chica disponible en el club. Desde ese primer encuentro, Antonio pasó a convertirse en uno de los clientes que siempre preguntaban por ella al llegar —también era de los que la sustituían por cualquier otra en caso de no encontrarla disponible—. El gancho de Bárbara, tanto con él como con otros clientes, era cumplir ciertas fantasías que las demás chicas ni se planteaban. Bárbara, prácticamente, carecía de límites. Valoraba mucho más el dinero que los escrúpulos, así que hacía —y se dejaba hacer— prácticamente de todo, siempre que recibiera a cambio un número adecuado de billetes. Algunas compañeras, disgustadas o contrariadas, le mencionaban conceptos de dignidad, de moral, de compromiso feminista, pero Bárbara la dignidad la llevaba arrastrando por los suelos desde la adolescencia, jamás había valorado la moral por encima de sus intereses personales y esas nociones abstractas sobre el sentirse humillada, vejada o usada como mujer, convertida en un producto o una esclava del sistema patriarcal capitalista, eran conceptos que no le preocupaban mientras ella se sintiera correctamente pagada. Unos pagos que recibía, en parte, de estraperlo —en efectivo o mediante transferencias directas a su móvil—, porque incluso el propio club prohibía ciertas prácticas que ella sí concedía a sus clientes, estableciendo con ellos un pacto de silencio.

Ese pacto de silencio Bárbara lo mantuvo durante infinidad de encuentros con Antonio, que era quien le pedía las cosas más extrañas. Algunas extremas, otras solo vergonzantes. Si él aparecía por el club, era porque acababa de pegar algún pelotazo en el salón de juego, así que llegaba con dinero que gastar a espuertas. Él le pedía a Bárbara algo muy retorcido, o alguna guarrada asquerosa, y ella le proponía un precio desorbitado. Negociando, acababan llegando a un acuerdo. Lo que no vaticinaron ninguno de los dos fue la complicidad que esa dinámica acabaría generando entre ambos: una dinámica en la que Bárbara escuchaba sin prejuicios, ni juicios, ni moral, las fantasías más oscuras y las pulsiones más condenables que Antonio le fue confiando. La ejecución de esas prácticas dejaba a Antonio servido hasta el siguiente encuentro, pero más allá de eso, los intercambios con Bárbara, esa mente tan abierta, acabaron conformando para él un espacio seguro, el único sitio en el mundo en el que podía ser quien de verdad era, sin ninguna cortapisa. Ese inmenso poder, el de sentirse escuchado, transformó en refugio espiritualmente valioso la más depravada de las habitaciones de un burdel. Fue en ese refugio, una noche de liberación entre sábanas muy manchadas, cuando Antonio le confesó a Bárbara su fantasía más condenable.

—Siempre me ha puesto mucho la idea de…, de ser el hombre del saco —dijo mientras compartían un vapeador—. Convertirme en él. Colarme en el cuarto de una niña para meterme en su cama y hacerla mía mientras sus padres duermen.

El silencio de Bárbara preocupó al camionero. Por muy seguro que se sintiera en aquel espacio y por comprensiva que Bárbara se mostrara con sus parafilias, lo que acababa de confesar no era solo enfermizo, sino también ilegal, inmoral y horrible. Ella ahora le llamaría depravado, le haría ver que esas niñas de su fantasías eran las hijas de algún otro hombre y lo echaría a patadas de la habitación revelando sus vicios anormales a todo el club.

Tras dar una profunda vapeada, lo que Bárbara preguntó fue:

—¿Te importaría que esa niña estuviera enferma?

Él respondió que no. Bárbara le dijo que ella podía conseguírsela. Él preguntó con quién. Bárbara contestó que eso no era asunto suyo. Él preguntó que de cuántos años. Bárbara contestó que de once. El camionero abrió mucho los ojos, gratamente sorprendido. Bárbara fijó entonces una cifra, la más alta que se atrevió a pronunciar. Una que superaba, con mucho, cualquier otro pago anterior de Antonio. Dijo también que la cantidad, en esa ocasión, no era negociable. Si él

quería experimentar la realidad de esa fantasía, ella tenía que ganar a cambio mucho dinero, solucionarse el pillar para muchos meses. Si no, prefería evitarse el lío, los riesgos, y vestirse ella misma de niña y hacerse la dormida ahí en el burdel por un precio mucho más económico. Se dejaría hasta meter en un saco si él quería. Pero Antonio no rebajó la propuesta monetaria inicial. Tan solo dijo que tardaría más tiempo en reunir el dinero, que necesitaba tener un poco de suerte en el salón de juego. A lo mejor, incluso, le compensaba acercarse al casino.

En esa habitación quedó firmado el atroz contrato verbal que se puso en práctica unos kilómetros de carretera más allá. Ocurrió en otra habitación, la del Hotel Restaurante Plácido, en la cama que era prisión para una niña enferma crónica de nombre Perla. Al camionero, como había dicho, no le importó la enfermedad de la niña. Tampoco le importó que estuviera completamente sedada. No le importó al camionero que los padres de la niña no estuvieran durmiendo, como en su fantasía original, sino despiertos en el salón de al lado, contando billetes sobre una mesa cubierta de platos vacíos y ceniceros llenos. Cuando Bárbara le había hablado a Servando de la oferta recibida por uno de sus habituales en el Medusa, el padrastro de la niña en venta simplemente lo celebró como si le hubieran informado de que iba a recibir una paga extra.

El encuentro de Antonio con la niña no fue uno, ni fueron dos, ni tres. Ni cuatro, ni cinco. Y fue al sexto cuando ocurrió algo que no tenía que haber ocurrido. No solo porque fuera aberrante, sino porque Bárbara le había puesto como condición al hombre del saco que usara protección en todo momento. Ella misma se la facilitó, pero el hombre del saco se saltó el requisito aprovechando la intimidad que le concedían al cerrar la puerta del cuarto antes de recordarle que disponía de treinta minutos.

La consecuencia de esa desobediencia de Antonio llevó a Servando a partirle la cara, rompiéndole al camionero el tabique y un labio. A Bárbara, la llevó a hacer lo que hacía siempre que se veía arrinconada y superada por las situaciones que ella misma creaba: pedir ayuda a sus hermanas. Bárbara sabía que ya no podía pedirle nada a Ángela, pero a Sagrario quizá sí. Con ella podía contar como se debe poder contar con una hermana: para lo bueno, para lo malo y para lo feo. Sagrario, que había colaborado desde el principio en la mentira con que intentaron tapar la vergüenza de los dos embarazos del Tuno, quizá también se preocuparía lo suficiente por mantener la reputación familiar ante esta vergüenza definitiva que supondría el inexplicable embarazo de la niña enferma. Bárbara le contó a Sagrario una mentira

en la que culpaba del embarazo a Servando, y Sagrario recayó en el vicio de repetir un patrón conocido: el de ayudar a su hermana a ocultar las vergüenzas. Juntas investigaron si podían subsanar ellas mismas el error, pero no se vieron capaces de practicar una intervención casera. Juntas decidieron entonces pedir ayuda al doctor y juntas le contaron esa versión falsa que había inventado Bárbara —a Servando no le importó inmolarse a los ojos de su cuñada y de aquel médico al que no conocía con tal de seguir recibiendo su paga extra—. Juntas decidieron también que, si el doctor no quería ayudarlas por las buenas, recurrirían a chantajearlo por las malas.

Ni el retorcido chantaje al que finalmente tuvieron que recurrir, ni el susto del embarazo, ni la paliza de Servando a Antonio, ni el ultimátum de Sagrario a su hermana lograron poner fin al proxenetismo de cuneta que Bárbara siguió llevando a cabo con su hija. Bárbara había amenazado al camionero con no volver a dejarlo entrar en su casa, con exigirle más dinero por los problemas que les había ocasionado e incluso con denunciarlo a la policía. El camionero la había animado a hacerlo, a que llamara, que seguro que les venía muy bien a ella, a su familia y al negocio que todo el chanchullo se hiciera público. Contraatacó, además, haciéndole saber que se había enterado de que la niña no tenía once años sino catorce. Que no se pusiera muy chula o le exigiría una devolución del dinero por estafa: con esa edad, la niña ya casi no era ni una niña. Neutralizado el cruce de amenazas por ambas partes, el camionero confesó haberse llevado el susto de su vida con el imprevisto, así que cumpliría a rajatabla el requisito de usar protección. Como cuando negociaban cualquier tarde de martes en el club Medusa, Bárbara y Antonio llegaron a un acuerdo y el burdel más pequeño y enfermizo de toda la red de carreteras permaneció en activo durante algunos encuentros más. Prácticamente, hasta el día de la huida de Perla. Una huida que, más que una huida, fue una merecida venganza.

Me sorbí la nariz y apreté las muñecas contra los ojos. Había escrito esa última palabra despacio, letra por letra, v-e-n-g-a-n-z-a, haciendo más ruido del habitual con las teclas, canalizando la rabia de Perla, regocijándome en su heroicidad. Alegrándome de que hubiera llevado a cabo esa venganza contra su madre, su padrastro. Deseando, incluso, como había dicho una mujer en el comedor, que Perla se hubiera esperado para matar también al camionero. Que lo hubiera atacado una de las noches que lo tuvo encima.

Me esforcé por convencerme, quizá engañarme, de que Perla estuvo de verdad sedada, completamente ausente, todas las veces que el hombre del saco entró en su cama. Que no supo nunca lo que estaba ocurriendo. Pero el hecho de que hubiera querido escapar de ello, de forma tan violenta, revelaba que, de alguna manera, tuvo que saberlo. E imaginé de qué manera: a través de su hermana. Ninguna de las informaciones que había leído se detenía en la figura de Coral, los artículos preferían centrarse en los detalles escabrosos —reales o ya distorsionados— de lo ocurrido con Perla. Pero Coral también vivía en esa casa, debió de descubrir algo. Era probable que, todas las veces, antes de que llegara el camionero, Bárbara mandara a Coral a casa de Sagrario —como habían hecho, según el médico, la noche que él llevó a cabo la intervención—, o que la sedaran también a ella. Pero, aun así, Coral pudo haber oído alguna conversación anterior o posterior, encontrado algún indicio. En contra de lo que creen muchos padres, los niños de una casa acaban enterándose de todo: escuchan las malas noticias susurradas por las noches, encuentran sus regalos escondidos y descifran el significado de unas medicinas nuevas en el botiquín.

Me levanté y caminé en círculos alrededor de la silla, como hacía cuando la tensión de lo que escribía me superaba y necesitaba verbalizar en voz alta ciertas deducciones. Farfullaba de carrerilla sobre una potencial participación que Coral podría haber tenido en el ataque de Perla. Quizá era precisamente eso lo que ella quería revelarme desde el primer día, una verdad tan complicada de pronunciar —porque la implicaba en el parricidio—, que había decidido filtrármela por partes.

Abrí la carpeta con sus manualidades.

S O S O S A O L D

Dejé que mis dedos formaran las palabras:

D O S S O L A S

Tan solo quedaba suelta una «O». Quizá iba por ahí el mensaje. Algo como «Lo hicimos las dos solas». «Estamos las dos solas». Pero para completar cualquiera de esas frases faltaban mucho más que dos caracteres. A lo mejor el mensaje era más telegramático: «Las dos solas». «Solas. Dos. SOS». Quizás «Asoladas». O quizá no tenía nada que ver con eso porque, recordé, Perla había atacado también a su hermana.

El mismo cuchillo que había rajado el cuello de Servando para después abrirle un grifo oscuro a Bárbara en el abdomen había terminado clavado en la pierna de Coral, así que la complicidad entre las hermanas podía no existir siquiera. A lo mejor Coral no había descubierto lo que hacían con su hermana en esa casa, quizá no supo nunca de las visitas del hombre del saco. O, si se había enterado, había callado, amenazada por sus padres. Si Coral no había ayudado a su hermana, Perla podría haberla incluido en sus enemigos a batir y salir de la cama con las mismas ganas de clavarle el cuchillo a su madre que a su hermana. Eso explicaría por qué Coral me respondía tan incómoda a preguntas sobre su relación, por qué decía que no eran amigas. También explicaría por qué Perla no había regresado a buscarla.

Me detuve a mitad de habitación. Si Perla había esperado algún momento concreto para reaparecer, podía ser ese mismo. Ahora, por fin, todas las amenazas adultas que aterrorizaban su pequeño universo habían sido diezmadas: Bárbara agonizaba en el hospital, Servando había muerto y el camionero continuaba detenido.

Sin embargo, Perla no había reaparecido. Todavía no se sentía segura para volver. Quizá porque aún quedaba para ella alguna otra amenaza. Me froté la cara para interrumpirme a mí mismo. Quería dejar de pensar. Los tentáculos del horror vivido se estaban expandiendo hasta hacerme dudar de personas a las que me negaba a

poner en tela de juicio. Porque la única amenaza que podía quedarle a Perla en su casa era la propia Coral.

Cerré la tapa del portátil valorando que la amenaza fuera Ángela.

O Damián.

O su padre.

Hui de la habitación como si así pudiera distanciarme de mis propios pensamientos.

No me di cuenta de que había salido sin zapatillas hasta que el recepcionista casi jubilado me dijo que no se podía andar descalzo por el hotel.

Al atardecer, me senté en un bordillo de la calle, fuera de la entrada principal. Era una calle corta y sin salida que solo existía para dar acceso al hotel. Allí, podía oírse, a lo lejos, el oleaje de la carretera que llevaba hasta el Hotel Restaurante Plácido. En el móvil, tenía abierto el contacto de Ángela. Hacía apenas un día que me había prometido a mí mismo tomar un papel más observador en el caso, dejar de intervenir como había hecho hasta el momento. Pero quería llamar, volver al hotel, abrazarla. Saber cómo se encontraban ella y Coral ante las nuevas revelaciones. Recordarle que, aunque todo aquello hubiera ocurrido delante de sus ojos, ella no tenía culpa de nada. Me contuve sin presionar el botón de llamada porque no quería desobedecer tan pronto la petición de la propia Ángela. La de que me marchara. Que me alejara de Coral. Que yo no pintaba nada ahí.

El teléfono mostró una última alerta de que la batería se estaba agotando —llevaba avisándome al menos media hora— y se apagó de golpe. Lo interpreté como una señal de que no debía llamar. Dejé el móvil sobre el bordillo. Quizá lo mejor sería que desapareciera de sus vidas como el intruso que era. Por desestructurada y desdichada que fuera la familia del Plácido, seguían siendo justamente eso, una familia. Si Ángela necesitaba un abrazo, el que yo quería darle, debía poder encontrarlo en su marido, en su hijo. En alguno de sus buenos clientes. En sus amigas. Y Coral, igual. Por mucho que me doliera imaginarla allí sola, descubriendo cada día una verdad aún más terrible sobre su hogar, tendría que aprender a encontrar apoyo y consuelo en su tía. Era su tía quien la acompañaría el resto de su vida, no yo.

Di un sorbo al café frío que había sacado de una máquina expendedora. Tomé aire buscando calmar mi pecho. La fragancia del jazmín que cubría la verja del hotel me ayudó a conseguirlo. Olía a los veranos normales de otros años, los que no había decidido pasar rodeado de dolor y muerte en un lugar desolado a un lado de la carretera. El naranja intenso que teñía el cielo completaba la estampa de un verano normal, pero esa cualidad casi fluorescente que ahora asociaba con Coral me llevó a pensar en ella. Divisé también un cúmulo de nubes negras en el lado opuesto de donde moría el sol, un brochazo oscuro en el cielo que anunciaba una apremiante tormenta de verano.

El ulular de una sirena en la lejanía, por sí sola, no me habría sobresaltado.

Pero coincidió con el grito de alguien en el interior del hotel.

Hubo un cambio inmediato en la energía del lugar.

Oí que se abrían las puertas correderas en ciertas habitaciones.

Algunas sillas rechinaron en el comedor.

Hubo chistidos en las mesas de la terraza a la salida del hotel.

—¡Que ha aparecido! —dijo alguien pidiendo silencio.

Miré mi móvil.

Me quedé encallado en el espejo negro del aparato sin batería.

Atravesé la terraza zigzagueando en un bosque de sombrillas. La gente consultaba sus móviles, se lo enseñaban a sus acompañantes entre susurros de «qué fuerte» y «ya era hora».

La recepción la atendía la mujer de las gafas y el hiyab. Le pregunté qué había pasado. Si era algo de Perla.

—Eso parece —contestó.

Caminé a mi habitación aliviado de que se confirmaran mis deseos sobre un inminente regreso de Perla y no mi absurdo presagio sobre Coral o Ángela pudiendo ser motivo para que no volviera.

Perla había regresado. Y podría, con su hermana, vivir por fin la vida normal que les habían arrebatado a las dos.

Me senté en la cama.

Conecté el teléfono al cargador.

El minuto que tardó en reaccionar a la corriente resultó desesperante.

El otro minuto que necesitó para alcanzar el mínimo de batería con el que encenderse, eterno.

Cuando por fin el móvil se activó y pude buscar el nombre de Perla en la sección de noticias —anticipando con optimismo leer el titular de su regreso—, deseé no haberlo enchufado jamás.

Porque no era Perla lo que había aparecido.

Eran unos restos humanos en una bolsa de deporte.

La había encontrado un equipo de buzos en el fondo del embalse.

Aparqué el coche frente al Hotel Restaurante Plácido.

Las nubes negras de la tormenta terminaban de cubrir el cielo, precipitando la llegada de la noche. Relámpagos dispersos descargaban electricidad como flashes de gigantescas cámaras que quisieran fotografiar sobre nuestras cabezas el horror al que se enfrentaba la familia del Plácido, el pueblo entero. Éramos muchos quienes llegábamos, vehículos de medios de comunicación, de familiares, de curiosos. El rojo profundo de las luces de freno brillaban en la espectral oscuridad adelantada.

Me había presentado ahí sin pensarlo, incumpliendo promesas y olvidando acuerdos. En el interior del comedor, personas abrazadas, cabezas caídas. Identifiqué a un hombre de barba larga descuidada y una tripa que tapaba la hebilla de su cinturón. Era la primera vez que lo veía en persona, pero lo reconocí de algunas fotos en mi documentación. Era el marido de Sagrario. Le acompañaba un chico adolescente con los rasgos calcados a los suyos. Permanecieron apostados en la barra, en silencio. A solas.

Localicé también a los dos Damianes, sentados a una mesa. El hijo llevaba los auriculares puestos. Al verme entrar, su expresión combinó enfado con cierta alegría que intentó disimular. Bajó la mirada a su videojuego.

Un corro de gente consolaba a Ángela, abatida en un extremo de la barra. Usaba como pañuelo una servilleta que acabó guardando en un puño lleno de ellas. GRACIAS POR SU VISITA. En cuanto me vio ahí parado, en mitad del comedor, se disculpó con las personas que la rodeaban y salió del corro. Excepto por los ojos enrojecidos, su expresión era la misma que la del día anterior: venía a recordarme que no debía estar ahí.

Antes de que dijera nada, me abalancé para abrazarla.

—No va a ser ella —susurré en su oído—. No es Perla.

Postergando su intención de desalojarme, sollozó entre mis brazos. Del servilletero en una mesa sacó otra servilleta que llevó a sus ojos. Agradeció mis palabras, pero negó con la cabeza.

—La han matado… —Luchó contra nuevas lágrimas—. Encima, la han matado.

Haber visto materializarse una pesadilla tras otra había agotado las esperanzas de Ángela, a quien su mente abocaba ahora al peor de los escenarios. Uno que se replicaba en las mentes de muchos de los que nos encontrábamos en ese comedor: que la huida de Perla había comprometido a varias personas, quienes habrían sido las primeras interesadas en encontrar a la niña en cuanto desapareció. No para poner fin a su fuga, sino para acabar con su vida y silenciar su testimonio. Los restos humanos encontrados revelarían que esas personas habían tenido suerte y habían dado con Perla antes que nadie. El camionero, el doctor o, en la más terrible de todas las posibilidades, Sagrario.

—No va a ser Perla —repetí con toda la seguridad que fui capaz de transmitir.

Aunque percibí los esfuerzos de Ángela por creerme, siguió sumida en el mal augurio.

—¿Y Coral? —pregunté—. ¿Está sola ahí arriba, en la habitación?

Ángela sacudió la cabeza. Me señaló la última mesa del comedor, una que parecía abandonada en un rincón —la que usaban ellas para comer durante sus turnos—. Coral estaba sentada en una silla, el talón de un pie subido al asiento, la barbilla apoyada en la rodilla.

—¿Ya lo sabe? —susurré.

—¿Crees que no se iba a enterar?

Ángela señaló el alboroto a su alrededor. Había personas asomadas a la cristalera, por fuera, como si observaran el interior de un terrario humano.

—¿Por qué está sola?

—No quiere hablar con nadie. Pero tampoco quería estar en casa.

Coral me saludó con los dedos de una mano que no levantó de la mesa. Un gesto contenido que debió de enternecer a su tía, porque, tras alguna vacilación interna, acabó chasqueando la lengua.

—Anda, acércate.

Me abrió paso con el puño lleno de servilletas.

Al ver que me aproximaba, Coral se acomodó en su silla.

—No tengo tus letras —dijo mientras me sentaba delante de ella.

Le dije que daba igual, que ya me las daría. Que eso no era importante ahora.

—No va a ser tu hermana. —Posé mi mano sobre la suya—. Lo que ha aparecido. No es Perla.

Ella no me contradijo como había hecho su tía. Tampoco concedió. Solo se quedó mirándome con unos ojos llenos de noche, pellizcando con el pulgar la cadena de su colgante. Su iris contenía el mapa de un complejo enigma, tan oscuro como las nubes de tormenta que se cernían sobre el comedor, tan luminoso como los relámpagos que las atravesaban.

Coral miró sobre mi hombro y abrió la boca, sobresaltada de pronto.

Un intenso dolor afloró, repentino, en mi brazo.

Dedos gruesos, peludos, lo apretaban, estrujando el músculo.

La mano extraña tiró de mí con tanta fuerza que me levantó de la silla, poniéndome a la altura de la cara de su dueño.

—¿A ti cómo hay que echarte?

Era el marido de Sagrario. Escupía las palabras entre dientes apretados, salpicándome con saliva. Descargando sobre mí toda la rabia que le habrían provocado los descubrimientos sobre su esposa. Culpándome de ellos.

Antes de que pudiera responder, me arrastró tras él como a un perro desobediente. Luché por zafarme, pero mis pies tropezaron con las patas de una silla del comedor. Perdí anclaje y equilibro, convertido en un saco de carne que el otro remolcaba a su antojo. Suspiros de asombro, bufidos y algún grito femenino acompañaron la escena.

Pasamos la carta de helados, el caballito, la máquina de pistachos. Las plantas en la entrada. El marido de Sagrario abrió la puerta con el hombro y me lanzó fuera como a una bolsa de basura. Lo que su mujer consideraba que era yo.

Caí al suelo de rodillas, frenándome con las palmas de las manos.

Palpé agua.

Había roto a llover sobre el hotel.

Del asfalto emanaba olor a humedad caliente.

Recibí la patada en la tripa antes de poder moverme.

Las muñecas me fallaron y mi cara golpeó el suelo. Sentí abrirse un corte en la ceja. Mi boca se llenó del sabor de una sangre más caliente que el agua de la lluvia. Debía de dolerme, pero no sentía nada, anestesiado por la adrenalina.

Un montón de pies se arremolinó a mi alrededor.

—¡Parad! —gritó alguien.

—¿Qué haces? —Era la voz de Ángela—. ¡Que alguien los separe!

Recibí un puntapié en el pecho que me cortó la respiración. Me ardieron los pulmones. Me retorcí como un animal callejero hasta recuperar los cuatro apoyos. Hui gateando, hiperventilando, de manera muy parecida a como había imaginado a Coral escapando del hedor en su fatídica madrugada. Las palmas de mis manos ardieron al despellejarse.

—¡Vete a tu puta casa! —gritó todavía el marido de Sagrario—. ¡Y cierra la boca de una puta vez!

Algunas personas lo apoyaron:

—Si es que son buitres.

—Periodistas de mierda.

—Lleva días por aquí, buscando problemas.

—A ver, que el muchacho tampoco tiene culpa de nada. —Reconocí la voz de la señora que atizaba matorrales con un palo.

Atravesé el aparcamiento a gatas hasta alcanzar el coche. Escalé a su interior sin atreverme a mirar atrás. El instinto de supervivencia me obligaba a escapar de la amenaza, del dolor. Una poderosa vergüenza, la de la humillación pública, me impelía a huir de allí, de las miradas que me juzgaban. Aunque sabía que no era cierto, sentía que toda esa gente quería echarme como me había echado el marido de Sagrario. A patadas.

Puse el coche en marcha, activé los limpiaparabrisas.

Baba sangrienta se derramaba entre mis labios.

Escapé del hotel pensando tan solo en Coral, en sus enigmáticos ojos negros.

Una repentina ráfaga de agua y viento golpeó el coche, la capeé sujetando el volante.

En el retrovisor vi cómo el aire sacudía también el cartel del hotel.

Uno de los focos que aún sobrevivía, el que iluminaba la letra L, acabó por fundirse.

Amanecí otras dos mañanas más en el nuevo hotel. Cada vez que bajaba al mostrador de recepción a alargar mi estancia, la mujer del hiyab bromeaba al respecto:

—Confiéselo, no quiere dejarnos —decía, antes de añadir una noche a mi reserva.

En ambas ocasiones, mantuvo un respetuoso silencio sobre las heridas en mi rostro. Aunque noté que las miraba mientras hablaba conmigo, no preguntó por ellas. En el baño, frente al espejo, yo también observaba su evolución. Tras la paliza, había ido directo a urgencias, donde quitaron cualquier importancia a lo que a mí me parecían cortes gravísimos.

Tan solo dos días después, las heridas en la ceja y el labio cicatrizaban sin problema.

A cada momento de esos dos días, había querido marcharme. A cada momento de esos dos días, había decidido quedarme. Solo un poco más. Hasta que se confirmara la identidad de los restos humanos en la bolsa de deporte al fondo del embalse. Era el mismo embalse que había mencionado ya en la novela, en el capítulo sobre el pasado de la familia, el que se encontraba cerca de la casa okupa en la que Bárbara vivió con el Tuno y dio a luz a Perla.

A pesar de que hubo muchos testigos de mi paliza bajo la lluvia, nadie se había molestado en llamarme. Ni siquiera Ángela. Sabía que no le daba igual que su cuñado me hubiera pateado delante de tanta gente, pero acepté que su preocupación por mí era menor que su interés por alejarme de sus vidas. Y que ella tenía problemas mucho más graves por los que preocuparse. Coral tampoco tendría la libertad para llamarme. Varias veces me vi abriendo el chat con Deimo5, pero no encontraba palabras adecuadas con las que retomar nuestro contacto. No quería meterle en problemas.

Esa segunda mañana, aún en la cama, cerraba nuestro chat, sin escribirle una sola letra, cuando una cascada de notificaciones arreció contra mi móvil. Se había producido un avance importante en el caso. Me levanté de un salto. Sentado en el escritorio, leí en el portátil numerosos titulares que repetían prácticamente lo mismo, pero con

diferentes grados de aseveración. Cliqué el más contundente de todos:

CONFIRMADO: Es Perla

El artículo se hacía eco de un hallazgo: entre los restos mortales en la bolsa de deporte había aparecido un efecto personal de la víctima. Una joya.

El texto describía una cadena de titanio con el colgante de una perla.

Dejé de respirar nada más leerlo.

Para quienes sabíamos de la existencia de los colgantes, aquello suponía una funesta confirmación de identidad. La noticia proseguía, precisamente, destacando la relevancia de la joya, explicando que se trataba de un regalo que una tía había hecho a Perla por su cuarto cumpleaños. Una profunda desazón me invadió al imaginar cómo Ángela vería reaparecer su precioso obsequio entre los restos descompuestos de la sobrina a la que quiso agasajar, de niña, con la joya que llevaba su nombre. Deseé que pudiera encontrar algo de consuelo al pensar en lo valioso que sería para Perla ese regalo si fue una de las escasas pertenencias que quiso llevarse consigo en su huida. El texto del artículo concluía con la deducción más obvia que resultaba de los indicios, la misma a la que estaba llegando yo. Si ya era lógico sospechar que unos restos humanos que aparecen al fondo de un embalse pertenecerían a la chica desaparecida en la zona, el hecho de que entre ellos se encontrara ahora un colgante tan personal, lo único que hacía era confirmar los aciagos pronósticos.

A pesar de ello, otros medios preferían ser más cautos y no se atrevían a corroborar la identidad de la víctima, no hasta que se hiciera pública información oficial al respecto. Por ética o decencia periodística, aguardaban a que fueran informes forenses los que confirmaran algo que parecía evidente. El más precavido de todos los diarios recordaba que ni siquiera había trascendido el estado de los restos, o si pertenecían a un único cuerpo.

EL MISTERIOSO CADÁVER DEL EMBALSE

Esa otra noticia de un periódico digital contaba lo mismo que la anterior, pero desde un punto de vista más ambiguo, planteándolo como un misterio para el que aún no había solución. Según el medio, la pista del colgante podía ser un indicio engañoso como tantos otros que se encuentran en investigaciones criminales. Leyendo aquello, costaba decidir cuál de los tratamientos de la noticia era más ético: si el de los medios que saltaban a conclusiones bastante probables en base a informaciones objetivas, o el de aquellos que exprimían la noticia mientras presumían de cautela y decoro, al tiempo que lanzaba subjetivas hipótesis nada probables. Atendiendo a la lógica de ese periódico digital, traté de imaginar algún escenario en el que un colgante de Perla pudiera haber acabado metido en una bolsa de deporte con restos humanos de otra persona para convertirse en un indicio engañoso. Inventé un asesino en serie que mezclara objetos personales de sus víctimas para confundir la investigación. Fantaseé con que Perla hubiera asesinado a una tercera persona de cuyo cadáver hubiera querido deshacerse en el embalse, con tan mala suerte que su colgante hubiera quedado atrapado por error en el interior de la bolsa de deporte. Aventuré que Perla se hubiera deshecho a propósito del colgante, durante su huida, tirándolo al embalse para fingir un ahogamiento y que la joya hubiera buceado hasta el interior de una bolsa con el cadáver de algún otro crimen pasado.

Cada hipótesis a la que llegaba era más absurda que la anterior.

Por mucho que doliera aceptarlo, esos restos iban a ser de Perla.

Lo que ningún medio se atrevía a vaticinar con seguridad era cuándo se produciría la identificación oficial y definitiva de los restos, aunque muchos preveían que debía de ser inminente. Sobre todo si, en efecto, se trataba de Perla, porque no sería complicado cotejar las muestras que se obtuvieran de los restos con las de sus familiares vivos. Su madre y su hermana debían ofrecer coincidencias esclarecedoras.

Ante ese pronóstico, decidí bajar a recepción a prolongar mi estancia una noche más.

Una polilla se posó en el teclado de mi portátil, atraída por el brillo de la pantalla, que se había convertido en la única luz de la habitación a oscuras. Se me había hecho de noche sin que me diera cuenta, repasando la novela, consultando redes sociales, actualizando las portadas de todos los periódicos digitales. Con el mando a distancia encendí el televisor, colgado en la pared. Apareció el mismo canal en el que la había apagado, el que daba noticias las veinticuatro horas del día. En ese momento hablaban de política internacional, así que silencié el sonido. Con otro mando, apagué el aire acondicionado y salí a la terraza.

Nada más asomarme, creí ver movimiento en algún rincón de aquel jardín de césped artificial y palmeras en maceteros. Como una sombra que desapareciera. La iluminación la componían balizas de poca altura y luz naranja que apenas alumbraban nada. Su función era más bien de guía, marcando un único camino adoquinado y la posición de los bancos, aunque nunca había visto a nadie hacer uso de aquellas instalaciones tan desangeladas.

Se produjo un crujido a un lado del jardín.

Una pisada sobre alguna hoja caída de una de las palmeras.

Enseguida percibí otro movimiento entre las sombras.

El roce de un calzado sobre el césped artificial.

Los cortes en mi ceja y mi labio palpitaron al recordar la paliza del marido de Sagrario. También el empujón con el que el camionero me tiró al suelo. Temí que el primero —o algún cómplice del segundo— hubiera aparecido para terminar lo que empezaron.

Estando mi habitación a nivel de suelo, era muy fácil colarse en ella.

Sin ningún interés por averiguar qué era lo que se movía sigiloso en aquella oscuridad, volví a entrar y cerré la puerta corredera.

Fue entonces cuando oí los silbidos.

Las tres notas de siempre.

—¿Coral?

Abrí una rendija en la puerta para asegurarme de lo que oía.

La melodía de tres tonos se repitió.

Respondí con el mismo trino y Coral silbó una vez más.

Asomado de nuevo a la terraza, susurré su nombre.

Oí la fricción de unas zapatillas contra el césped mientras las sombras se movían y las balizas luminosas titilaban. Coral apareció frente a mí. Llevaba una camiseta negra, larga, por encima de las rodillas, zapatillas de tela y suela fina, también negras. Se había vestido para confundirse con la oscuridad.

—¿Qué haces aquí?

Sus dedos de colores se agarraron a la barandilla. La ayudé a saltarla, sujetándola en la bajada.

—¿Has venido andando?

Asintió.

—¿Te has escapado?

Volvió a asentir.

—¿Qué te pasa, Coral?

Nerviosa, se mordía el labio inferior, dando pasitos por la terraza en una postura encorvada en la que parecía abrazarse sola, como ofreciéndose a sí misma el consuelo que no encontraba en nadie más.

—Ven, pasa.

Entramos a la habitación. Le ofrecí agua, algo de comer. Podíamos salir a cenar algo. Pregunté si quería usar el baño, si necesitaba ayuda, si quería llamar a alguien.

—Nadie sabe que estoy aquí.

Sus ojos se detuvieron en las imágenes del canal informativo en el televisor y su gesto se torció con una mueca.

—Tú también lo estás esperando —murmuró.

Imaginé su nivel de angustia ante la inevitabilidad de la noticia que se avecinaba. Le ofrecí el borde de la cama para que se sentara. Yo usé la silla de escritorio, delante de ella.

—Es mejor que lo sepamos, Coral. Por duro que sea, es mejor saberlo.

—Lo van a decir… —Un gemido afligido emanó de su garganta—. Van a decir que es ella.

—Eso no lo sabemos —continué—. Y si de verdad es ella, estamos preparados para saberlo. Tú también lo estás.

La entrecortada respiración de Coral se aceleró, dando por hecho el más horrible de los escenarios.

—Pero es que es ella —dijo.

Sacó el colgante de su camiseta, usándolo como argumento silencioso que reforzaba lo que decía. Yo mismo había tomado el colgante de Perla como indicio definitivo hacía un rato.

—Tranquila, Coral. Vamos a estar tranquilos.

Ella negó con la cabeza. Se llevó una mano al pecho, que se agitaba cada vez más fuerte. En sus ojos, escondida en los recovecos de aquella mirada que siempre sabía más de lo que decía, identifiqué una alarmante certeza. Su frase —«pero es que es ella»— me sonó de pronto a una confesión, y me descubrí pensando, una vez más, si Coral podía tener algo que ver con la muerte de Perla. Era eso lo que, de verdad, tanto la inquietaba.

—No vas a estar sola. —Medí mis palabras para que pudieran aplicarse a varias situaciones—. Vas a tener ayuda.

—Nadie va a querer estar conmigo.

—Yo sí.

—Tú te acabarás yendo. —Repitió algo que le habría dicho su tía.

—Tu familia no se va a ir a ningún sitio. Ángela no.

—No me va a querer ni ella. No me va a querer nadie.

Sus ojos brillaron, barnizando el enigma que contenían.

—Coral, ¿por qué dices eso?

La niña luchó contra unos labios que deseaban hablar pero que no se separaron, cosidos por un hilo irrompible. Miró a la pantalla silenciada del televisor, como si esperara que allí se me revelara la verdad que ella era incapaz de pronunciar.

—Lo van a decir… —susurró.

—Todo va a estar bien, Coral.

Ella sacudió la cabeza, superada por la inquietud. Se levantó de la cama. Deambuló por la habitación sin rumbo. Se apretaba el estómago con los puños, luchando físicamente contra su nerviosismo. Me preocupó que su hiperventilación pudiera derivar en un cuadro de ansiedad.

—Quiero irme lejos. Tengo que escapar.

Hizo un requiebro en su errático paseo y se dirigió a la puerta de la terraza. Me interpuse en su camino.

—Llévame al mar —dijo.

Igual que aquella noche en las escaleras, mencionó el mar como si fuera un edén alejado de este mundo. Un sereno y pacífico paraíso en el que sus problemas desaparecerían.

—¿Por qué necesitas escapar, Coral?

El hilo que ataba sus labios se tensó.

—Dímelo, Coral. A mí me lo puedes decir.

Coral quería gritar, pero no tenía boca.

La guie de vuelta a la cama y me senté frente a ella.

La cogí de los hombros sin saber si estaba preparado realmente para recibir una confesión, o qué haría en el caso de que me desvelara algo terrible relacionado con Perla.

—Dímelo. Lo que sea.

No sabía si la entregaría a la policía, si la incitaría a que confesara o si escaparía con ella porque sus silbidos, sus uñas de colores y sus silencios me enternecían tanto que me daba igual lo que hubiera hecho. Bastante había sufrido ya.

Coral inspiró por la boca en una toma de aire irregular. Se levantó la camiseta, tan larga que cubría por completo el pantalón que llevaba. Era un cargo, corto y ancho. De dos de los múltiples bolsillos, sacó algo. Reconocí las cartulinas de colores, el dorso de dos nuevas manualidades.

—Las últimas…

Una repentina ráfaga de luz roja iluminó la habitación, tintó nuestras caras. Provenía de la televisión: era la cortinilla que anunciaba una noticia urgente en el informativo. En algún pasillo del hotel, alguien corrió. Se oyó un chistido. Aun tentado de subir el volumen y escuchar a la reportera que apareció en pantalla, mantuve la mirada fija en Coral.

—Solo me voy a creer lo que tú me digas.

Para que supiera que tenía toda mi atención, alcancé el mando a distancia y apagué la tele. Me dio tiempo a leer parcialmente un rótulo que escribía algo sobre el resultado de los informes forenses.

Ella bajó la barbilla.

Jugueteó con las letras en las manos, dadas la vuelta.

—Me vas a odiar.

—Coral, no… Nunca.

—No me va a querer ni mi tía.

—No digas eso.

Una lágrima se precipitó sobre una de las letras, pintando un punto más oscuro en la cartulina azul.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

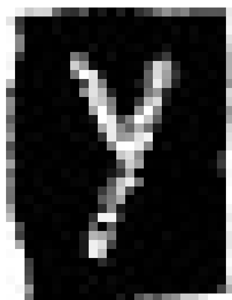
Coral sorbió mocos, alzó la mirada.

—Porque soy una mentirosa.

En la mesilla, mi móvil vibró. La pantalla se encendió con una notificación de mensaje. Volvió a vibrar enseguida. Y una vez más. Y otra. Una baraja de notificaciones se fue extendiendo desde la barra superior. Ignoré todos los avisos, no quería desviar mi atención de Coral.

Ella le dio la vuelta a las dos letras.

Colocó una sobre cada rodilla:





—Te lo llevo diciendo desde que llegaste —añadió.

El timbrazo del teléfono fijo de la habitación nos sobresaltó a los dos. Sonó mientras mi móvil recibía más notificaciones. Una repentina sensación de alarma me sacudió al pensar que todas esas comunicaciones quisieran advertirme de algo malo. A lo mejor la reportera estaba diciendo por televisión que Coral había asesinado a Perla con sus propias manos. Pero me negué a creer que pudiera correr ningún peligro con aquella niña que me entregaba dos letras llenas de brillantes y purpurina en cartulinas de colores.

—Ellos ya lo saben —dijo Coral sobre el escándalo en la mesilla—. Te lo quieren contar.

Señaló mi móvil con la barbilla, invitándome a que leyera los mensajes.

—¿Seguro?

Ella asintió.

—Yo no puedo decirlo. No sé decirlo.

Cogí el móvil con una mano sudorosa, sentía el latido en las venas del dorso. Tuve que repetir tres veces el patrón de desbloqueo.

Desplegué la baraja de notificaciones. Había mensajes de varios amigos que sabían dónde me encontraba y el tema de la novela que estaba escribiendo. La noticia tenía que haber sido gorda. Incluso Deimo5 había retomado nuestro chat. Fue ese el primero que abrí:

| QUE COÑO ES ESTO?

| No entiendo nada

| Mi familia están pirados

| JODER TÍO, QUÉ MIERDA ES ESTA

Sus mensajes no explicaban la razón de su desconcierto. Él daba por hecho que yo estaba al tanto. Con un pulgar trémulo y la respiración casi tan entrecortada como la de Coral, abrí la conversación con otro contacto que sí me mandaba un enlace. Lo presioné para abrir la noticia.

EL CADÁVER ES DE PERLA.

Era la primera frase de un titular doble cuya segunda parte tuve que releer varias veces para asegurarme de que ponía lo que creía. Parpadeé como si de verdad me fallaran los ojos, pero las palabras seguían escribiendo lo mismo:

CUANDO TENÍA CUATRO AÑOS.

Mi mano temblorosa perdió cualquier vigor. El teléfono se precipitó al suelo.

Miré a Coral, que me observaba con unos ojos vidriosos al borde de nuevas lágrimas.

—Soy una mentirosa. —Cogió las manualidades sobre sus rodillas y me las entregó—. Pero a ti te estaba diciendo la verdad desde el principio.

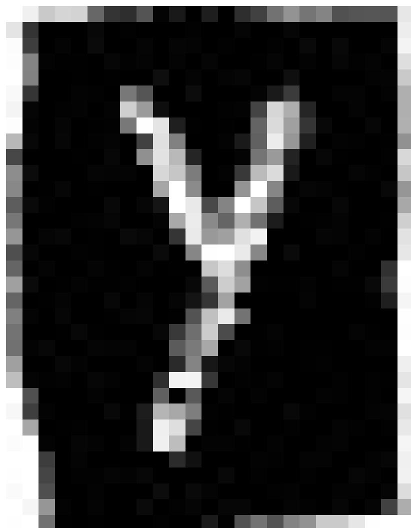
Me dirigí al escritorio sintiendo que me movía a cámara lenta, el cuerpo frío por el impacto que había secado de golpe mi sudor. Aparté la grabadora que usaba como pisapapeles sobre las carpetas de documentación. Seleccioné la que contenía las letras de Coral. Ella se colocó a mi lado mientras la abría, asomándose por primera vez a mis intentos por encontrar sentido a sus manualidades. Seguían colocadas en el último orden que creí importante:

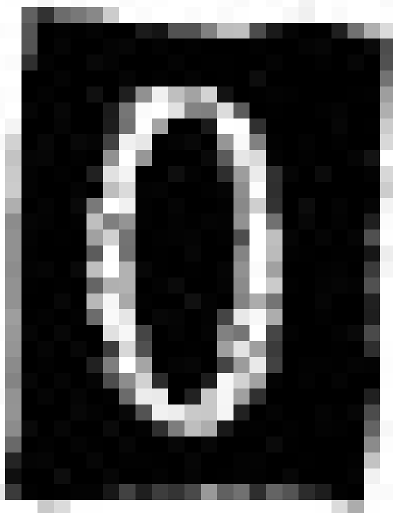
SOLAS DOS O

Añadí, debajo, las dos últimas:

Y Y

Aun teniéndolo delante de mí, sabiendo que ahí estaban todas las letras que necesitaba para descifrar el enigma, mi cerebro atolondrado, que luchaba por entender lo que estaba ocurriendo, fue incapaz de resolverlo por completo. Lo único que hice fue juntar una de las «Y» con la «O» que había quedado suelta, para formar:





Un dedo de Coral, con la uña pintada de ese color que siempre asociaré a ella —el naranja coralino, casi fosforito, de los atardeceres—, fue reordenando las letras, una a una, hasta escribir:

YO SOY LAS DOS

Miré a Coral con los ojos muy abiertos.

Las ideas que empezaron a formarse en mi cabeza no podían ser ciertas.

Ni siquiera sabía qué era lo que estaba pensando exactamente.

Ella huyó a un rincón de la habitación. Se dejó caer en la butaca de la esquina, subiendo los talones al asiento, como hizo la primera vez que la vi. También como entonces, se cubrió las piernas con la camiseta larga, estirando la tela hasta los tobillos. Subió el cuello de la prenda a su frente. Desapareció como una tortuga dentro de su caparazón.

Me acerqué a la butaca.

Oía su entrecortada respiración allí dentro.

—Coral. —Le toqué la coronilla de pelo que asomaba—. Ayúdame.

Iba a necesitar ayuda para comprender una realidad descabellada en

la que la frase que acababa de escribir pudiera tener sentido. Poco a poco, el cuello de su camiseta empezó a abrirse, como el iris de un ojo curioso. La prenda se deslizó por su rostro hasta descubrirlo por completo.

Se quedó mirándome antes de atreverse a hablar.

Tenía las mejillas húmedas, también las pestañas.

—Fui yo la que hizo todo —dijo al fin, sorbiéndose la nariz—. Todo me pasó a mí.

Un constante cortocircuito en mi cerebro interrumpía cualquier razonamiento que iniciara, porque todos acababan resultando imposibles. Lo primero que pensé es que Perla no existía. Ni había existido nunca. Era solo una creación de Coral, que había logrado convencernos a todos de que su hermana imaginaria era real. Pero eso era absurdo: existían fotos de la dos hermanas juntas, la gente del pueblo las había visto corretear por el comedor. Ángela y Sagrario conocían a sus dos sobrinas. En la bolsa de deporte al fondo del embalse había un cadáver. Y pertenecía a Perla. Un segundo pensamiento me llevó a valorar, una vez más, que Coral había asesinado a su hermana, pero si el cuerpo era de Perla cuando tenía cuatro años, Coral era aún más pequeña. Tampoco eso tenía ningún sentido. Nada lo tenía. Dejé de entender qué había vivido en el hotel esas semanas. Qué había pasado en la fatídica noche de la huida de Perla, si ni siquiera Perla había huido.

—No lo entiendo, Coral. De verdad que no.

—Ni yo. —Se secó con la camiseta lágrimas caudalosas en sus ojos—. ¿Por qué a mí?

Busqué su mano de colores y la apreté con cariño.

—¿Me lo quieres contar? —pregunté.

Ella se recompuso, se acomodó en la butaca. Casi pude ver cómo el hilo que suturaba sus labios, el mismo que los había atado durante tanto tiempo, se desataba y caía al suelo, junto a sus pies.

Coral asintió.

Arrastré la butaca, con ella encima, hasta el borde de la cama, donde me senté yo, dispuesto a escucharla. Antes de empezar a hablar, ella se levantó y se acercó a mi escritorio. Pensé que estaría cogiendo las

letras, o alguna documentación, pero lo que trajo consigo fue la grabadora. Me la entregó.

—¿Estás segura?

Coral realizó una honda respiración.

Ella misma presionó el botón de grabar.

La cara de la arpía

Llevo siendo Perla mucho tiempo. Muchísimo. Casi toda mi vida. Desde que recuerdo, he sido Coral, pero también Perla. Era mi madre la que me pedía que lo fuera. Me pedía que me metiera en la cama y me hiciera la enferma. Al principio, muy al principio, era como un juego. Ella no jugaba mucho conmigo, así que eso era lo más parecido a jugar. Convertirme en otra persona, disfrazarme. Podría haberme disfrazado de princesa, de unicornio o de sirena, pero mi disfraz era el de una niña enferma. Me disfrazaba de mi hermana. Creo que en algún momento me divirtió, pero luego dejó de gustarme porque también dolía. Y me hacía estar enferma de verdad. Mamá me daba pastillas que me ponían mal y me metía el tubo por la nariz. Si gritaba o lloraba, era peor, porque el tubo se atascaba en la garganta. El parche del ojo, que me lo ponía sobre todo al principio, me arrancaba las cejas, las pestañas, al quitármelo. También me ponía pañuelos y gorros en el pelo. Usaba mucho la mascarilla. Cualquier cosa que completara el disfraz. Por eso consiguió una silla de ruedas que en realidad no necesitaba para nada, porque quedaba bien en las fotos, me hacía parecer muy enferma. Una vez dijo que me iba a rapar el pelo, que así quedaría todavía mejor, pero le dije que si lo hacía luego no podría ser Coral. Le molestó que se lo dijera, pero se dio cuenta de que era verdad.

Yo he visto que otras madres, a sus hijos, como mis tías con mis primos, los peinan para las fotos, para que salgan guapos. He visto que les colocan el pelo con saliva, detrás de las orejas, en el flequillo. Les hacen las fotos en lugares abiertos, con sol. Con más gente. Comiendo con mucha gente, todos juntos. Pero a mí mi madre me despeinaba para las fotos. Y me las hacía a mí sola. Siempre sola. En la habitación. Me las hacía después de meterme el tubo por la nariz, de ponerme el parche. Por eso salía siempre con cara triste, enfadada. O se me veían los ojos como de haber llorado, porque me acababa de hacer muchísimo daño. También me obligaba a tomarme pastillas. Un montón. A veces las vomitaba, otras veces se quedaban dentro de mí, me mareaban. Eran medicina, pero como no tenían nada que curar, solo me hacían sentir mal. Algunas tenían un sabor asqueroso que se me quedaba como pegado en la nariz, por dentro. Y todo me sabía mal durante un tiempo.

Algunas veces, cuando no podía más, le gritaba a mamá que me dejara en paz, que yo no estaba enferma y no quería ser Perla, pero al final eso era mucho peor para mí. Porque entonces mamá me miraba con su cara de enfado, la que me daba tanto miedo. Con los ojos así, muy abiertos, la frente arrugada. Apretaba mucho la boca y los labios se le ponían muy finos. Era una cara horrible. Era la cara de la arpía. En casa teníamos un libro de mitología, muy gordo. Se lo había regalado alguien a mi madre, en el trabajo. Ella trabajaba en un sitio que se llama Medusa, y Medusa salía en libro, por eso se lo regalaron. Medusa era un monstruo de los muchos que aparecían dibujados, era una mujer con el pelo lleno de serpientes. Se suponía que daba mucho miedo, pero a mí la que de verdad me daba miedo era la arpía. Tenía una cara feísima, con ojos amarillos que te miraban desde la página. Era una cara arrugada, de bruja, de mala persona. Se notaba en la mirada y en que enseñaba los dientes, que eran como colmillos. Tenía el pelo sucio y blanco, verrugas en la nariz. Y lo peor era el cuerpo. Un cuerpo de pájaro. Un pájaro negro, grande y horrible, con alas enormes. Era un cuerpo esquelético. La arpía sí que parecía enferma de verdad. En vez de manos tenía dos garras grandísimas con las que, en el dibujo, sujetaba dos cráneos de persona. Eran calaveras pequeñas, de niños, como era yo. En sus pies, que eran otras dos garras, había una montaña de huesos y otras calaveras. Mamá, cuando se enfadaba, ponía una cara muy parecida a la de la arpía en el dibujo. No tenía los ojos amarillos ni el pelo blanco, pero su gesto era el mismo. Se parecía tanto, que llegué a pensar que mi madre era en realidad una arpía. El libro decía que a las arpías se las identificaba por su apariencia horrible y por su mal olor, un olor que salía de sus propios cuerpos y de la comida podrida que robaban a la gente. Mamá olía mal muchas veces, igual que la comida podrida en la cocina. El libro decía también que las arpías más conocidas eran tres. Tres hermanas. Y como mamá tiene a Sagrario y a Ángela, me daba por pensar que ellas, a lo mejor, eran esas tres hermanas.

Si yo no quería convertirme en Perla, mamá me miraba con la cara de la arpía. Y entonces yo hacía todo lo que me pidiera, porque no quería que se transformara en un pájaro enorme, negro, que me perseguiría por el salón, hasta mi cuarto, hasta la cama de Perla. Por eso dejaba que me metiera el tubo, me pegara el parche y me pusiera el gorro o cualquier otra cosa que quisiera. Mientras lo hacía, yo miraba sus manos, imaginando que le iban a salir escamas en la piel. O uñas largas, así, como de pájaro.

Después de ponérmelo todo, mamá me decía que yo era una desagradecida por no querer ayudarla. Que se lo ponía todo muy difícil y que la hacía enfadarse cuando ella no quería enfadarse. Que a

ver si entendía de una vez que si no me convertía en Perla, nos iban a quitar la casa. Que en cuanto las tías se enteraran de que mi hermana no estaba ahí, nos iban a echar del hotel. Lo íbamos a perder todo. Y yo me quedaría sola porque ella se iría con Ser, muy lejos. A la Conchinchina, decía ella. Se iría a la Conchinchina con Ser y a mí me tirarían del coche a una cuneta. Me dejarían tirada a un lado de la carretera en cuanto nos alejáramos lo suficiente para que me fuera imposible regresar al hotel. A ver si conseguía sobrevivir comiendo ratas, lombrices y cardos. Eso es lo que me iba a pasar si dejaba de disfrazarme de Perla, que me quedaría sola viviendo en una cuneta. Si prefería seguir viviendo en casa, tranquilita y con comida de verdad, lo único que tenía que hacer era ser Perla cuando ella me lo pidiera. Decía que a ella también le dolía hacerme daño con el tubo en la nariz, pero que a veces uno tiene que hacer lo que tiene hacer.

*

Las veces que vino el doctor mamá no me ponía muchas cosas. Ni el tubo en la nariz, ni el parche en el ojo, ni los pañuelos. Sí me dejaba la mascarilla y me daba un montón de pastillas. Era cuando más me daba. A veces ni me enteraba de que había venido el médico. Lo intuía porque me despertaba después en la cama de Perla, encontrándome mal, rara, con la tripa fatal. Me despertaba en mitad de la noche, o cuando era ya de día de otro día. Entonces oía a mamá y a Servando en el salón, hablando de la visita del doctor de la que no me había enterado. Hablaban mal de él, de que era un pesado, de que a ver si nos dejaba en paz porque la niña tenía una enfermedad rara y punto. No había nada más que hacer ni que mirar.

Cuando las que venían eran mis tías, mi madre decía, casi siempre, que Perla estaba pasando una tarde muy mala. Les decía que había tenido una migraña horrible y que ahora por fin se había dormido. Mentía con que el médico había pasado por ahí y había recomendado lo de siempre, reposo y tranquilidad absoluta. Les decía que era una pena que no pudieran entrar a verla, pero que era lo mejor para la niña. Mis tías se quedaban entonces un rato en el sofá, hablando muy bajito. Mamá les ofrecía café, pero ellas nunca querían, decían que acababan de tomarlo abajo. Si la habitación de Perla no iba a abrirse, yo podía quedarme con ellas en el salón, o jugar a algo con Ángela en mi cuarto. También podía salir al pasillo del hotel, o bajar al aparcamiento con alguno de mis primos, aunque ellos no venían casi

nunca.

Había veces que mamá sabía que las tías iban a insistir en ver a Perla, porque fuera su cumpleaños o algo así. Esas veces, me hacía ponerme de todo. El tubo de plástico en la nariz, el parche, el gorro. La mascarilla. Mis tías entraban en la habitación a ver a Perla y a quien veían era a mí. Me llamaban Perla. Creían que era ella. Mamá, además, me había pedido que, delante de mis tías, no hablara apenas. O sea, que estuviera cansada, como ida. Que tosiera. Que cerrara los ojos mientras me preguntaban cosas. Cuando fui creciendo, aterrada por la cara de la arpía, mamá fue confiando en que me comportaría bien delante de mis tías, pero al principio, cuando era más pequeña, no se fiaba. Me obligaba a tomar cosas antes de las visitas, como hacía con el médico. Algunas veces me pinchó también. En el brazo o en la tripa. Una vez en el pie. Entonces yo veía a alguna de mis tías entrar en la habitación, pero lo veía como desde fuera de mi cuerpo. Las oía hablar muy lejos. Yo no sentía ni la cara, ni la boca, ni la lengua, así que no podía responder a lo que me preguntaban.

«Pobrecita, tantos años enferma», decía mi tía Ángela. Y luego, a mi madre, le pedía, por favor, que cuidara muy bien de Perla. Que le limpiara mejor el cuarto, toda la casa. Que exigiera más atención del médico, del hospital, de quien fuera. Que pidiera ayudas al Estado o no sé qué. Que ella sola no podía. También le pedía que no se olvidara de Coral. «No descuides a Coral», le decía, «ella también lo está sufriendo».

Oír a mis tías decir mi nombre, como si no estuviera, cuando en realidad me tenían delante sin saberlo, me hacía llorar. Sentía que me borraban, que me mataban. Parecía que me había muerto o algo. La idea de haberme muerto me daba tanto miedo que me ponía a llorar. Y si mis tías se daban cuenta de que estaba llorando, porque se me caían las lágrimas sin que yo sintiera la cara ni pudiera moverme, volvían a decir que pobrecita Perla.

El médico también me mencionaba, como si no estuviera allí, mientras me atendía siendo Perla. Decía no sé qué de la genética, que qué caprichosa, una hermana tan sana y otra tan enferma. O sea, tan parecidas y tan diferentes. Le recomendaba a mi madre que se ocupara mucho de Coral, que las enfermedades entre hermanos pequeños, tratarlos de manera diferente, provocan muchos traumas o no sé qué. Lo hacía mientras me tocaba, me metía el palo en la boca, me hacía toser, respirar. No sé, me hacía muchas cosas, pero no se daba cuenta de nada. Para él, seguíamos siendo las dos hermanas que conoció alguna vez, cuando aún existíamos las dos. Si preguntaba por

Coral, mi madre le decía que no estaba, que me había ido al cole, o que estaba abajo en el restaurante, o lo que fuera. Que ya me llevaría a consulta en algún otro momento, si acaso hacía falta, porque Coral no le daba ningún problema. Daba gusto con Coral. Entonces yo lloraba y el médico intentaba animarme, hablándome como si fuera tonta. Pero el tonto era él, que no se enteraba de nada.

Tampoco es que el médico viniera muchas veces. Vino poco. Mi madre lo evitaba. A Perla, la de verdad, ya le hicieron el montón de pruebas con las que le diagnosticaron lo que tuviera. Cuando la mandaron a casa, era responsabilidad de mi madre informar a los médicos si pasaba algo nuevo, pero ella no llamaba ni buscaba más atención de la que recibía. Si quien llamaba era el hospital, que tampoco pasaba muchas veces, ella decía que no le hacía falta nada, que Perla se encontraba muy bien últimamente. Mi tía Ángela, que en realidad veía fatal a Perla, se quejaba mucho, en alto, de la sanidad pública. Decía que se podía morir uno en los pasillos del hospital sin que le dieran una aspirina. Que era una vergüenza que no hicieran caso ni a una pobre niña pequeña. Que parecía que lo único que querían era que nos muriéramos todos antes de cobrar la pensión o no sé qué. Era esas veces, cuando Ángela acababa interviniendo, cuando mi madre no podía escaparse de una visita del médico. Pero no fueron muchas. Y tampoco me sirvieron de nada porque allí nadie se dio cuenta de nada. Todo el mundo se tragaba, una y otra vez, que yo era Perla. Una mascarilla y cuatro cosas médicas en la cara fueron suficientes.

Mamá lo hizo muy bien eso. Había días que incluso se las ingeniaba para que pareciera que estábamos las dos en casa a la vez, aunque en realidad nadie nos ha visto juntas desde que yo tenía tres o cuatro años. Lo hacía esos días en los que yo podía quedarme en el salón con mis tías porque Perla se suponía que estaba dormida, o sedada o algo. Con la puerta cerrada todo el tiempo, mis tías sabían que no iban a poder entrar a verla. Entonces mi madre, como si hiciera una excepción, les ofrecía a mis tías asomarse al cuarto, solo un poco, abriendo una rendija para no molestar a la niña. Les enseñaba de lejos el bulto que ella misma había formado en la cama, bajo las sábanas. Le preguntaba a Perla, muy bajito, si estaba despierta, si podía salir un rato al salón, a estar con los demás. Pero Perla, que en realidad era una almohada, no contestaba, y mi madre le decía a mis tías que nada, que qué pena, que estaba dormida, muy débil. Que ojalá se encontrara mejor el próximo día que vinieran. Esos días, mis tías, mis primos creían vernos juntas. Y seguían sin darse cuenta de nada. Mamá me decía muchas veces que nadie está tan atento realmente a la vida de los demás. En el pueblo, por ejemplo, todo el mundo sabía que Perla no había vuelto a ser la misma después de la enfermedad y ya está. La

gente incluso dejó de preguntar por ella porque para qué iban a seguir preguntando si todas las respuestas eran malas. A mí, mamá cada vez me dejaba salir menos, decía que nos ahorrábamos problemas. Ella y yo.

Una tarde, siendo Perla, en la cama, Ángela vino a verme. Yo estaba medio mareada de algunas medicinas que me había dado mamá. Tenía los labios dormidos y no podía hablar, pero al menos estaba despierta. Mientras mi tía me contaba cosas del restaurante y de mi primo, yo me imaginaba diciéndole mil cosas a ella, aunque los pensamientos no salían de mi cabeza. De pronto, pasado un rato, logré pronunciar una frase en alto. Mi tía me quitó la goma de la mascarilla por un lado para oírme mejor. Le dije que quería ver el mar. «Quiero ver el mar», le dije. Ella, que sabía que no podía ir, porque se suponía que Perla tenía alergia al sol, a la sal y al yodo, me dijo que prestara atención. Me pidió que escuchara los coches que pasaban por la carretera, enfrente del hotel. Me dijo que ese sonido que oíamos era exactamente igual al que hacían las olas del mar al chocar contra la arena de la playa. O sea que podía estar tranquila porque ya estaba en el mar, lo tenía ahí fuera, al otro lado de la ventana. Y podía escucharlo desde la cama siempre que quisiera.

La siguiente vez que vi a Ángela, abajo, en el comedor, siendo Coral, le di un abrazo muy fuerte y le dije que era un abrazo de parte de Perla. Que mi hermana me había pedido que se lo mandara por algo que le había dicho ella el otro día en la cama. Le pregunté qué era lo que le había dicho y mi tía se cerró los labios con una cremallera, convirtiendo la conversación con Perla en un secreto entre ellas dos. Le di un beso en la mejilla y le dije que era mi tía favorita. Enseguida lo pensé mejor y le dije que no. Que era mi madre favorita. A ella se le pusieron los ojos llorosos.

*

Lo de que yo era Perla solo lo sabíamos mamá y yo. Después lo supo también Servando. Mamá se lo tuvo que contar cuando vino a vivir con nosotras. Creo que si no se lo hubiera contado tampoco se hubiera dado cuenta, porque, la mayoría de las veces, él no estaba muy en este mundo. O sea, él vivía como estaba yo cuando era Perla.

Una noche, ya cuando Servando dormía siempre en casa, vi cómo mi

madre le decía en el salón, sentada con los pies en el sofá, que sus dos hijas, esas dos niñas que le había dicho que tenía, en realidad eran solo una. Él, que encendía una vela en la mesa de centro, contestó que no, que eran dos, dos niñas diferentes. Él mismo había robado los carteles de unas calles con nuestros nombres. Uno para cada una. La enferma y la otra. Pero mamá le dijo que no, que solo había una. Que la enferma no existía. Bueno, que no existía ahora, antes sí. Ella tuvo dos hijas, pero ahora solo quedaba una. Y esa una se hacía pasar por la otra. Servando le dijo que vale, que lo que ella dijera. Pero le preguntó que por qué, que qué movida más rara. Mamá le contestó que se había metido en un lío, en uno muy grande, y Servando le preguntó en cuál. Mamá se acercó a él, le habló bajito, cerca de la oreja. Le dijo que, si le contaba la verdad, él iba a querer dejarla. Le diría que era una persona horrible y se iría de casa en ese mismo momento. Él dijo que ni de coña. Antes de contárselo, mamá le hizo prometer a Servando que se quedaría con ella. Apartó la cuchara que Servando quemaba encima de la vela para que la mirara. Le pidió que se lo prometiera. Que se lo tenía que jurar. Que le contara lo que le contara, él se quedaría con ella. Él dijo que sí. Que qué pesada. Que no se preocupara tanto, que a él, en realidad, se la sudaba que fueran una, dos o tres niñas las que había en esa casa. En ese momento, mamá descubrió que yo los espiaba desde la puerta del cuarto de Perla. Se enfadó tanto que su cara empezó a parecerse a la de la arpía. Me dijo que me fuera a mi cuarto, que cerrara la puerta. Que si no lo hacía, llamaría a las tías para que vinieran a ver a Perla. Les diría que me había despertado llorando preguntando por ellas. Y que cuando vinieran, porque vendrían, tendríamos que ponerme el tubo, el parche. Mi madre me enseñó la jeringuilla que tenían en la mesa, junto a la vela. Dijo que hoy sería una de esas visitas en las que no me enteraría de nada. Corrí a mi cuarto y me escondí bajo las sábanas. Pensé que oiría en cualquier momento las garras del pájaro enorme caminando por el salón hacia mi habitación.

Servando supo la verdad esa noche. Yo no. A mí, mamá no me lo quería contar. Yo tenía que ser Perla sin saber por qué y sin acordarme de ella siquiera. Para mí, mi hermana era solo la niña que salía conmigo en la foto que nos hicieron en el salón, esa en la que salimos disfrazadas de hada. La tengo escondida en mi cuarto. De Perla no me acuerdo en realidad. A veces la siento muy cerca de mí, siento incluso que soy un poco ella, pero la verdad es que no me acuerdo de tener una hermana. Mi tía me contó que a veces le subía al cuarto polvitos de los que yo hacía abajo en el aparcamiento, y que las dos alucinábamos con lo suaves que eran. A mamá le pregunté muchas veces por qué tenía yo que sufrir tanto por algo que no era mi culpa, si

no podíamos buscar otra solución. O sea, le ofrecía hacer lo que ella necesitara para que no perdiéramos la casa, pero de otra forma. Ella me decía que no había otra forma, que ya lo entendería cuando fuera mayor. Entonces le preguntaba, otra vez, qué era lo que había pasado con Perla. Lo único que me contestaba era que Perla la ponía muy triste. Igual de triste que la ponía yo. Y que una madre triste puede hacer muchas locuras. Si yo le preguntaba cuál era esa locura, entonces mamá se enfadaba, me gritaba que estaba haciéndole demasiadas preguntas y que yo ya sabía lo que iba a pasar como siguiera así. Que se iba a ir a la Conchinchina. Con Ser. Y entonces la cuneta. Y las lombrices. Y los cardos.

Al final, mamá me contó la verdad hace unos meses. En realidad fue porque se peleó con Servando. Muchísimo. De noche, de repente, me despertaron unos gritos. Era él, gritando a mamá. Le decía que se iba, que la dejaba. Que estaba harto de estar todo el día metido en casa por sus movidas y sus líos. Que había sido muy tonto, pero tontísimo, de buscarse a una mujer con cargas. Que había por ahí mil tías, tías libres, libres de verdad. No como ella, que vivía de sus hermanas y para sus hijas, o su hija, o lo que fuera. Pero que para todo, ella dependía de otra gente. Y eso era lo contrario de ser libre, por mucho que ella dijera. Servando sabía que ese era el peor insulto que le podía decir a mi madre, y por eso se lo decía. Mi madre le respondió gritándole barbaridades, insultos y cosas. Hasta que Servando le dio una bofetada y abrió la puerta de casa. Entonces mi madre cambió por completo y se puso de rodillas. Le pidió que no se marchara. Se lo dijo con una voz como de niña, lloriqueando. Por favor, por favor, por favor, que no se fuera. Que no la dejara sola. Que él era lo que ella más quería en el mundo. Y que si se iba, ella iba a hacer una tontería y él se iba a arrepentir toda la vida. Mamá intentó cogerle la mano, pero Servando se reía de ella, se la quitaba de encima como a una niña pequeña. «Es que si te vas, me mato», le dijo mi madre, pero lo único que consiguió fue que Servando le gritara que ojalá lo hiciera. Que a ver si se atrevía. Le dijo eso y se fue de casa con un portazo.

Mamá se quedó callada, de rodillas, esperando. Con las manos así, en la boca, como si rezara o algo. Cuando oyó el ruido del coche de Servando, empezó a gritar. A llorar. Se tiró contra las paredes y cosas así. Se rompió el cuello de la camiseta que llevaba. Hizo todo como si fuera la primera vez que Servando se iba de casa, o como si fuera la última, pero, en realidad, era algo que pasaba de vez en cuando. Se peleaban muchísimo, se decían de todo y él se iba. Luego acababa volviendo unos días después y ellos volvían a llevarse bien. Pero esa noche la pelea pareció más grave, más de verdad. Las veces anteriores que mi madre había dicho eso de que se iba a matar, él le pedía por

favor que no dijera eso. Que con ese tema no se jugaba. Pero esa noche le acababa de gritar que lo hiciera, que se matara. A lo mejor por eso mamá creyó que la abandonaba de verdad. Y a lo mejor por eso mamá intentó matarse.

En la cocina, cogió unas tijeras de la barra y se las puso en la muñeca. Le gritaba a la cocina vacía, a Servando, que claro que se atrevía. Que ya vería cómo se atrevía y la cara de imbécil que se le iba a quedar cuando le dijeran que Bárbara se había abierto las venas por su culpa. Yo corrí a quitarle las tijeras, pero me amenazó con clavármelas a mí antes. O sea, tuve que separarme bastante para que no me las clavara. Entonces volvió a ponérselas en la muñeca. Las apretaba mucho, contra la carne, pero sin atreverse a cortar en realidad. De pronto, las tiró al suelo. Había tenido otra idea. Me apartó de en medio del salón cogiéndome de la cabeza, empujándome así. Me caí al suelo, en un rincón. Ella se sentó en el sofá. De un cajoncito de la mesa de centro sacó una bolsa pequeña de polvo blanco. La vació, entera, encima de un plato que había por ahí. Cogió también una pajita, cortada en trozos. Se agachó muchas veces para aspirar por la nariz. Un montón de veces, muy seguido. «Que si me atrevo, dice», soltaba una y otra vez. Le pedí que parara, que eso era mucho, pero ella no me hacía caso, solo murmuraba cosas mientras aspiraba. Sentada, movía el cuerpo hacia delante y hacia atrás. En una de esas, se quedó quieta, con los ojos muy abiertos. Respiraba fuerte. Se mordía mucho los labios. Decía que sí con la cabeza, no sé a qué. Así estuvo mucho rato, sin mover el cuerpo, diciendo que sí con la cabeza. Pero mucho rato.

Cuando volvió a moverse, encendió la vela. Buscó una cuchara y preparó una jeringuilla. Dijo, en alto, que esa iba a ser la que se la llevara al infierno. Y que se iba a arrepentir. O sea, se lo decía a Servando, aunque él no estaba allí. Mamá se pinchó la jeringuilla en el brazo. La mantuvo ahí un rato, como pensando. Antes de apretar, la tiró contra la puerta. «Eso es lo que a ti te gustaría», gritó, y empezó a llorar otra vez.

Yo quise levantarme, marcharme de ahí sin que me viera ni me dijera nada, pero ella me miró, así, entre mechones de su pelo sudado. Tenía la peor cara de arpía que le había visto nunca. Tenía hasta los ojos amarillos de verdad. Me dijo que se había quedado sola. Otra vez. Y que era todo culpa nuestra. De Perla y mía. Vino hacia mí y creí que le iban a salir en la espalda alas enormes, negras. Tiró de mí, de los brazos, para levantarme. Yo me resistí y ella me empezó a arrastrar. Me llevaba al cuarto de Perla, diciéndome que tenía que convertirme en ella. Que fuera preparando la nariz para el tubo. Le dije que no venía nadie, que era tardísimo, que no tenía por qué ser Perla. Pero

ella seguía gritando, arrastrándome. Un hombro me dolió mucho. Decía que le daba igual la hora que fuera y que era ella la que decidía cuándo yo era Perla. Me obligó a meterme en la cama. Me empujaba de aquí, del pecho, para que no pudiera levantarme. Buscó el tubo por el cuarto, con manos temblorosas. Le repetí que no hacía falta disfrazarme, que no venía nadie. Ella contestó que quien venía esta noche a nuestra casa era el demonio y que el demonio quería ver a Perla. Me asustó oírla hablar así. Escupía al hablar. Le dije que había tomado muchas cosas, muy rápido, y que estaba diciendo tonterías. Nunca la había visto así. Ella reunió sobre la sábana el parche, el tubo, pastillas. La vi tan convencida de convertirme en Perla, que se me ocurrió hacer otra cosa para evitarlo. Le dije que ya lo era. «Mamá, soy Perla», le dije. Ella me miró, extrañada. La frente llena de arrugas. Me fijé en que tenía las pupilas enormes, sus ojos parecían negros. Cuando creyó reconocerme, dijo mi nombre, Perla, y me dio una bofetada. Como la que le había dado Servando a ella.

«Todo esto es por tu culpa, Perla», me dijo.

Yo me quedé inmóvil. No sabía qué hacer. De verdad que no sabía qué hacer. Entonces mamá me pidió perdón. Me empezó a besar, a abrazar con su olor de arpía. Me pidió perdón por todo lo que me había hecho. A su hija. A su niña bonita. A su Perla. Me susurró en el oído, llenándomelo de baba, que ella también fue la perla de alguien, de nuestro padre. En cuanto dijo su nombre, Tuno, se quedó muy callada. Se sentó en la cama, mirando a la nada. Completamente ida. Como si se hubiera olvidado de todo lo que estaba pasando. Estuvimos así un buen rato, las dos en silencio. Ella perdida en algún lugar de su cabeza. Miraba más allá de la pared, a algún recuerdo o algo. De repente la vi como más pequeña, más frágil. Aproveché ese momento para preguntarle, una vez más, por qué tenía que ser Perla. Ella hizo así con los hombros, como que no lo sabía. Pero le dije que sí lo sabía, que por favor me lo dijera.

«¿Dónde está Perla, mamá?», le pregunté.

Ella no parpadeaba. Era como si estuviera muerta. Como si se hubiera sentado una muerta en mi cama.

«Si es que yo no quería teneros», me dijo. «Yo solo quería que tu padre se quedara conmigo».

Se giró hacia mí y su cuello hizo un ruido raro.

Para no alterarla, con voz muy bajita, me atreví a preguntarle qué le

había hecho a Perla.

La cara casi muerta de mamá sonrió un poco.

«No se lo hice solo a ella. Os lo hice a las dos», dijo.

Los ojos se le pusieron bizcos, como si así pudiera, de verdad, seguir viéndonos a las dos.

Asustada, traté de bajar de la cama. Mi movimiento la sacó de su extraño estado. La mujer muerta revivió y me dijo que para qué preguntaba nada. Que para qué le hacía hablar si luego intentaba huir en cuanto empezaba a contarme algo. Que visto lo visto le tenía que dar las gracias por no habérmelo contado nunca, porque mira cómo me estaba poniendo y ella aún no había dicho nada. Pero que yo acababa de abrir la caja de Pandora o no sé qué y que ahora me iba enterar, sí o sí, de la verdad. Mamá me alcanzó y me tiró a la cama. Me di con la cabeza, así, contra la pared. Me puso las manos en el cuello, apretando. Pensé que iba a seguir apretando, la veía capaz de hacerlo, pero solo me dijo que ni se me ocurriera salir de la habitación. Que la caja de Pandora no se podía cerrar ya y que si la verdad quería, la verdad iba a tener. Creí que se iría de la habitación con un portazo, pero salió cerrando la puerta con cuidado, sin hacer casi ruido, como si de verdad dentro del cuarto hubiera una niña enferma.

Fuera, oí que empezaba a usar la pajita para aspirar. Muchas veces. Muchísimas. Estuvimos así, yo muerta de miedo en la cama y ella aspirando en el salón, todo lo que quedaba de noche. Cuando vi por los agujeritos de la persiana que empezaba a ser de día, mamá volvió a entrar al cuarto.

Cogí una mano de Coral, invitando a que parara si quería dejar de hablar.

—No quiero parar.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella dijo que no con la cabeza.

—Es raro. Hacía mucho que no hablaba tanto. Es la primera vez que lo cuento.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto.

Coral se encogió de hombros y dijo que ella también lo sentía. Apreté sus dedos. Morado, naranja, rosa, marrón, amarillo pálido. En una parte de su testimonio, al principio, había sentido la necesidad de abrazarla y desde entonces nos habíamos sentado los dos en la cama. Después habíamos preferido bajar al suelo, las espaldas contra el somier. Nos rodeaban envoltorios de papel, arrugados, de la cena que habíamos pedido. Nos la comimos ahí mismo, sin que ella dejara de hablar. Yo apenas la había interrumpido, no quería interferir en su narración. Desde que había conocido a Coral en el sofá de su casa, había ansiado escucharla hablar. Y ahora que por fin lo hacía de esa manera, tan rica en detalles, tan extensa, me pareció titánico el esfuerzo que habría supuesto para ella permanecer callada durante tanto tiempo. Viendo avanzar el contador de la grabadora supe, desde ese momento, que iba a incluir en la novela la transcripción de las palabras de Coral casi de la misma manera en que salían de su boca.

—¿Supiste esa noche la verdad?

Coral asintió. Me dijo que lo que había estado haciendo su madre en el salón, mientras ella se moría de miedo en la cama, era escribir.

—Esa fue la manera que encontró de contármelo todo —dijo.

Tras dejarla a ella encerrada en el dormitorio, Bárbara había seguido esnifando en el sofá. En un trance de hiperactividad, escribió varias hojas a mano, con un bolígrafo, confesando, por primera vez a su hija, la verdad de lo que había pasado con Perla. De lo que les había hecho

a las dos hermanas.

—Cuando ya era de día —continuó Coral—, volvió al cuarto y me tiró las hojas a la cama. Me dijo que podía leerlo una vez, pero solo una. Porque en cuanto terminara, las iba a quemar en la cocina. En el fregadero. Dijo otra vez algo del infierno, del demonio, los mencionaba mucho esa noche. Que la verdad ardería en el infierno para siempre o no sé qué.

—¿Las leíste?

Coral dijo que sí. Que su madre salió al salón y volvió a la pajita. A ella la dejó sola en el cuarto, dándole tiempo a leer. Después entró y se llevó las hojas. La casa entera olió a fuego.

—¿Era muy feo? —pregunté—. Lo que descubriste. Lo que ponía.

—Era peor.

Coral bajó la cabeza.

—¿Me lo quieres contar?

La niña asintió.

—¿Te acuerdas bien?

Coral alzó la mirada, de esa manera en que lo hacía cuando sus ojos hablaban más que su boca. Le pregunté qué pasaba, por qué me miraba así. Que si no se acordaba de todo, o prefería no contármelo, podía no hacerlo.

Ella se levantó la camiseta. De uno de los bolsillos grandes de sus pantalones cargo, extrajo varios papeles doblados.

—Esto es lo que ella escribió.

Me entregó los papeles, invitándome a leerlos.

—Pero si los quemó… —dije.

Pude entrever una sonrisa contenida en sus labios.

—Se los cambié. Estaba tan ida que no se dio ni cuenta.

Eran hojas arrancadas de un cuaderno. Unas cuantas. Desplegándolas, descubrí un texto escrito en tinta verde, como la del bolígrafo de

Sagrario o de Ángela. Las líneas escritas apenas respetaban los márgenes o la distancia entre ellas. El texto, que se alargaba por una docena de caras, se correspondía con la escritura compulsiva de alguien que escribiera tan intoxicado como lo estaría Bárbara en aquel momento.

—Está todo ahí —dijo Coral.

Busqué el encabezado que parecía el comienzo:

A vuestro padre yo lo quise con locura. mas que a nada en este mundo quise yo a vuestro padre. lo de que era un cabron lo savia tol mundo, pero lo mucho que yo lo amaba lo savia solo yo. fue por eso que le di las dos hijas que el queria.

Esforzándome por descifrar la peculiar caligrafía logré leer algunas palabras, pero me rendí antes de llegar a la mitad de la primera cara.

—No entiendo la letra —le dije a Coral—. ¿Me ayudas?

Ella cogió las hojas de mis manos. Se dispuso a leerlas. Me dijo que las había leído tantas veces que casi se las sabía de memoria.

Dos gatitos

A vuestro padre yo lo quise con locura, más que a nada en este mundo quise yo a ese cabrón. Lo de que era un cabrón lo sabía todo el mundo, lo mucho que lo amaba lo sabía solo yo. Por eso le di las dos hijas que quería. Él quería hijos, en verdad, pero eso no lo controlaba yo. Si yo no quería ni ser madre. Lo que pasa es que fui gilipollas pensando que seríais un seguro para que él se quedara conmigo. El Tuno, ya hay que ser gilipollas, que todos sabíamos que era un elemento y que iba a acabar en la cárcel antes o después. Y cuando se murió, pues más cara de gilipollas se me quedó. Porque él se fue, pero vosotras seguíais ahí. Un seguro de nada. Me había quedado con todo lo malo de ser madre, las hijas, y nada de lo bueno, el padre. Sin él, erais como un peso muerto que me ataba a este agujero del que siempre he querido salir. Eso sí, si me decía Ángela de llevaros a su casa, yo me ponía como una hidra. Porque erais las hijas del Tuno, de mi Tuno. Erais la única parte de vuestro padre que todavía era mía. Y yo sé que tu tía, en verdad, eso que decía, lo decía con la boca pequeña. Que lo que quería era humillarme. Echarme en cara que yo al final era mucho peor madre que la nuestra. Que ni de mis hijas sabía ocuparme, que os tenía abandonadas. Mi madre sí que me tenía abandonada a mí.

Luego todo se fue aún más a la mierda porque, para terminar de cagarla, tu hermana se puso enferma. De repente le dio por no querer salir de la cama. Era como que la molestaba el sol y siempre le dolía la cabeza. Le salieron unas manchas rojas en la piel. Se rascaba como una loca. Tenía que hablarle más alto porque no me oía. Yo la iba medicando como podía, con lo que pillara por ahí, pero un día vino Ángela y se puso muy nerviosa al verla. Así como se pone ella, muy subidita, teniendo la razón en todo. Dijo que a la niña había que llevarla al hospital y me echó la bronca por no hacerlo. Me llamó mala madre, desastre y las mismas mierdas de siempre. La cosa es que cogió a tu hermana y se la llevó ella misma al hospital. Allí estuvo semanas, le hicieron mil pruebas, ella lo pasó fatal. Los inútiles de los médicos tampoco sabían qué hacer ni qué decirme, solo me decían que lo que le pasaba a la niña era muy raro. Me salían con una cosa y luego la contraria. Un sindiós todo. Como para fiarte de esa panda de inútiles. Al final, me la mandaron para casa igual que estaba. Echa un cuadro, en verdad. No quería salir de la cama. Solo a veces bajaba a jugar

contigo, pero muy pocas. Lo que me faltaba a mí. Tener una niña que parecía inválida.

Total, que vi que mi vida se había quedado reducida a cuidarla. Perla no iba a poder ir al colegio, no iba a tener una vida normal. Y tú casi que tampoco. En verdad estaba condenada a tener que cuidaros de por vida. Sola. Todo lo que yo había planeado hacer, tirado a la basura por vuestra culpa. Ahí sí me tragué el orgullo y le dije a tu tía Ángela que se quedara con Perla, a tu tía Sagrario creo que también se lo dije, pero ya estando enferma no les hacía ni puta gracia. Y a los maridos de ellas, pues imagínate, mucho menos. ¿Quedarse con la hija enferma de la hermana mala? Ni de coña. Total, que mis hermanas dijeron que no podían atender a tu hermana como necesitaba, porque ellas curraban todo el día. Me salieron con lo de que la única que no curraba era yo, como si el Medusa no fuera un trabajo. Me decían que ni siquiera ponía un duro por la casa, que me la pagaban ellas y, básicamente, que la que tenía que cuidar de mis hijas era yo y punto en boca. Que me lo hubiera pensado mejor antes de follarme al Tuno en la cama de nuestros padres y toda la misma mierda de siempre. Pero sabes qué, que peor para ellas. Esa fue la última vez que pudieron haber salvado a Perla.

Yo estaba ya en un plan que solo veía dos salidas a mi mierda de situación. O me quitaba yo de en medio, o a las que me quitaba de en medio era a vosotras. Ya te puedes imaginar cuál fue mi decisión. Era una solución bastante limpia. La más limpia de todas. Eliminar lo que me sobraba. Deshacerme del peso muerto. Volver a ser libre. La pobre Perla hasta me lo agradecería, porque su vida no era vida ya. Le faltaba poco para cumplir los cinco y ya era como un desecho. Y tú, pues bueno, más pequeñita, tampoco te enterabas de la misa la mitad y en el fondo no ibas a acordarte de nada. Es que lo tuve todo muy claro desde el principio, la verdad. Ni siquiera te creas que me costó mucho tomar la decisión. En llevarla a cabo tardé lo que tardé en ahorrar pasta en el Medusa, la iba a necesitar para desaparecer yo también. Me iría lejos de una puta vez, sola. Lo vuestro sabía cómo lo iba a hacer. Sabía incluso dónde os iba a esconder.

Con el Tuno, cuando vivíamos juntos en la casa del pinar, antes de que naciera tu hermana, salíamos a pasear muchas veces por la presa de ahí al lado. Era un sitio precioso. Una tarde que iba yo medio tontorrona le dije que me parecía uno de los sitios más bonitos en los que había estado en mi vida y él me dijo que para lo que sí que era la caña ese sitio era para esconder un cuerpo. Ese día me confesó que era verdad la movida esa de que se había cargado al hijo de la frutera, y que ese moroso asqueroso, o lo que quedara de él, estaría ahora

mismo por ahí, debajo del agua. Lo había lanzado metido en una maleta hasta arriba de cemento. Por lo visto el embalse era la hostia de profundo. Tu padre dijo que el agua salada no es de fiar y que el mar acaba devolviendo los cuerpos, pero que el agua dulce, profunda y calmada, sabe guardar bien los secretos. Lo decía con mucha gracia el tío, vuestro padre es que era un hijoputa encantador. Tendríais que haberlo conocido más.

Las bolsas de deporte las compré en la tienda de deportes del centro comercial. El que está al lado del peaje. Tú has estado en esa tienda, es fuerte pensarlo ahora. Compré dos bolsas, una para cada una. Lo hice todo muy tranquila, me lo tomé como otra tarea cualquiera. Me hice a la idea de que erais como animalitos, como dos gatitos más de esos que nacen entre los contenedores de aquí enfrente. No todo el mundo nace para vivir toda su vida. Estamos muy malacostumbrados con eso. Si somos mil millones de personas, qué más dará una más o una menos. A lo mejor me rayaba un poco el no verme capaz de hacerlo en el momento de la verdad, pero me fui metiendo en la cabeza la idea de que iba a ser muy fácil también. En casa tenía el mejor tranquilizante para gatos del mundo. No os ibais a enterar de nada. Es que ni me costó pincharos, la verdad. Lo hice cuando estabais ya dormidas las dos. Primero a Perla y después a ti. Sí me impresionó un poco lo grande que se veía la jeringuilla en vuestros bracitos, lo finitos que eran al lado del mío, que era el que estaba acostumbrada a pinchar. Pero es que te juro por mi vida que a Perla la vi sonreír. Para mí que Perla se fue enseguida. Una oleada de paz y pumba, todos sus problemas acabados. Ya no le molestaría nunca más ni el sol, ni ningún sonido, ni vomitaría sus comidas favoritas. Iba a dejar de rascarse por fin. Tú sí te quejaste, a ti no te moló nada el picotazo. No llegaste a despertarte, pero viendo lo que pasó luego yo creo que a ti te metí poco. Se me fue la mano con Perla y a ti te llegó un restito de mierda. Perla ya no dijo ni mu, pero tú diste más el coñazo, gemías y te quejabas cuando te metí en la bolsa. El caso es que no llegaste a despertarte en ningún momento. Lo de cerrar la cremallera sí te digo que me costó un poco más. Me dio mal rollo. Un poco de pena, en verdad. Pero, vamos, que tampoco podía hacer nada ya.

*

Salí de casa de madrugada. No había una sola ventana encendida en el hotel, no me vio nadie. No pensaba muy bien las cosas que hacía

porque os puse en el asiento de atrás cuando debería haber metido las bolsas en el maletero, donde tenía también las piedras para rellenarlas. Imagínate que me hubiera parado alguien. En la carretera iba medio atacada, sobre todo cada vez que alguien me adelantaba o cuando veía los faros de otro coche venir de frente. A esas horas, no fueron muchos, pero con cada uno me cagaba bien cagada. Luego ya en el camino hacia la presa no me crucé ni un alma. Al estar ya cerca, incluso apagué las luces, para que no pudiera verlas nadie desde ninguna casa ni nada. Es que me acordé de que, en el tiempo que vivimos en la casa del pinar, de vez en cuando se veían faros alumbrando la oscuridad de esos caminos. Tú gemiste ahí atrás, en la bolsa, pero era un gemido lejanísimo, perdido en algún sueño raro o flipada en algún viaje de la mierda que llevabas encima. No me oías, pero te dije que pronto acabaría todo. Cualquier sufrimiento que tuvieras, se iba a acabar en breve. Y el mío también. A la presa llegué nerviosa pero emocionada en parte, la verdad. Tenía muy claro lo que iba a hacer. Tenía ganas de hacerlo. Quitaros de en medio, así de fácil. Dos gatitos.

Para lo peligrosas que son las presas es de flipar que se pueda llegar tan fácil a ellas. Es que dejé el coche ahí mismo, casi en el mismo punto en el que había tenido la conversación con tu padre sobre lo del agua guardando bien los secretos. Había una luna enorme esa noche, se veía todo de la hostia. El agua se veía como inmensa, plateada, superbrillante. A la primera que saqué del coche fue a tu hermana, que daba a la puerta contraria. Después de añadir las piedras, la bolsa pesaba un huevo. Y encima los picos salientes me daban contra las espinillas. Subirla hasta la barandilla de la presa fue un puto suplicio. La tuve que dejar apoyada un momento, descansar, porque me había jodido la espalda. En cuanto me recuperé, empujé la bolsa y listo. Así, sin más, la verdad. No te puedo decir otra cosa. Eso sí, el rato que pasó desde que la empujé hasta que la oí caer al agua no se lo deseo a nadie. Ni a mi peor enemigo. Se me hizo eterno. Pero eterno. Hasta pensé que se había enganchado con algo y se había quedado colgando en medio de la presa, sin llegar al agua pero sin poder cogerla yo tampoco. A la vista de todos para que el mundo entero viera lo que había hecho. La cosa es que al final cayó, claro que cayó. La oí entrar en el agua, así como a lo lejos, pero la oí. Como además se veía todo bastante bien con ese pedazo de luna, pues vi las onditas en el agua y todo. A ti te tiré después, de la misma manera. Primero subir y luego empujar. Oí el chapoteo lejano y las onditas en el agua. Y fue justo ahí cuando todo empezó a irse a la mierda.

Todavía hoy no sé qué coño hice mal, si metí pocas piedras o la lie con la cremallera. Lo mismo la bolsa estalló entera al caer, o fueron

las propias piedras las que rasgaron la tela. A lo mejor es que tú eras la niña más lista del mundo y abriste solita la cremallera, yo qué sé. El caso es que esa puta bolsa de deporte se abrió. Y tampoco sé si fue por el susto, por la adrenalina, por el agua helada, porque a ti te había quedado muy poco de la jeringuilla o por qué, pero saliste de esa bolsa como un día saliste de dentro de mí y de repente estabas chapoteando en el agua. Un animalito que, aun sin saber nadar, luchaba por permanecer a flote. Yo creo que tú lo que tienes es un puto ángel de la guarda o algo. Mientras tu hermana hacía lo que tenía que hacer, hundirse hasta el fondo sin decir ni pío, tú no, tú a luchar por tu vida. El caso es que empecé a ver un punto ahí abajo del que salían muchas más onditas de lo normal. Me cagué en tu madre y en todos tus muertos porque eso era un movidón de la hostia. La idea era que íbamos a desaparecer las tres. Sin dejar rastro. Vosotras en el fondo del embalse y yo donde fuera, pero lejos y sin ataduras, sin tener que vivir pegada a la cama de una niña. La gente pensaría que había huido con vosotras o algo así. Una locura de las mías. Tus tías se preocuparían, me llamarían mil veces, pero al final incluso se alegrarían. No solo ellas, sino mucha gente. Muchos se alegrarían de vernos desaparecer. De eso estoy tan segura como de que me llamo Bárbara. Pero, claro, contigo ahí chapoteando, se iba todo a la mierda. Ahogarte te ibas a ahogar igual porque no sabías nadar ni medio bien, pero me venía fatal que se quedara tu cuerpo ahí flotando o que llegara a la orilla para que lo encontrara alguien. Iba a tener que bajar a por ti y sacarte del agua no sabía muy bien cómo.

El caso es que, para colmo, porque a mí me tiene que salir todo mal siempre, en ese momento, apareció el pescador.

Mira que en el embalse está prohibido pescar, y lo sabe todo el mundo. Vamos, que es que es imposible no saberlo, pero ahí estaba un puto señor pasándose las normas y las leyes por el forro. Desde una orilla, de pronto, empezaron a salir ondas mucho más grandes que las tuyas, casi todo el embalse moviéndose de repente. Era el señor, nadando como un cabrón a por ti. Me quedé en blanco, muerta del susto. No sabía qué hacer. Corrí por la presa hasta un sitio por el que podía saltar la barandilla y caer en tierra. Era campo en bajada. Suerte de la luna porque, si hubiera estado superoscuro, me podría haber torcido un tobillo o matado directamente con una mala pisada. Mientras bajaba, intentaba pensar a toda hostia qué decir, qué coño me podía inventar. Te digo que es que incluso pensé en darme la vuelta, pillar el coche y marcharme. A tomar por culo, ahí te quedas. El caso es que alcancé la orilla poco antes de que el hombre saliera del agua. El tío salió tan asfixiado que se tiró al suelo a cuatro patas, respirando como un loco. Iba en calcetines. Se había quitado unas

botas de goma verde antes de lanzarse al agua. A ti te dejó ahí tirada, a su lado. Durante un momento no supe qué tenía delante de mí ni qué mierdas había pasado. No sabía si eso era la escena de una tragedia o de un milagro. Tampoco sabría decirte cuál era cuál. Miraba tu cuerpo sin saber qué quería que pasara, la verdad. Fue otro momento que se me hizo larguísimo. Entonces, te pusiste a toser. Mi peso muerto volviendo a la vida. En ese momento me di cuenta de que el supuesto milagro para mí era una tragedia.

Ahí sí que perdí los nervios. Toda la calma que había mantenido, más o menos, esa noche me explotó en la cara. Me dio por llorar, por gritar. Mucho, como las locas. Me puse a caminar por la orilla para allá y para acá, sin entender qué coño estaba pasando. De qué manera había terminado una hija mía muerta en el fondo del embalse y la otra tosiendo en la orilla más viva que una culebra. Todo, encima, con un testigo ahí delante. Di vueltas como una desquiciada hasta que el señor me agarró, me sacudió y me pidió que me tranquilizara. «Bárbara, cálmate, hombre», me dijo el señor, que por alguna razón sabía mi nombre, aunque yo no tenía ni puta idea de quién era él. Del Medusa no lo conocía, porque le faltaban dos dientes y ese es un tipo de detalle que recordaría de un cliente. Me dijo que me tranquilizara, que todo estaba bien, que la niña estaba respirando. El pobre se creía que yo estaba como estaba por el susto de que casi te ahogaras. Pero a mí lo que me estaba volviendo loca era verte ahí detrás, fuera de la bolsa de deporte otra vez, incorporándote y negándote a morir. El caso es que el señor ató algún otro cabo en su cabeza y se acordó de que tengo otra hija. Será que todo el mundo en estos pueblos sabe que Bárbara la del Plácido, la puta del Medusa, tenía dos hijos con el Tuno. El señor dedujo que si no me tranquilizaba, sería porque mi otra hija podía estar ahogándose también en el mismo embalse. Me preguntó, todo angustiado, dónde estaba la otra hermana. Se acercó al agua dispuesto a meterse otra vez si hacía falta. Me gritaba si yo sabía dónde estaba la otra, que no la veía.

Fue justo ahí, en la orilla del embalse y presionada por ese gilipollas que estaba metiéndose donde nadie le llamaba, cuando dije por primera vez la mentira que me ha acabado condenado hasta ahora. Una puta mentira que me ha salvado de muchas cosas, pero me ha hecho esclava de ti y me ha obligado a mantener viva a otra hija que ni siquiera tengo ya. «Está en casa», respondí, «la otra está en casa». Le aclaré, como una imbécil, que la otra era la que estaba malita y que se había quedado en la cama. Era la respuesta más fácil, la forma más rápida de que ese hombre me dejara en paz. Ni siquiera pensé mucho en lo que decía, qué le importaba a ese gilipollas dónde estuviera mi otra hija. Estaba en casa y punto, donde están las hijas de todo el

mundo. Para quitarme su mirada de encima, esa mirada que ya me estaba condenando sin tener ni idea de lo que pasaba, corrí a abrazarte a ti. A hacer como que me alegraba de que te hubieras salvado. Hice el show completo, poniéndome de rodillas en la tierra mojada, besándote como esas madres que fingen querer a sus hijos más que a su propia vida. Metida en el papel, hasta le di las gracias al señor por haber ido a por ti. Le dije que menos mal que estaba ahí porque, si no, a saber qué hubiera pasado con mi pobre niña.

El señor desdentado, actuando como el típico tío que tiene que enseñar a comportarse a las mujeres, me preguntó qué leches había pasado, qué hacíamos ahí a esas horas, que cómo acaba una niña de esa edad en el agua. Ahí me aproveché un poco de mi reputación y le dije que había ido a pillar algo a la presa. Lo dije con todas las segundas del mundo. Si ese señor sabía quién era yo y que tenía dos hijas del Tuno, entonces ese señor también sabía que Bárbara era una drogadicta que podía venir de madrugada al embalse a pillar de alguien de la casa del pinar. El problema, le dije, era que te había tenido que traer a ti conmigo en el coche porque no te dormías en casa y no me dejabas salir sin llorar. Mientras yo hacía mi trapicheo, a ti te había dado por salir del coche, escalar la barandilla y caerte como una tonta.

Él se puso paternalista total, echándome una bronca que no veas. Pero si no le aguantaba las broncas ni a tu abuelo, no tenía yo ganas de que me la echara ese señor. Cuando me tocó mucho el coño con sus lecciones antidroga y de una vida recta y otras mierdas, le recordé que él estaba pescando en el embalse y que eso también era ilegal. En plan listilla le dije que la ley es muy difícil de cumplir cuando nos prohíbe hacer justo lo que más queremos. Le jodió que se lo dijera, lo noté perfectamente, pero a mí me vino divino para que se le bajaran un poco los humos. Aproveché el momento para proponer que ambos guardáramos nuestros secretos. Que la cosa quedara solo en un susto y ahí nadie llamara a nadie. Por el bien de mis hijas y el de su licencia de pesca. Para terminar de convencerle, le doré un poco más la píldora diciéndole que menos mal que había estado ahí, que menudo héroe, que había salvado la vida de mi hija y que se lo agradecería de por vida. Peloteo de ese que le encanta a los tíos. Te cargué contra el pecho, como muy de madre, y te di besos en la cabeza. Él se puso aún más serio y me dio el consejo supersabio de que os cuidara bien a vosotras y que cuidara más de mí. Mencionó algo de vuestro abuelo, pero es que ni me acuerdo. También dijo que me fuera cuanto antes si había dejado a la otra niña sola en casa. Me agarré a eso sin dudarlo y me di la vuelta para irme campo arriba.

Había caminado nada, cinco pasos, cuando el hombre me llamó por mi nombre. Me quedé quieta, helada, imaginando que el señor, al final, había visto algo, se había dado cuenta de algo. Lo mismo incluso me había visto desde el principio tirando las bolsas en la barandilla y toda nuestra conversación había sido un paripé para ver hasta dónde llegaba la poca vergüenza de la hija mala del Plácido. Tan paralizada como estaba, es que ni me moví. Fue el señor el que acabó acercándose. Lo que quería era darme un farol de esos de la cabeza, con cinta, para iluminarme mejor en la subida. Le di las gracias otra vez y subí a la presa.

Regresé al coche agarrándote fuerte contra mi pecho. Pensé en asfixiarte allí mismo, la verdad. O, en casa, prepararte una bien cargada esta vez, como la de Perla, y volver a picarte. Meterte en otra bolsa y volver a lanzarte, que te fueras hasta el fondo con tu hermana como tendrías que haber hecho desde el principio. Pero estaba el hijo de puta del señor. Alguien me había visto en esa presa a una hora rarísima con una niña medio ahogada. Si ahora desaparecíamos, como tenía pensado, ese señor hablaría. Lo de que él estuviera pescando ilegalmente me había venido bien para que ambos guardáramos el secreto si la cosa había quedado en un susto sin consecuencias, pero en cuanto la peña se enterara de la desaparición de mis hijas, o la mía propia, ese señor diría algo. Y atraería la atención hacia el embalse, donde, para colmo, ya estaba tu hermana en el fondo. Ese hijo de puta me había jodido pero bien.

*

Hicimos el trayecto de vuelta a casa con las luces del coche apagadas, imagínate cómo iba yo. Iba temblando. Puro miedo, pura rabia. Tú también temblabas ahí atrás. Oía chocar tus dientes de lo mucho que tiritabas. En casa, te metí en la cama de Perla y te quedaste dormida, como una muerta. Mojada y todo, es que ni te cambié de ropa. Yo me puse a dar vueltas por la casa, de un lado para otro, caminando igual que en la orilla del embalse, como una desquiciada. Estaba pensando, muy en serio, si no era el momento de llevar a cabo la otra opción de las dos iniciales. La de quitarme de en medio yo misma. Meterme esa jeringuilla cargada y adiós muy buenas. Todo pinta a que la que no tiene remedio soy yo. A lo mejor la gente tiene razón y la que lo jode todo soy yo. No había podido ni matar a dos gatitos. Algo tan simple como eso, lo había jodido pero bien jodido. Ahora solo tenía una hija,

a ver cómo explicaba eso. ¿Decir que me habían secuestrado a Perla? ¿Que se había ido ella sola? No podía porque estaba el puto señor de la presa. Seguro que contaría lo que vio en cuanto oyera algo raro sobre las hijas de Bárbara.

Me pasé lo que quedaba de noche yendo de la cocina al sofá y del sofá a la cama. Allí, intentaba dormir, pero no podía. Y volvía al salón. El sol salió y yo seguía ahí, despierta. Seguía ahí, sentada en el sofá, por la tarde, cuando empezó a pegar directamente contra las ventanas dando un calor a la casa que bien podría habernos asfixiado a las dos. Tú seguías durmiendo. O eso creía, tampoco me molesté en comprobarlo. De repente, sin que me diera cuenta, el sol volvió a irse, porque por alguna razón el día había durado treinta horas, pero también cinco minutos. En ese momento sí recuerdo que me dio un bajón terrible. No me sentía preparada para enfrentarme a la noche.

Para colmo, antes de que se pusiera oscuro del todo, llamaron a la puerta. Pensé lo peor. Policía, Guardia Civil, televisiones. Me imaginé que Perla también había conseguido escapar de la bolsa y había contado a todo el mundo lo que os había hecho. O a lo mejor la bolsa había flotado a pesar de las piedras y era solo su cuerpo lo que había aparecido, pero su cadáver me pringaba igual. En cuanto abriera esa puerta, todo el mundo iba a saber lo que Bárbara había sido capaz de hacer. Todos felices comprobando cómo, al final, la hija mala del Plácido había acabado peor de lo que todos esperaban. Se harían los escandalizados, pero bien que disfrutarían, relamiéndose, hurgando en cada detalle de cómo quise mataros y de qué marca eran las bolsas que compré en el centro comercial. Así que no abrí. Me quedé ahí en medio del salón, en bragas, sin hacer ningún ruido, sin respirar. Una voz habló al otro lado de la puerta, susurrando en secreto. Dijo mi nombre y supe quién era. Corrí a abrir para que nadie lo viera allí fuera. Le dije que pasara, rápido. Era el señor del embalse. Le pregunté qué coño hacía ahí, que lo de anoche en la presa no había ocurrido nunca y nosotros no nos conocíamos. Que qué parte de guardar un secreto no entendía. Él sonrió enseñando los dos agujeros en su dentadura y me dijo que venía a por su frontal. No tenía ni puta idea de lo que me estaba hablando. Señaló sobre la mesa el foco de la cabeza que me había prestado. Se lo devolví inmediatamente, para que se fuera cuanto antes.

Podría haberse ido en ese momento si de verdad lo que quería era el frontal, pero no, el señor tuvo que preocuparse por ti. Me preguntó cómo estabas. Me contó que había estado hablando esa mañana con su mujer. No le había dicho nada de nuestro encuentro, pero había sacado en la conversación a la familia del Plácido, que se ve que aquí

a todo dios le encanta hablar de nosotras. Por lo visto su mujer le había contado lo de mis hijas, que una estaba enferma en cama y todo eso. El muy friki se había aprendido hasta vuestros nombres. Sabía ya que a la que salvó en la presa era Coral, porque la otra, Perla, era la que no salía de la cama. Es que hay gente que se cree educada mostrando interés por tu familia, pero a mí lo que me parece esa gente es una cotilla, porque yo no tengo ningún interés en contarle nada de mi vida, ni de mis hijas, ni de mi puta madre. Comprobé que la puerta del cuarto estaba cerrada y le dije que estabas muy bien y que no había pasado nada. Un susto y nada más. Que ya podía irse, muchas gracias. Pero el tío insistió en que quería verte. Y entonces le dije que no estabas. Te habías recuperado tan bien que llevabas toda la tarde fuera de casa, jugando con tus primos y tal. Al señor le dio pena, le hacía mucha ilusión verte y me pidió permiso para venir otro día. Le dije que ya lo pensaríamos porque era mejor que nadie nos viera nunca juntos. Le aseguré que tú estabas bien y que te había salvado la vida y que eso era más que suficiente.

También podría haber conseguido que se fuera en ese momento, pero a ti te dio por ponerte a gritar. Gritaste «mamá» de todas las formas posibles, como una histérica. Fíjate que estabas en el cuarto cerrado, como ahora, pero se te oía gritar aquí fuera que daba gusto. El señor se asustó muchísimo con tus gritos. Yo intenté mantener la calma, le dije que eras Perla, la enferma, y que ese tipo de ataques eran normales en ti. Pero es que tú gritabas muchísimo. Tanto, que el señor hizo como amago de ir a ayudarte. El gilipollas otra vez queriendo salvar una vida, ninguneando a la propia madre de la niña que tenía enfrente de él. Viéndole las intenciones, me adelanté en ir corriendo a la habitación en la que estabas. Entré y cerré la puerta. Te estabas despertando con un ataque. Era la primera vez que te despertabas desde que llegamos a casa después de la presa, estarías con un shock o algo. Tenías un tembleque rarísimo y los ojos cerrados, pero gritabas sin parar.

«Mamá, mamá, mamá, mamá, mamá».

Intenté calmarte. Tu ropa seguía un poco mojada. Ahí me cagué un poco en Dios porque me di cuenta de que llevabas puesto el puto colgante que os regaló vuestra tía. Y si tú lo llevabas, probablemente Perla también. Cómo iría la noche anterior que ni me di cuenta de algo así. Durante unos días, me agobió muchísimo imaginar el colgante de Perla en la bolsa de deporte, pero luego tampoco me quitó el sueño. Si encontraban la bolsa en el embalse, iban a saber que el cadáver era de Perla de cualquier manera, con ADN y mierdas de esas, o sea, que el colgante daba un poco igual en realidad.

Fíjate qué poco respeto tenía el señor que, aunque yo había cerrado la puerta, el tío entró a la habitación, preguntando si necesitábamos ayuda, que esos gritos no le parecían ni medio normales. ¿Y si hubieras estado desnuda? A lo mejor es que el señor era otro vicioso de las niñas, vete tú a saber, que la gente es lo peor. En cuanto vi que entraba, te cubrí con una sábana hasta la barbilla, para que no viera tu ropa húmeda. Me senté en la cama, tapándote lo máximo posible. Te puse encima varias de las cosas de la mesilla de Perla. La mascarilla, el pañuelo en la cabeza.

Esa fue la primera vez que te llamé por su nombre delante de alguien.

«Tranquila, Perla, tranquila», te dije.

Tú pataleabas. Gritabas mucho. Ya no solo decías «mamá», sino también «Perla», y algunas cosas que no se entendían. Me rayaba tanto que dijeras cualquier tontería delante de ese señor, que tomé una medida de urgencia. En una de las mesillas había una sonda. No sé si la había usado Perla, o la iba a usar, o se la dejó el médico. El caso es que no tenía ni puta idea de cómo se metían esas cosas, pero tenía que callarte. Así que te la metí por la nariz. A la fuerza y hasta que bajó a la garganta. Te quedaste calladísima. Muda. Luego aprendimos a metértela sin que sufrieras tanto, pero esa primera vez costó un montón. Para seguir con el circo, cogí varias pastillas al azar de unos cuantos botes que había por ahí y te los hice tomar delante del señor, con un vaso de agua. Lo hice como si fuera tu tratamiento habitual. También te tomé la temperatura. En el termómetro salió que tenías una fiebre horrible, pero dije que estaba todo bien. Si se llega a enterar ese señor de la fiebre que tenías, te hubiera llevado él mismo al hospital.

El señor se quedó mirándote un buen rato, compadeciéndote. Te miró tanto que me puse hasta nerviosa de que pudiera estar reconociéndote. Pero era imposible. Con mascarilla y pañuelo podías ser Perla perfectamente. O cualquier niña en realidad. Qué coño sabía él. Entonces dijo que tenía que ser muy duro ver sufrir así a una hija, que le daba mucha pena que la familia tuviéramos que pasar por eso. Yo aproveché para joderle, para hacerle sentir incómodo, le dije que lo que más te molestaba a ti como enferma era que te compadecieran. Y que aunque parecía que no, te enterabas de todo. El señor se tapó la boca con una mano. Le dije que ahora teníamos que salir y apagar la luz porque si no las migrañas te empeoraban.

Te confieso que salí de la habitación con cierto subidón. Me sentí poderosa habiendo hecho creer a ese señor que eras Perla. Y que Coral

estaba jugando por ahí con sus primos. De repente, mis dos hijas seguían vivas. Yo ya no estaba metida en esa movida tan grande que me había tenido dando vueltas por la casa, como una zombi, todo el día. Si lo habíamos engañado a él, podíamos engañar a cualquiera. Lo que no pensé en ese momento es que ese subidón acabaría convirtiéndose en el mayor bajón de mi vida. La condena que me ató a esta mierda de sitio para siempre. Menos mal que luego apareció Servando y me importó un poco menos quedarme.

El señor atravesó el salón, camino de la puerta, fijándose en todo. Juzgándome como todo el puto mundo. Me dijo que iba a mantener nuestro secreto del embalse, que él no quería meterme en ningún lío, pero que por favor cuidara bien a mis niñas. Dijo que lo que había pasado anoche probablemente era una advertencia de las cosas que tenía que cambiar en mi vida. Su mujer ya le había contado cosas sobre mí y no eran nada bonitas. Llegó a decir que yo le parecía una buena niña con mucha mala suerte. Dijo eso sin tener ni puta idea de nada. Paternalismo de la peor calaña, porque ni siquiera me hacía dueña de mi propio desastre. Para él, yo solo podía ser una pobre niñata que necesitaba ser salvada, nunca una bruja o una hija de puta de las grandes, mala como la tiña. Precisamente quiso salvarme ofreciéndome ayuda para conseguir un empleo en no sé qué fábrica en que trabajaba él. Le dije que yo trabajaba en el hotel con mis hermanas, en el negocio familiar. Creo que no era verdad en ese momento, pero, bueno, qué coño le importaba a él. El señor se fue de casa con su farol de la cabeza y con mucha pena de no haber visto a Coral. Intentó convencerme para que te llevara algún día de visita a su casa. Dijo que le haría ilusión verte más seca de lo que te vio en el embalse, pero le di largas como pude.

Eso que nos funcionó con el señor del embalse, lo hemos vuelto a hacer una y otra vez con tus tías, con el doctor y hasta un tiempo con Servando. Convertirte en Perla. La primera vez que lo hicimos con Sagrario me puse muy nerviosa, pensé que una tía se daría cuenta de un intercambio de sobrinas, pero para nada. Entre mascarilla, parche y sonda, según te la pusiera o no, ni cuenta se daban. La primera vez de Ángela también fue un cague, pero coló igual. Eso sí, al principio te sedaba muchísimo con ella. Bueno, y con todo el mundo, que no me atrevía a tenerte hablando delante de nadie. Luego ya empezaste a portarte bien. A partir de ahí, con el paso de los años, me empecé a inventar cosas. Me puse creativa. Conseguí la silla de ruedas, el parche del ojo, más sondas, muletas. Contaba que estabas fatal y que era mejor no visitarte. Te hacía fotos superproducida. Por mí te hubiera puesto hasta un aro de esos de metal en la cabeza, pero no sabía si colaría. De los médicos intentaba pasar completamente, y cuando

venían por cojones, te ponía tibia a pastillas. El hombre se iba de casa viéndote fatal, pero sin saber muy bien qué coño decirme, porque no entendía nada. Es que si te digo la verdad, a tu enfermedad tendrían que llamarla el síndrome Bárbara, porque básicamente me la he inventado yo.

Así que ya lo ves. Por eso tienes que ser Perla. Porque tú misma te lo buscaste saliendo de donde no tenías que salir. Por tu culpa, las dos aquí metidas para siempre en el puto Hotel Restaurante Plácido del que está visto que no voy a poder escapar en mi vida. Aunque también te digo que he llegado a un punto en el que prefiero esta vida de mierda aquí en el hotel, a una vida de mierda metida en la cárcel, que es la otra opción que me queda. Y, sinceramente, prefiero vivir engañando a tus tías, las muy gilipollas, a quedar delante de ellas, y de todo el puto país, como la peor madre del mundo. La madre asesina, lo que me faltaba ya. Si es que además yo ahora estoy muy bien con Ser. O estaba, yo qué sé, no tengo ni idea de qué coño ha pasado esta noche. Reza todo lo que sepas para que no me haya dejado para siempre, porque como ese hombre no vuelva conmigo, lo mismo la lío de verdad. Pero una bien gorda. Que a Servando lo quiero yo con locura. Más que a nada en el mundo quiero yo a ese hombre.

Coral dobló la carta en cuanto terminó de leerla. Dejó escapar un suspiro derrotado, a veces suspirar es lo único que se puede hacer ante la dimensión de ciertos horrores. Durante la lectura, me había tenido que secar los ojos en más de una ocasión. En un momento, me los tapé con ambas manos. En otro, refugié mi cara en una coraza de hombros y rodillas, la frente apoyada en los antebrazos, mirando al suelo. Había preguntado a Coral varias veces si prefería dejar de leer, pero ella había sacudido la cabeza con determinación.

Cambié de posición en el suelo y me senté frente a ella, los dos con las piernas cruzadas, nuestras rodillas juntas. Entre ambos, la grabadora seguía funcionando.

—Coral… —Tuve que aclarar la garganta para recuperar mi voz—. Coral, lo siento tanto…

Ella levantó un hombro. Un gesto infantil de brutal indiferencia. El desesperado mecanismo de supervivencia al que recurrir para poder seguir viviendo con ese pasado.

Señalé la carta en su regazo.

—¿Por qué no se la has enseñado a nadie?

—Te la estoy enseñando a ti —dijo ella—. Eres mi único amigo.

Los colores del arcoíris nocturno frente a mí refulgieron con mayor intensidad que nunca. Apreté su mano.

—Eso que tienes ahí es una confesión de tu madre. Una confesión gravísima.

—No quería que la leyera nadie más. Van a saber que soy una mentirosa. Y que fui yo.

—Coral, no…

Años de control, terror y amenazas habían conseguido que Coral sintiera como propia la perturbada misión de fingir ser su propia hermana. Había hecho suyos el fraude y la mentira, sintiéndose tan autora del engaño como su propia madre.

—¿Has tenido la carta en casa todo este tiempo?

Ella asintió.

Supuse que la habría tenido guardada en el mismo compartimento secreto de donde la vi sacar la foto con su hermana, pero no dije nada para que no sintiera allanado su escondite. Quizá esa era realmente la razón por la que Coral había querido regresar a su casa. Para custodiar en el zócalo de su estantería lo que para ella era un secreto inconfesable. No solo de su madre. Sino también suyo. El secreto sobre el que la habían obligado a construir una vida entera.

Mi mente repasó las atrocidades descubiertas en los últimos días, los abusos en las confesiones del doctor, del camionero. Lo que Bárbara había seguido haciéndole a su propia hija, torturándola y anulándola con el paso de los años hasta acabar viendo en ella solo un cuerpo inerte que poder vender.

—Todo te pasó a ti —susurré.

—Algunas cosas yo tampoco sabía que estaban pasando. Eso que me hizo el médico…

Coral se quedó en silencio, incapaz de poner palabras a lo que había descubierto.

—¿Por qué no le dijiste nada a nadie? ¿A tu tía Ángela?

—Estaba muerta de miedo. Mamá me hubiera matado.

Pensé en la cara de la arpía. En la cuneta, las lombrices. En la mente de una niña aterrorizada y corrompida por la infinita maldad de un adulto.

—Yo no le importaba a nadie —añadió.

—Coral, por favor, importas a mucha gente. Me importas a mí. A tu tía Ángela. A tus primos.

Ella lo valoró con incredulidad.

—Y fuiste muy valiente. Esa noche, fuiste muy valiente de escapar.

Coral volvió a coger los papeles en su regazo.

—Desde que la leí, pensé en usar el cuchillo de la cocina. Por mí. Y también por Perla.

Sus ojos se entornaron como habían hecho en la uci.

—¿Por qué esa noche? —pregunté.

—Quise hacerlo cien noches antes. Esa fue la primera que me atreví.

La escena del crimen que tan detalladamente había imaginado y descrito en uno de los primeros capítulos de la novela se reformuló en mi cabeza borrando la presencia de Perla en el suceso. Era Coral la que ha-bía salido de madrugada de su cama, con un cuchillo. Era ella la que había atacado a Servando en el sofá, la que le había abierto un grifo oscuro en el abdomen a su madre. Eran solo tres las personas que habían forcejeado sobre la sangre del terrazo, estampando pies, caderas y codos.

—A mamá se le puso una cara de arpía horrible cuando vio lo que le había hecho a Servando —dijo Coral.

—Fue ella la que te clavó el cuchillo a ti.

Coral asintió.

—Peleamos y me dijo que esa noche moríamos todas o ninguna. Ella ya estaba fatal, le había hecho mucho daño en la tripa, pero consiguió quitarme el cuchillo y clavármelo aquí. —Señaló la herida que aún cicatrizaba en su ingle—. No me atreví a sacármelo y creí que me moría. Por eso no pude escapar. Mi idea era escapar. Me había puesto las zapatillas de Perla. Bueno, las que tenían su nombre escrito por dentro. Era una de esas cosas que hacía mamá. Las dejé en la puerta antes de salir a por ayuda.

Me enterneció pensar en Coral planeando ese detalle. Un detalle tan simple, entre astuto y pueril, que realmente había ayudado a reforzar la errónea reconstrucción que ya de por sí era la más obvia.

—Hubo un momento en que creí que me convertía en suelo —continuó ella—. Mi piel estaba tan fría como el suelo. En el aparcamiento, casi me rindo. Prefería…, no sé, dejar de existir.

—Pero no lo hiciste.

—Fue por el ruido de los coches. Me recordaron al mar. No quería morirme sin conocer el mar.

Coral bajó la cabeza. Se mordió el interior de las mejillas luchando contra alguna emoción.

—¿Qué pasa?

—Me gustaba imaginar que Perla había llegado al mar también.

Recordé a Coral, una noche, sentados en lo alto de las escaleras del hotel, diciéndome justo eso. Que ojalá Perla hubiera llegado al mar.

—Me imaginaba que desde el embalse, de alguna manera, la bolsa podría haber llegado al mar. La corriente o algo, no sé. A lo mejor luego, en el mar, la bolsa se abría, o se rompía, y ella podía nadar ahí… para siempre. —Se sorbió la nariz—. Pero ya no puedo imaginar más. La encontraron en el embalse. No se movió ni un poquito desde esa noche. No salió de esa bolsa.

—Coral… —No encontré palabras que pudieran consolarla.

—Espero que al menos me perdone por haber hecho creer que estaba viva.

—Coral, claro que sí. Te obligaba tu madre.

—No, pero después. Estos días también. Desde que me escapé. No quería que nadie supiera lo que había hecho yo. Le he echado las culpas a ella. —Coral se tapó la cara, avergonzada—. Espero que me perdone.

Ver sufrir a Coral por ideas tan erróneas insertadas a la fuerza en su cabeza resultaba descorazonador.

—Si Perla ha aparecido ahora —dije—, es porque quiere que dejes de mentir por fin.

Ella se encogió de hombros, sin hallar alivio en esa idea.

Mi móvil se iluminó en el suelo, activado por una notificación más de tantas que habían llegado mientras Coral me contaba su historia. No había hecho caso a ninguna de ellas, tampoco al teléfono fijo que sonó un par de veces en la habitación. A la notificación de ese momento, le siguió una llamada de Deimo5, llamada que el adolescente mantuvo sonando durante más de medio minuto. Coral tuvo tiempo de ver la foto del contacto en la pantalla.

—¿Mi primo?

Asentí al tiempo que la llamada terminaba.

Enseguida comenzó otra.

Le pedí a Coral permiso para atenderla.

—No le digas que estoy aquí —fue su única condición.

Nada más responder, Damián me preguntó si sabía dónde estaba Coral.

Ella, que oía la voz de su primo saliendo por el auricular, agitó las manos.

Contesté a Damián que no tenía ni idea.

Él me contó que Coral había desaparecido de casa y estaba todo el mundo preocupadísimo. Que se estaba montando una buena entre lo que habían dicho en las noticias y ahora Coral escapándose. Con su habitual tono de entusiasmo inapropiado, me chivó que, aunque no había trascendido a la prensa en todo este tiempo, en la investigación ya andaban con la mosca detrás de la oreja sobre lo de Perla. No me lo supo explicar bien, pero de forma atropellada dejó caer que aunque había restos orgánicos de la niña entre las pruebas recogidas en la escena del crimen, no les cuadraban del todo con lo que supuestamente había ocurrido. Ahora ya sabían por qué. En ese momento, fuerzas de seguridad rastreaban la zona y algunos coches habían ido a la presa, por si a Coral se le había ocurrido hacer alguna locura. Dijo que me llamaba a mí porque su madre había pensado que a lo mejor la niña estaba conmigo. Ella decía que Coral podía llegar andando a mi nuevo hotel, pero no a la presa. Damián me avisó de que Ángela había contado dónde me alojaba, o sea, que estuviera preparado porque en breve llegaría algún coche oficial.

Coral abrazó sus piernas al oír aquello.

Damián me pidió por favor que le avisara en cuanto supiera algo de Coral. Que le daba muchísima pena saber lo mucho que había sufrido. Dijo que a lo mejor no lo parecía, pero que él quería mucho a su prima. Las quería mucho a las dos.

Miré a Coral, subrayando esa realidad que tanto le costaba aceptar. Aunque una leve sonrisa apareció en su rostro, la eclipsó el temor de unos ojos que no parpadearon.

—Vienen a por mí —dijo cuando supo que la llamada había terminado —. ¿Qué me van a hacer?

—Nada, Coral. No te van a hacer nada. Te buscan para protegerte. Todo el mundo quiere ayudarte.

—Me van a encerrar por lo que he hecho.

—No has hecho nada. Te han obligado a hacerlo.

Bárbara, Servando, el camionero, el doctor, Sagrario. Ellos eran los responsables de haber llevado a Coral al extremo al que había llegado.

—Pero lo que le hice a Servando en el sofá. Y luego a mamá. Y lo que le hice en el hospital… —Su respiración se aceleró, aproximándose a la hiperventilación—. Me van a encerrar.

Empezó a mecerse adelante y atrás, con los talones en el suelo, aún abrazada a sus piernas. Le insistí en que podía estar tranquila, aunque realmente no sabía hasta qué punto un ataque premeditado de Coral en mitad de la madrugada se consideraba legítima defensa. Confié en que lo fuera, dada la extrema gravedad de los abusos sufridos.

—Eres una niña —usé también como argumento. Al ver que la palabra no le gustaba, me corregí—: Eres menor. La única que ha hecho algo terrible es tu madre.

Coral se revolvió en el suelo, temiéndose lo peor.

—Me van a encerrar. Otra vez. —Una idea alisó su rostro con determinación—: Llévame al mar.

—Coral, no pasa nada.

—Llévame, por favor. —Entrelazó sus dedos en una súplica—. Va a ser ahora o nunca.

—Vamos a poder ir en cualquier momento.

El timbrazo del teléfono fijo nos sobresaltó a los dos. Coral se escondió tras sus rodillas. Me puse de pie, despacio. Levanté el aparato. La voz de la recepcionista del hiyab me dijo que unos agentes de policía preguntaban por el escritor.

—Vienen a por mí —susurró Coral. Sus ojos se inundaron—. Llévame al mar, por favor.

Tomé la decisión pensando solo en ella. En lo que ella quería y nada más.

A la recepcionista le pedí que me concediera cinco minutos, que necesitaba vestirme. Colgué el teléfono e insté a Coral a que se levantara, rápido. Le pedí la carta de su madre. Ella dio un paso atrás

y negó con la cabeza.

—Confía en mí, Coral.

Me la entregó con recelo. Le costó soltar los dedos de los papeles.

Le indiqué que saliera a la terraza.

Oí que saltaba ella sola la barandilla.

Estiré la cama. Sobre la colcha dejé abierta la carpeta con las letras de colores:

YO SOY LAS DOS

Al lado, extendí todas las hojas de la carta de Bárbara.

Después, cogí la grabadora. Interrumpí la grabación que seguía en curso y busqué el momento en que Coral había empezado a relatarme su verdad. Subí el volumen al máximo. Su voz sonaba clara en la habitación.

«Llevo siendo Perla mucho tiempo. Muchísimo. Casi toda mi vida. Desde que recuerdo, he sido Coral, pero también Perla. Era mi madre la que me pedía que lo fuera. Me pedía que me metiera en la cama y me hiciera la enferma…».

Por último, dejé abierta la puerta de la habitación.

No habían pasado los cinco minutos cuando llamé a recepción e informé de que estaba listo. Que esperaba a los agentes en mi habitación. Antes de salir a la terraza con Coral, dejé un mensaje junto a la grabadora, escrito en la primera hoja del bloc de notas del hotel:

Nos hemos ido al mar.

Salté la barandilla de la terraza.

Coral esperaba escondida en la oscuridad del jardín.

Alcanzamos mi coche en el aparcamiento, donde también se encontraba, detenido frente a la puerta de entrada, un vehículo de la policía. Un montón de gente se arremolinaba ya en torno a él y alrededor de la recepción.

—Está mi tía… —observó Coral, señalando el coche de Ángela.

Nosotros subimos al mío y dejamos atrás el jaleo.

Si lo que había dispuesto sobre la cama tenía el efecto que preveía, los agentes, junto con Ángela y quizá algún grupo de curiosos, entrarían a mi habitación pensando que el escritor había huido, justo ahora que venían a buscarlo. Alguno tendría tiempo de pensar que nunca le parecí trigo limpio, sino un extraño sospechoso o un carroñero indeseable que había aparecido de la nada para fisgar y remover las vidas de los afectados por un suceso trágico. Podrían pensar mal de mí hasta que alguno de ellos descubriera el despliegue sobre la colcha. Las manualidades de Coral les revelarían algo que ellos ya sabían a estas alturas —que la niña se había estado haciendo pasar por su hermana durante años—, pero también les confirmarían que Coral estaba conmigo, como había aventurado Ángela. Probablemente, pelearían por entender la letra en la carta manuscrita con bolígrafo verde, pero acabarían deduciendo que era Bárbara quien la escribía. Y solo con que prestaran un poco de atención a la voz que emergía de la grabadora frente a ellos, caerían en la cuenta de que era Coral quien hablaba. Ella misma les estaba contando, por primera vez y con sus propias palabras, las barbaridades a las que la había sometido su madre. Quizá uno de los agentes se sentaría en la cama a escuchar el valioso testimonio de la niña a la que nadie había escuchado hablar hasta ahora. Quizá el otro agente acabaría usando la silla del escritorio para seguir el escalofriante relato con los codos sobre las rodillas. Si había vecinos curiosos en la estancia, probablemente irían acercando su espalda a las paredes para tener algún lugar en el que apoyarse cuando el horror los superara. A Ángela, seguramente, alguien acabaría sacándola de la habitación cuando le resultara imposible seguir escuchando lo que Bárbara había hecho a sus hijas, en el hotel, sin que ella se diera cuenta. Por último, cuando los agentes terminaran de escuchar la grabación, mi nota en el bloc les diría exactamente dónde nos encontrábamos Coral y yo.

Coral se quitó las zapatillas en cuanto pisamos la arena de la playa. Era un tramo de costa poco urbanizado, apenas iluminado por las escasas farolas de un paseo marítimo lejano. Ella se miró los pies, movió los dedos. Sonrió a las cosquillas. Caminamos hacia el agua separándonos de la luz amarillenta de las farolas y adentrándonos en el brillo plateado con el que la luna matizaba el mar. La brisa era caliente incluso a esa hora de la noche.

—Es enorme… —dijo Coral.

Su cabeza realizó una panorámica del paisaje frente a nosotros, una inmensidad de agua oscura bordeada por una costa en la que una guirnalda de puntos de luz marcaba la posición de poblaciones pequeñas, otras más grandes, ciudades a lo lejos. Alcanzamos la zona que ya mojaban las olas y noté cómo el tacto húmedo de la arena estremecía el cuerpo de Coral. Enseguida inspiró y relajó los hombros, dejando que sus pies se hundieran en aquella sensación. La primera ola de una suavísima marea alcanzó nuestros tobillos, decorándolos con espuma que se veía blanca a la luz de la luna. Ella se llevó una mano a la boca, maravillada por lo que veía.

—¿Puedo? —Señaló el mar frente a nosotros.

Permanecí en silencio porque yo no era quién para concederle a ella ningún permiso. No era otro adulto en su vida diciéndole qué podía o qué no podía hacer. En lugar de responderle con palabras, simplemente me quité las zapatillas y empecé a correr hacia las olas, como sabía que ella estaba deseando hacer. Me adentré en el agua hasta la cintura, con ropa y todo, antes de voltearme y verla caminar también hacia el mar. Ella entró despacio, siendo consciente de cada paso, disfrutándolo, notando el nivel del agua ascender por su cuerpo poco a poco. Con sus dedos de colores, dibujó garabatos en la superficie del agua.

—¿Es como lo imaginabas?

Coral me dedicó la sonrisa más luminosa que le había visto nunca:

—Es mejor.

Sin avisar, se pellizcó la nariz y metió la cabeza bajo el agua. Emergió un instante después soltando un excitado grito infantil.

Yo me senté en la arena, en un punto donde el agua me seguía cubriendo hasta la cintura. El mar estaba tan calmado que el oleaje no me desequilibraba en absoluto. Disfruté como espectador de ese primer baño de Coral en las aguas de un mar que registraba ese verano las aguas más cálidas de los últimos años.

Hubo un momento en el que ella se quedó allí de pie, con el agua por la cintura, mirando la luna que era de color perla. Permaneció un buen rato así. Como si hablara con alguien. Después se zambulló una última vez y vino a sentarse junto a mí.

—Por lo menos he llegado yo… —susurró.

Busqué su mano en el agua para apretársela.

Nos quedamos así, mirando el horizonte, hasta que el ruido de varios coches se impuso al del rumor de las olas. Oímos ruedas y motores detenerse a nuestras espaldas. Habían alcanzado el mismo punto que nosotros en mi coche, el final de un camino asfaltado que desembocaba abruptamente en la arena.

Oí que Coral suspiraba y yo hice lo mismo.

—¿Vamos? —le pregunté.

Ella asintió.

Salimos del agua con la ropa empapada.

—Me pica —dijo Coral, experimentando los efectos de la arena y la sal en la piel. También se chupó los labios, saboreando el mar.

Las luces de los coches oficiales a lo lejos teñían cada punto reflectante del entorno, llenando el paisaje de destellos azules. A la expedición se habían unido vecinos, espontáneos y curiosos. Podíamos distinguir la silueta de varios vehículos, la furgoneta de algún medio, muchas personas. Entre ellas, una emergió para correr hacia nosotros, su avance ralentizado por unos pies que se le hundían en la arena.

Coral reconoció a su tía antes de que ella nos alcanzara a mitad de camino.

Ángela abrazó a su sobrina, rompió a sollozar en su cuello, incapaz de

hablar.

—Soy una mentirosa —dijo Coral.

Aún sin poder recomponerse, su tía negó con la cabeza, sobre su hombro mojado. Cuando consiguió calmarse, agarró la cara de Coral para hablarle muy de cerca.

—No, mi vida —dijo Ángela—. Eres una superviviente.

La niña bajó la cara como si no terminara de creérselo. Ella le levantó la barbilla con dos dedos.

—Lo eres —repitió.

—¿Qué me van a hacer? —preguntó Coral, mirando a las luces azules.

—No te van a hacer nada.

Ángela se incorporó y ofreció una mano a su sobrina, invitándola a que avanzaran juntas.

Yo caminé con ellas hacia la calle, los coches, la gente. Cuando nos acercamos lo suficiente, un repentino aplauso estalló entre las manos de aquel público inesperado.

—Te aplauden a ti —dijo Ángela.

Coral la miró a ella, después a mí, interrogándome.

Le confirmé que así era.

Un hombre de pelo gris se separó del gentío, pisando la arena. Se acercó a Coral. La cara de la niña revelaba que no sabía de quién se trataba. Yo tampoco lo sabía, hasta que el hombre sonrió mostrando la ausencia de varios dientes. Me fijé en que llevaba también unas botas de goma verde.

—Estás igual de mojada que cuando te saqué del embalse —dijo el hombre.

Coral lo abrazó sin vacilación ninguna, con tanta confianza como si lo conociera desde siempre.

—Ojalá hubiera estado más atento —dijo él.

Teniendo entre sus brazos a la misma niña que tanto había crecido, al

hombre se le escapó un sollozo honesto y brutal, con los labios apretados. El llanto de un hombre que no está acostumbrado a llorar. Pensaría para sí mismo en todo el sufrimiento que pudo haber evitado si se hubiera dado cuenta de algo en el embalse, o al día siguiente en casa de Bárbara.

—Tendría que haber prestado más atención —añadió.

Me di cuenta de cómo esas palabras resonaban en Ángela, que luchó por contener su emoción para no interrumpir la intimidad del señor. A ella le masajeé un hombro, tratando de comunicarle que entendía su dolor, pero que no debía seguir torturándose por ello. Me miró con un rostro atormentado y repitió algo que ya había dicho tras la confesión del doctor.

—Delante de mis ojos… —susurró.

A Ángela le resultaría imposible comprender, siquiera creer, cómo un engaño de esa magnitud había podido acontecer frente a su cara. La de todos. La explicación más cruel y sencilla podía ser la que la propia Bárbara repetía a su hija, que nadie está tan atento realmente a la vida de los demás. Pero algunas voces, algunos medios, convertirían tanta ceguera en sospecha, poniendo en tela de juicio cuánto sabían y cuánto no, en realidad, todos los familiares y otras personas que estuvieron en contacto con Bárbara y sus hijas a lo largo de esos años. Se tachó de ineptos a todos los médicos que trataron a las niñas, cuando eran dos y cuando era solo una. También a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, equivocados en sus investigaciones desde el primer minuto. Se habló del desamparo de la infancia en núcleos familiares marginales. Se debatió sobre los primos, los tíos, sobre los compañeros de clase de Coral, incluso sobre la chica de la limpieza del hotel. Sagrario fue a quien más se puso en duda. Su complicidad con Bárbara en algunos episodios y su sórdida relación con el camionero la convirtieron en sospechosa para mucha gente. Se dijo que ella tenía que saber quién embarazó a la niña en realidad, o los negocios que Bárbara se traía con su amante. Se dijo, también, lo contrario, que la aventura de Sagrario con ese camionero ni siquiera existía, y que era solo una tapadera de otras cosas mucho peores. Sagrario defendió su verdad erigiéndose como otra víctima de Bárbara. A su hermana la tachó de bicha traicionera y sobre el camionero dijo que, si pudiera, se arrancaría la piel a tiras para no haberlo tocado nunca. Lo que ese enfermo había hecho con su sobrina ella jamás podría perdonárselo a sí misma.

—Perdóname —dijo el hombre del embalse, entonando una palabra

que muchos repetirían a Coral más adelante.

Antes de que completáramos el último tramo que nos llevaría hasta los coches oficiales y los interrogatorios que sucederían, Ángela se arrodilló frente a su sobrina. Extendió un dedo junto a su oreja y señaló el mar.

—¿Lo oyes? —preguntó—. ¿Las olas?

Coral asintió.

—¿Ves que no te mentía? Suena igual que la carretera fuera de tu habitación.

Tía y sobrina recordaron la tarde en la que Ángela, creyendo que hablaba con Perla, le permitió sentir que el mar se encontraba al otro lado de su ventana.

Coral abrazó a su tía, y aunque era ella sola quien le daba el abrazo, resultaba fácil imaginar que en realidad eran dos niñas las que abrazaban en ese momento a su madre favorita.

Epílogo

Me despedí de la familia del Hotel Restaurante Plácido durante un atardecer de finales de ese verano. Fue un atardecer en el que también se produjo otra despedida mucho más importante. Coral, Ángela, Damián y yo caminamos por la pasarela de madera que daba acceso a una playa. Después seguimos andando, descalzos, sobre la arena de unas dunas, hasta alcanzar el agua.

Coral llevaba en sus manos una urna de color rosa pálido. Se había pintado las uñas de una tonalidad parecida. Permanecimos los cuatro en la orilla, con los pies en el agua, observando la caída del sol, que empezaba a teñir el cielo con su particular arrebol. En el momento que Coral creyó oportuno, solo ella continuó andando, adentrándose en el mar. Dejó que las olas alcanzaran su pecho antes de soltar la urna, ideada para absorber agua hasta hundirse y acabar disolviéndose por completo.

De esa manera, Perla llegaba por fin al mar, aunque fuera en forma de ceniza.

Coral no regresó a la orilla triste, sino sonriendo y con los ojos brillando de emoción.

—Una parte llega al mar —dijo con la mirada en el agua—, y otra se queda conmigo.

Acarició tres colgantes en su cuello. Los dos antiguos de perla y coral que les había regalado su tía y un tercero, uno nuevo. Era de cristal, regalo de una joyería que se había ofrecido a elaborarlo tratando la otra parte de las cenizas de Perla. A Coral le había encantado la idea de poder llevar a su hermana para siempre consigo.

En el trayecto de vuelta a los coches, Ángela y Coral se adelantaron, caminando de la mano. Damián aprovechó para preguntarme qué sabía del libro, si lo había enviado ya a alguna editorial o algo.

—Todavía no, es pronto —respondí—. Estoy decidiendo algunas cosas aún.

—Lo de que Bárbara haya palmado te viene hasta bien, ¿no? Puedes

dejar eso cerrado.

Me llevé un dedo a los labios con gesto de reprobación. Damián me dijo que no me hiciera el fino ni el respetuoso porque yo también me alegraba de que hubiera palmado. Igual que se alegraba, seguro, todo el país y hasta el equipo médico que intentó salvarla en la uci. La imaginación de Damián, en constante búsqueda de un giro que añadiera capas siniestras a la realidad, aventuró que habría sido el propio equipo médico quien había hecho algo para que su peor paciente muriera de una vez. Qué casualidad, si no, que, después de tanto luchar, hubiera muerto a los pocos días de que su horrible verdad saliera a la luz. Por disparatada que resultara la teoría de Damián, ilustraba muy bien el nivel de odio que la figura de Bárbara generaba en el país. Muchos medios se referían a ella, de forma reiterada, con el apelativo de monstruo. Y de todos los tipos de monstruo con los que poder denominarla, la mayoría escogieron ese que tanto miedo daba a Coral.

—¿Cómo era esa cosa mitológica que decía mi prima de ella? ¿Que era una qué? —preguntó precisamente Damián—. ¿Una esfinge?

—Una arpía.

—Ah, eso. Qué mal rollo.

Dimos algunos pasos en silencio hasta que Damián se decidió a hacer la pregunta que de verdad le interesaba.

—¿Al final salgo yo en el libro?

Lo miré encogiéndome de hombros.

—Venga, tío, tengo que salir. Y ya quiero salir hasta con nombre, nada de informante anónimo. Si además es que hemos desenmascarado a los malos. Si no te llego a decir yo lo de Perla… Y encima va mi prima y te cuenta toda su movida. Te quejarás, bro. Te ha salido todo redondo.

Sacudí la cabeza, dedicándole otro gesto de reproche por esa manera que tenía de hablar del caso como si no fuera su familia la afectada.

—No, en serio, seguro que te lo publican, bro —continuó—. Y podré leer cuando quedamos en el polígono, en el cementerio. ¿Te acuerdas del perro sarnoso?

Buscó en mi cara la confirmación de que esas escenas aparecerían en

el libro.

—Lo sabrás cuando puedas leerlo —dije.

—Qué cabrón. Me mandarás uno firmado, al menos.

Detuve mis pasos sobre la pasarela de madera, valorando si hacerle una promesa. Si hacérmela a mí mismo.

—Si me lo publican, te lo traigo en mano —acabé diciendo—. Me gustará volver a veros a todos.

—Te tomo la palabra —dijo él, que se quedó mirándome a los ojos unos segundos de más.

A quien no vería de nuevo, al menos en el Medusa, sería a Penélope. Ese mediodía, había pasado por el club para despedirme de ella, pero el joven rapado, en la barra, me contó que había dejado el club y se había vuelto a casa de su madre. Me alegré de que hubiera adelantado esos planes que tenía, los de ir a cuidar a una madre que sí lo merecía.

—¿Qué tal Coral en vuestra casa? —le pregunté a Damián.

—Muy bien. Si es que mi madre es lo más, en serio. Va a estar muy feliz con nosotros.

Alcanzamos los dos coches aparcados en un camino de tierra flanqueado por cañas salvajes. Ángela había abierto las puertas y el maletero. Sacudía unas chanclas golpeando las suelas entre sí. Damián me estrechó la mano. Dijo que estaría atento a mis redes y que más me valía cumplir mi promesa. Dentro del coche, se puso inmediatamente sus auriculares de diadema.

—Me da mucha pena que te vayas —dijo Coral.

—Ahora tú también tienes móvil —le recordé—. Los buenos amigos están todo el tiempo hablando por el móvil. O podemos silbarnos si prefieres.

Saqué mi teléfono y le envié un silbido de tres notas en forma de nota de voz.

Ella lo abrió en su teléfono, sonrió al escucharlo. Me respondió grabando el mismo silbido.

—Y mira. —La cogí de un hombro para que ambos nos giráramos hacia el atardecer—. Siempre que vea este color en el cielo, me voy a

acordar de ti.

Recorrí con dos dedos la franja más brillante de naranja coralino, casi fosforito.

A ella se le abrieron mucho los ojos. En un fuerte abrazo, me dio las gracias por haber venido. Entró al coche colocando cuidadosamente una toalla sobre el asiento, para no mojarlo con su pantalón húmedo. Su tía le dijo que mejor se lo quitara, que tenía cosas secas ahí dentro.

A Ángela le conté que había hecho una última visita al Hotel Restaurante Plácido, para despedirme del lugar. Había dejado el coche en mi plaza del aparcamiento, como si fuera a subir a mi habitación. Coches y camiones pasaron por la carretera mientras caminaba sobre las antiguas huellas de los pies ensangrentados de Coral. La máquina expendedora ya no estaba en su lugar. Los contenedores de basura, tampoco. No había una sola mesa en la terraza. El toldo permanecía recogido. Varios carteles de SE VENDE / SE TRASPASA empapelaban la cristalera de entrada. Uno de ellos tapaba las letras de MENÚ DEL DÍA, LOCAL CLIMATIZADO, HABITACIONES. Una ráfaga de aire abrasador y lleno de polvo arreció contra el lugar, obligándome a cerrar los ojos. Sentí su calor por debajo de la camiseta. En lo alto del poste, allí arriba, crujieron las letras del cartel en el que Plácido nunca añadió a sus hijas. Las pocas luces que aún lo habían seguido iluminando ni siquiera se encenderían ya esa noche. Las tinieblas engullirían al Hotel Restaurante Plácido reduciéndolo a otro tramo de pura oscuridad a un lado de la carretera. Como un mal recuerdo que merecía la pena olvidar.

—Se me ha hecho muy raro verlo cerrado —le dije a Ángela.

Ella cerró las puertas de su coche.

—Yo solo quiero que alguien se lo quede, rápido.

Ángela comprobó que Coral y Damián estuvieran distraídos a sus cosas.

Me agarró de una muñeca para apartarme del vehículo.

—De quien no sabemos casi nada es de ti —dijo—. Tanto tiempo con nosotros y no nos has contado nada de ti.

Me aclaré la garganta preparando alguna respuesta.

—Mi hijo dice que te llamas Lucas Falena, pero debe de ser un

seudónimo de escritor, porque el apellido en tu carné es otro, lo he visto en el registro del hotel.

—Sí, sí, es un seudónimo —respondí con la mayor naturalidad que pude reunir.

—Lo que pasa es que he buscado tu nombre en Internet. El de verdad.

Eso último Ángela lo susurró muy cerca de mi cara.

Tragué saliva anticipándome a cualquier reacción.

Entonces ella me agarró de la mandíbula y me dio un beso largo, sentido, en cada mejilla.

—Explica tantas cosas… —Se quedó mirándome a los ojos como si pudiera ver en ellos algo de lo que ahora sabía—. Lo siento un montón. No me extraña que Coral confiara tanto en ti. Eres el que mejor podía entenderla. —Sonrió con un asentimiento antes de añadir—: Muchas gracias por venir.

—Gracias a ti, Ángela, por todo.

Aproximándonos al coche, me dijo que esperaba que mi libro quedara muy bien.

—Eso espero yo también.

—Pero una cosa. —Ángela se situó frente a mí—. No te quedes fuera de la historia. Tú también formas parte de ella. No la cuentes como si fuera un suceso más, ni con la frialdad de quien no sabe nada de nosotras, que es lo que está haciendo ahora todo el mundo. Quiero leer cómo nos fuiste conociendo, que escribas todo lo que sabes de nuestra familia. Quiero que cuentes de verdad cómo era desayunar en ese comedor, cómo se oía la carretera en las habitaciones o el calor que hacía siempre en el aparcamiento. Eres el único que sabe esas cosas, el único que nos has visto como personas de verdad. —Hizo una pausa para que fuera muy consciente de esa distinción—. Puedes contarlo desde la noche que llegaste y tuviste la suerte de que te recibiera yo y no mi hermana. O mejor, cuéntalo desde la primera vez que viste a Coral. —Ángela miró al cielo, pensativa, su piel tintada de ocaso. Tras unos instantes, imaginó un comienzo para el libro—: «La primera vez que vi a Coral» sería una bonita frase para empezar, ¿no crees?

Le dije que me parecía el mejor comienzo posible.